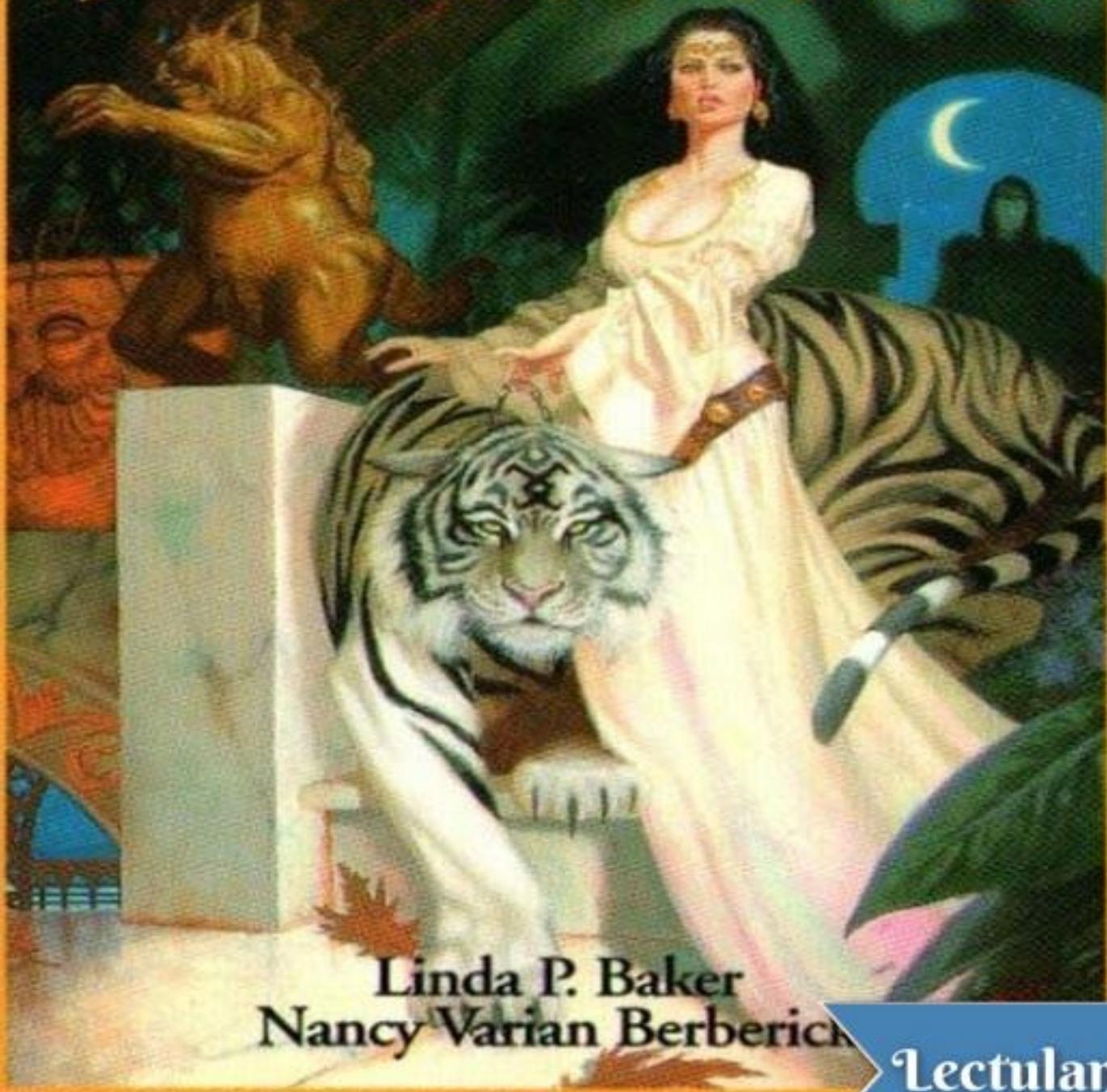


DRAGONANCE

# Las LÁGRIMAS de PALADINE



Linda P. Baker  
Nancy Varian Berberich

Lectulandia

Crysanía, gran sacerdotisa del Templo de Paladine, hace caso omiso de la belleza del mundo y se entrega por completo a su fe. Sin embargo, en los últimos tiempos, su comunión con el dios de la Luz ha perdido fuerza. Una misteriosa piedra ha ido a parar a sus manos y su poder la obliga a emprender una peligrosa misión, con unos extraños compañeros de viaje. Juntos deberán soportar el calor abrasador del verano más agotador que Krynn ha padecido en toda su historia, mientras se esfuerzan por llegar a su destino, el Templo de Takhisis en Neraka. Y si consiguen alcanzar su meta, el mundo quedará transformado para siempre.

**Lectulandia**

Linda P. Baker & Nancy V. Berberick

# **Las lágrimas de Paladine**

**Dragonlance: La guerra de Caos - 2**

ePub r1.0

Enhiure 24.01.14

Título original: *Tears of the Night Sky*  
Linda P. Baker & Nancy V. Berberick, 1998  
Traducción: Gemma Gallart  
Ilustraciones: Daniel Home  
Diseño de portada: Víctor Viano

Editor digital: Enhiure  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Larry, cuya fe y creencias rivalizan con las de  
Crysanía*

*L.P.B.*

*Para todos los espíritus luminosos que leerán estas  
páginas y recorrerán esta senda conmigo. Gracias por  
acompañarme en este viaje.*

*N.V.B.*

Una figura de elevada estatura surgió de la oscuridad. Hombre o mujer, el sueño no lo revelaba.

En el sueño, del cielo caía una fina lluvia; gotas sedosas, como lágrimas, que sabían a miel. En el mundo de la vigilia, Crysania vivía en una oscuridad aterciopelada, cegada por los dioses, cegada para que pudiera ver mejor hasta qué punto era necesaria la compasión en el mundo que la rodeaba. Había sido una dura lección, pero una que no se aplicaba entonces; allí, en ese mundo onírico, podía ver, y se deleitaba contemplando aquella lluvia que centelleaba como diamantes.

La alta figura salió de las sombras, con las manos ahuecadas y unidas como si sostuviera un presente. La boca de aquel ser se movió para formar palabras que Crysania no pudo oír por encima del fuerte rumor del agua. Esforzándose por captar el silencioso mensaje, la mujer alzó la cabeza al cielo y saboreó la fresca y húmeda lluvia. El líquido elemento le empapó la piel y se mezcló con las lágrimas auténticas que le corrían por el rostro. Ella, que conocía todas sus emociones de principio a fin, no sabía por qué lloraba, y no saberlo la atemorizaba.

—¿Quién eres? —gritó a la criatura de su sueño.

La lluvia siseó como las serpientes y corrió como el fuego.

—¿Paladine?

Pronunció el nombre del dios con suavidad, confiriéndole todas sus esperanzas; pero las palabras brotaron, mudas, de sus labios, creando un silencio que se propagó, como las ondulaciones de una piedra arrojada a un estanque, y acalló el murmullo de la lluvia.

El ser la contempló durante un largo rato. Luego se desvaneció, como neblina elevándose hacia un sol invisible.

—¡Aguarda! —llamó la mujer, y con la palabra todavía en los labios, despertó al creciente calor de un nuevo día.

En su inquieto sueño, había arrojado a un lado las sábanas, y tenía el camisón pegado al cuerpo, empapado de sudor. Los ojos le escocían, ardientes y resecos. El sol no había salido aún, pero todo el calor del día anterior y de la larga noche flotaba en la estancia. Fuera, en las calles situadas más allá del Templo de Paladine, el sonido del despertar de la ciudad creció, penetrando por la ventana del dormitorio como el sonido de un mar lejano. La actividad diaria se iniciaba: los carreteros gritaban a sus caballos, los buhoneros iniciaban su recorrido, los niños corrían y chillaban mientras jugaban en la hora más fresca del día. Unos momentos después del amanecer, el aire

ardería como el mediodía más abrasador del más largo día del verano. En la plaza del mercado, los vendedores de telas, baratijas y herramientas abrían de par en par los postigos de sus puestos al tiempo que dirigían inquietas miradas a los establecimientos que seguían oscuros y cerrados.

Cualquiera que recordara la primavera recordaba la de otras temporadas, pues ese año no había llevado consigo la fructífera estación, sólo un sol ardiente y nada, nada de lluvia. Las cosechas se habían quemado en los campos; cerdos, vacas y gallinas morían de hambre y sed; y los granjeros guardaban para sí los alimentos que conseguían cultivar y los animales que lograban mantener con vida. Muy poco quedaba para ser llevado al mercado, en Palanthas, y esto provocaba que las gentes miraran en derredor y se preguntaran cómo sería el invierno. Rodeada como estaba por las montañas Vingaard y la bahía de Branchala, Palanthas proporcionaba a sus habitantes poco terreno para labranza, a excepción de las parcelas de los patios traseros y, por lo tanto, dependía del comercio para obtener alimentos.

La inexistente primavera y ese verano terrible eran los más calurosos que Crysania había conocido. Los enanos de la ciudad lo llamaban el Verano del Yunque, y el apelativo servía tan bien como cualquier otro. Había llovido en el sueño de la mujer; pero en el mundo de los vivos nadie había sentido el beso de la lluvia desde hacía mucho tiempo, y todo Palanthas parecía arder como un pedazo de hierro que batieran sobre la dura superficie de un yunque.

¿Qué nueva forma nos estáis dando, dioses?

Crysania abandonó el lecho y atravesó el suelo de mármol, áspero por culpa del polvo que lo cubría. Alguien lo barrería esa mañana, y otra vez por la tarde, y de nuevo por la noche, pero el polvo regresaría igualmente. Había llovido en su sueño, pero no habría lluvia que se llevara el polvo en la realidad.

Y Paladine... Paladine tal vez le había hablado en su sueño. El dios, de pie bajo la suave y dulce lluvia, le había ofrecido algo, un regalo, una simple palabra, pero aquí en el mundo, ella no había sentido el cálido contacto de su amorosa presencia desde hacía mucho tiempo.

Nadie lo sabía, claro está. Nadie debía saberlo. Y tal vez él le había hablado en ese sueño lleno de lluvia. Pero si lo había hecho, ella no había oído las palabras.

«No importa —pensó—. Si no puedo oír las palabras, debo adivinar lo que quiere decirme mediante las imágenes».

—Señora, ¿son los sueños mensajes de los dioses? —le había preguntado una niña en una ocasión.

Crysania había sonreído y palmeado la mano de la chiquilla, encantada con la pregunta y la suave vocecilla balbuciente.

—En ocasiones —contestó—, son realmente mensajes, criatura. Otras veces no son más que el efecto de demasiados dulces antes de dormir.

La manita gordinflona se le había cerrado alrededor de los dedos, confiada.

—Pero ¿cómo sabemos cuáles son mensajes y cuáles demasiados dulces?

—Observamos y miramos a nuestro alrededor y vemos lo que se puede ver. El ojo sabio encontrara una pista llegado el momento.

«Eso haré yo —se dijo, desprendiéndose del incómodo camisón para introducirse en una túnica liviana—. Miraré a mi alrededor y veré lo que se pueda ver». Siendo, como era, una ciega que no podía ver nada, tal idea la hizo sonreír; no obstante, existían formas de observar que no precisaban de una mirada penetrante. Escucharía; aprendería todo lo que pudiera. Conseguiría «ver». En el mismo instante en que tomaba aquella decisión, un cosquilleo recorrió la nuca de Cysania.

El sueño de la noche anterior, con sus confusas imágenes, había dejado un reseco y polvoriento sabor a advertencia, pero ¿de qué le advertía?

Tras atarse holgadamente la túnica, la mujer cruzó la habitación en dirección a los ventanales por los que penetraba el sonido de la ciudad que despertaba. Hacía ya tiempo que había ordenado el mobiliario de tal modo que podía deambular sin problemas, y el inviolado orden garantizaba que pudiera andar sin golpearse las espinillas ni machacarse los dedos de los pies. La suya era una estancia sencilla, amueblada con simplicidad, lo bastante grande para dar cabida a una cama y a una pequeña zona de vestidor. Tenía las mismas paredes de mármol blanco de los otros dormitorios del templo, los mismos frisos elegantemente cincelados en las esquinas dónde el techo se unía a las paredes, el mismo suelo liso y brillante de mármol gris. El mobiliario era de sencilla y sólida madera, las sábanas de suave y fresco lino. La única característica original eran las ventanas situadas a lo largo de toda una pared y que se extendían desde el suelo al techo. Era el único capricho que se había permitido cuando se reconstruyó el Templo de Paladine, tras la Guerra de la Dama Azul y, aunque no podía disfrutar del paisaje, Cysania adoraba los olores que la brisa introducía por las abiertas cristaleras, los aromas de jardines y personas, y el sabor a sal procedente de la bahía de Branchala situada en la linde de la ciudad.

En ese momento, mientras permanecía ante las ventanas, sintió cómo el sol se alzaba en el horizonte. Acostumbraba poder seguir su salida merced al movimiento ascendente del calor por su cuerpo, pero actualmente ya no era así. El calor, esos días, era un calor constante, inmutable, omnipresente. No obstante, percibió que el sol se alzaba mediante algún delicado sentido, en su interior, algún conocimiento innato a todas las criaturas que viven por la gracia solar.

Le llegó el sonido de los martillos sobre la madera, el murmullo de voces como el rumor de las inquietas olas de la bahía.

Allí fuera, se dijo, detrás del mercado, más allá de los corrales de ganado vacíos, y de la gran plaza, se estaban preparando para el Festival del Ojo.

Oyó los martilleos y las voces de innumerables personas que pasaban por la calle,

frente al templo, en dirección a los jardines del palacio. Una voz infantil chilló, aguda, por encima del murmullo, canturreando una canción de alabanza al verano. Eran los sonidos de la esperanza.

«Se sienten tan esperanzados, los niños y sus mayores, como si Paladine en persona habitara en cada uno de sus corazones. ¿Qué le sucedería a esa esperanza si supieran que el dios no había hablado a su Hija Venerable desde hacía una eternidad?», pensó.

A media mañana, las multitudes resultarían innumerables, con toda aquella gente aguardándola para que les diera la bienvenida y bendijera el Festival del Ojo. Ella los conduciría en su acción de gracias a los dioses por las cosechas de ese año y en la oración por la siguiente temporada comercial.

Crysanía alzó el rostro en dirección a una brisa vagabunda, una que olía a la ciudad, a muchedumbres, a jardines apenas vivos. Una gran oleada de piedad se arremolinó en su interior, piedad por aquellos que confiarían y por aquellos que, tal vez, ya habían perdido la esperanza. ¿Hasta qué punto resultarían huecas sus oraciones? ¿Qué tal aceptaría la gente su mensaje cuando les recordara que las acciones de los dioses siempre tenían un propósito? Ella les diría: «Siempre hay una lección que aprender». Y lo creía —incluso en el silencio de su dios ella lo creía—, pero era incapaz de comprender qué lección era la que se enseñaba en ese Verano del Yunque.

El sol se alzó en el este, y Crysanía se volvió de espaldas a la ventana para mirar al oeste. En esa dirección se encontraba otro problema, uno tan aterrador como la sequía y el espectro de un invierno de hambruna.

Palanthas, edificada como estaba entre las montañas Vingaard y la punta de la bahía de Branchala, siempre había disfrutado durante todo el año de la presencia de visitantes procedentes del resto del continente. Los viajeros que llegaban a la ciudad no habían sido tan numerosos durante la Guerra de la Lanza; pero, luego, cuando la paz regresó, la principal ruta terrestre que conducía a la ciudad volvió a verse muy concurrida con comerciantes, extranjeros y mensajeros. La mayoría de ellos, sin importar sus creencias religiosas, visitaban el magnífico Templo de Paladine y, por lo tanto, las noticias, tanto oficiales como de otra clase, no habían sido nunca difíciles de obtener.

Hasta ese año.

A medida que el inusitado calor abrasaba las calzadas de Ansalon, los viajeros se tornaban más escasos. Dos semanas atrás, Crysanía había preguntado a sus clérigos si había algún voluntario entre ellos para viajar a la Torre del Sumo Sacerdote a pedir audiencia a sir Thomas, con la esperanza de descubrir qué sucedía o, al menos, averiguar la opinión del caballero sobre si había que dar crédito a los rumores de concentraciones de tropas en las montañas Khalkist y qué pensaba éste del

destrutivo y extraño clima. La humana Nisse y el Enano de las Colinas, Lagan Innis, se habían ofrecido a realizar tal tarea. Ambos eran personas astutas y hábiles, realizarían el viaje a las montañas Vingard en buena armonía y, en opinión de Crysania, con rapidez; pero, aunque ella los había esperado de vuelta antes del Día del Festival, ninguno había regresado, ni había llegado mensaje alguno tras su partida.

Entonces, como cada día en la hora de sus oraciones matutinas, los pensamientos de Crysania estaban puestos en ellos. Acercó los dedos al medallón que llevaba siempre alrededor del cuello: un dragón sencillamente forjado en platino sobre un círculo de plata maciza, suspendido de una fina cadena también de platino.

—Que la bendición de Paladine os acompañe, amigos míos —musitó al tiempo que caía de rodillas, de cara otra vez a la cálida luz del sol y al aire, inmóvil, del jardín.

Para algunos de los habitantes del templo dedicado al culto del dios del Bien y la Luz, el ritual de la plegaria era una parte importante de su fe, y ella amaba la belleza de la ceremonia tanto como los otros. Sin embargo, a menudo ansiaba la tranquilidad de poder arrodillarse en el suelo sin otra cosa que un humilde alféizar como descanso para su frente. Ese día, en esa mañana ardiente y calurosa, paz era lo que más necesitaba. Sólo en una atmósfera de tranquilidad esperaba poder encontrar a su dios: su paz, su sabiduría, su amor que todo lo abarcaba.

Crysania cubrió el medallón con las dos manos. Los sonidos de la ciudad se apagaron, y esperó a que el cálido resplandor surgiera del dragón como lo había hecho tantas veces en épocas pasadas. Había muchas cosas que su mente había olvidado durante los años de ceguera. Los colores se mezclaban y desvirtuaban, los rostros se desvanecían y eran rehechos por su memoria; pero la visión del colgante, inflamándose, iluminándose con la presencia de Paladine, era algo que jamás olvidaría, y lo vio con la misma claridad entonces, en medio de la oscuridad, como lo había visto en su juventud.

Aspiró una profunda y purificadora bocanada de aire y aguardó a que el medallón se calentara, a que la hormigueante sensación de la cercanía del dios la llenara y realizara. Sólo encontró el parloteo de su mente relatando sus preocupaciones. Una brisa ardiente penetró por la ventana mientras se obligaba a relajarse, y el mero hecho de desear hacerlo se convirtió en una distracción.

«Está bien —se dijo—. Me alejaré de lo que me preocupa».

Se alzó y empezó a dar vueltas por la habitación, sintiendo el arenoso polvo bajo los pies, al tiempo que dejaba que el rítmico sonido de la túnica que susurraba alrededor de sus tobillos la sosegara. Su mente estaba aturdida; se encontraba demasiado enfrascada en las preocupaciones del día, demasiado obsesionada por el clima, esperaba con excesiva ansiedad el festival y el gentío y, por lo tanto, no se

estaba convirtiendo en el recipiente apropiado para que lo llenara su adorado dios.

Volvió a arrodillarse ante la ventana y los sonidos y olores de la ciudad se esfumaron. El medallón le pesaba en la mano mientras el silencio, como un bálsamo, se posaba sobre ella. No articuló el nombre del dios; se mantuvo quieta y silenciosa.

«¿Cuál era el mensaje recibido en el sueño? ¡Tranquilízate! Entraré en...».

Un hormiguelo apareció suavemente en los límites de su percepción, a modo de la más escueta de las presencias. Como si Paladine se diera cuenta de su presencia, pero desde una gran distancia. Se obligó a permanecer inmóvil. El calor de la medalla aumentó de un modo muy leve, y ella permaneció dónde estaba durante un buen rato, aunque sólo consiguió percibir la presencia del dios de un modo muy tenue. Su voz no profirió ningún grito, los labios no formaron ninguna palabra. El corazón, no obstante, le dolía, presa de una gran sensación de soledad.

¿Qué había hecho —qué habían hecho todos ellos— para merecer la indiferencia de su dios?

Existía una razón, siempre había una razón, para las acciones de los dioses. Era responsabilidad de ella averiguar y explicar, ayudar a su gente a apreciar cualquier lección que se expusiera ante ellos. Crysania se llevó el dragón a los labios y musitó palabras de alabanza y despedida como hacía siempre cuando finalizaba sus oraciones.

Donde fuera que él estuviese, ella tendría que confiar en que Paladine la seguiría guiando.

Del exterior del dormitorio le llegaron los sonidos del templo, de voces que se llamaban entre sí en voz baja.

—¿Está despierta? —preguntó una.

—No lo sé —respondió otra

Unos pasos fueron hasta la puerta, se produjo una escucha silenciosa, y los pasos se alejaron.

—Ya voy —susurró Crysania, alzándose de sus plegarias con una sonrisa.

De un pequeño armario, seleccionó una fresca túnica de hilo, sin lujos a excepción de las cintas de seda tejidas en el escote y el dobladillo. Pasó los dedos por encima de la hilera de cinturones, uno cubierto con un delicado bordado que tenía un tacto sedoso bajo sus dedos, otro grueso con adornos de encaje de aguja, y otro confeccionado con el cuero más suave. Escogió el que estaba decorado con delicados hilos de metal.

Se lavó y vistió con movimientos veloces y precisos; arregló sus cabellos y eligió una peineta de bruñido platino, el metal de Paladine, para sostener hacia atrás la gruesa masa de su cabellera. Alargó la mano y tocó la resbaladiza superficie del espejo situado sobre el tocador, dejado allí para la comodidad de aquellos que en ocasiones le ayudaban a arreglarse el cabello o las ropas. Hubo una época, hacía ya

más de treinta años, en que se había enorgullecido de su aspecto; en aquellos tiempos se miraba al espejo y se sentía complacida ante el reflejo que éste le devolvía: una piel pálida, una brillante cabellera negra y unos llamativos ojos, tan grises y suaves como las plumas de una paloma. Sus servidores le decían que seguía siendo hermosa, que los negros cabellos sólo tenían unas pocas hebras blancas intercaladas en ellos, que su piel era tan suave como la de una mujer con la mitad de su edad. Ella apreciaba sus amabilidades y siempre les daba las gracias con una sonrisa, no por el cumplido sino por el regalo de su afecto.

Y realmente era un regalo, se recordó. El regalo de Paladine. «Con amigos así, ¿cómo puedo dudar que haya escuchado cada una de mis oraciones?».

Así pues, aspiró con fuerza y se envolvió en su fe como si de una capa se tratara. Se enfrentaría al nuevo día con una sonrisa, disfrutaría del festival. Y hallaría las palabras apropiadas con las que expresar su bendición a la gente. Los guiaría y les recordaría que Paladine los seguía amando.

Se escuchó un leve golpe en la puerta. Volvió a sonreír, sabiendo ya quién había llamado. Lo habría sabido sólo por el ritmo de sus dedos sobre la madera, incluso aunque no fuera él siempre el primero en saludarla por la mañana.

—Buenos días, Valin —dijo ella mientras abría la puerta.

Resultaba fácil sonreír en su presencia. Él era su gran «experimento», un mago colocado entre clérigos, y le complacía comprobar que funcionaba bien. Había sido realmente una experiencia audaz, organizada con la ayuda del Cónclave de Hechiceros. «Ha llegado el momento —les había dicho ella meses atrás, a finales de invierno, cuando todas las esperanzas parecían posibles— de llenar el vacío de desconfianza entre clérigos y magos». Cejas enarcadas, murmullos y rotundas declaraciones de desconfianza desde todas partes fueron la respuesta que recibió su anuncio. Dalamar en persona, en un gesto insólito en él, había venido desde su torre y realizado un breve discurso a propósito de sus dudas; pero Crysania había triunfado: había conseguido llevar al templo a un mago Túnica Blanca. «Por un tiempo, para averiguar lo que magos y clérigos pueden aprender unos de otros». Y el Cónclave había elegido a regañadientes a Valin, un mago nacido en el desierto.

Valin, por su parte, no sintió ninguna renuencia y, en los cinco meses transcurridos desde que ella se había reunido con el Cónclave, el mago se había convertido en tan parte del templo como ella, en un consejero de tanta confianza como sus propios clérigos.

—Señora —dijo él, con voz baja y solemne—, te traigo un mensaje.

—¿De Nisse y Lagan? —El corazón de Crysania se animó.

—No, señora, lo siento. No es de ellos; es de lord Amothus. —Le depositó un pergamino enrollado en la mano, no para que lo leyera, sino para que palpara el sello y supiera de quién provenía. Más tarde alguien lo clasificaría o archivaría o lo

guardaría en alguna parte.

—Gracias, Valin. Reúnete conmigo en mi estudio.

Él se apartó para dejarla pasar y la siguió: un hombre alto pegado a sus talones. Su aroma, que tenía un cierto toque almizclero que recordaba a aceites amaderados, la envolvió.

Al igual que su dormitorio, el estudio de la habitación exterior estaba ordenado de un modo específico, con el mobiliario siempre en el mismo lugar, y la mujer se dirigió al reducido grupo de sillas dispuesto ante su escritorio con la misma facilidad que si poseyera el sentido de la visión. Allí localizó una jarra de plata y dos copas. El agua estaba caliente, pero se la ofreció a su acompañante como si acabara de ser refrescada con hielo de la montaña.

Valin le dio las gracias y llenó dos copas.

—Nos sentiremos muy felices cuando el tiempo cambie, señora.

Ella frunció el entrecejo, recordando la lluvia del sueño y la insólita sensación de aprensión con la que había despertado; pero, a continuación, se relajó, y adoptó la expresión tranquila que sabía debía lucir durante toda la jornada. El hombre puso una copa en su mano. Sus dedos se tocaron; pero, antes de que los de él pudieran alargar el contacto, Crysania se apartó, con la copa en la mano.

La mujer sabía que mostraba una cierta prevención a que la tocaran. Tantas veces durante el día había manos que la guiaban, vestían, la ayudaban a encontrar su comida, su bebida, las peinetas que sujetaban sus cabellos, sus sandalias, el camino que debía seguir... Agradecía tales contactos por la ayuda que le brindaban; pero, durante todos los largos años de ceguera, había llegado a estimar la tranquilidad de un momento sin ellos y se mostraba reacia a compartirla. A otros, no obstante, les gustaba entretenerse y tocaban a la Hija Venerable como si tocaran al mismo Paladine.

—Vaya, Valin —observó ella en tono jovial—, yo pensaba que te agradaría el calor. Debe de recordarte a tu hogar.

—Lo hace —rió él con una risa cálida y ronca—. ¡Y yo que creía haber abandonado las arenas del desierto para encontrar la sombra! Sin embargo, parece como si hubiera traído el desierto conmigo.

—Bien, dime, amigo mago, ¿qué ha escrito lord Amothus?

Oyó como desenrollaba el pergamino, escuchó el murmullo de su voz al leer para sí, la respiración pausada, un golpeteo de un dedo sobre la vitela. Al poco rato, el mago explicó:

—El lord desea hablar contigo antes de la bendición, señora. No dice el motivo, pero solicita que le concedas esta petición.

—Lo haré, desde luego. ¿No dice nada más?

—Sólo eso.

La sacerdotisa sintió una fuerte punzada de preocupación. Lo que fuera que tuviera que decir, Amothus no quería manifestarlo en el mensaje, porque eso sería lo mismo que confiárselo a aquel que leyera la nota a su destinataria. ¿Qué era lo que el Señor de Palanthas tenía que decirle sólo a ella?

Crysanía tomó un sorbo de agua. Luego dejó a un lado la copa.

—¿Estamos todos listos para las ceremonias, Valin?

—Lo estamos, señora. Te esperamos sólo a ti.

—En ese caso ya no tendréis que esperar más.

Guiada por el brazo de Valin, salió al amplio vestíbulo del templo. Seralas, un viejo amigo y uno de los clérigos de más edad, le dio la bienvenida, acompañado por otros tres clérigos de la casa. Los musitados saludos quedaron casi ahogados por la ajetreada actividad de la estancia, las idas y venidas, los sonidos de las túnicas al ser alisadas y estiradas, la excitación de un día de festival teñido levemente de desasosiego.

«Paladine —musitó Crysanía con la voz silenciosa y suplicante que usaba para las plegarias— Padre de la Luz y del Bien, acompañadme en este día como yo os acompaño, en confianza y fe».

Pero ¿sabía él, el dios que últimamente se dedicaba a no responder a sus oraciones, que ella estaba con él?

La sacerdotisa se estremeció, lo que no dejaba de resultar curioso en una mañana tan calurosa.

Crysanía cruzó el suelo de mármol del templo, andando con suavidad sobre gruesas y mullidas alfombras tejidas en lugares remotos. Recorrió, sumida en la oscuridad, pasillos purificados con incienso y pétalos de rosas, secas de la estación anterior, y le pareció como si flotara. Iba al encuentro de su gente llevando con ella las bendiciones de Paladine. Con Valin a un lado y Seralas al otro, recorrió el edificio y sintió cómo éste la rodeaba, la abrazaba. El peso de sus interrogantes, de sus temores no tardó en desaparecer, y su corazón se tranquilizó y abrió, listo para recibir alegría, dispuesto a ofrecerla.

Ningún otro lugar podía serenar su corazón como lo hacía su amado templo, y lo amaba tanto por su sosiego como por el sudor y las lágrimas que había invertido en su creación, en levantarlo de las ruinas y llevarlo a la gloria. El gran santuario que se alzaba allí era el segundo construido en honor a Paladine. El primero había sido destrozado y quemado durante la Guerra de la Dama Azul, en la que el querido Elistan, cabeza de la iglesia y su mentor, había muerto. Por aquel entonces, la visión de Crysanía había sido sacrificada a los dioses como penitencia por su ambición, dijeron algunos, y eso había creído ella también; pero había sido un don, en ese momento lo sabía, un modo de ver más profundamente en los corazones de otros, un modo de encontrar dentro de sí misma el pozo eternamente lleno de compasión que

Elistan siempre había sabido que se encontraba allí.

Su primera tarea como sucesora del clérigo, como guía de los seguidores de Paladine, había sido la reconstrucción del gran templo. Se había tratado de una obra de amor, a la que se había entregado con un entusiasmo rayano en la obsesión. Conocía cada una de las piedras que se habían colocado para los cimientos, el tacto de todas las clases de mármol utilizado en los suelos y las gruesas paredes; distinguía el aroma y la textura de todos los árboles que se habían convertido en bancos de la capilla o asientos del vestíbulo. Conocía la amplitud y longitud de cada corredor, los suelos y las paredes, cada uno de los cuadros o elementos decorativos. Elistan había sido enterrado en una profunda cripta en el resonante sótano y, del mismo modo que sus enseñanzas se habían convertido en parte del corazón de Crysania, también su cuerpo era entonces parte del Templo de Paladine. No podía existir mejor lugar para su descanso eterno.

—He oído decir que era un gran hombre —dijo Valin. La declaración la sobresaltó, y él se echó a reír—. Perdóname, señora. Veo a Elistan en tu expresión cada vez que hablas o piensas en él.

Detrás de ellos, los clérigos que la acompañaban mantuvieron una distancia prudente, para permitir que la conversación siguiera adelante sin estorbos.

—¿Tan transparente soy, Valin?

—No. No por lo general. —Su voz seguía mostrando un atisbo de risa, pero acababa de adquirir un tono pesaroso, como si sacudiera la cabeza debido a alguna insensatez propia.

—Sí —repuso ella—. Sí; era un gran hombre. Grande en su afabilidad, hermoso en su humildad. —Profirió un pequeño suspiro—. Lo echo mucho de menos.

—¡Oh!, haces que te envidie, señora, porque has conocido a tantas personas magníficas.

Así era, y también había conocido —¡estaba segura!— el contacto de un dios en su corazón.

Valin se le adelantó para abrir las grandes puertas que conducían al césped. Un césped seco, agostado —la apariencia del templo quedaba deslucida por ello—, pero Crysania había insistido meses atrás en que el agua, que no tardaría en escasear si no llovía, era mejor emplearla para beber. La sacerdotisa abandonó el edificio para salir al exterior, a una explosión de calor que habría resultado extraordinario incluso en pleno verano. Una película de sudor cubrió su rostro antes de que diera un solo paso.

—¡Ah!, señora —dijo Valin, que disfrutaba describiendo todo lo que veía—. Las calles están concurridas, llenas de gente que pasa. ¿Lo oyes?

Escuchó voces y revoloteo de ropas y el sonido de sandalias de cuero golpeando los adoquines. Crujían carros, relinchaban caballos y también —oyó el tintineo de las armaduras— deambulaban los caballeros.

—Benditos sean los caballeros por su devoción —le musitó a Valin—. Es digno de alabanza que decidan salir en un día tan tórrido, entre tintineos y entrechocar de metales, que sin duda están pulidos y relucientes.

El mago lanzó una risita y se mantuvo cerca mientras la sacerdotisa dejaba que los sonidos la envolvieran: la risa excitada de los niños, los saludos que se intercambiaban los adultos. El Día del Festival era un día feliz, dedicado a la celebración y la alegría. Como los caballeros de armadura, nadie parecía dispuesto a permitir que el calor arruinara la ocasión.

Del brazo de Valin, Crysania condujo a su pequeño grupo de clérigos por el amplio pasillo y hasta la calle. A su paso, los corros de gente se deshacían para dejarla pasar, como siempre sucedía; amaban a su señora, a la Hija Venerable de Paladine. La mujer susurró una palabra a su acompañante, quien habló entonces con los clérigos que los seguían, y todos tomaron una ruta más larga hasta el palacio de lo que habría sido necesario. El camino más corto pasaba junto al Robledal de Shoikan, el oscuro y encantado bosque que guardaba la Torre de la Alta Hechicería. El frío que emanaba de allí —¡incluso en este terrible Verano del Yunque!— sería capaz de helar el corazón de cualquiera excepto el del señor de aquella torre, el elfo oscuro Dalamar. Cómo lo soportaba, nadie lo sabía, y no era esto algo en lo que a ella le gustaba pensar, ni siquiera para asombrarse: Crysania había estado en aquel robledal, en una ocasión, hacía mucho tiempo y, a veces, cuando tenía pesadillas, regresaba allí.

La gente se arremolinó a su alrededor, con sus voces agudas y nerviosas. El mago se le acercó más, en actitud protectora, pues por haber nacido en el vasto desierto donde nadie podía distinguir el horizonte, no se sentía a gusto entre las multitudes de Palanthas. La Alborada, justo un mes antes, había sido el primero de los ritos que el hombre celebraba, y no había sido tan estruendosa. Crysania le sonrió con afable tranquilidad; conocía las calles de la ciudad de Palanthas casi tan bien como conocía el templo. Se trataba de un territorio cómodo para ella, lleno de las gentes a las que tanto amaba. No le asustaba pasear entre ellas.

—Es una maraña de desvíos y calzadas —le había dicho Valin en una ocasión—, y no entiendo cómo la gente no se pierde.

Ella se había reído y le había dicho que debía considerar la ciudad de Palanthas como una enorme rueda, con ocho amplias avenidas que irradiaban desde el palacio y sus jardines.

—Mientras recuerdes eso, amigo mago, no te perderás jamás. Una calzada u otra te conducirá a casa.

—Con el tiempo —replicó él.

—Bueno, sí. Con el tiempo.

Fue una de aquellas avenidas, bordeada de árboles y pulcramente pavimentada, la que los condujo hasta los jardines del palacio, donde el aire estaba lleno del zumbido

de las conversaciones y cargado de excitado nerviosismo. En ese punto, Seralas se separó del grupo de clérigos y se colocó a la derecha de la sacerdotisa, como complemento de Valin. De esta guisa, se encaminaron a la plaza central, abriéndose paso entre las muchedumbres que se detenían a desear un buen día a la Hija Venerable, o aclamarla en el Día del Festival.

—Los jardines están muy bonitos hoy —indicó Valin, inclinándose un poco para hablarle al oído de modo que pudiera oírlo por encima del ruido—. Todos los árboles están adornados con cintas de colores. Las fuentes no tienen agua, pero el palacio está decorado con luces de todos los colores. Un regalo de los magos, tal vez, ya que no parpadean como el fuego. Son redondas como esferas y se deslizan arriba y abajo de los muros. —Se inclinó más cerca aún, y ella notó su cálido aliento en el cuello—. Vaya, incluso resultan estar casi tan llenas de color como el mismo señor.

Crysanía ladeó la cabeza hacia él, no muy segura de lo que el mago quería decir. Seralas le facilitó la respuesta:

—El Señor de Palanthas, señora. Va vestido de raso verde y dorado, y la capa debe pesar al menos tres kilos, con todos esos bordados y cuentas de oro. Y su túnica está plagada de orlas doradas.

—¡Con este calor! —exclamó ella, riendo con suavidad mientras imaginaba a lord Amothus sudando a chorros bajo su traje de gala.

Como por arte de magia, la sacerdotisa transformó la risa en una sonrisa de bienvenida en cuanto el lord y su comitiva se acercaron, con sus pajes, damas y servidores parloteando como un ramillete de pinzones.

Avanzó, separándose de Valin y Seralas.

—Milord, os doy los buenos días. —Extendió la mano y él se inclinó sobre ella.

—Lady Crysanía. —Su voz era incongruentemente ronca y ruda, no obstante su tono cultivado—. Gracias por venir a honrar nuestro Día del Festival. —Se volvió, llevando la mano de la mujer al pliegue de su brazo—. ¿Me acompañáis?

—Desde luego. —La sacerdotisa hizo un leve gesto para indicar que su séquito no tenía por qué seguirla de cerca. Valin se apartó, y ella lo notó. También Seralas se retiró un poco, pero ninguno se alejó demasiado. Sonriente, la mujer continuó—: Vamos a dar un paseo.

Amothus murmuró una galantería en tono ausente y se la llevó con él.

—¿Recibisteis mi mensaje, señora?

—Desde luego. ¿Cómo os puedo ayudar, milord?

Él se agitó y aspiró con fuerza, soltando el aire despacio.

—He oído preocupantes rumores de guerra. Algo más que los simples cuchicheos sobre concentraciones de tropas que se nos han vuelto tan familiares desde el invierno.

Crysanía se quedó inmóvil y alzó la cabeza, como si quisiera oír más, mientras en

su interior se inquietaba, preguntándose hasta dónde habría llegado lo que ella sabía sobre las concentraciones de tropas. Nisse y Lagan llevaban fuera muchos días ya. «Paladine los acompaña y, por lo tanto, se encuentran bien», se dijo al tiempo que Amothus la conducía a través de las puertas que separaban los jardines del palacio de la plaza central y la ayudaba a abrirse paso por entre la gente que desplegabamanteles de merienda y los niños que corrían por el terreno.

—Milord —dijo por fin, en voz baja y confidencial—, también en el templo hemos oído esos rumores. He enviado a dos clérigos a la Torre del Sumo Sacerdote a hablar con sir Thomas. Él estará al tanto de los últimos acontecimientos. Os aseguro que en cuanto regresen, os haré avisar.

—Os lo agradecería, señora. —Volvió a suspirar—. En especial si oís algo sobre magos Túnicas Grises que luchan...

—¿Túnicas Grises? —Crysanía se detuvo en plena marcha.

—Una orden renegada, señora, que no se somete a otra regla que no sean sus propias ambiciones.

—Sí; ya he oído hablar de esto antes —asintió ella.

Amothus miró en derredor, nervioso, y la mujer percibió sus movimientos. Todos los ojos estaban puestos en ellos, naturalmente. ¿Cómo podía ser de otro modo cuando el Señor de Palanthas y la Hija Venerable de Paladine paseaban y conferenciaban?

—Señora, éste no es el lugar para hablar de ello. Ya existe suficiente malestar.

Crysanía frunció el entrecejo, intentando afinar los sentidos para tratar de averiguar aquello que no podía ver. No escuchó más que al gentío, las voces y los movimientos.

—Los devotos que vienen al templo están preocupados, pero yo no diría que existe malestar.

El noble se encogió de hombros, con una risita de fatigada resignación.

—Van al templo en busca de guía y oración, señora. De mí, esperan una ayuda diferente. Y, si bien no exigirían una atención inmediata de sus dioses, sí la exigen del señor de su ciudad.

»Naturalmente la gente está asustada —prosiguió él—. Este calor los pone de malhumor. Durante las últimas semanas el número de viajeros llegados a la ciudad ha decrecido de forma alarmante. Comerciantes y vendedores sienten el efecto en sus bolsillos, y sus inquietudes se difunden poco a poco hasta sus clientes. Los rumores dicen que las planicies han quedado devastadas por este calor prematuro. La gente empieza a hacer preguntas. ¿Qué sucederá si no tenemos comercio este año? Los puestos del mercado no se llenan de granjeros con sus productos. Si el clima continúa así, ¿qué sucederá con nuestras propias cosechas? ¿Cómo aumentaremos nuestras provisiones? Cuando la gente empieza a preocuparse por cómo alimentarán a sus

hijos...

—Por favor, milord. Dadme un instante para pensar.

Pasaron bajo una bandera ondeante y fuera del alcance del sol. El alivio fue inmediato y muy bien recibido. El gobernante condujo a su invitada a un banco de suave y pulida madera, colocado ante una mesa cubierta con una fina tela.

—He hecho montar una tienda para vos, señora. Hemos ordenado refrescos. Hacedme saber si la brisa se torna demasiado fuerte y haré que desenrollen los faldones laterales.

La sacerdotisa consiguió esbozar una sonrisa, dirigida a las gentes que la observaban, pero que no brotaba de su corazón.

—No puedo imaginar que una brisa pueda llegar a ser demasiado fuerte, aunque os agradezco vuestra preocupación.

—Ojalá hubiéramos podido cancelar este Día del Festival —le susurró Amothus, inclinándose junto a su oído.

—¡Oh, no! —protestó la dama—. Es importante para la gente. Se reúnen y dan gracias.

—Vuestra fe es digna de encomio —repuso él con ironía—. Pero no creo que haga ningún bien reunir a la multitud para que comparen sus desdichas. Ahora, señora, debéis perdonarme. Tengo que recibir a otras personas.

Le contestó con una palabra amable, algo que en realidad dijo sin pensar, y él se retiró. Casi al instante, una de las sacerdotisas jóvenes llevó una bandeja de dulces a la mesa, junto con un vaso de agua. Crysania le dio las gracias y oyó el sonido de la comida al pasar de un recipiente a otro, y enseguida Valin deslizó un plato contra su vaso. La mujer pasó los dedos con suavidad sobre el contenido, bollos blandos con toda una selección de texturas. Eligió uno y tomó un bocado que nunca llegó a paladear.

Sin duda, ningún daño podía resultar de una reunión para recibir las bendiciones de los dioses, pero los temores de Amothus habían depositado en su mente la idea de una multitud inquieta y agitada. Se desinteresó de la apagada conversación de los suyos a su alrededor y se dedicó a escuchar los sonidos más predominantes de risas y del creciente zumbido de las voces, así como el de los movimientos de la gente. ¿Era su imaginación, o poseía el festival un sonido diferente al del año anterior, un tono más inquieto? ¿Eran las conversaciones más contenidas, las risas de los adultos más forzadas?

—¿Va todo bien, señora?

La voz ronca de Valin, el acento del desierto, apartó a Crysania de sus pensamientos. Intentó sonreír, pero no podía desterrar de su mente el recuerdo de los temores de Amothus.

—Valin. —Hizo una señal al mago para que se acercara.

Él rodeó la mesa a toda velocidad para arrodillarse a su lado.

—Quiero que hagas algo por mí.

—Desde luego, señora. Cualquier cosa.

Ella se inclinó hasta tal punto hacia él que pudo oler una peculiar mezcla de Valin, bollos y vino.

—Mézclate con la gente. Pasea. Escucha. A ver si puedes adivinar de qué humor están.

—Regresaré tan pronto como pueda. —El mago se incorporó.

No lo oyó alejarse, de tan fuerte como era el ruido que producía la muchedumbre, pero sí sintió cómo se separaba de su lado. En su ausencia, Crysania pidió a Seralas que la acompañara mientras paseaba hasta el extremo de la tienda.

Allí escuchó a un grupo de niños que jugaban a poca distancia, sus agudos chillidos y exclamaciones de placer ahogaban las voces más contenidas que se oían algo más allá. Sería muy fácil permitir que los temores de Amothus desvirtuaran sus percepciones, pero se negó a hacerlo.

«Toda va bien —se dijo—, todo va bien, y uno de estos días, dentro de poco, lloverá y el agua se llevará las dudas del Señor de Palanthas».

Sin embargo, ¿qué alejaría los nubarrones de guerra que se congregaban sobre las montañas Khalkist?

No tardó en oír unas fuertes pisadas a su espalda y el aroma de Valin en el aire casi inmóvil. Giró, extendiendo la mano hacia él.

—¿Qué has descubierto?

—Algo extraño parece flotar en el ambiente, señora —respondió el Túnica Blanca, acercándose y bajando la voz—. No conozco a tu gente, pero, si fueran mis compatriotas, yo diría que parecen casi demasiado ansiosos por divertirse. Ríen, juegan, se divierten, pero parece forzado.

«Están asustados —pensó— Mi gente sufre. ¿Cómo puedo curar esto?».

Sonrió, levemente, al sentir una repentina oleada de calor en el corazón. Podría remediar la situación ofreciendo la bendición de Paladine.

—Valin, por favor, déjame a solas un instante.

Él marchó, pero sin alejarse en exceso. La sacerdotisa se dio cuenta por su olor. No obstante, el mago le concedió espacio suficiente para pensar con calma; así pues permaneció sentada, sola a la sombra, y se preparó para la inminente ceremonia. Mantuvo la respiración ligera, los pensamientos sencillos. Oraciones solicitando prosperidad y felicidad pasaron por su mente; las palabras fueron un consuelo, y el ritmo de la plegaria una bendición en sí mismo.

La multitud empezó a acercarse. Un muchacho chilló:

Sin embargo, era ya hora. El muchacho tenía razón: había llegado el momento de la bendición, de abrazar a la gente y reunirla en los amorosos brazos de Paladine,

mediante sus palabras, su fe, asegurándoles que todo iría bien.

La sacerdotisa se puso en pie: una señal a su pueblo de que estaba lista. El séquito se reunió a su alrededor, Valin a la izquierda, Seralas a la derecha, los otros detrás. Lord Amothus la esperaba al pie de la escalinata, con su cortejo reunido en torno a él del mismo modo, como una escolta de honor para la Hija Venerable de Paladine.

—Hay mucha gente, señora —murmuró Seralas cuando empezaron a subir las escaleras.

Delante de ella, la dama oyó cómo el séquito del gobernante murmuraba mientras ascendían al estrado y se colocaban en sus puestos. Valin y Seralas se habían quedado atrás para subir juntos. En cuanto abandonó el enorme toldo y salió al calor y al aire libre, el sonido de la multitud se alzó como un muro.

—¡La señora! ¡Mirad, la señora ha venido! —chilló una voz desde abajo.

—¡La dama Crysania! —exclamó un niño.

En otra voz sonó la esperanza, pero con un dejo de algo tan sombrío como la desesperación:

—¡Qué Paladine nos bendiga!

Para esto era para lo que Crysania había venido, para ofrecer esperanza y el alivio que pudiera venir con ello. Exaltada por las voces, exaltada por su propia confianza y fe en el dios que amaba —Paladine, durante tanto tiempo extrañamente silencioso—, elevó las manos y las extendió, con las palmas dirigidas hacia el cielo. El silencio la envolvió como una silenciosa nevada.

—Ciudadanos y visitantes de Palanthas —empezó, alzando su nítida voz para que se proyectara hasta el muro del fondo de la plaza y rebotara de vuelta hacia ella—. Os doy la bienvenida a la inauguración del Festival.

No había sabido lo que diría hasta ese mismo instante. Hablar a los suyos era una alegría tal, una bendición tan grande, que las palabras siempre parecían torpes si las ensayaba. Siempre hablaba de fe, llena de confianza, y aquella confianza jamás le había sido denegada.

—Sé que muchos de vosotros venís aquí hoy con preguntas en el corazón, con preocupaciones sobre el clima y las cosechas. Sé que cuando estáis inquietos por vuestras familias, resulta difícil comprender el comportamiento de los dioses. No puedo deciros que el clima no será duro o que no nos esperan tiempos difíciles.

Calló para tomar aliento. No diría nada sobre los rumores de guerra que había en su mente, en la mente del Señor de Palanthas y, sin duda, en las mentes de muchos de los que se encontraban ante ella entonces. Ofrecería esperanza y, por lo tanto, calló para dejar que la alegría de bendecir se precipitara a su interior y la embargara.

—Queridos amigos, sólo puedo proclamar que Paladine os quiere como vosotros lo queréis a él, y que seguirá velando por todos. Es por este motivo que es tan importante que nos reunamos aquí hoy para pedir que las bendiciones de Paladine

caigan sobre nosotros, para agradecerle aquellas con las que ya nos ha colmado, y para rogarle que continúe proyectando la luz de su amor sin límites sobre sus fieles.

Y, sin embargo, no obstante su alegría, las palabras le sonaron huecas. En el pasado, habría transmitido a la multitud un mensaje directo de Paladine, palabras de esperanza, confianza y orientación. No obstante no dijo —no podía decir— que recientemente había estado en comunicación con su dios, pues no estaba dispuesta a mentir; jamás, ni siquiera para ofrecer sosiego.

La muchedumbre suspiró y se arremolinó cuando Crysania alzó las manos para iniciar la bendición.

Un grito, como un trueno, surgió de la masa de gente reunida abajo.

—¡Señora, decidnos qué es lo que Paladine os ha dicho!

La voz, masculina, provenía de un punto situado casi en el centro de los reunidos, y sonó lo bastante alto para que pudiera oírla ella y también todos los que rodeaban al hombre. Detrás de la dama, los clérigos y la comitiva del Señor de Palanthas se removieron inquietos. Alguien —Valin sin duda— dio un paso al frente. Luego, se detuvo.

Crysania hizo caso omiso de la pregunta y de los movimientos a sus espaldas. Alzó las manos para iniciar la bendición, pero la insistente pregunta volvió a sonar, acallando el murmullo de voces frente a ella.

—¿Cómo apacigua Paladine nuestras preocupaciones sobre este calor? ¿Sobre los rumores de guerra? ¿Qué dice de todas las murmuraciones que oímos, de las que nadie quiere hablar?

Esas preguntas eran también las que ella se había hecho, expresadas en otras palabras, a sí misma y a su dios en las oscuras y silenciosas noches. La voz que sonaba ante ella, manifestando sus mismos pensamientos, resultaba familiar, pero no conseguía reconocerla. El rostro se le crispó un instante, al tiempo que volvía la cabeza un poco a un lado, e inquiría:

—¿Quién habla?

Las preguntas volvieron a sonar, insistentes, en otras voces. Voces masculinas, voces femeninas, algunas con tonos tan broncos como los de un pescadero, otras tan suaves como las de un cortesano. A su derecha, el señor de la ciudad se adelantó un poco más, tenso y molesto. Y el demandante original volvió a elevar la voz para preguntar lo que todos querían saber.

¿Qué era lo que Paladine había dicho sobre el incomparable calor? ¿Qué dice el dios sobre los rumores de guerra?

La sacerdotisa alargó una mano para acallar a Amothus, pero éste o bien no la vio o hizo caso omiso.

—Sois un insensato, señor —dijo el lord con firmeza y en voz suficientemente alta para que todos lo oyeran—. La dama nos está dando una bendición.

Un murmullo de réplica surgió de la multitud, en algunas zonas en señal de acuerdo, en otras indicando descontento. Crysania vaciló, contenta de que la intervención del lord le proporcionara un momento para pensar.

¡Esa voz! Esa insistente e interrogadora voz. La conocía, tenía un nombre que flotaba en el fondo de su memoria, justo fuera de su alcance.

Como las agitadas aguas de la bahía, la multitud murmuró y se inquietó agitándose y elevándose, retrocediendo y acercándose.

A su izquierda, Valin se acercó lo suficiente para que ella pudiera percibir la proximidad de su calor, de su leal y buen amigo. El resto de sus acompañantes y de los de Amothus se desplegaron a su alrededor en forma de abanico, y ella esperó que diera la impresión de ser parte de la ceremonia y no un movimiento protector.

Las palabras de Valin le llegaron casi ininteligibles, como si hablara con la cabeza baja.

—El hombre que habló va vestido con ropas burdas. Es un granjero o trabajador de alguna clase.

¡Ah!, pero aquella no era la voz de un granjero, ni la de un campesino ronco de gritar a las vacas y los gansos. De eso Crysania estaba segura, aunque de nada más por el momento. Volviendo su atención hacia los reunidos, la dama acalló al lord con un gesto.

—Intentaré responder a la pregunta de ese hombre.

Se dirigió otra vez a la muchedumbre; el corazón le latía de tal modo que estaba segura de que a todos los que se encontraban cerca les debía parecer un redoble de tambores. No importaba: que lo oyeran.

—Queridos míos —dijo, en voz baja, de modo que se vieran obligados a guardar silencio para oírla. Cuando volvió a quedar todo en calma, prosiguió—: No rezo a Paladine a causa del clima o por asuntos cotidianos. Le hablo de nuestras almas y nuestra fe. Le pregunto qué podemos hacer por él, no cómo puedo vivir con mayor comodidad. —Mantuvo la voz suave y clara, sin atisbo de censura—. Cada día de nuestras vidas es una prueba, de nuestra fe, de nuestra voluntad. —Se adelantó, alzando los brazos al cielo, al dios que sin duda tenía un buen motivo para estar silencioso—. Esto es lo que sé: Los dioses no nos concederán siempre lluvias suaves y vientos refrescantes. Nuestras cosechas no siempre prosperarán. Nuestros vecinos no serán siempre amables. Tendremos calor y tormentas y batallas. Se pondrá a prueba nuestra fe. Se examinará nuestra firmeza de carácter. Y saldremos de todo ello siendo mucho más fuertes.

Abrió los brazos de par en par para incluir a todos los reunidos en el entusiasmo, en la alegría de su fe y su confianza.

—Juntos, nuestra fe será fuerte, y Paladine nos contemplará con orgullo.

Calló, sintiendo cómo la muchedumbre se calmaba y suspiraba. Su voz no tan

sólo los había sosegado, sino que también los había colmado e inspirado. La oleada de emoción que la azotó era casi palpable. Se balanceó sobre los pies, emocionada por lo que sentía, deseando por vez primera disfrutar del don de la visión para poder ver cómo la luz de la confianza brillaba en los rostros de aquellos a quienes hablaba.

—Queridos míos —siguió—, mis muy queridos amigos, que la bendición de Paladine os acompañe a todos.

Un profundo silencio siguió a sus palabras, sin que lo rompiera el menor sonido.

Uno de sus clérigos la tomó con suavidad por la cintura y se movió con ella para guiarla hacia atrás. Valin apareció enseguida a su lado, y le ofreció el brazo. El lord volvió a dirigirse a los reunidos, hablándoles de las festividades, de los músicos que tocarían en los jardines de palacio, de la cerveza y la comida que podían encontrar en el mercado.

—Deprisa —dijo ella.

Al pie de la escalinata, sus clérigos la rodearon formando un muro de arremolinadas túnicas blancas que separaban a la Hija Venerable Crysania del gentío. El veloz regreso al templo fue uno de los más tristes de su vida. Jamás había abandonado un festival antes de entrado el mediodía y siempre había paseado largamente por entre la gente, para hablar sin cumplidos con sus conciudadanos y posar las manos en las cabezas de aquellos niños pequeños cuyos padres solicitaban que los bendijera. Nunca antes había sentido la necesidad de aislarse de ellos.

Y, sin embargo, del mismo modo que Paladine parecía haberse apartado de ella, también ella debía apartarse de su gente. ¡Sola! ¡Qué sola se sentía! ¿Se sentía también así el dios? ¿La echaba en falta a ella y a todos aquellos que lo amaban?

Acababa apenas de proferir su silencioso grito cuando le llegó una repentina e inesperada comprensión. Sabía quién la había desafiado desde la multitud. ¡Conocía aquella voz camuflada!

La esperanza la inundó de repente, coloreando sus mejillas. Conocía a aquel provocador. Resultaba una presencia insólita en el festival, al igual que una improbable fuente de ayuda y esperanza, pero la sacerdotisa no se detuvo a interrogarse al respecto.

—Valin —dijo.

—Señora —contestó él, acercándose más.

—Tengo un favor que pedirte.

La dama Jenna paseaba por las silenciosas calles, mientras el calor reverberaba a su alrededor como un resplandor mágico. Echaba de menos los acostumbrados grupos de gente que deambulaban por las calles: marinos de camino a los muelles, caballeros con relucientes y tintineantes armaduras; clérigos que recordaban a blancos espectros con sus túnicas clericales yendo y viniendo del Templo de Paladine. No se veía ni un enano en la calle de los Yunques. No había elfos paseando por los jardines de la Gracia, murmurando entre ellos como si se contaran secretos. Casi toda la gente, habitantes de la ciudad y visitantes, se encontraba todavía en el festival, comiendo, bebiendo y comentando sin duda el alboroto acaecido antes de que la Hija Venerable de Paladine ofreciera su bendición. A nadie vio Jenna, a excepción de uno o dos enanos gullys que se deslizaban por las calles en busca de la cena. De vez en cuando, alguna rata gorda se cruzaba veloz en el camino de la mujer, y entonces ésta retrocedía, aguardaba a que el inevitable enano gully parlanchín hiciera su aparición tras el roedor y, luego, proseguía su marcha.

A pesar de que Jenna había renunciado a su acostumbrada capa y se cubría con su túnica más fina, el cambio no había servido de mucho: la roja túnica se pegaba a ella, empapada de sudor, y el sudor, de un modo muy poco elegante, se alzaba triunfante por encima de jabones y perfumes. La mujer estaba ya más que harta de oler como un descargador de muelles. Alargó el paso, apresurándose para salir del terrible sol y llegar al relativo frescor de su tienda de artículos para magos. Recorrió una calle, otra; se introdujo por una callejuela más para acortar camino, mientras sus pasos resonaban por la Ciudad Nueva y, por fin, avistó su tienda: Las Tres Lunas.

Sobre la puerta, el cartel que lucía los símbolos de las tres lunas mágicas —la roja Lunitari, la negra Nunitari y la plateada Solinari— colgaba inmóvil sin la brisa marina que acostumbraba a balancearlo. Murmurando en voz baja, la mujer farfulló unas palabras mágicas, un hechizo para destejer el que custodiaba la entrada, y se escuchó una campanilla, con un tintineo cristalino, cuando empujó la puerta; sólo que no había ninguna campana, no una que pudiera verse a simple vista, sólo un hechizo menor, dispuesto para emitir ese sonido cuando alguien abriera la puerta. Era un conjuro de poca importancia, pero a ella le gustaba.

Jenna penetró en la oscuridad, aspirando el aire más fresco y los aromas entremezclados de sus mercancías: ingredientes para hechizos procedentes de todo el mundo. Al igual que la campana, la bien ordenada tienda —el silencioso interior, los artículos mágicos, todos en sus lugares en las estanterías— le complacía. Botellas,

cajas y libros, todos tenían su puesto asignado y llenaban las paredes con sus colores y las diferentes texturas de la tierra, madera, grano, arena y papel. Allí, pulcramente apiladas en estanterías, se encontraban todas las posibilidades de la magia, listas para revelarse ante el mago que supiera cómo usarlas. Paseó la mirada por aquella paz y orden, y aspiró profunda y prolongadamente.

Había sido un festival extraño, debido al calor y al inquieto gentío. Extraña fue también la pregunta salida de la multitud durante la bendición de la Hija Venerable; ¿quién, no obstante, no se preguntaría lo que tenían que decir los dioses sobre esta larga y calurosa estación? Algo relacionado con el demandante había despertado la curiosidad de Jenna, y ésa era una de las razones por la que se había ido temprano, para encontrar un lugar en el que meditar con tranquilidad, para decidir si deseaba reflexionar sobre el incidente por sí misma o exponer el curioso suceso ante Dalamar y ver que tenía él que decir al respecto. Algunas cosas las compartía con su amante y otras no. Nunca le gustaba compartir una duda con él a menos que pudiera expresarla con frases que hicieran que la duda pareciera una reflexión.

Ya tendría tiempo, decidió, para ir a la torre por la tarde a hablar con su señor.

Jenna penetró en la trastienda, se echó agua a la cara, recogió su larga cabellera roja en un moño sobre la cabeza, y se quedó totalmente inmóvil cuando la campanilla tintineó en la puerta. No había alzado la persiana para indicar que la tienda estaba abierta y, por lo tanto, se mantuvo muy quieta, junto a la cortina que separaba la tienda de la rebotica, y dedicó un instante a contemplar a la persona que había sido tan audaz para entrar en Las Tres Lunas cuando la tienda estaba evidentemente cerrada.

De pie, en la penumbra, había un hombre, alto, vestido con los toscos calzones marrones y la camisa color tostado de un granjero. Sin embargo, las bien cuidadas manos de largos dedos no eran las de un labriego, de eso Jenna no tenía la menor duda. Ni tampoco lo eran los ojos, pues no se encontraban rodeados de arrugas, como sucedería con los ojos de un hombre acostumbrado a mirar de reojo al cielo y a trabajar bajo el sol. La mujer enarcó una ceja. Allí, en su propia tienda, estaba el hombre que había sobresaltado a los asistentes al festival cuando interrogó a la Hija Venerable. Jenna no creía demasiado en las coincidencias, pues más bien prefería pensar que todas las cosas que debían coincidir lo hacían.

—Buenos días tengas, señor granjero —saludó, penetrando en la tienda—. ¿En qué puedo ayudarte?

El hombre dio un paso al frente, dejando que la puerta se cerrara a sus espaldas. Se movía con una cierta elegancia y, de improviso, ella lo reconoció, aunque permaneció donde estaba, retrasando el pequeño instante de triunfo de su visitante durante un momento simplemente porque podía hacerlo. Por fin, en voz baja y suave, dijo:

—Buenos días, querido.

El hombre alzó la cabeza para sonreír, aunque en los ojos no le brillaba demasiada cordialidad. Tenía sus vanidades, el recién llegado, y Jenna había herido una de ellas. De los labios del visitante brotaron palabras mágicas, palabras como polvo que no tarda en ser arrastrado por el viento. La mujer escuchó el hechizo de transformación pero no intentó recordarlo; habría resultado una pérdida de tiempo: las palabras mágicas se desvanecen de la memoria de quien las pronuncia y de quien las escucha en el mismo instante en que se formulan. Más interesante para ella, mucho más emocionante, fue contemplar el poder que aquellas palabras engendraron.

Una siniestra fuerza en bruto zumbó en la habitación, y el aire se tornó cargado de electricidad, como si un negro rayo lo hubiera hendido sin ser visto. A Jenna se le puso la carne de gallina, y el corazón le palpitó con fuerza, como si acabara de caer en brazos de su amante. Esto era la magia para ella, tanto si la practicaba como si la contemplaba: algo parecido a hacer el amor.

El «granjero» se vio rodeado por un cono de centelleante luz de color azul, verde, rojo y dorado que empezó a dar vueltas, primero siguiendo el movimiento de rotación de la tierra y, luego en sentido contrario, aumentando en intensidad, continuamente, al tiempo que los colores se combinaban hasta fundirse en un único color blanco. Entonces, descendió a lo largo del cuerpo del hombre y se convirtió en un brillante charco a sus pies.

Del pozo de luz surgió el Señor de la Torre de la Alta Hechicería, Dalamar el Oscuro, ataviado con una suave túnica negra bordada en los bordes y las mangas con runas plateadas.

Jenna rió y lo felicitó por su entrada.

—Te eché en falta en el festival, querida —dijo el elfo oscuro, dedicándole una pronunciada e irónica reverencia, para a continuación sacudirse una imaginaria mota de pelusa de la impecable vestimenta.

—¿De veras? Pues yo no te eché en falta a ti —contestó ella con toda intención— Ni tampoco la mayoría de los presentes. No esperarás que tu pequeña comedia dure mucho tiempo, ¿verdad? La Hija Venerable no es ninguna bobalicona.

—Desde luego que no. —Dalamar se ajustó la túnica sobre los hombros.

Con los labios ligeramente curvados, en lo que era su versión de una sonrisa, se adentró en la tienda, rozando con los largos dedos el brazo de Jenna al pasar. Ella alzó el rostro y él le dedicó un somero beso.

—Dime —inquirió la mujer, aspirando el mágico aroma del hombre—, ¿qué descubriste con esta maniobra? ¿Qué esperabas conseguir?

Él se detuvo en la entrada del sótano. Las sombras le difuminaban la figura, de modo que sólo la voz traicionaba su presencia.

—No había nada que obtener. Sólo me preguntaba cómo respondería a mi

pregunta.

«Tal vez —se dijo Jenna— y tal vez no».

Últimamente no había escuchado demasiadas declaraciones de Nuitari surgiendo de los labios de Dalamar. Sin duda, tan pocas como las que habían escuchado los clérigos de Paladine.

—¿Significa eso que no conseguiste lo que querías? ¿O que no piensas decirme tu auténtico objetivo?

—No hay nada que decir. Sencillamente quise saber si la dama Crysania está tan preocupada por las cosas como nosotros. —Se deslizó detrás de la cortina y descendió a la oscuridad del sótano y del laboratorio de Jenna.

Podría haber añadido, se dijo la mujer, que realmente había obtenido lo que quería. Había contemplado la reacción, la preocupación del rostro de Crysania cuando le preguntó a gritos qué era lo que Paladine tenía que decir sobre el terrible verano y los rumores de guerra que crecían como una tormenta en el oeste. Obtuvo su respuesta en la expresión del rostro de la sacerdotisa: la Hija Venerable no tenía más información que él, Dalamar el Oscuro, sobre lo que los dioses tenían que decir sobre cualquier cosa.

«Eso no puede ser bueno —pensó Jenna—. Eso no puede ser nada bueno».

—Esto no puede ser bueno —farfulló Dalamar. Descendió de dos en dos los peldaños que conducían al laboratorio subterráneo de Jenna, igual que lo haría un muchacho.

¿Dónde estaban los dioses? Una desalentadora sospecha se agolpó a su alrededor, como las sombras en la escalera. Mejor dicho, ¿qué era lo que tramaban los dioses?

Lanzó a lo alto una esfera de luz para alumbrarse y paseó la mirada por el laboratorio de la mujer: la habitación del sótano estaba tan bien organizada como la del piso superior. Allí ella realizaba sus conjuros y experimentos, buscaba respuestas al misterioso silencio de los dioses con la misma diligencia que él. ¿Habría hallado algo? Lo dudó. Jenna le ocultaba algunas cosas, pero esto —el mutismo de los dioses— la trastornaba tanto como a él, y sabía, puesto que conocía bien a su amante, que ella no había averiguado más cosas de él; ni tampoco más cosas de las que había descubierto lady Crysania, que ocultaba su inquietud tras unos ojos ciegos, pero cuya desazón él había podido olfatear por encima de todo el gentío congregado para el festival.

¿Dónde estaban los dioses? ¿Qué tramaban?

Paladine permanecía silencioso. El propio dios oscuro de Dalamar, Nuitari, no se había comunicado desde hacía semanas. Cuando se preparaban guerras, tal y como los rumores decían que era el caso en esos días, siempre podía contarse con que Takhisis reuniría a sus fuerzas, los que la adoraban y se esforzaban por cumplir su voluntad. Sin embargo, incluso la Reina de la Oscuridad permanecía silenciosa.

Eso no podía ser bueno.

Y, no obstante, cuando recordaba la expresión en el rostro de lady Crysania, aquella pálida y serena fisonomía tras la que intentaba ocultar la pérdida de la compañía de su dios, su bendición y su guía, se le ocurrió que todavía podía existir un modo de averiguar qué se fraguaba.

El elfo oscuro aspiró profunda y lentamente, y visualizó mentalmente la Torre de la Alta Hechicería. Vio el Robledal de Shoikan, el temible bosque que el dios Nuitari en persona había ordenado que creciera alrededor de la torre. En el interior de la arboleda existían cosas terribles: muertos, no muertos, espectros y demonios, criaturas peores que éstos, criaturas a las que jamás debiera haberse dado vida. Ellos eran los guardas de la torre, ante los que nadie podía pasar sin el permiso de Dalamar. Una nueva aspiración, igual de larga y profunda, y el Túnica Negra hizo aparecer en su mente la imagen del edificio mismo, magnífico y erizado de almenas. De esa formidable fortaleza él era el amo; en ese baluarte gobernaba como los reyes gobiernan en lugares menos importantes.

En la fresca y silenciosa oscuridad que reinaba debajo de Las Tres Lunas, Dalamar retuvo con facilidad esas imágenes en su mente. Dejó escapar un profundo suspiro y, al hacerlo, dio vida a las palabras de un conjuro y se entregó a la magia para permitir que lo arrastrara por los senderos del encantamiento que lo conducirían a la Torre de la Alta Hechicería.

Al cabo de un instante inconmensurable, los pies del elfo tocaron el sólido mármol de una larga y sinuosa escalera que ascendía hasta sus propios aposentos.

Mientras subía, se encontró con una hechicera Túnica Roja que bajaba. La joven dedicó un respetuoso saludo al Señor de la Torre. Luego, siguió su camino, dejando atrás el sombrío silencio de Dalamar, que ni volvió la cabeza ni dijo una sola palabra y se limitó a seguir ascendiendo.

«Sí, se dijo, sí. Esto podría funcionar».

Pronto, tal vez, sentiría el helado contacto de la mirada de Nuitari, el delicioso hormigueo que le subiría por la columna vertebral y le indicaría que él y su dios se encontraban en comunicación. Echaba en falta esa relación, esa extracción de energía del negro pozo de Nuitari. Más aún, echaba de menos saber qué era lo que sucedía en el mundo. Ese era el auténtico acicate.

La habitación de Dalamar se encontraba en una zona alta del edificio. La subida era larga, algo que le gustaba, hasta llegar a la sede de su poder. Entre los rellanos, una oscuridad profunda como la noche ocultaba los peldaños, aunque eso no le importaba demasiado; conocía cada escalón y podría haberlos recorrido con los ojos cerrados. Tras ascender muchos niveles, llegó a su laboratorio. Ante la enorme puerta ardía una antorcha y dos ojos sin cuerpo flotaban en las sombras, más allá de la llameante luz.

—La entrada está prohibida —salmodió el espectro—, incluso a ti, Señor.

Nadie podía trasponer ese umbral, ni siquiera él, y así era como debía ser. Al otro lado de la puerta se encontraba el portal por el que la Reina de la Oscuridad había penetrado en el mundo en una ocasión, y por allí se la había hecho retroceder de nuevo. Más allá de la puerta estaba el Abismo. En una ocasión, lady Crysania en persona había penetrado en aquel lugar y vuelto a salir. Había entrado gozando del sentido de la vista y había salido ciega.

—No busco entrar —contestó Dalamar con tranquilidad. El recuerdo de sus propias palabras regresó a él, como si las acabara de pronunciar ayer en lugar de años atrás: «Toma esta llave y custódiala hasta el final de los tiempos. No se la des a nadie, ni siquiera a mí.»—. Sólo quiero asegurarme de que nadie ha venido aquí, que nadie ha alterado nada.

—Nadie ha pasado por aquí, Señor.

Satisfecho, Dalamar regresó a su propia estancia. También la magia, visible en forma de un resplandor en el aire custodiaba aquella puerta. Nada más ver el fulgor, el mago sintió también un leve hormigueo en la piel, un cosquilleo que ascendió por sus brazos y espalda. Era el silencioso susurro de la magia, la muda voz de un poderoso talismán guardado, a salvo y bien oculto, en los aposentos del Señor de la Torre. El mago sonrió, como lo hace quien efectúa una revisión y encuentra en orden los detalles finales de un plan recién concebido.

La antecámara estaba a oscuras. El cosquilleo se convirtió en una serie de punzadas agudas. Pronunció en voz baja un conjuro que hizo que una esfera de luz apareciera en su mano y obligara a las sombras a retroceder. Cruzó hasta el otro extremo, hasta su gran escritorio colocado bajo una amplia ventana. Sobre aquella mesa descansaba un gran montón de libros y, encima de ellos, dos piedras, de bordes irregulares, que jamás habían sido talladas: toscas, como lo son las rocas recién extraídas del suelo. De ellas provenía el cosquilleo; la afilada presencia mágica que jugueteaba con su piel.

Habían caído en sus manos hacía meses, como la lluvia cae sobre la tierra, pues las había encontrado sobre ese mismo escritorio una mañana, meses atrás. ¿De dónde habían salido? Nadie lo sabía, ni el más sabio de los magos de su torre, ni el más lerdo, ni tampoco el más inocente o el más suspicaz. Las piedras, por lo que todos sabían, simplemente se habían materializado sobre la mesa del Señor de la Torre de la Alta Hechicería, y Dalamar había elegido considerarlas como un regalo.

Eso sí, un regalo bastante tosco. La vibración que emanaba de una de ellas zumbaba con suavidad, aunque el objeto no se encontraba alineado con ninguno de los tres dioses de la magia; se limitaba a vibrar con energía amorfa. Sin embargo, el poder que surgía de la otra, Dalamar lo sentía como una fuerza más violenta. A esa poca distancia de la piedra, el poder lo desgarraba, arañando sus sentidos hasta que aullaban doloridos. Allí había una magia que ningún Túnica Negra podía soportar, a

pesar de la calidez y fuerza de la bondad que fluía de la segunda piedra. No obstante, las había tocado a ambas cuando aparecieron, curioso, deseando averiguar qué podía ver y sin importarle el dolor. La primera vez que posó la mano sobre ellas, escuchó musitar un nombre en voz baja:

Y se lanzó de inmediato a la búsqueda de su historia. Con todos los medios que tenía a su disposición, no tardó en averiguar lo poco que se sabía sobre las piedras gracias a libros, rumores y cuchicheos de antiguas leyendas. Originariamente existían cinco dragonitas, una por cada uno de los colores de los dragones cromáticos. En esos momentos, él poseía dos.

Las semanas posteriores al descubrimiento las dedicó a trabajar con ellas, poniéndolas a prueba, curioseando para averiguar qué dejaría escapar la magia. Nada. Poca cosa averiguó. Siempre zumbaban; una le producía un agudo dolor cada vez que la tocaba y, en una ocasión, había brillado un poco. Nada más había conseguido sacar de esas misteriosas piedras y, en aquel momento, descansaban encima de la pila de libros, sin más utilidad que la de actuar como pisapapeles. La magia vivía en su interior, pero resistía todos sus intentos por liberarla.

Los primeros haces de luz de las estrellas penetraron en la habitación, brillando levemente sobre las piedras. Se decía, leyendo entre líneas la tradición local, bordeando el filo de los rumores, que el mago que dominara las cinco dragonitas escucharía las voces de los dioses y que ese hechicero poseería más poder que ningún otro antes que él y no tendría que preocuparse por el poder que pudiera ostentar cualquiera que viniera después. Aquella información hizo latir con fuerza el corazón de Dalamar, y la sangre le corrió apresuradamente por las venas.

¡Necesitaba esa magia! Y podría muy bien encontrarla si seguía la pista de los rumores. Siguiéndolos, o haciendo que alguien los siguiera. Si algo era, era una persona paciente, poco dada a correr tras ganancias a corto plazo. Era mejor, mucho mejor, dedicarse al largo plazo.

Dalamar acarició los lomos de los libros sobre los que descansaban las piedras. Uno estaba encuadernado en cuero de un color tan gris como los ojos de la dama Crysania. Ese hablaba sobre las piedras dragontinas como ningún otro lo hacía, y lo que decía guardaba la promesa del poder que él ansiaba.

El elfo oscuro apartó a un lado los libros, piedras incluidas, y se sentó de espaldas al ventanal. Las vibraciones de la piedra bien alineada le destrozaban los nervios, pero no se apartó. Cerró los ojos y rememoró la imagen de la Hija Venerable de Paladine, ávida por recibir noticias de su dios. ¡Qué hilo tan encantador sería Crysania dentro de la trama de su plan! La imagen de la mujer se desvaneció y vio entonces a las piedras dragontinas reluciendo, no en su memoria, sino a través de sus propios párpados.

Valin ar Tandar avanzaba a grandes Zancadas por las calles que el festival había

dejado vacías. Largas sombras púrpura caían con suavidad sobre los adoquines, ofreciendo sombra, pero poco frescor. El cielo, que había mostrado un azul resplandeciente todo el día, lucía un fulgor más apagado, ya que se acercaba el crepúsculo, pero el calor seguía cayendo sobre la ciudad. Ni siquiera la parte más oscura de la noche ofrecería alivio a la terrible temperatura y la sofocante humedad que prometía lluvia y jamás cumplía tal promesa. El sudor le impregnaba la piel y hacía que la túnica se le pegara a la espalda, obligándolo a anhelar el limpio y seco calor de su hogar en el desierto. Y, sin embargo, por mucho que lo ansiara, no se imaginaba abandonando la ciudad.

Palanthas había sido construida por enanos, según se decía, a imagen de una legendaria ciudad de ogros. Tanto la Ciudad Nueva como la Ciudad Vieja resultaban admirables por su belleza. La luz solar se reflejaba, luminosa, en las avenidas, muros y recargados edificios de mármol, y gentes de todas las razas y pueblos llenaban las calles: humanos, elfos, enanos, incluso algún que otro minotauro si se miraba en los barrios adecuados. Todo aquello resultaba emocionante para Valin, y hacía más dulces sus recuerdos del hogar, pero éstos jamás serían tan seductores como para llevárselo de la ciudad. Ninguno conseguiría apartarlo del Templo de Paladine, de su trabajo allí. Jamás lo alejarían de su señora.

Una joven, sentada a la sombra del muro que separaba la Ciudad Vieja de la Nueva, sonrió cuando Valin se aproximó, enarcando las cejas de un modo que transmitía un franco interés. La blanca piel brillaba a causa del sudor; los cabellos rubios, tan comunes allí y virtualmente desconocidos entre sus compatriotas del desierto, le descendían como un río de oro por la espalda. El mago se detuvo, sólo un momento, para sonreír. Luego, siguió adelante.

En una época, no muy lejana, habría hecho más que sonreír y continuar andando. Se habría sentado junto a ella, le habría hablado y escuchado o encontrado un lugar fresco donde yacer con la joven, lo que fuera que el estado de ánimo de la muchacha prefiriera. Habría sentido placer con ella y ella con él, y tal vez habrían forjado algo en las frescas sombras que durara más allá de un veloz arranque pasional. Tal vez eso habría podido suceder en el pasado, antes de que conociera a la dama. Su querida Crysania.

Con ese atrevimiento se refería a ella interiormente. Su magnífico experimento, así denominaba la sacerdotisa aquel corto medio año que él había permanecido en el Templo de Paladine, pero «Amigo mago» era el apelativo que ella le daba a menudo.

—Mi señora —le respondía él en voz alta. «Mi queridísima Crysania», era como la llamaba en lo más recóndito de su corazón.

¿Quién podía saber que el amor era capaz de chispear en la sangre con la misma luminosidad que la magia? No Valin —desde luego no él— hasta que se convirtió en el magnífico «experimento» de la Hija Venerable.

Como hijo del desierto, había visto el valor, lo había conocido y amado al ver cómo ardía en los corazones de las gentes de su tribu, brillando mientras arrostraban los vientos, las tormentas de nieve, mientras se enfrentaban entre ellos, tribu contra tribu, en la batalla; pero jamás había visto una valentía como la que Crysania había mostrado ese día. La dama se había erguido en toda su estatura ante una masa de gente a la que no podía ver, y por la que rebosaba amor. Tanto amor, que, si pudiera, suprimiría cada una de sus aflicciones, curaría cada una de sus penas y aliviaría sus compungidas dudas y sus pesares. Por esa mujer, esa hermosa Hija Venerable de Paladine, el mago del desierto iría a cualquier parte y haría lo que fuera.

Pasó por callejas en sombras, junto a fardos de ropa que podían ser vagabundos o mendigos desplomados por culpa del calor o el hambre, sin dejar de prestar atención al camino en todo momento. Nunca antes había estado en Las Tres Lunas, sólo conocía la ruta por las instrucciones de su señora y, cuando por fin localizó el lugar, se sintió sorprendido al ver el pulcro escaparate, el bien pintado cartel que mostraba las tres lunas de la magia.

«Lo que es siniestro no siempre lo parece —decía su señora— y lo que es bondadoso a menudo puede permanecer oculto». Como siempre, ella tenía razón.

Una campanilla tintineó con suavidad en lo alto cuando Valin entró en la tienda de artículos para magos. Un aroma, embriagador, surgió por la puerta como un par de brazos dispuestos a acompañarlo al interior. Eran los fragantes perfumes de las hierbas y las especias, de la piel curtida y los líquidos amargos. El mago aspiró de nuevo, con fuerza, disfrutando de la variedad de efluvios mágicos. Permaneció inmóvil en el pasillo principal del pequeño establecimiento, rodeado de estanterías llenas de jarras, botellas, cajas y bolsas. Al fondo, vitrinas de cristal centelleaban, meticulosamente limpias, reflejando los moribundos haces de luz solar en los que revoloteaban y refulgían motas de polvo. Un montón de libros de hechizos, perfectamente dispuestos en un estante, parecían tan viejos que daban la impresión de que se harían añicos con sólo tocarlos. En otro había libros tan nuevos que todavía pudo percibir el aroma del pergamino recién prensado. Paseó los dedos por los lomos de éstos, imaginando el éxtasis de aprender los conjuros, los labios que se movían mientras memorizaba las palabras, ¡el hormigueo en la piel al efectuar los conjuros mágicos!

Al ser un mago rodeado de clérigos en el templo de Paladine, no había tenido demasiadas oportunidades últimamente de practicar su arte. El último hechizo que había lanzado había sido una cosa nimia, unas pocas palabras para colocar una luz ante su señora cuando una antorcha se apagó. No fue una luz para que ella se alumbrara, desde luego que no, ella no necesitaba tales cosas. Crysania se movía en la oscuridad igual que otros lo hacen bajo la luz del sol, con facilidad, con seguridad. La luz había sido para él, para que pudiera verla, contemplar la elegancia con que

andaba, la belleza de su cuerpo detenido ante la puerta de uno de sus clérigos, mientras llamaba para pedir permiso para entrar.

Echaba en falta la magia, pero a menudo pensaba que la había cambiado por otra cosa. Por su dama Crysania, que le sonreía como lo haría a un amigo, que lo llamaba su «magnífico experimento». Que no sabía lo mucho que él la amaba.

Se escuchó una suave pisada y, luego, con afabilidad, la potente y clara voz de una mujer:

—¿En qué puedo ayudarte, mago?

Valin dio un respingo e inclinó la cabeza en un saludo cortés. Ante él se encontraba la propietaria de Las Tres Lunas, Jenna, que era la amante de Dalamar el Oscuro. Formaban buena pareja: ambos eran poderosos y ambiciosos. En una ocasión, Valin había oído a un miembro del templo decir que era una buena cosa que aquellos dos se hubieran unido, porque juntos se vigilarían mutuamente y mantendrían en todo momento el equilibrio de sus fuerzas. «¿Cómo serían nuestras vidas si estuvieran enfrentados, cada uno intentando superar al otro?».

Aquel clérigo había sido Lagan Innis, el Enano de las Colinas, que había marchado hacía unas cuantas semanas en dirección a la Torre del Sumo Sacerdote. Además de un personaje callado, como lo eran la mayoría de Enanos de las Colinas, Lagan era un observador agudo, y sus graciosos comentarios a menudo divertían al mago, que no había tardado en hacerse amigo suyo. Una amistad curiosa, pensaban algunos, la del enano con el mago del desierto, pero como el mismo Lagan había dicho:

—Somos un par de rarezas, mi amigo Valin y yo, porque ¿quién esperaría encontrar a un Enano de las Colinas sirviendo como clérigo de Paladine? Y, por si eso no pusiera a prueba la credulidad, todavía resulta más extravagante un mago, del tipo que sea, en un nido de clérigos. Sí, nos complementamos bien: somos dos curiosidades destinadas a ser amigos.

Movido por una costumbre recién adquirida, Valin ofreció una oración por la seguridad de su amigo ausente, al mismo tiempo que sonreía a la dama Jenna.

—Buenas tardes tengas, dama Jenna. Soy Valin. Vengo...

—Del templo —le ofreció la mano, sonriente.

—Sí, del templo. —respondió él, devolviéndole la sonrisa, que había sido encantadora—. Me halagas, señora, pues no soy un mago tan importante que todos me conozcan.

—¿Es eso cierto? Un Túnica Blanca que vive en el Templo de Paladine desde luego resulta interesante en los círculos mágicos. ¿Cómo va...? —calló, como si escogiera lo siguiente que iba a decir— ¿... qué tal funciona el «experimento»?

Un escalofrío de advertencia recorrió la nuca del hombre, y este tuvo la seguridad de que su interlocutora había estado a punto de decir «el magnífico experimento».

—Bastante bien, supongo. Mi señora prosigue con él y parece complacida. Confieso que no es tan difícil como podría pensarse. En las tribus del desierto, magos y clérigos se tienen mutuamente en gran estima. Empecé esto con menos prejuicios que la mayoría.

De nuevo se formaron los hoyuelos en las mejillas de la mujer. ¡Era una sonrisa tan deslumbrante!

—Qué suerte para ti. Y para tu señora.

—Sí —respondió él con frialdad, pues tenía la sensación de ser transparente como el cristal, y que ella sabía exactamente por qué permanecía en el templo. Tomo una corta bocanada de aire, negándose a mostrar ante esa hechicera algo más que una sonrisa educada.

Sin embargo, la mujer ya tenía lo que quería, de eso estaba seguro. Al igual que su amante, Jenna era una coleccionista de información y observaciones, ya que, de un modo u otro, todo lo que veía o conjeturaba le servía más tarde o más temprano.

—Bien, señor mago, dime qué te trae a mi tienda. ¿Cómo puedo ayudarte?

—La Hija Venerable Cysania me ha enviado con un mensaje para lord Dalamar —respondió él, manteniendo una expresión neutral.

Jenna asintió con calma, como si eso fuera un acontecimiento habitual.

—Comprendo. Tendré mucho gusto en llevárselo.

Tal vez la hechicera no hacía más que mostrarse prudente, se dijo Valin. Sabía que Dalamar y Cysania se ponían en contacto a veces para tratar asuntos de importancia, y puede que Jenna estuviera acostumbrada a transmitir esos mensajes. De todos modos, el mago tenía sus instrucciones.

—Tu ofrecimiento es muy amable, señora, pero se me pidió que hablara con Dalamar en persona.

Por un momento, pensó que ella iba a protestar, pero la mujer se limitó a asentir.

—Desde luego, puedo conducirte hasta él ahora.

Valin aguardó mientras ella iba hacia la puerta y corría la cortina para indicar que la tienda estaba cerrada. Luego murmuró unas palabras en un tono demasiado bajo para que él las oyera y pasó las manos a lo largo de la puerta, colocando un hechizo protector para sellarla. Cuando terminó, el mago vio la aureola del conjuro, como sinuosas motas de magia circundando el umbral.

La hechicera regresó, levantando un enérgico remolino de polvo al arrastrar la túnica por el suelo.

—Iremos a través de mi laboratorio.

Valin siguió a la amante de Dalamar, escalera abajo, hasta el sótano. Los peldaños estaban envueltos en sombras, por lo que avanzó despacio, palpando el camino sobre la fría y húmeda pared. En cuanto pisó la dura tierra, Jenna se adelantó y desapareció.

Valin no distinguió más que una luz, apenas perceptible, en la pequeña estancia;

pero la curiosidad natural lo instaba a querer pasear por ella, a atisbar en las sombras. No obstante, siendo como era un mago, mostró un prudente respeto por el laboratorio de otro mago, y permaneció inmóvil bajo la fría luz azul que iluminaba la zona a su alrededor, con las manos a los costados. Al cabo de un rato, escuchó la suave voz de Jenna. Como había sucedido cuando tejió el hechizo de la puerta, entonces tampoco consiguió distinguir sus palabras.

—Dalamar espera —anunció, cuando regresó instantes después.

Extendió la mano y, al avanzar, el mago vio el círculo de sal en el que la mujer se encontraba: el contorno de un hechizo de transporte. Valin alzó ligeramente la túnica, teniendo cuidado de no alterar el mineral mientras se reunía con ella dentro de la circunferencia. Tan pegada a él estaba la hechicera que sintió su aliento contra su pecho. A continuación, Jenna tomó sus manos en las suyas con dedos fríos, pero con firmeza.

—Si cierras los ojos, no te marearás —sugirió, y pronunció unas palabras que correataron por su mente tan deprisa como un remolino de arena en una tormenta del desierto.

Valin no tenía intención de cerrar los ojos, pues adoraba el hechizo de transporte, el placer de la salvaje carrera por las sendas de la magia.

La fría luz azul adquirió un tono morado azulado y, luego, un morado profundo, que cambió a morado rojizo y por fin a rojo, como el despliegue de un arco iris. Un viento fresco, tan grato tras el calor de la ciudad, acarició sus pestañas, despeinó sus cabellos y le arremolinó la túnica alrededor de los tobillos. El viento se convirtió en un rugido, luego, tan de improviso como había empezado, se apagó. Los colores volvieron a combinarse entre sí hasta que se fundieron en un color negro, y Valin se encontró otra vez de pie sobre tierra firme.

No era realmente tierra. Lo comprendió al bajar la mirada y descubrir una alfombra de primorosos estampados bajo los pies. Se trataba de un suelo de granito pulido, cubierto de alfombras de vivos colores, que se unía a unas paredes color gris pálido cubiertas por tapices exquisitamente tejidos. Se encontraba en un estudio o en una sala de estar, cuyas paredes estaban llenas de hileras de libros. Una de ellas estaba dominada por una alta y profunda chimenea donde las cenizas descansaban, apagadas y frías. Frente al hogar había un pequeño sofá, dos sillas y una mesa baja. Por todas partes se veían libros de hechizos, varitas y botellas selladas con cera y decoradas con bramante. Esferas de plata y de cristal reposaban junto a cajas de madera primorosamente talladas.

¡Un lugar tan luminoso y encantador para alguien como Dalamar el Oscuro! Había imaginado algo peor, con tinieblas y sombras y peligros en cada rincón.

Bueno, todavía se debía de tener en cuenta esto último.

«Lo siniestro, decía su señora, no siempre lo parece».

Justo mientras lo pensaba, vio un movimiento a su derecha, un centelleo de luz, como moras de polvo, sólo que plateadas, arremolinándose, derramándose y girando veloces hasta que, por fin, un elfo, alto y delgado, apareció ante él. Hermoso, con esa belleza inmarcesible propia de los elfos, llevaba una túnica negra de suave tela repujada con símbolos arcanos, algunos de los cuales Valin reconoció y otros no.

—Bienvenido a la torre, Valin. Soy Dalamar. —La voz del elfo era potente y clara; el tono, afable, con esa cordialidad que los extraños acostumbran a dedicarse cuando se saludan.

Un tono bastante inocuo, un saludo relativamente amable; pero, cuando el mago se encontró con los ojos del Túnica Negra, supo que todas las historias que había oído sobre el elfo oscuro tenían que ser ciertas. El auténtico poder de Dalamar residía allí, en la mirada. Valin sintió como si aquellos ojos pudieran ver a través de cualquier artificio, sondear bajo la piel y abrasar su alma.

«Bien, busca todo lo que quieras, señor mago —pensó—. No tengo nada que ocultar».

Como si hubiera escuchado aquel pensamiento con toda claridad, el Señor de la Torre de la Alta Hechicería invitó a Valin a transmitir su mensaje.

El mago inclinó la cabeza, una leve reverencia dedicada al gran hechicero: toda la cortesía que le era debida, pero nada más. Al fin y al cabo, él era el mensajero de la Hija Venerable de Paladine.

—La dama Crysania me envía a pedir un favor, lord Dalamar.

La sonrisa del otro se contrajo y la luz de la estancia menguó, como desterrada por algún poder de su expresión.

Valin notó que se le hacía un pequeño nudo de temor en el estómago. Se volvió en busca de Jenna, pero ésta se mantenía muy ocupada mirando a otro lado. Por un momento, el silencio cayó como un pesado y grueso manto sobre la habitación. Luego, Dalamar dijo con indiferencia:

—Regresa junto a tu señora y dile que sólo hablaré con ella. Desde luego, no tendré inconveniente en considerar cualquier favor que pida, pero tendrá que pedirlo ella misma. No trato con criados.

Valin se irguió, echando los hombros hacia atrás. Ése tal vez sería el modo en que uno se dirigía a un criado, y no importaba si el elfo oscuro había creído que él lo era, pero, desde luego, no era modo de responder a un mensaje de la Hija Venerable de Paladine.

Antes de que el mago del desierto pudiera tomar aliento para responder, el elfo oscuro hizo una seña a Jenna, indicando que podía llevárselo de allí, de vuelta por donde habían venido. Valin intentó protestar, pero la hechicera posó una mano conciliadora sobre su brazo y aplicó una ligera presión para dirigirlo hacia la puerta.

Se volvía ya para marchar, cuando Dalamar lo detuvo, diciendo:

—Di a tu señora que venga en persona, que venga sola. —Como si se le acabara de ocurrir, añadió a continuación—: ¡Oh!, y dile también que tengo un regalo para ella.

Sin decir nada más, dejó a Valin allí de pie en silencio y con la sensación de que ya no tenía nada más que hacer en aquel lugar.

Crysanía se instaló en la pequeña capilla.

Varios de tales sitios existían en el templo: habitaciones tranquilas, pequeñas, más íntimas que la gran sala donde acostumbraba a oficiar. Aquí se celebraban a menudo oficios más privados, rituales para unos pocos devotos. Cuatro bancos cortos proporcionaban asiento a los asistentes, mientras que una pequeña tarima ocupaba el centro de la habitación, destinada al clérigo. Alguien había celebrado una ceremonia allí no hacía mucho; la habitación olía intensamente a velas recién apagadas.

La sacerdotisa aspiró profundamente, dejando que la paz del lugar descendiera sobre ella para mitigar sus preocupaciones y tensiones. En las horas transcurridas desde el festival no había hecho otra cosa que hablar con los clérigos, cada uno de los cuales tenía un rumor u otro que contarle. Habían paseado por el mercado de la Ciudad Nueva a petición suya, reuniendo información, escuchando chismorreos y especulaciones. Todo lo que hallaron lo transmitieron a su señora, y todo lo que habían encontrado se resumía en lo siguiente: Tal como el Señor de Palanthas había dicho, la gente empezaba a sentirse inquieta, en algunas zonas incluso asustada. Si bien Crysanía no demostró lo que realmente sentía ante nadie, allí, en la capilla, se permitió admitir que, también ella, se sentía intranquila, y aquella desazón no había hecho más que aumentar tras muchas horas pasadas en oración.

Paladine estaba en algún lugar muy lejano; era como un ascua que brillaba tenuemente en la distancia en lugar del fuego abrasador que había ocupado el corazón de la mujer. Ella había escudriñado su alma, preguntándose si algo que hubiera hecho, algún pensamiento o acción, la había convertido en indigna a los ojos del dios, pero no tardó en comprender que eso era una reacción infantil. El amor de Paladine era ilimitado, no algo que desapareciera debido a una infracción o a una pequeña duda. No se lo podía juzgar a escala humana, y ella debía ser paciente. Su dios volvería a ella.

Esa tarde, después del festival, algunos de sus clérigos habían solicitado consejo: incluso Aras, que había estado a su lado desde el principio y había sido uno de los primeros creyentes en adelantarse desde las hogueras de la Guerra de la Lanza; y Seralas, que había trabajado junto a ella cuando reconstruían el destruido templo. Un puñado de otros más jóvenes y nuevos a su fe había acudido con dudas también. Todos estaban preocupados, porque en sus plegarias no recibían consuelo por parte de Paladine. Aras, como Crysanía, confesó que había escudriñado su espíritu, preguntándose qué había hecho para provocar que el dios lo mirara con

desaprobación.

Ella les había aconsejado a todos practicar la virtud de la paciencia, aguardar el regreso del dios.

—Nosotros no somos su única preocupación en el mundo, hijos míos. Tal vez sienta que puede contar con nuestra paciencia y confianza mientras se ocupa de otras cosas.

Aquel consejo había confortado a algunos, incluso a la misma Crysania, durante un tiempo. Pero la sacerdotisa no podía negar, en la paz e intimidad de la capilla, que algo no iba nada bien, algo más que aquel calor impropio de la época y los rumores de ejércitos que se reunían.

Dio un respingo al abrirse la puerta, pero contuvo su irritación cuando la voz de Valin interrumpió el silencio.

—Perdona la molestia, señora. Sé que estas orando, pero...

—Dime, Valin —Se irguió en el asiento, y el enfado desapareció al encenderse la esperanza de que trajera un mensaje de Dalamar que pudiera explicar todo lo que sucedía—. ¿Vienes de ver a Dalamar?

Del mismo modo que ella no podía mantener la esperanza fuera de su voz, Valin no pudo erradicar la cólera de la suya.

—No entregué tu mensaje, señora. Esa criatura oscura me pidió que te informara de que no piensa hablar con un criado.

Por un breve instante, se hizo el silencio entre ellos.

—¿Hay algo más, Valin?

—Sí; dice que considerará cualquier favor que se le pida, pero que la solicitud debe provenir de ti en persona. Y también me indicó que te dijera que tiene un regalo para ti.

Espontáneamente, una imagen procedente de sueños perturbadores se abrió paso en su mente: una vaga figura surgía de la lluvia, con las manos ahuecadas como si ofreciera algo.

Sobresaltada, se dijo: «¡No puede ser que haya estado soñando con Dalamar durante todo este tiempo!». Casi se echó a reír. Casi. No, no había habido oscuridad ligada a la misteriosa figura que la llamaba. No importaba lo que Crysania no supiera sobre el sueño, eso al menos sí lo sabía.

—¿Qué regalo, Valin? ¿Lo dijo?

—No a mí —bufó el mago con un suave tono despectivo, al tiempo que se acercaba más; sus pisadas eran apenas audibles sobre el suelo de mármol—. Al mago oscuro le produce un gran placer mostrarse enigmático.

—Sí, es cierto —asintió ella y, recogiendo los pliegues de la túnica en las manos, se puso en pie.

—Señora, no creo que debas ir a verlo. Ha sido una insolencia por su parte

exigirlo. Y... no me gusta esa táctica que emplea.

Crysanía lanzó una carcajada, que sonó como un alegre y melodioso sonido en los confines de la pequeña capilla. ¿Cómo no hacerlo? El estado de ánimo de Valin resultaba tan atípicamente sombrío, sus temores por la seguridad de la sacerdotisa tan desproporcionados a la ocasión...

—No es insolente, Valin. Simplemente desea hablar conmigo en las alturas, en su propio territorio. Muy bien, se lo concederemos si es lo que desea. —Él se irguió muy tieso, listo para protestar otra vez—. Valin, ¿qué imaginas, que me atraerá a su torre y me retendrá prisionera con algún diabólico propósito? No, nos comprendemos bien, Dalamar y yo, al menos hasta el punto de aceptar cada uno la hospitalidad del otro. —Posó la mano sobre el brazo del mago para persuadirlo y, al sentir su contacto él cedió, retrocediendo para permitirle abandonar el estrecho espacio entre los bancos—. Iré a verlo. Al fin y al cabo, soy yo quien quiere pedirle un favor.

Valin y su desaprobación la siguieron al pasillo, donde un acólito que aguardaba para ayudar a la sacerdotisa, echó a andar detrás de ellos.

Recorrieron corredores amplios y ventilados, mientras Crysanía meditaba, y Valin y el acólito la seguían, respetuosos en sus respectivos silencios. Durante el trayecto, la mujer reflexionó sobre el mensaje que le había llevado Valin. Sin duda no se equivocaba al suponer que Dalamar deseaba tratar con ella en su propio terreno. La sacerdotisa no había estado en la Torre desde hacía más de treinta años, no desde aquel fatídico viaje a través del Portal. La Torre de la Alta Hechicería era la última cosa que había contemplado con sus ojos. La última cosa en este mundo. De aquel otro mundo, de aquel horror situado al otro lado del Portal —del Abismo— hacía tiempo que había aprendido a no pensar. El territorio de Dalamar no era un lugar en el que le gustara estar; sin embargo, las imágenes de su sueño la obsesionaban, especialmente aquellas manos en actitud de ofrecimiento, como un donante de secretos. Sentía curiosidad por saber por qué el Amo de la Torre le ofrecía de repente un regalo y por qué aquella imagen perturbadora no le permitía rehusar. Sonriendo para sí, se dijo: «Mi amado dios no me grita sus mensajes, pero tal vez me los susurra en mis sueños».

Crysanía detuvo su paseo, dio unos pasos a la izquierda, y su mano localizó la pequeña columna acanalada que sabía estaría allí, un separador entre un nicho y otro donde, en épocas más benignas, uno podía detenerse y contemplar los amplios jardines del templo. Justo debajo se encontraban los huertos de hierbas medicinales y verduras, las parcelas a las que se dedicaba toda el agua en la actualidad, dejando que los arriates de flores se las apañaran como pudieran en ese Verano del Yunque. A las flores no les iba demasiado bien, y hacía mucho tiempo que no olía los embriagadores aromas de las rosas, las peonías y las glicinas.

—Valin —dijo en voz baja, desviando el rostro de la ardiente brisa vespertina—.

Iré a ver a Dalamar por la mañana. Me gustaría que me acompañaras.

—Estoy a tu disposición, como siempre, señora.

¿Era un leve toque de satisfacción lo que ella percibió en su voz? Tal vez.

—Muy bien. Ve en busca de tu reposo, amigo mago, como yo iré en busca del mío. El nuestro ha sido un día largo y agotador. Ven a buscarme después del oficio matutino.

El mago le dedicó una reverencia, que ella percibió por el sonido de los ropajes susurrando sobre la piel de su acompañante, y también por el movimiento del aire. El hombre del desierto volvió a repetirle lo que ya le había dicho antes: sólo tenía que pedirle lo que deseara y él lo haría.

Justo después de las plegarias matutinas, Valin fue en busca de su señora para conducirla a Las Tres Lunas. Una vez fuera de las puertas del templo, él le ofreció el brazo, como hacía siempre, y ella lo tomó. Su contacto, ligero y confiado, lo conmovía profundamente. La mujer no se aferraba a él, ni tampoco se sobresaltaba a cada sonido o cambio en la superficie bajo sus pies; confiaba en su guía y avanzó por calles anchas y estrechas, dejando atrás callejas y jardines resecaos y abrasados por el sol. Incluso en los desconocidos alrededores de la tienda para magos de Jenna, apenas si necesitó otra guía que un aumento de la presión de su mano sobre la de ella para conducirla.

La sacerdotisa alzó la cabeza, atenta, y sonrió con amabilidad cuando Valin dijo:

—Dama Jenna, mi señora Crysania ha llegado.

Jenna, con los verdes ojos iluminados por la curiosidad y con cierto destello de satisfacción en ellos, hizo una reverencia ante la dama y murmuró una bienvenida.

—¿Cómo puedo ayudarte Hija Venerable?

Valin dirigió una rápida mirada a Crysania y captó su leve sonrisa de complicidad. Desde luego Jenna sabía muy bien por qué la sacerdotisa estaba aquí.

—Dama Jenna —repuso Crysania—, he venido a ver a Dalamar. ¿Nos llevarás ante él?

—Desde luego, señora.

Su voz sonaba cansada; los ojos no brillaban tanto como debieran. Horas de vigilia producían ese aspecto. Valin se preguntó si Jenna habría pasado una larga noche dedicada a la magia o al amor en el lecho del elfo oscuro. Puede que hubiera hecho ambas cosas, pensó, o tal vez sólo había sido una noche de incertidumbre, preguntándose qué tramaba su amante. No debía de resultar fácil, se dijo, verse obligada a vigilar siempre el equilibrio de sus mutuos poderes.

Jenna indicó a un joven Túnica Roja que ocupara su puesto tras el mostrador, y mientras ella los acompañaba al sótano, la hechicera miró a Valin enarcando las cejas interrogativamente. Crysania tenía que ir sola, indicaba aquella mirada de advertencia.

El mago devolvió la mirada a Jenna, desafiándola a decir algo, pero ésta se limitó a encogerse de hombros, como diciendo que su desacato a la orden de Dalamar era algo que él tendría que explicar y nada tenía que ver con ella. Alargó una mano para guiar a Crysania, que la siguió de buen grado.

—Hay unos peldaños, señora —musitó la hechicera al tiempo que llevaba a la Hija Venerable hasta lo alto de la escalera—. Cuenta doce, y el decimotercero será el suelo.

Crysania realizó el recorrido sin problemas, con Jenna delante y Valin detrás. Una vez en el laboratorio, siguió las instrucciones de la mujer de colocarse en el interior de un círculo. Ambos magos le ofrecieron los brazos, pero ella los rechazó con un gesto.

—Aconsejo a la mayoría que cierren los ojos mientras lanzo el conjuro, señora, para evitar la sensación de mareo, pero tú no tendrás ningún problema. Límitate a permanecer inmóvil y a mirar al frente. Tendrás la sensación de que caes, pero puedes creerme cuando te digo que no caerás.

Valin permaneció muy cerca de la sacerdotisa, con el corazón henchido de amor y orgullo al verla. Las palabras del hechizo descendieron a su alrededor, y ella ni siquiera titubeó cuando las luces de resplandecientes colores y todas las energías que representaban se arremolinaron alrededor de ellos. Daba la impresión de que se encontraba en su propio jardín, con el rostro acariciado por una fragante brisa primaveral, mientras el hechizo de transporte de Jenna los trasladaba volando por sendas mágicas. Sólo una vez demostró cierta reacción, y fue para sonreír, cuando volvió a sentir el sólido y frío suelo bajo los pies.

Se tambaleó unos instantes, y Valin la sujetó del brazo.

—¿Señora?

—La torre; nunca he olvidado su olor.

Y no había estado allí en treinta años, no desde aquel día en que llegó pudiendo ver y volvió a salir ciega. Que siniestra y terrible debió de haberle parecido entonces, llena de terrores y espantos en cada esquina.

—No me tenías a mí a tu lado entonces, señora —musitó él, en voz baja para que sólo ella pudiera oírle—. No debes temer nada ahora.

La sacerdotisa alzó la cabeza para decir algo, luego calló. En un santiamén, Dalamar apareció junto a ella, tomando su mano y realizando una reverencia. Valin esperaba ver una lucecita burlona en los ojos del elfo oscuro, y la vio; pero también vio respeto.

—Hija Venerable, espero que te encuentres bien.

—¡Ah, milord! —Levanto la cabeza, y sus oscuros ojos centellearon con una risa muda—. Por tu voz da la impresión de que estás muy bien. Cuando te oí en la plaza ayer, sonaba... ronca. Temí que tuvieras problemas de salud.

Él la contempló un buen rato, con los ojos relucientes y los labios fruncidos de mala gana en una leve sonrisa.

—¿Tan fácil resultó reconocerme, señora?

—No; no es tan fácil reconocer al servidor de Nuitari cuando viene a pedir noticias de Paladine.

Entre ambos, el aire se cargó de electricidad preñada de mudo desafío. Valin permaneció cerca, el protector siempre a su lado.

—¿Qué noticias hay, pues, señora? —inquirió Dalamar con voz aterciopelada.

—Esas mismas noticias que imaginas, milord.

—Comprendo. Bien, en ese caso me alegro de haberte pedido que vinieras, y te agradezco que accedieras a mi petición.

—No me diste demasiadas opciones —murmuró Crysania, dejando entrever tan sólo un sutil deje sarcástico en sus palabras—. No quisiste hablar con mi mensajero.

—¡Ah! —Dalamar guió la mano de la mujer hasta el brazo de él, la condujo por la lisa superficie y ascendió con ella un tramo de escaleras—. Lo que sucedió fue que he tropezado con algo sobre lo que tú y yo debemos hablar. En realidad es algo que creo que deberías tener. Y quería regalártelo en persona —dijo en tono jovial— Aunque veo que el mensajero que elegiste ha preferido no transmitir esa parte del mensaje en la que te pedía que vinieras sola.

Valin mantuvo el paso, como si el elfo oscuro no hubiera hablado; y Crysania se limitó a reír, como si le comunicaran una divertida fechoría.

—No, no lo hizo. Pero no me sorprende. Mi gente me protege tanto como la tuya a ti. —Señaló significativamente a la hechicera Túnica Roja que los seguía en silencio.

—Te equivocas con Jenna, señora —repuso él, encogiéndose de hombros—. Me ha dicho que no tiene demasiado tiempo para mí esta mañana y que debe regresar de inmediato a su tienda. ¿No es así, mi amor?

«Son tan fantásticos en eso», pensó Valin, observando cómo uno arrojaba la pelota y él otro la recogía limpiamente.

Jenna realmente parpadeó cuando dijo:

—No puedo dedicarte ni un instante, Dalamar.

—Y Valin puede esperar contigo, ¿verdad?

El mago del desierto se encontraba en la torre más siniestra de todas, en presencia del más siniestro de los magos, pero aun y así, se mantuvo firme.

—No, milord —repuso en un sombrío tono respetuoso—. Valin no va a ninguna parte a menos que se lo diga su señora.

Dalamar lo miró de reojo, contemplándolo fijamente durante un buen rato; luego se encogió de hombros y dijo a la sacerdotisa:

—Dale tus instrucciones, señora. Si le confías tus secretos, entonces yo no tengo

ninguna objeción a que nos acompañe. Si no es así...

Crysanía alargó el brazo hacia atrás, y su mano encontró el brazo de Valin.

—Este hombre es uno de mis consejeros de más confianza. No tengo secretos para él.

—Muy bien. En ese caso tampoco los tendré yo.

Nadie lo creyó ni siquiera fingió hacerlo. En un sombrío silencio, inflexible, Valin siguió a su señora y a Dalamar el Oscuro por la escalera de caracol, ascendiendo por la Torre, hasta llegar a la habitación del elfo.

El Señor de la Torre vivía bien, se dijo el mago mientras miraba en derredor. Las sillas eran grandes y mullidas, y alfombras tejidas en lugares remotos suavizaban el suelo. Una multitud de velas ardían, sobre mesas, sobre alféizares, en soportes situados en rincones elevados de la estancia. Un grueso y alto cirio iluminaba el escritorio de Dalamar, una luz solitaria en aquel espacio a oscuras, y relucía en las repujadas encuadernaciones de una gran pila de libros.

—Una silla para ti, señora —indicó el elfo, al que le divertía representar el papel de afable anfitrión ante Crysanía—. ¿Quieres un poco de vino?

La sacerdotisa aceptó la silla, agradeció el vino e hizo una seña a Valin para indicarle que fuera a colocarse detrás de ella, lo que éste hizo, manteniéndose lo bastante cerca para observar la luz de las velas sobre su piel, y para oler el suave aroma de su oscura y suelta cabellera.

—Tu hospitalidad es muy generosa —manifestó la Hija Venerable, y a continuación tomó un sorbo de vino—. No abusaré mucho tiempo de ella. Seré franca contigo, y espero que tú lo serás conmigo. Vine a hablar sobre lo que sucedió en el festival. Has contestado a mi pregunta, y tal vez yo he respondido a una que pudieras tener. Y así pues ambos nos preguntamos por qué los dioses se han quedado silenciosos.

—Sí —contestó Dalamar—, los dos nos lo preguntamos. Y nos haremos preguntas sobre otras cosas, tú y yo, antes de que acabe el día. —Se inclinó al frente y depositó una pequeña caja lisa en sus manos—. Espero que tu criado —lanzó una negra mirada a Valin— te comunicara al menos la parte de mi mensaje referente al regalo que tengo para ti.

Si Crysanía percibió el inquieto movimiento de su compañero, no lo demostró, y se recostó en el asiento, deseosa de ver cómo acababa todo aquello.

—Sí, me dijo algo sobre ello. Eres muy generoso.

—Eso me gusta pensar, pero no puedo atribuirme el mérito en esta ocasión. Creo que este regalo fue dejado aquí para ti.

—¿Es eso cierto? —Crysanía ladeó la cabeza— ¿Por quién?

La luz de las velas y las sombras se proyectaban sobre el elfo oscuro, ocultando su expresión.

—No lo sé. Tal vez lo sabrás tú cuando veas lo que hay en la caja.

Con la cabeza alzada, alerta, Valin observó atentamente mientras Crysania examinaba la pequeña caja de porcelana y soltaba el diminuto pestillo de metal. Había dos pequeñas piedras en su interior, ninguna tenía nada de extraordinario, y ambas parecían recién salidas del terreno de algún labriego. Crysania introdujo la mano en el interior, tocó una y, luego, alzó la mano con expresión interrogante. Al no recibir respuesta, tocó la otra. Suspiró cuando los dedos se cerraron alrededor del segundo guijarro. Valin, situado junto a ella vio en los oscuros ojos la misma mirada que estaba acostumbrado a ver cuando la mujer tocaba su medallón del dragón, una emanación de alegría. No habló, pero sus labios formaron una palabra, un nombre amado.

Paladine.

Una vela siseó, al encontrar la llama una mecha defectuosa. La luz parpadeó, haciendo que las sombras corrieran veloces por las paredes. Colocado frente a Crysania, Dalamar se arrellanó en un silencio expectante, con el rostro inmutable como una máscara. Situado al lado de la sacerdotisa, Valin posó una mano con suavidad sobre el hombro de la mujer como si quiera decirle: «Estoy aquí, señora».

Ella no hizo el menor gesto para indicar que había notado el contacto, sino que se limitó a alzar la cabeza y girar en dirección al punto dónde había oído por última vez la voz del hechicero. Aquella mirada ciega podía resultar intimidante, Valin lo sabía muy bien, pero Dalamar no reaccionó.

—Me estás diciendo, Dalamar, que estas piedras aparecieron aquí... misteriosamente. Pero ¿por qué imaginas que son para mí? —Con el pulgar, Crysania recorrió la irregular suavidad de la piedra más poderosa.

El elfo oscuro alzó un vaso de rojo vino y lo sostuvo ante la luz de una vela para admirar el efecto, en un gesto teatral.

—Estoy seguro de que puedes detectar el poder de una. Y también estoy seguro de que puedes imaginar por qué no me sería de utilidad a mí.

«Ha hilado demasiado fino, se dijo Valin. Incluso el más pequeño de los talismanes del Bien se resistiría a las maquinaciones del oscuro hechicero, y esta piedra, que radia toda la energía del Bien, resultaría peor que inútil para Dalamar».

El mago del desierto imaginó que sería un veneno para el Señor de la Torre si la tocaba con las manos desnudas.

—¿Para qué otra persona podría estar dirigido un objeto del Bien tan poderoso? —repuso el hechicero— Creo que se trata de piedras dragontinas. No son todas las dragonitas que existen, puesto que hay otras más aparte de éstas, pero aquí hay dos de ellas. —Se levantó y fue hacia su escritorio, extrayendo un libro del montón, que dejó caer sobre la mesita baja situada entre sus asientos—. Desde que descubrí estas piedras, he recurrido a mis libros y he buscado en ellos lo mejor que he podido.

¿Conoces la leyenda de las piedras dragontinas, señora?

Crysanía alargó la mano para tocarlas y la tensa línea de sus hombros se relajó como si escuchara susurradas frases de consuelo.

—Diviértete un poco.

—No es muy conocida —empezó él, abriendo el libro de golpe, para a continuación empezar a pasar las páginas con rapidez—, excepto entre los elfos. En la Era de la Luz, en los tiempos de Silvanos, el gran jefe elfo, éstos se unieron por primera vez, unificados cómo nación. Se instalaron en el sur, en un bosque encantado en lo que hoy conocemos el nombre de montañas Khalkist. Pero el territorio era hogar de dragones, a quienes, como podrás suponer, no les gustó que los elfos hubieran elegido ese lugar para vivir. Así pues estalló la guerra.

—La Primera Guerra de los Dragones —intervino Crysanía, recordando las leyendas transmitidas a través de los años por los bardos.

—Sí; los elfos se aliaron para combatir a los dragones y expulsarlos de la tierra que habían elegido. Se dice que los tres dioses de la magia vivían en Krynn entonces, y que regalaron a los elfos cinco piedras mágicas. Piedras de gran poder, para que pudieran derrotar a los dragones. Aquellos objetos poseían el poder de capturar los espíritus de los dragones y, cuando los elfos los usaron, la magia convirtió en roca los enormes cuerpos de los reptiles.

»Llegados a este punto las historias difieren. Algunas cuentan que las piedras se convirtieron en joyas engastadas en los ojos de los dragones de piedra. Otras dicen que los elfos volaron muy lejos a lomos de grifos y arrojaron las piedras a pozos sin fondo en las elevadas montañas. Los dioses de la magia fueron desterrados, entonces, de la faz de Krynn por haber interferido en asuntos de mortales.

Crysanía aguardó, ensimismada en el relato. Junto a ella, Valin seguía en pie, incansable, escuchando atentamente, pero Dalamar no apresuró su relato. Del exterior les llegaron los sonidos de las idas y venidas de magos por la Torre, voces ahogadas, la caída de algo pesado, carcajadas clandestinas en las salas del poder.

—Se cuenta —continuó por fin el elfo oscuro—, que casi mil años después, los enanos encontraron las mágicas dragonitas que los elfos habían arrojado a las profundidades de las montañas y, rehuendo como rehúyen ellos siempre la magia, dieron las piedras a un Dragón Rojo, quien por su parte ordenó que éstas fueran arrojadas al caldero de un volcán inactivo, llamado Montaña de la Reina Oscura. El volcán entró en erupción entonces, dando origen a los Señores de la Muerte, el anillo de volcanes que rodea Sanction. Se dice que la explosión de color procedente de las piedras se convirtió en los ojos de la constelación de Takhisis.

Valin se aproximó más a su señora, mientras un escalofrío le recorría la espalda al escuchar el nombre de la Reina de la Óscuridad.

—Señor... —empezó el mago y calló hasta que Crysanía le indicó con una seña

que podía continuar—. Si las piedras estallaron para convertirse en los volcanes, ¿cómo podrían ser estas piedras las mismas?

—Tienes toda la razón al preguntar —repuso Dalamar, desmintiendo sus palabras con la expresión de su rostro, que indicaba con toda claridad a Valin que se había extralimitado. El hechicero dio unos golpecitos a las páginas del libro—. Las referencias que he encontrado citan realmente una explosión de color procedente de las piedras, y no puedo evitar preguntarme, ¿significa eso que las piedras mismas estallaron y quedaron destruidas? Tal vez se hicieron pedazos, y quedaron algunos restos.

»Hemos hablado de cosas sobre las que nos hacemos preguntas, señora, y aquí hay una. He leído en este libro un interesante relato sobre cómo una hechicera poderosa encontró un objeto mágico en las montañas Khalkist hace cientos de años.

Hizo una pausa, que Crysania aprovechó para entregar la caja con las piedras a Valin y decir:

—Continúa, por favor.

—Puesto que era una hechicera de gran integridad, comprendió lo peligroso que podía resultar ese talismán de caer en malas manos. Así pues, usando el poder del mismo objeto, lanzó un hechizo sobre él.

—Pero hay dos piedras, no un solo objeto —protestó el mago del desierto.

—Sí, a primera vista, esta historia no parece encajar. Hasta que se averigua el conjuro que realizó la mujer.

Sobre la mesa, una vela se extinguió y la oscuridad cayó sobre el libro. Con un leve gesto, Dalamar hizo regresar la llama, que se elevó con fuerza y ardió alegremente. Esbozando una sonrisa irónica, el elfo oscuro giró el libro de modo que el mago del desierto pudiera leerlo.

—El primer conjuro fue de ocultación —continuó Dalamar—, para cambiar el aspecto del objeto. Las piedras dragontinas originales poseían los colores de los dragones: rojo, verde, azul, negro y blanco. De modo que si se cambió el aspecto, éstas podrían muy bien ser esas mismas piedras.

—No soy experto en la lectura de estas antiguas lenguas, señora —manifestó Valin—, pero creo que aquí dice que el último conjuro fue una «ligazón».

—Me temo que sigo sin comprender —intervino Crysania, sacudiendo la cabeza.

—Lo que realmente dice —corrigió Dalamar—, es una «unión».

—Y la hechicera no habría lanzado un conjuro de «unión» sobre un solo objeto —concluyó Valin.

—Sí, ésta es la conclusión lógica. Pero, al parecer tienes ciertos conocimientos sobre antiguas lenguas elfas. Lee con más atención, señor mago.

El otro hizo caso omiso de aquel tono despectivo y acercó más la vela para poder leer la descolorida escritura. Se trataba de una traducción mediocre, pero bastante fiel

al mensaje auténtico. Volvió a colocar la caja en las manos de Crysania, con un gesto atento y suave al tiempo que le decía:

—Creo, señora, que ésta es la historia verdadera de lo que sucedió a las piedras dragontinas, o a sus restos, tras la gran explosión de la Montaña de la Reina Oscura. Sin embargo, debo confesar que no sé cómo han ido a parar estas dos a manos de lord Dalamar.

—Pues tal como nos ha dicho él: llegaron aquí de forma misteriosa —respondió ella, llena de dulzura, igualando, por el momento, la ironía del elfo oscuro.

A Valin estuvo a punto de escapársele una carcajada al ver la expresión del hechicero, que enarcó repentinamente las cejas. Como si percibiera su repentino estado de ánimo, la sacerdotisa alzó una mano para tranquilizarlo.

—Lord Dalamar, sé que hay bondad y amabilidad en tu interior y, por lo tanto, sé que me perdonarás por dudar de tus motivos.

«Si no de tu relato» pensó Valin, con los ojos entrecerrados y observando cómo su anfitrión lanzaba una risita ahogada al escuchar las palabras de Crysania, disfrutando, claramente, con la educada controversia.

La Hija Venerable alzó una mano para apartarse un rebelde mechón de negros cabellos de la mejilla.

—Sé que has dicho que esta piedra no te serviría de nada, pero no imagino que me la entregues sin mediar un motivo. Debe de haber algo que esperes obtener.

—¿Cómo podría yo esperar ocultarte mis motivos, señora? —rió Dalamar, irónico—. Confieso que esperaba encontrar la piedra negra que se supone forma parte del juego. Y también habría deseado ver reunidas las cinco piedras.

—¿Reunidas? —Crysania se inclinó al frente—. ¿Sabes dónde están las otras tres?

—Sé lo que rumores y viejas leyendas me cuentan. —Hizo una pausa.

Valin también se aproximó, escuchando con atención a lo que estaba seguro no iba a ser una respuesta satisfactoria.

—Ya estarás enterada de que el Cónclave de Hechiceros celebrará reunión dentro de poco.

La Hija Venerable no se movió en absoluto ni alteró su expresión, y eso indicó a su compañero que la mujer escuchaba con suma atención.

—Eso he oído, y también que os reuniréis para discutir ciertos asuntos importantes relacionados con la concentración de tropas en el este. Tal vez hablaréis de este Verano del Yunque y del silencio de los dioses.

—Sin duda hablaremos de muchas cosas, señora.

Era la mejor respuesta que sacaría de él, y no resultaba tan malo en realidad. Crysania volvió a recostarse en su asiento y cruzó las manos sobre el regazo.

—Y he oído hablar de los hechiceros Túnica Gris. A lo mejor lo comentaréis.

—¿Has oído hablar de ellos? Vaya. Yo también.

Dalamar se inclinó para volver a llenar la copa de vino de su invitada y añadió:

—Sin embargo, como comprenderás, con la reunión del Cónclave dentro de pocos días, yo no puedo ir a recuperar las piedras dragontinas perdidas. — Permaneció en silencio unos instantes. Luego le tocó la mano y los dedos se le cerraron alrededor de los de la mujer—. Estas piedras aparecieron misteriosamente, como ya he dicho. Realizaré cualquier juramento que desees para dar fe de lo que digo.

—¿Cualquiera?

—Todos.

La sacerdotisa lo creía, y Valin se dio cuenta de ello. La mujer, en su bondad, siempre era capaz de encontrar la más mínima disposición para la sinceridad en cualquier persona.

—Sigue —dijo.

—No le confiaría el asunto a ninguno de mis magos, pero sí a ti, señora —la luz de las velas parpadeó sobre el rostro del elfo, provocando un juego de luces y sombras sobre él—, y por lo tanto te suplico que consideres la posibilidad de aceptar estas piedras y asumir la búsqueda de los demás.

Valin retomó su examen del libro, pero lo hizo con los oídos bien aguzados.

—Yo particularmente pensé que te sentirías interesada cuando te enteraras de más cosas sobre el poder de las piedras. Si interpreto el texto correctamente, el hechizo lanzado sobre ellas hace tantos años le permitiría a un clérigo comunicarse de forma directa con uno de los dioses.

Crysanía cerró las manos sobre la caja.

—Se dice que la persona que reúna las cinco piedras será capaz de ponerse en contacto con los dioses y hablar con uno de ellos de forma más directa e íntima de lo que podría conseguirlo cualquier mortal por sí mismo.

La sacerdotisa se tocó el medallón que le pendía sobre el pecho.

—No —dijo apresuradamente Valin. Llevó los dedos hasta el final de la página que había estado leyendo, le dio la vuelta para mirar la siguiente y, luego, volvió a pasar las hojas hacia atrás. Había un trocito de papel insertado entre las páginas y cubierto de escritura—. No, señora, no puedes ni pensar en hacer esto. —Hizo dar la vuelta al libro de modo que volviera a mirar hacia Dalamar—. ¿Acaso he malinterpretado este documento adjunto?

—¿De qué hablas? —Crysanía giró la cabeza de uno al otro.

—Mi propia interpretación de un mapa antiguo —intervino Dalamar, encogiéndose de hombros—. Según todas las indicaciones, las piedras restantes se encuentran en Neraka.

Dalamar observó con atención cómo Crysania mantenía su expresión cuidadosamente neutral. Viendo sus ojos, tan oscuros e inmóviles, se podría pensar que él no había pronunciado el nombre de Neraka; se podría pensar que había hablado de Solace u Olmo Alto o cualquier otra ciudad. No obstante lo tranquilo que aparecía su rostro, las manos de Crysania se movieron, una para cubrir a la otra sobre la caja de porcelana.

Nadie, ni siquiera lady Crysania, podía escuchar el nombre de Neraka sin reaccionar. En aquella ciudad se encontraba el templo en ruinas de Takhisis, un lugar de siniestra y profunda maldad. Desde antes de la Guerra de la Lanza, la ciudad había pertenecido a la Reina de la Oscuridad. Era su territorio, y sólo sus servidores vivían allí. Situada en el corazón de las montañas Khalkist, rodeada por volcanes borboteantes, Neraka era tan impía como su señora. Nadie que no fuera un seguidor de Takhisis podía acercarse a ella.

La reacción del Túnica Blanca resultó tan satisfactoria como la de Crysania, si bien más fácil de determinar. Valin miró fijamente al elfo oscuro con ojos llenos de odio.

«Bien —se dijo Dalamar, levantándose para permanecer en pie con rebuscada indiferencia—, éste es tan fácil de leer como el libro que sostiene. Será muy útil; muy útil en realidad».

—Desde luego —dijo, como si nadie hubiera reaccionado en absoluto—, ahora que te he dicho dónde están las piedras, y te sientes adecuadamente satisfecha y agradecida por la información, estoy seguro de que estarás de acuerdo en que es justo que tú hagas algo por mí. A cambio de entregarte estas dos piedras, te pido aceptes un guía que yo elegiré, para que te acompañe a Neraka y te ayude a encontrar las piezas que le faltan.

—No —gruñó Valin, y Crysania lo acalló con un gesto.

—Suponiendo que esté dispuesta a realizar tan peligroso viaje, ¿por qué habría de querer un guía cuya lealtad estuviera totalmente de tu parte?

El tono de su voz denotaba suspicacia, pero Dalamar estaba seguro de que ya estaba decidida. Sonrió, sin preocuparse en disimular su expresión de triunfo.

—La primera prioridad del guía será tu propia seguridad, te lo aseguro, señora. Puesto que hay cinco piedras dragontinas, estoy convencido de que estarás de acuerdo en que cinco sería el número correcto de miembros para tu grupo. Yo elijo sólo a éste, el guía. Los otros serán sin duda los más valientes, los más competentes,

los más leales miembros de tu séquito.

Un temblor de emoción recorrió el rostro de Crysania.

¿Era impaciencia, la noción de que en algún punto había perdido el control de la situación? En efecto, porque la decisión siguió a aquella impaciencia, y la mujer se puso en pie, alisándose los pliegues del vestido y sonriendo con amabilidad mientras decía.

—Gracias por tu hospitalidad, milord. El vino era bueno y la conversación fascinante. Desde luego que considerará tu propuesta.

La sacerdotisa cerró la caja de porcelana y se la entregó a Valin, que rodeó la mesa para ofrecerle el brazo sin dejar de mirar a Dalamar con expresión furiosa.

—Valin... —susurró el hechicero al mago del desierto cuando pasó por su lado en dirección a la puerta—. Me gustaría conocerte mejor. Ven a verme mañana y charlaremos de mago a mago.

Valin abrió la boca para decir algo, pero se contuvo. Crysania sin duda debía de haberlo oído también, pero no dijo nada mientras salían. El buen anfitrión, el atento observador, Dalamar, los siguió. Cómo ya sabía que sucedería, encontró a Jenna aguardando fuera de la estancia, inmóvil y paciente bajo la luz de una antorcha sujeta a la pared.

—Creía que habías regresado a tu tienda, querida —manifestó el hechicero en voz baja y afable en honor de sus acompañantes.

—Y aquí estoy otra vez para conducir de nuevo a tus invitados —respondió ella con una fría sonrisa.

—Vaya, tu sentido de la oportunidad es impecable, como siempre. La Hija Venerable está lista para partir ya.

Jenna hizo intención de encabezar la marcha por la larga escalera, pero Dalamar la retuvo con un ligero roce y dejó que Valin encontrara el camino solo por el momento. La mujer se inclinó hacia el elfo oscuro, y le puso la mano en el brazo, los verdes ojos le brillaban.

—Y ¿qué triquiñuelas estás tramando ahora, mi amor? —preguntó.

Él la rodeó y le propinó un rápido apretón antes de empujarla con suavidad hacia la pareja.

—No es ninguna treta. Me limito a arrojar guijarros al estanque y a observar las ondulaciones del agua. —Se llevó un dedo a los labios—. Fíjate; voy a arrojar otro. —Inclinándose sobre la barandilla, observó cómo Crysania penetraba en las pertinaces sombras del fondo, y llamó—. ¿Señora?

Crysania levantó la cabeza, el pálido rostro contrastaba con la oscuridad. Junto a ella, Valin se puso alerta.

—Nuestra conversación avanzó con tanta rapidez que hay otra cosa que no tuve oportunidad de mencionar... —Dejó que el silencio se prolongara durante un largo

momento, luego continuó—: La hechicera que colocó el hechizo sobre las piedras pertenecía a mi orden. Podría muy bien suceder que quienquiera que localice las otras tres piedras y las empareje con éstas se encuentre invocando la sabiduría de Takhisis.

Escuchó el siseo de un sobresalto y, a su lado, Jenna repitió el sonido con suavidad.

—Silencio —musitó Dalamar—. Debes limitarte a observar, amor mío.

Resonaron las pisadas en los peldaños de piedra cuando Valin inició el ascenso hacia el elfo oscuro, pero la sacerdotisa le hizo retroceder al instante, tirándole con fuerza de la túnica.

—Valin, ¡no te muevas!

Dalamar rió por lo bajo. Percibía la creciente cólera del otro al tiempo que contemplaba cómo se veía obligado a estarse quieto, siendo como era el obediente servidor de la Hija Venerable.

—¡Piensa! —musitó Crysania—. Puede matarte con una palabra.

Jenna descendió veloz por la escalera, entre el susurro de sus ropajes y el taconeo de sus pasos. A su espalda el elfo oscuro permaneció en el descansillo, apenas visible en las sombras.

—¡Oh, no, mi señora! Me juzgas mal —dijo, sin dejar de sonreír—, puedo matarlo con mucho menos que una sola palabra.

Valin se puso en tensión y dio otro paso hacia arriba, pero Crysania incrementó su presión.

—¡Valin! —advirtió.

¿Rechinaba los dientes el mago? Dalamar profirió una risita, pero silenciosa. Claro que sí. A pesar de todo ello, el Túnica Blanca no abandonó el lado de su señora.

—Regresaré —dijo el mago del desierto, mirando hacia la oscuridad de lo alto como si la visión corriente pudiera atravesar la penumbra.

—¿Me amenazas? —Dalamar fingió sentirse sorprendido.

—No, señor mago —respondió él con frialdad— Yo digo una cosa, y a continuación, la llevo a cabo.

En ese instante Jenna llegó hasta ellos, y se colocó frente a Valin para llevárselo de allí.

—Venid conmigo. ¡Ahora! Os llevaré a los dos de vuelta.

—Su tranquila voz autoritaria ahogó cualquier comentario que Dalamar hiciera en respuesta a la promesa de Valin.

El polvo formaba una gruesa capa sobre la calle frente a Las Tres Lunas. La humedad flotaba en el aire como un sudario, y a Valin le dio la impresión de que el olor de la ciudad empeoraba de día en día, de hora en hora: la basura se pudría en los bidones situados frente a las pequeñas tiendas y las casas; los animales muertos por culpa del calor se descomponían en las cunetas. Palanthas empezaba a parecer un hermoso

cadáver que llevara demasiado tiempo sin enterrar.

El mago anduvo en silencio junto a su señora, con la cólera bullendo aún en su interior. ¿Cómo había osado el elfo oscuro tratar a la Hija Venerable de Paladine del modo en qué lo había hecho? ¿Cómo se atrevía a llamarla sólo para exponerle un plan como aquél, sugiriendo que recogiera y marchara a la impía Neraka en busca de unos talismanes que podrían —¡si rumores, leyenda y conjeturas eran ciertos!— ponerla en contacto con la Reina de la Oscuridad en persona?

Echó una rápida mirada a Crysania, a todas luces absorta en sus pensamientos, y un escalofrío le corrió por la espalda.

—Mi señora, ¿no estarás pensando..., no vas a aceptar esta misión insensata, verdad?

Ella alzó la cabeza para indicar que lo había oído, pero no dijo ni palabra.

A Valin el corazón le empezó a latir con violencia. ¡La sacerdotisa lo estaba pensando!

—Mi señora, por favor...

El polvo se arremolinaba alrededor del repulgo de sus túnicas y las ratas correteaban por los callejones. En el bronceo cielo, el sol caía a plomo, implacable como un martillo sobre un yunque.

—Estoy pensando. —Crysania palmeó su brazo distraídamente.

—¿Pensando en qué?

—Pensando en un sueño que he tenido... uno que regresa a mí una y otra vez.

No dijo nada más durante un buen rato, y el mago pensó que tal vez se preparaba para hablarle del sueño, pero, al final, la sacerdotisa se limitó a sacudir la cabeza.

—Hemos oído unas historias interesantes hoy, Valin, y algunos rumores y conjeturas. Pero lo que no puedo apartar de mí es esta pregunta: ¿Si las piedras dragontinas estaban destinadas únicamente a propósitos malvados, no se las habría quedado Dalamar para él? Dice que no piensa confiar la misión a uno de sus magos, pero no lo creo. Les confía toda clase de cosas en esa torre suya. Lo que está claro es que ninguno de sus magos podría usar la piedra que tenemos aquí. —Alzó la caja que sostenía, y la luz del sol cayó sobre la blanca porcelana, centelleando en el cierre dorado—. Y por lo tanto ningún mago suyo conseguiría volver a conectarla con las otras.

—Ni tampoco podrás tú conectar estas dos con la que esté imbuida de magia oscura —resopló Valin.

—Bueno —respondió Crysania, permitiéndose una sonrisa—, estarías en lo cierto si yo fuera un mago de tu orden. Pero yo no soy una hechicera. No resultará agradable para mí manejar la piedra oscura, pero no será tan doloroso, tal vez letal, como sería si yo Fuera una Túnica Blanca.

«No sería agradable». El mago meneó la cabeza ante la inmensidad de su

eufemismo; para la sacerdotisa resultaría más que desagradable manejar la piedra oscura. Sería algo de pesadilla. Sin embargo, ella tenía razón: no resultaría fatal.

—Pero, señora, ¿por qué tendrías que hacerlo? ¿Por qué trabajar para él?

Crysanía giró la cabeza y la alzó hacia él; fue como si le mirara directo a los ojos.

—No tengo intención de trabajar para él, amigo mío. No más de lo que él tiene intención de trabajar para mí. Es una cuestión de fe, Valin. Para mí, todas las cosas se resumen en cuestiones de fe.

—Pero...

—Valin —advirtió ella, palmeando su brazo como si él fuera una criatura pequeña rebosante de preguntas—. Tienes que dejarme pensar ahora.

El mago del desierto se mordió el labio y se dedicó a andar a su lado, sin decir nada más mientras recorrían las calles repletas de gente, limitándose a guiarla cómo siempre hacía. Pero su mente sí que rebosaba preguntas, y su corazón —con cada paso que daba— se sentía cada vez más lleno de malos presagios.

Crysanía estaba sentada en silencio, en el estudio vacío de acólitos, ayudantes y clérigos. En el escritorio que tenía delante descansaba la caja de porcelana con las dos piedras que Dalamar le había dado. Con las manos sobre el blanco recipiente, abrió su corazón, su espíritu, al resonante poder de las piedras del interior. Una permaneció silenciosa, ni malvada ni benigna; sencillamente permaneció allí, zumbando para sí con su amortiguado poder. Pero la otra... ¡ah! La otra no se mostró nada silenciosa, sino que canturreó suavemente.

Casi escuchó la voz de Paladine, su querida voz, hablándole a través de la piedra.

Conteniendo el aliento y con gran delicadeza, la sacerdotisa alzó la tapa de la caja. Al mismo tiempo, elevó su corazón en una plegaria.

«Oh, Paladine, oh, Padre del Bien y la Luz, ¿es con vos con quién sueño por la noche? ¿Vos de pie, bajo la lluvia, extendiendo las manos con un regalo para mí?»

Podría muy bien serlo. ¿Quién sabía mejor que ella que los mejores regalos no parecen buenos al principio? ¿Quién habría llamado a su ceguera un regalo? Y sin embargo lo era, pues a través de los años, inmersa en sus eternas tinieblas, la sacerdotisa había aprendido lo que más necesitaba aprender: compasión por aquellos cuyos pesares, cuyas penas, cuyos corazones atormentados los cegaban a la belleza y la esperanza que se encontraba a su alrededor por todo el mundo.

Lejos de ser una pérdida, su ceguera la complementaba, pues en su oscuridad, había encontrado luz y el modo de iluminar las vidas de otros.

«Oh, Paladine, oh, Padre de la Luz, se ha dispuesto un viaje ante mí, un sendero oscuro y pedregoso que conduce a un lugar al que jamás pensé ir. ¿Es ésta vuestra voluntad?».

En su mente, en su corazón, vio las imágenes de su sueño: La lluvia caía, sedosa y suave, y musitando esperanza; su piel se deleitó en el contacto, que hacía tanto

tiempo que no percibía, y sus labios notaron un sabor a miel; de la lluvia, de la susurrante cortina de agua, surgió una figura alta, encapuchada y con el rostro oculto. ¿Hombre o mujer? ¿Cómo saberlo? Luego, la figura ahuecó las manos, extendiéndolas como para ofrecer... un regalo.

Casi, casi le pareció oír una voz. ¿Tinieblas o luz, hombre o mujer? No lo sabía. En su corazón, donde la esperanza nunca moría, le pareció oír que la criatura del sueño suspiraba. Y entonces, ésta se volvió para alejarse, como siempre, sólo que en esa ocasión miró hacia atrás por encima del hombro.

Crysanía lanzó una exclamación ahogada y las manos se le separaron de la caja.

—¡Paladine! —susurró. Los dedos volaron hacia el medallón del pecho, que colgaba frío y pesado—. ¡Paladine! —suplicó con suavidad.

Entonces le llegó una sensación de su presencia, como un rescoldo en un fuego moribundo. Pero ¡ah, el dios se encontraba tan lejano!

Alargó las manos hacia la caja y abrió la tapa. Acarició la piedra que Dalamar nunca podría tocar sin sentir dolor, y sonrió al sentir la luz de una gran bondad en su corazón. ¿Era ésa su respuesta, su dios hablándole mediante ese objeto olvidado durante tanto tiempo? ¿O se trataba sólo de la esperanza que intentaba convertirse en una respuesta en sí misma?

De la ventana a sus espaldas le llegó el sonido de una voz que saludaba, para a continuación mostrar una repentina alarma. A Crysanía le dio un vuelco el corazón. La voz se convirtió en dos, luego en tres, luego en muchas más. Fuera de su estudio se escucharon otras voces, y pisadas, y el golpear del cuero sobre el mármol.

Escuchó una suave llamada en la puerta, el sonido de alguien que entraba.

—Señora —dijo la voz de Seralas—, perdona...

—¿Quién ha venido, Seralas? —inquirió ella al tiempo que sus manos empezaban a temblar.

—Lagan Innis, señora. Ha regresado de la Torre del Sumo Sacerdote.

Lagan.

—¿Sólo él? ¿Dónde está Nisse?

Crysanía oyó cómo el elfo tragaba saliva una vez, luego otra. Oyó pisadas en la habitación y una respiración cuando el clérigo estuvo más cerca.

—Señora, por favor, ven. Está herido y...

Y las noticias que portaba no eran buenas.

Valin volvió a empujar de nuevo con suavidad a su amigo para que reposara sobre el jergón de su pequeña celda de enano.

—Quédate quieto, ¿quieres? Deja que vea tus heridas.

Con los castaños ojos centelleando y el puño apretado, no en señal de enojo sino de contrariedad, Lagan Innis intentó mantenerse inmóvil y volvió a fracasar en cuanto oyó que Crysania aparecía en la puerta. Se sentó en el lecho, apartó la mano de Valin, y se puso en pie.

—Mi señora —dijo. El mago le puso una mano sobre el hombro y volvió a empujarlo para que se sentara en el borde del camastro—. Mi señora, lo siento... —Las palabras le fallaron, y volvió a intentarlo—. Nisse está... Señora, Nisse está muerta.

El silencio inundó como un manto de oscuridad la habitación. Entonces, Crysania musitó con dulzura:

—Que Paladine la acepte graciosamente en su corazón.

—Lo hará, señora. Lo sé. Lo hará, porque ella murió bien y... defendiendo su causa.

—¿Cómo? —Con el rostro blanco como el mármol y las manos enlazadas para ocultar su temblor, insistió—: Lagan, ¿cómo murió?

El sonido de unos cánticos penetró a raudales por la puerta, a través de las ventanas, un profundo, suave y armonioso canto de alabanza al dios. Lagan tragó saliva con fuerza.

—Jamás debió ocurrir, señora, y sin embargo lo hizo. Lo hizo. Murió de camino a casa.

Se detuvo para tranquilizar su voz temblorosa y Crysania fue a sentarse a su lado, con la mano alzada en un gesto indeciso.

—Cuéntanos tu relato del principio al fin, Lagan. Pero dentro de un momento. ¿Me permites? —dijo, solicitando el permiso que siempre pedía antes de tocar el rostro de otro.

Lagan asintió, y los dedos de la mujer le tocaron el rostro con suavidad, el tosco vendaje que envolvía la cabeza, la sangre que enmarañaba la roja barba. Los leves roces debían de ser como una bendición, se dijo Valin, pues el dolor y la pena dieron la impresión de desaparecer de las facciones del herido. El mago del desierto aprovechó la inmovilidad de su amigo y consiguió desenrollar por fin el sucio vendaje manchado de sangre. Un profundo corte apareció bajo la tela. No había sido

suturado y tenía los bordes enrojecidos por la infección.

—Señora —musitó Valin.

Crysanía asintió, como si pudiera ver lo que él veía.

—¿Te han curado, Lagan?

—Sir Thomas hizo que uno de sus caballeros me trajera una cataplasma y vendaje para el corte —respondió él, asintiendo.

—¿Sir Thomas? —La sacerdotisa se sentó más erguida—. ¿Esto sucedió en la torre? ¿Por qué? ¿Cómo?

—No, no fue allí, señora. Sucedió en otra parte. —Hizo intención de querer decir más pero tuvo que detenerse debido a un repentino espasmo de dolor.

Valin lo sujetó por los hombros y lo empujó con firmeza para que se tumbara en el lecho.

—Quieto —gruñó como si se dirigiera a un podenco desobediente—. Lo digo en serio.

Lagan se quedó quieto, y Crysanía se acercó más, alzando la mano como si estuviera dispuesta a ayudar con más cataplasmas y vendajes. Tomó aliento para pronunciar una plegaria curativa que cerrara el corte, limpiara la infección y eliminara el dolor del enano.

Antes de que pudiera decir una palabra, Lagan, con gran osadía, la tomó de la mano.

—No, señora. Aguarda. Yo... hay cosas que debes saber. Deja que te cuente.

El cántico ascendía y descendía, la sencilla canción elevada en alabanza sonaba en la distancia.

—Entonces, cuéntame, Lagan.

El clérigo enano asintió, pero sólo para sí, reuniendo recuerdos y tal vez haciendo también acopio de valor, pensó Valin.

—Escuchad —dijo, al estilo de los de su raza, pronunciando una palabra en tono severo para llamar la atención de todos—. Señora, cuando Nisse y yo llegamos a la torre, averiguamos que sir Thomas no sabía más que nosotros sobre los rumores de guerra. ¡Ay! Ni siquiera había oído algunas cosas que le contamos. Cuando nosotros llegamos, él se preparaba para enviar un grupo de exploración, y Nisse y yo nos ofrecimos para acompañarlo en lugar de esperar a que regresaran con información que nosotros podíamos ayudar a reunir.

Calló entonces, paseando la mirada de Crysanía a Valin, y lo que la mujer no vio, el mago sí lo vio: los ojos de Lagan se inundaron de un profundo pesar. Y no obstante, lo que la sacerdotisa no pudo observar, lo percibió igualmente. ¿No sucedía siempre así?

—Lagan —dijo ella, con voz suave como un bálsamo—. Si te es posible, por favor, dime qué ocurrió.

El enano lanzó un resoplido, un sonido burlón destinado a sí mismo.

—Te lo puedo contar, señora. Eso al menos sí puedo hacerlo.

Volvió a sentarse en el lecho, con la espalda apoyada en la pared.

—Nisse y yo acompañamos al grupo de exploración. Atravesamos las colinas Virkhus hasta las planicies. Mientras estuvimos en el desfiladero, no encontramos viajeros que vinieran hacia Palanthas. Era... —sacudió la cabeza e hizo una mueca por el dolor que el gesto le provocó—... era extraño ver la calzada tan silenciosa y vacía. Ya en las praderas, resultó aún más raro. El calor; el calor lo ha matado todo, señora. Le ha chupado la vida a la tierra. Todo está quemado y reseco. No hay nada verde allí donde siempre había habido una inmensa extensión de pastos. Ni una pizca de líquen se detecta en las rocas, no discurre ningún arroyo, ni siquiera un hilillo de agua. Por todas partes se ven los cadáveres de animales muertos de inanición, pudriéndose al sol.

Valin alargó la mano para coger una copa de la mesita de noche y la llenó de vino. Se la entregó a Lagan, pero tuvo que ayudarlo a beber, de tanto que le temblaba la mano a su amigo.

—¿Puedes seguir? —preguntó Crysania apretándole la mano para ofrecerle fuerza y seguridad.

El herido sí podía. Irguió los hombros y prosiguió mientras ardientes bocanadas de aire penetraban por la ventana abierta transportando el olor de la desasosegada ciudad. «Y de cadáveres —se dijo Valin—, cadáveres descomponiéndose al sol». Volvió a llenar la copa de Lagan y la colocó en la mano de éste; a continuación llenó otra y se la ofreció a Crysania, que la tomó, pero la dejó, sin probar, sobre su rodilla. En la pequeña celda la tensión se acumulaba como una tormenta.

—Las praderas estaban igual que el desfiladero, señora —siguió Lagan—. Vacías, pero peor. Aquí, en las montañas, sentimos los efectos del calor; pero, al estar tan cerca del mar, todavía tenemos un cierto grado de humedad en el aire, en la tierra. Allí el terreno está yermo. No hay plantas. No hay vida.

Valin se estremeció. Como hijo del desierto, estaba acostumbrado a las enormes extensiones doradas de arena que no permitían la presencia de ninguna planta. Sin embargo, nadie que supiera mirar con atención diría que el desierto era estéril. Siempre podía hallarse vida si se sabía dónde buscar. Cerró los ojos, intentando imaginar el horror de una tierra destinada a ser verde y repleta de vida, y que entonces estaba muerta.

—Viajamos hacia el río Vingaard —prosiguió Lagan, tomando un sorbo de vino, luego otro—, y allí empezamos a ver a los primeros de muchos viajeros. Refugiados llenos de relatos sobre dos ejércitos enormes que cruzaban las montañas Khalkist y descendían desde el norte. ¡Ach! ¡Son intrépidos esos caballeros! En cuanto escuchamos estas noticias giramos al norte, con la esperanza de recoger información

más detallada. No tardamos en encontrar multitud de refugiados que huían de Kalamán. Decían que la ciudad estaba asediada.

—Kalamán —musitó Valin, y el corazón le cayó a los pies, presa de una gran angustia—. Lagan, ¿cómo podía ser eso? ¿Vino del mar ese ejército?

—Vaya, amigo mío —repuso Lagan—. Lamento traerte estas noticias. Sé que tu gente tiene su hogar en el desierto situado entre el mar y Kalamán. Sólo puedo decirte esto: No oímos nada sobre las tribus del desierto.

Y la falta de noticias, pensó Valin, podrían muy bien ser buenas noticias según los antiguos refranes, pero, para él, era peor que si fueran malas noticias, puesto que lo dejaban a merced de todos los terrores que su imaginación podía proporcionar. ¿Cómo estarían su madre y hermanas? ¿Qué le habría sucedido a su hermano?

El viento golpeteaba a través de los árboles, fuera de la ventana, y el cántico de los clérigos hacía tiempo que se había apagado. El enano permanecía sentado en silencio, con la cabeza gacha.

—Señora —dijo, con voz ronca y baja—, tuvo lugar una batalla en las praderas. Nuestro grupo de exploración tropezó con un ejército enemigo. Nos dieron caza. Los caballeros se dieron la vuelta para luchar e hicieron todo lo que pudieron, nadie puede decir lo contrario. No teníamos la menor posibilidad. A Nisse la hirió una flecha. Y yo, señora, yo...

Su voz se apagó, y paseó la mirada de Crysania a Valin, luego la bajó hasta la copa de vino que sostenía.

—Bien, conseguimos huir. Al regresar a la torre, sir Thomas había recibido un mensajero. Ciudadela Norte, Valkinord, Kalamán y todos los puntos situados entre ellos habían caído ante este ejército. Se trataba de las tropas de lord Ariakan.

Crysania suspiró, un tenue sonido como el susurro de una brisa en la ventana; sus mejillas palidecieron; sus labios temblaron. Luego, en un instante, aquellas señales de congoja se desvanecieron.

—Sabía que los caballeros negros de Ariakan eran cada vez más poderosos —dijo con voz pausada—, pero ¿todo un ejército?

Lagan, con los hombros caídos y la espalda apoyada contra la pared para mantenerse derecho en la cama, continuó con su relato. Les explicó la creencia de sir Thomas de que Ariakan estaba atacando la costa este con la mitad de su ejército y lo hacía marchar hacia el oeste a través de las montañas. Con manos temblorosas, explicó cómo el señor de los caballeros negros asediaba el nordeste con la otra mitad de su ejército y conduciría a esas tropas hacia el sur hasta que las dos partes volvieran a unirse.

Valin escuchó y, mientras lo hacía, intentó imaginar un mapa del continente en el que trazó mentalmente los movimientos de Ariakan. Si ese ejército de caballeros negros había invadido las Khalkist, entonces Neraka se encontraría virtualmente

desierta. Todas aquellas criaturas malignas que por lo general poblaban la ciudad habrían sido integradas en el ejército de Ariakan.

Miró a la Hija Venerable. Curiosamente, aquellos terribles acontecimientos conspiraban para conducirla a un pacto con Dalamar. Sintiendo un helado nudo en el estómago, comprendió que sus pensamientos reflejaban los de la sacerdotisa. Lo detectó en el repentino brillo de comprensión de los ojos de ella, que fue sofocado con la misma rapidez con que apareció.

—En su camino, señora, las tropas van aumentando en número a medida que hacen aliados. Sus comandantes son caballeros montados sobre dragones, tan comprometidos con su causa como los Caballeros de Solammia lo están con la suya, y con los mismos vínculos de honor. Conducen un ejército de ogros, draconianos y goblins. —Su rostro, hasta entonces pálido por encima de la oscura barba, se tornó gris—. Oímos hablar de humanos tan altos como minotauros entre sus filas, cafres que pelean hasta la muerte sin dar cuartel. Su ejército se desplaza describiendo un amplio arco a través de las montañas. Y luchan codo con codo junto a hechiceros.

—No puedes estar en lo cierto respecto a eso, Lagan —resopló Valin—. Los caballeros, negros o solámnicos, no sienten ningún amor por los magos.

—¿Se trata acaso de hechiceros Túnicas Grises? —inquirió Crysania, con la mano sobre la de Lagan.

—Sí, señora. ¿Cómo lo sabías? —El enano miró a uno y a otro, y vio cómo Valin fruncía el entrecejo y la sacerdotisa asentía para sí—. Los hechiceros de Túnicas Grises, caballeros, como se denominan a sí mismos, juran su lealtad a la Reina de la Oscuridad y van armados, señora. ¡Armados! ¿Qué hechicero va armado en Krynn? Tanis el Semielfo dijo...

—¿Tanis? ¿Has visto a Tanis?

—Sí, señora. Cuando regresamos a la Torre del Sumo Sacerdote, estaba allí, transmitiendo a sir Thomas un informe de la batalla en Kalamán. El Cónclave de Hechiceros encabezó la carga contra los Caballeros Grises. Los hechiceros de las tres lunas fueron derrotados. Justarius pereció.

Valin lanzó un suspiro, recordando de improviso su poco amable pensamiento al ver a la hechicera Jenna el día anterior. La mujer había parecido cansada y ojerosa, y él se había preguntado si habría pasado una larga noche en el lecho de su amante o conspirando y haciendo planes para mantener el poder de ambos en equilibrio. Pero, en lugar de ello, la hechicera había estado llorando a Justarius, lamentando la muerte del gran mago que era su padre.

Con un agotado gemido, Lagan Innis se dejó caer en su cama. Había viajado durante largo tiempo, herido y sin más curas que cataplasmas de dudoso poder curativo y un tosco vendaje.

—La dama Nisse murió de sus heridas en el camino de vuelta.

Valin frunció el entrecejo. ¡Eso no debería haber sucedido! ¿Por qué no intentó Lagan curarla? Echó una ojeada a su amigo, pálido y ojoso. Tal vez había carecido de las energías necesarias para aquella tarea.

Lagan alzó una temblorosa mano para secarse el sudor de la frente.

—Mi mensaje para ti de sir Thomas es éste. Cree que los dos ejércitos atravesarán las montañas y descenderán desde el mar y que, luego, se volverán a unir antes de dirigirse a Palanthas.

Crysanía permaneció sentada en silencio, con el rostro pálido y sereno, las manos inmóviles, una sobre el brazo del herido, la otra sosteniendo todavía la copa sin probar. Valin aguardó, conteniendo la respiración y, entonces, la sacerdotisa empezó a incorporarse.

—Lagan, me alegro de que estés de vuelta en casa y a salvo. Y ahora debes descansar... ¡Sí! —ordenó cuando él cogió aliento para protestar, para decir que se encontraba bien, para indicar que no tenía por qué preocuparse—. Debes hacerlo. Enviaré a un clérigo a curar tus heridas.

»Estoy segura de que no necesito advertirte que no comentes estas noticias que has traído. El pánico es lo último que necesitamos ahora.

Se irguió en toda su estatura; pero, mientras lo hacía, Lagan le cogió la mano, diciendo:

—Señora, por favor, quédate un instante. —Dirigió una mirada a Valin—. Sola, te lo suplico.

El mago tomó la copa de vino de la mano de su amigo y, a continuación se excusó, dejando a Crysanía con su clérigo. De todos modos no se alejó demasiado, se limitó a aguardar en el pasillo frente a la celda del enano. Voces apagadas flotaron al exterior por debajo de la puerta y, en una ocasión, escuchó cómo la voz de Lagan se elevaba en un terrible grito de dolor y pena. En el silencio que siguió, oyó los sonidos del templo, las idas y venidas de los clérigos, el sonido de risas en la sala situada debajo. Y enseguida la voz de Crysanía, cerca de la puerta, como si estuviera allí de pie con la mano en el picaporte.

—Duerme ahora, amigo mío. Te has portado bien y te estoy agradecida.

Valin retrocedió algo más por el corredor, pues no deseaba dar la impresión de haber estado escuchando. Al salir de la celda del herido, el rostro de la Hija Venerable aparecía tan blanco como la faz de la luna plateada, totalmente desprovisto de color.

—Señora —dijo, yendo rápidamente hacia ella.

La sacerdotisa le puso la mano en el brazo, y él se dio cuenta de que ella temblaba.

—Señora, por favor dime qué es lo que va mal —imploró con la boca reseca por el miedo.

—Todo —murmuró volviendo el rostro hacia el mago—. Todo va mal, Valin.

Nisse murió porque... —Se detuvo, aspiró brevemente, y prosiguió—: Murió porque, aunque él lo intentó con todas sus fuerzas, Lagan no consiguió curarla.

El hombre la miró, sin apenas comprender.

—No consiguió tocar la energía de Paladine, no pudo encontrarla. «No se encontraba por ninguna parte,» me ha dicho. Dijo que al dios no se lo halla por ningún sitio. Y, ¡oh dioses amados!, si eso es así, no sé qué vamos a hacer ahora.

En su torre, envuelto en sombras, y con ojos relucientes, Dalamar el Oscuro miraba al interior de un cuenco negro lleno de agua. Sobre la superficie se movían unas pequeñas figuras, las de Crysania y el mago del desierto. Había resultado difícil mantener fusionado este pequeño conjuro de visión, y había precisado de más energía de la normal. No era sólo Paladine quién se mantenía apartado de sus adoradores; el propio dios de Dalamar, el hijo oscuro Nuitari, no derramaba sus mágicas energías con tanta generosidad como antes. No obstante, el poder que el hechicero había utilizado lo daba por bien empleado a la vista del resultado. Había escuchado a Crysania y a Valin diciendo: «¡No sé qué vamos a hacer ahora!».

—Pero yo lo sé —reflexionó él—. Yo sí sé lo que harás ahora, Hija Venerable. Harás lo único que puedes hacer, y eso es exactamente lo que quiero que hagas.

Se inclinó al frente, soplando con fuerza sobre la inmóvil y negra superficie del agua, y las imágenes se deshicieron, se desperdigaron y por fin desaparecieron. El Señor de la Torre de la Alta Hechicería atravesó su habitación con el ruido de sus pasos abogados por la gruesa alfombra y proyectando una sombra oscura y alargada ante él. Se sirvió una copa de negro vino. Luego se dirigió a la ventana y miró al exterior, al norte, más allá de los árboles del terrible Robledal de Shoikan, al norte, en dirección al lugar en el que se alzaba el Templo de Paladine.

—Buen viaje, mi señora —dijo sonriente, al tiempo que alzaba la copa, para a continuación añadir con una carcajada—: Qué los dioses te amparen en tu viaje.

Crysanía estaba sentada, en su banco favorito, en el jardín del templo, uno largo de mármol gris con vetas rosadas, oculto en el lado oeste, cerca del manzanal y el pequeño bosquecillo de perales. En primaveras anteriores, aquellos árboles habían estado repletos de flores, y sus dulces aromas habían perfumado el templo durante una semana o más. No así ese año. Los capullos habían muerto de calor en las ramas; los árboles habían echado hojas, pero llegado el momento, se negaron a dar fruto. Al igual que las cosechas de los campos, se habían agostado y muerto.

»Paladine lo hará —le dijo su corazón—. Confía en el dios. Él proveerá».

Aspiró con fuerza, desplegando su espíritu. Él se encontraba allí, pero «allí» parecía estar muy lejos cuando todo lo que ella podía conseguir era la sensación de su presencia, no su contacto sobre su corazón. Las piedras dragontinas reposaban en el profundo bolsillo de su túnica, una quieta y silenciosa, la otra llamándola.

La rozó con suavidad, y el calor de la bondad se extendió como una sensación casi dolorosa por su ser, hasta alcanzar su corazón. Buscó tranquilidad; buscó a su dios; pero no escuchó su voz, aunque sí lo percibía cada vez que tocaba la piedra.

¿Dónde estáis, Paladine? Mi señor más amado, ¿dónde estáis?

Ninguna voz le respondió.

Crysanía permaneció allí sentada, inmóvil, con las manos sobre el regazo, y el corazón agitado. Siempre había conseguido encontrarla paz en los jardines del templo, rodeada por los suaves sonidos de las brisas pasando por entre los árboles, por los jardineros que trabajaban con azada y tijeras de podar. Incluso había aprendido a distinguir el suave revoloteo de una mariposa del de un gorrión, la dulce cancioncilla de un colibrí entre las rosas del insistente zumbido de las abejas sobre el espliego. Todas esas cosas, sonidos y aromas y roces suaves, siempre habían servido para tranquilizar su espíritu y sosegar su corazón cuando llegaban los problemas. Y todas esas cosas, esas dulces sensaciones del jardín, le eran negadas entonces. El aire ardiente apenas si arrastraba con él un soplo de frescor, y la hierba crujía bajo sus pies, quebradiza y reseca.

Aquel ruido le indicó la retirada de una joven que se alejaba sobre el quemado césped. La muchacha había traído un mensaje de lord Amothus indicando que un gran envío de trigo que se había estado esperando no había llegado. Lo habían cultivado con sumo cuidado, utilizando grandes cantidades de la escasa agua, pero había sido víctima de una emboscada en las llanuras. Un cargamento enviado por vía marítima también llevaba retraso, y existían rumores no confirmados de que un

nutrido grupo de tropas de Ariakan había abandonado Kalamán y regresaba en dirección al mar.

—Pero ¿por qué? —había preguntado Crysania— ¿Por qué iba Ariakan a dejar la ciudad que acababa de conquistar?

La mensajera había suspirado con fuerza, antes de contestar a la Hija Venerable:

—Señora, mi señor no lo sabe.

La sacerdotisa jugueteó con los dedos, al tiempo que se esforzaba por encontrar la calma para así conseguir pensar. ¿Se dirigían a Palanthas las naves de Ariakan? ¿Distinguirían dentro de poco los guardias unas velas rojas en el horizonte?

Había informado de este último acontecimiento a sir Thomas pero no esperaba saber nada de él, todavía. Y había enviado un mensaje urgente a Dalamar, aunque sabía que difícilmente recibiría ninguna noticia suya. Por larga experiencia, Crysania sabía que el elfo oscuro absorbía toda la información que podía conseguir pero compartía muy poca como respuesta.

El sol se deslizó detrás del templo, proyectando sombras refrescantes. La Hija Venerable se inclinó sobre la cesta situada a sus pies para sacar una tira de limpio algodón blanco. El cesto estaba lleno de ellas, y empezó a enrollarlas en apretados bultos, preparando vendas para los Caballeros de Solamnia. Tal tarea ocupaba a todos los habitantes del templo en un momento u otro del día, pues la sacerdotisa había decretado que nadie debía permanecer mano sobre mano, ni siquiera ella, pues si los caballeros negros caían realmente sobre la ciudad, muchos de los clérigos irían a la torre a ayudar allí con los heridos. Los que tuvieran heridas menos importantes serían vendados por seglares y curados después de aquellos cuyas vidas estuvieran más seriamente amenazadas.

Las manos de Crysania se detuvieron; luego volvieron a ponerse en movimiento. El grito de pesar de Lagan Innis resonó en su memoria: «¡Señora! ¡No pude curar a Nisse! Oré, proyecté mi corazón, busqué al dios... ¡y él no estaba allí!».

Esta mañana un clérigo y luego otro habían ido a verla, murmurando parecidos fracasos en sus intentos por hallar al dios en sus oraciones. Se mostraban avergonzados, como si hubieran cometido algún pecado que hubiera provocado que Paladine les volviera la espalda.

—No, querido mío —había dicho a cada uno de ellos—, ni lo pienses. Su amor es inmenso, y nuestros pecados pequeños. Está con nosotros, lo está. Sólo que ahora permanece en silencio por motivos que únicamente él conoce.

—¿Qué motivos? —habían preguntado.

Y había tenido que admitir que no lo sabía; tuvo que rogarles que confiaran en el dios como lo hacía ella.

Un vientecillo cálido hizo crujir las reseca hojas de los manzanos. No muy lejos, la acólita que actuaba como ayudante de Crysania aquel día estaba acuclillada junto a

uno de los jardineros; los dos hurgaban en la seca tierra, discutiendo en tonos quedos el mejor modo de cuidar de los huertos de verduras y de los jardines de hierbas medicinales sin malgastar agua. Sus voces sonaban apagadas y distantes.

La sacerdotisa dejó a un lado un rollo de vendas y alargaba la mano para tomar otra tira cuando escuchó el crujido de pisadas en el sendero de grava. Levantó el rostro, ladeó la cabeza ligeramente hacia un lado y sonrió. En ocasiones tenía que aguardar a oír la voz para saber quién se le acercaba, pero no en ese caso. Los pasos de esa persona, fuertes y acompasados, los conocía muy bien.

—Valin, ven a reunirme conmigo en la sombra.

—Señora. —Le dedicó una reverencia—. ¿Cómo sabes siempre que se trata de mí, incluso antes de que hable?

Ella sonrió. Sus atareados dedos llegaron al final de otro rollo de tela y lo alisaron. Empujó las vendas preparadas hacia el fondo de la cesta y tomó otra pieza.

—Tus pisadas no se parecen a las de nadie. Siempre me da la impresión de que tus pies no se sienten muy felices sobre nuestro sólido suelo, que anhelan el contacto con la blanda arena.

Valin se sentó junto a ella en el banco y estiró las largas piernas ante él; luego levantó el cesto del suelo y lo sostuvo sobre las rodillas.

—Señora —dijo con su voz potente y profunda—, muchos me han llamado ceporro de pies grandes, pero jamás de un modo tan encantador.

La sacerdotisa rió en voz alta, sorprendida de sentir una repentina alegría, y él localizó el extremo de una tira de tela, tiró de ella hasta soltarla, y la colocó entre los dedos de su compañera.

Durante un buen rato permaneció silencioso y sin moverse. Luego dijo:

—Por favor dime, señora, que no estás considerando la propuesta de Dalamar.

Crysanía suspiró en silencio. Era siempre la misma cuestión con él, expresada en palabras a veces, pero siempre obsesionante. Existían ocasiones en que la complacía el modo en que el mago parecía adivinar casi sus secretos pensamientos, sin embargo, ésta no era una de ellas. Ya conocía la opinión de Valin sobre Dalamar, las piedras dragontinas, las maquinaciones del elfo oscuro y los hechiceros Túnicas Negras en general. El mago lo había dejado muy claro desde su visita a la torre, dos días atrás.

—Sería estúpido no considerarla —respondió, irguiendo los hombros y adoptando una actitud serena que estaba lejos de sentir—. Sí —prosiguió, al oír cómo él tomaba aliento para protestar—. Sí, lo sé mejor que la mayoría: Dalamar juega a juegos dentro de los juegos, y todavía no sé a lo que está jugando ahora. ¿Lo creo tal vez cuando dice que las piedras, si se encuentran, me concederán el poder de hablar con Takhisis? No lo sé. Pero esto sí lo sé. Una de las piedras que me ha dado toca mi corazón cómo la mano del mismo Paladine. ¿Cómo puedo, pues, dudar de la bondad de ésta? ¿Cómo puedo creer que la bondad se corromperá hasta tal punto cuando la

piedra se reúna con sus compañeras que no prevalecerá otra cosa que el Mal? — Apartó a un lado sus vendas—. Valin, me es imposible creer que el Bien quede corrompido. No soy capaz de creer algo así.

—Señora, eres tan buena —dijo él con sencillez, en lugar de protestar como ella esperaba— Tal vez estés...

El mago se interrumpió con tal brusquedad que a ella no le cupo la menor duda sobre cuales habrían sido sus siguientes palabras.

—Es posible —repuso ella en tono jovial—, mi propia bondad me ciega.

Un incómodo silencio se posó entre ambos hasta que, por fin, el mago dijo:

—Perdóname.

—No, no pidas eso. No hay necesidad. ¿Acaso es una palabra que debe desaparecer del lenguaje simplemente porque me afecta directamente? Claro que no. Valin, agradezco tu preocupación.

El mago guardó silencio y dejó un vacío ocupado por las ahogadas voces del jardinero y la acólita mientras conversaban. Al poco rato volvió a dejarse oír la voz ronca y baja de Valin:

—No es simple preocupación, señora. Es... —Cerró los dedos sobre los de ella, unos dedos largos y flexibles, ásperos y cálidos— Sin duda sabes, debes de saber, lo que siento por ti.

—Sé que te preocupas —repuso ella, mientras el corazón le latía violentamente en el pecho. Eso lo sabía, y sospechaba más cosas—. Y me siento agradecida por ello, y también por tu lealtad.

En el patio situado entre el templo y el jardín, se escuchó una carcajada. Era Lagan Innis que no había hecho otra cosa más que lamentarse durante los dos últimos días. ¿Qué era lo que había conseguido arrancarle la risa? Crysania se lo preguntó con una parte de su mente, deseando poder ir a averiguarlo. Deseando, deseando, desde luego, no tener que estar allí sentada, con la declaración de amor de Valin a punto de brotar y caer sobre... Sobre ¿qué? ¿Terreno estéril? No, eso no. Su corazón no estaba yermo, eso nunca. Sin embargo debía rechazar lo que él quería decir. Debía hacerlo.

—Valin —dijo con la misma suavidad que si él hubiera venido a verla con alguna herida que necesitara ser curada— Amigo mío, no debes...

—Crysania, te amo.

Lo dijo con toda sencillez, y con suma calma depositó su corazón y su espíritu en manos de la sacerdotisa. Y, ¡oh!, ella deseó, deseó egoístamente poder tomar su amor y amarlo también ella. Pensó en todo aquello a lo que debía enfrentarse, en la amenaza de la guerra, en el extraño silencio de los dioses, en todo lo que podía perder, y no deseó perder también a Valin. ¿Cómo sería amarlo, al gran mago de formidable estatura procedente del desierto? ¿Cómo sería tenerlo siempre a su lado, durante el día, durante la noche, disfrutando para siempre de la cálida tranquilidad de

su amor? Resultaría maravilloso. Y ella haría muy mal en intentar conseguirlo.

—Valin —musitó mientras se apartaba con suavidad de su contacto. Sentía las manos heladas, y el corazón le dolía ante la perspectiva de otra pérdida—. Valin, te agradezco el honor que me haces, pero...

No podía verlo, pero si oírlo, y la respiración del mago dio un brinco, como presa de un gran dolor.

—Pero tú eres la Hija Venerable de Paladine, y yo sólo el hijo de un caudillo del desierto.

—Creía que me conocías, amigo mago —respondió Crysania haciendo una mueca como si acabaran de abofetearla—. Creía que así era. Si me conocieras, sabrías que tu cuna, ¡aunque fueras el hijo del miembro más humilde de tu tribu!, jamás te convertiría en indigno ante mí. Tu corazón lo es todo, y no existe ninguno más noble que el tuyo.

—Entonces, ¿qué te mantiene alejada de mí? —La amargura le contrajo la voz.

—¿No lo sabes?

Lo sabía; su silencio así lo indicaba.

—No hay lugar en mi vida para la clase de amor que ofreces. ¡Por los dioses, ojalá lo hubiera! Pero, Valin, sabes quién soy; sabes la gran responsabilidad que descansa sobre mi persona. Es de una clase —se apresuró a añadir— que no puedo compartir con nadie. Sí, soy una Hija Venerable de Paladine, como tú dices, y ese título tiene un alto precio. Una de las cosas que se me exige es renunciar a la vida de amor que incluso la mujer más pobre de la ciudad puede esperar conseguir.

—Tu dios —comentó él, dolido y amargado todavía—. Él se antepone a todo.

—Sí —repuso ella con amabilidad—, así es. Debe hacerlo. Tengo mi fe. Y mi compromiso con esa fe. Tengo deberes que cumplir. Sirvo al templo y a aquellos que rinden culto en él, al igual que a los que no lo hacen.

En el patio, Lagan Innis llamó a alguien diciendo que se preguntaba dónde se habría metido su amigo el mago. La respuesta llegó, amortiguada por la distancia, pero sin duda fue suficiente, pues no se volvió a oír la voz de Lagan. Y Valin se puso en pie, muy erguido en toda su estatura para ocultar su dolor. La sacerdotisa se dio cuenta, porque lo percibió.

—Te suplico, señora, que me perdones. Me equivoqué al hablarte de este modo. No hice bien al agobiarte con mis estúpidas fantasías. Ahora dime, por favor, cómo puedo ayudarte en estos duros días venideros.

Crysania sintió una sensación de pérdida que resbalaba por su corazón como una fría y espesa sombra. Se puso en pie para colocarse a su lado, tomando, de improviso, una decisión.

—Necesito que alguien vaya a Kalamán —declaró—. Para evaluar la situación e informarme a su regreso. Te pido que vayas en mi nombre, inmediatamente.

—No, por favor, señora —gimió él, herido—. No me alejes de ti. Lo juro, nunca más volveré a mencionar mis sentimientos. No hay necesidad de que me envíes lejos. Quiero estar aquí, contigo, por si tiene lugar un ataque, o por si decides ir a...

Su voz se apagó. No se sentía demasiado dispuesto a mencionar el nombre de la maligna ciudad en un lugar tan piadoso. Sin embargo, ella presentó sus razonamientos antes que el mago pudiera recuperar el aliento necesario para seguir con su protesta.

—Valin, debo tener información fiable. El silencio de los dioses, Ariakan reuniendo ejércitos, el espantoso calor... Todas estas cosas están relacionadas de algún modo. Lo sé. Lo siento en el corazón. Pero lo que el instinto me dice es sólo una advertencia. Necesito hechos, información. Siempre he sabido dónde debía concentrar mis mejores esfuerzos. Necesito que hagas esto porque confío en ti. Y tú conoces esa zona mucho mejor que cualquier clérigo de aquí. Además, estás mejor dotado para salir adelante si las condiciones son tan malas como temo.

¿Qué podía decir? Había argumentado tan bien, con tanta fuerza, que él no podía hacer otra cosa que estar de acuerdo.

—Pero te lo ruego, Crysania, dame tu palabra de que no marcharás a Neraka hasta que yo regrese. Me necesitarás todavía más en ese viaje que en éste.

—No puedo prometerlo —respondió en voz baja y entristecida.

Permanecieron en silencio durante un buen rato, mientras la sacerdotisa meditaba que, tal y como él había dicho, realmente lo necesitaba. Pensando en lo egoísta que era esa necesidad, al tiempo que sopesaba el egoísmo de su necesidad con las necesidades del templo y las incomodidades y el malestar que se derivarían de mantenerlo a su lado. Casi vaciló, pues sentía que le debía, al menos, una explicación. Aspiró con fuerza, recurrió a todo su autocontrol, y tiró de él para hacer que volviera a sentarse en el banco.

—Incluso antes de que Lagan regresara con la información sobre Ariakan y su ejército, me sentía angustiada por estos acontecimientos y pensaba en ti para esta misión.

—¿Angustiada? Esto es toda una noticia. —El mago sonrió, y ella percibió esa sonrisa en su voz, aunque era una sonrisa sin humor, algo que también notó—. Nunca he visto que nada te angustiara.

—Si yo pudiera ser como tú crees que soy, amigo mío, todos estaríamos mejor. Pero soy quien soy y, por lo tanto, a menudo me angustio, Valin, y con frecuencia me dedico a orar.

Hizo una pausa para acariciar el medallón que llevaba sobre el pecho. Luego volvió a hablar, y esa vez su voz se tornó más enérgica y las palabras fluyeron más veloces.

—Hay ocasiones en que Paladine parece rodearme, se pega tanto a mí que me da

la impresión de formar parte de la habitación en la que estoy, del aire que respiro. Otras veces su presencia es menos inmediata. —Sujetó el medallón con tanta fuerza que sintió la marca del dragón en la palma—. Pero, ahora, ha pasado mucho tiempo desde la última vez que percibí fuertemente su presencia. Hace mucho que no lo siento como acostumbraba a sentirlo... junto a mí.

»Esta mañana —siguió, tras una breve pausa para tragar saliva— mientras rezaba, fue como si casi pudiera detectarlo. No, no puedo expresarlo en palabras. Era como si él estuviera allí, pero no escuchara.

—Lagan me ha dicho lo mismo.

—Él y otros lo están notando. Es duro, Valin buscar al dios que durante tanto tiempo me ha sustentado y no encontrar más que silencio.

Valin alargó el brazo hacia ella y le tocó la mano en tono conciliador, ofreciendo mudo consuelo.

—Algo no va bien —prosiguió ella, estremeciéndose ligeramente—. Algo no va nada bien. Lo sé en mi interior.

—Volvió a tomar las tiras de algodón, y sus dedos empezaron a moverse de modo automático. —Es por eso que te cuento esto. Para que comprendas hasta qué punto es vital que reciba información exacta por parte de alguien en quien pueda confiar.

—¡Señora, si vas a Neraka tienes que llevarme contigo! ¿Quién te protegerá?

—Cualquiera que me acompañe me protegerá, del mismo modo que yo protegeré a esa persona. —La voz de la sacerdotisa se tornó solemne.

—Entonces ya has tomado una decisión.

—Creo que mi camino está fijado sin importar lo que yo decida —anunció tras una leve vacilación—. Los acontecimientos parecen empeñados en guiarme. —Y a ella eso no le gustaba, no cuando estaba acostumbrada a dirigir su propia vida.

Valin se incorporó, trastornado.

—Por favor, señora, da un paseo conmigo —instó, tomándola del brazo.

De mala gana, la mujer dejó a un lado el pedazo de tela con el que trabajaba.

La acólita, al ver que Crysania se levantaba, hizo intención de incorporarse también, pero Valin le indicó con un gesto que no se acercara, y condujo a la Hija Venerable más al interior del jardín, lejos del templo, lejos de aquellos que se habían aventurado al exterior.

—Señora, ya sabes que no confío en Dalamar, pues tiene sus propios motivos para lo que hace. ¡Ni siquiera te habló sobre los hechiceros grises y el cónclave! E, incluso si Dalamar consigue persuadirte, ¡piensa en Neraka! No puedes decir en serio que piensas ir allí. —Su voz se tornó un susurro—. ¡No puedes decir en serio lo de ponerte en contacto con Takhisis!

Las hojas secas crujieron bajo sus pies mientras andaban. Crysania alzó una mano y la pasó por entre las ramas del seto que bordeaba el sendero. Las pocas hojas que

todavía colgaban, indecisas, de las ramas estaban tan muertas como las que pisaban en el suelo. La sacerdotisa se detuvo.

—Valin. —Pronunció su nombre con suavidad y tomó su manaza entre las suyas—. Sería mejor que emprendieras la marcha. Ahora. —Alzó la mirada hacia donde sabía que se encontrarían sus ojos—. Has vivido aquí con nosotros y soportado nuestro escrutinio con gracia y discreción. Y, si bien todavía hay quienes murmuran contra los magos, hay muchos en el templo que han aprendido a aceptarte como a uno de nosotros, sin cuestionar tus motivos o creencias. No puedo por menos que pensar, pues, que ellos mantendrán esta actitud en sus tratos con otros magos. Durante años, he deseado esta comunicación, esta franqueza entre magos y clérigos, y tú me has conducido tan cerca de ella que siempre te estaré agradecida. Y si no puedes ir a dónde yo te envío ahora, lo comprendo. Pero igualmente, tienes que marcharte de aquí.

El mago lanzó un profundo suspiro, y Crysania dio la vuelta para alejarse, con paso lento y sintiendo un gran peso en el corazón.

La mano del hombre se le posó suavemente sobre el hombro. Se detuvo, y él la hizo girar en redondo.

La sacerdotisa alzó el rostro, lista para hacer una pregunta, y en ese instante sintió los labios de Valin sobre los suyos. Fue un beso amable, ofrecido con la esperanza de no morir jamás, que hizo que la mujer jadeara ligeramente al tiempo que su corazón se henchía y se llenaba de afecto por él. El mago rodeó su talle con las manos.

—No —musitó ella, para protestar por el beso. No, le dijo a él, y a la triste realidad que le exigía no aceptar lo que le ofrecía de nuevo.

Él la soltó, apartó la mano de la de ella, giró el rostro y dejó morir el beso.

—Iré en esta misión porque me lo pides —declaró con voz ronca—, y espero sepas que puedes confiar en mí para cualquier cosa, sin importar lo que ha sucedido entre nosotros aquí.

Sin importar, dijeron las palabras que no pronunció, lo que no ha sucedido.

A continuación se alejó, dejándola sola en medio del sendero. Ella fue totalmente consciente del sonido de las pisadas del mago mientras éste desandaba el camino.

Su ayudante se acercó corriendo en el momento en que ella se daba la vuelta para regresar a su banco.

—Señora, ¿necesitas alguna cosa?

Crysania se llevó la mano a los cabellos, alisándolos distraídamente en tanto se preguntaba si el rubor que sentía resultaba visible.

—Sí, por favor. ¿Podrías llevar mi costurero al interior? Creo que me retiraré temprano.

La joven hizo una inclinación y se ofreció a acompañarla, pero la mujer la despidió con un gesto. No deseaba compañía en ese momento, ni siquiera una

compañía discreta.

Valin permaneció sentado un buen rato ante el pequeño escritorio, la única otra pieza de mobiliario de su habitación, además de la cama, la mesilla de noche y el pequeño cofre que había llevado con él desde su hogar. La tinta se secaba con rapidez sobre el pergamino que tenía delante, merced al calor de la tarde. Las palabras que allí constaban eran pocas: era un escueto mensaje redactado con precipitación. Un mensaje que, tal vez, lo pondría en peligro; un mensaje que, quizá, lo ayudaría a averiguar cosas que debía conocer. Crysania jamás habría permitido aquella nota de haber conocido su existencia, y él iba a tomar todas las precauciones posibles para que ella no la conociera. Lo que él hacía entonces era cosa suya. Sólo suya.

«Al Señor de la Torre de la Alta Hechicería:

»Milord, recibe mi saludo. En días pasados pronunciaste palabras de invitación dirigidas a mi persona, una solicitud de que nos reuniéramos y conversáramos. Vendré pues a verte tal como solicitaste. Puedes esperar mi visita por la mañana».

Volvió a leer el conciso mensaje; luego escribió su nombre y enrolló el pergamino, lo ató con una cinta blanca y lo marcó con su propio sello. Al fin y al cabo, era el hijo de un caudillo del desierto, cuyo distintivo, aunque puede que no demasiado bien conocido en Palanthas, era la marca de un hombre honrado y por lo tanto estaba hecho con orgullo.

Hecho esto, salió del templo, encontró a Lagan Innis, y dijo a su amigo.

—Por favor, lleva esto a Las Tres Lunas. Y te ruego, amigo mío, que no lo menciones a nadie.

El enano frunció el entrecejo: su expresión indicaba con claridad la renuencia típica de un clérigo a aventurarse en la tienda de artículos para magos.

—No te preocupes —lo tranquilizó Valin, guiñándole un ojo. No he oído que la dama Jenna tenga por costumbre convertir a los enanos en sapos. Pero, por si acaso es así, no necesitas esperar una respuesta.

—Puedes considerarlo hecho —respondió Lagan con un bufido, y le arrebató el pergamino de la mano.

Y Valin tuvo la seguridad de que así sería.

Regresó a su habitación, cerró la puerta a sus espaldas, y murmuró un conjuro. No había cerraduras en las puertas del templo, pero su hechizo lo protegería igual que un cerrojo. Cualquiera que se acercara con la intención de buscarlo recordaría de improviso haberlo visto en otra parte momentos antes y se iría.

Dispuesto el hechizo, el mago desenrolló una tupida alfombra blanca no mayor

que la estera de oraciones de un clérigo, y la extendió sobre el suelo. Con las manos temblando de deleite y emoción, alisó la alfombra y sacó una bolsita del cofre situado al pie de la cama. Su corazón cantó, su sangre hormigueó. Había transcurrido mucho tiempo desde que había lanzado algo más que un simple encantamiento, y en ese momento se disponía a tejer uno de los más complicados.

Tras colocarse sobre ella con cuidado, con los pies desnudos y limpios, el mago se sentó en el centro exacto de la estera. De la bolsa extrajo los componentes para el conjuro; en primer lugar cuatro piedras: turmalina, mármol rosa, granito y turquesa, que colocó en cada esquina de la alfombra, ya que eran piedras protectoras hechizadas para mantenerlo a salvo mientras realizaba su magia.

A continuación sacó dos bolsas más pequeñas, una de terciopelo dorado, la otra de seda azul; cada una contenía las hojas secas de ciertas hierbas perfumadas. Vertió el contenido de la dorada en su mano, y dejó que las plantas pulverizadas cayeran y dibujaran un círculo verde sobre la blanca superficie. Mientras lo hacía, musitó palabras mágicas, palabras impenetrables que sólo conocían aquellos versados en las artes mágicas. Hizo lo mismo con la bolsa azul de hierbas, formando un círculo dentro del círculo, para así quedar rodeado y a salvo.

Tras aspirar con energía, Valin reunió todas sus fuerzas y afianzó su voluntad. Cerró los ojos, sintiendo cómo la magia hervía en su interior, fluyendo por su sangre, correteando a lo largo de sus huesos, cantando en su corazón.

—Sal de mi interior, ser silencioso. ¡Levanta, ser silencioso!

En lo más profundo de sí, percibió un movimiento, un despertar, y sus fuerzas empezaron a declinar.

—Álzate de mi interior ahora, ser silencioso. ¡Álzate, ser silencioso!

Y la agitación adquirió fuerza, como un poder que se estuviera concentrando allí. El impulso de tumbarse y dormir se apoderó de él.

—¡Sal ahora, ser silencioso! ¡Sal, ser silencioso!

Una brisa sopló en la ventana; el mago la escuchó como si se encontrara muy lejos. Sobre la piel percibió un contacto, como el de una mano familiar, pero sólo como lo haría alguien que se está durmiendo. Sólo gracias a su férrea fuerza de voluntad consiguió abrir los ojos y sintió el familiar sobresalto de verse a sí mismo de pie ante él. El acto de contemplar a su propio espectro no era como mirarse en un espejo; era más bien como si se viera en un sueño, en todas sus dimensiones, fuerte, alto y erguido.

—Ser silencioso —susurró—, debes tomar mi voz y ponerte en camino.

La proyección espectral, una criatura nacida de su propio espíritu, un ser sin más voluntad que la suya, hizo una inclinación y no emitió el menor sonido.

Valin aspiró profundamente, muy despacio, aferrándose al mundo de la vigilia con energías que empezaban a menguar rápidamente.

—Debes encontrar a mi hermano, dondequiera que esté, y debes decirle esto de mi parte: «¡Te necesito! Ven a Palanthas, al Templo de Paladine, y busca a lady Crysania. Llevará a cabo un viaje largo y peligroso, y yo no puedo estar con ella para protegerla y guiarla. Ven y ocupa mi lugar a su lado, hermano. ¡Por el espíritu puro de nuestra madre, por el fogoso corazón de nuestro padre, declaro que mi necesidad es imperiosa!».

Y el espectro, en silencio, únicamente con esas palabras que decir a ese hombre, salió del círculo, fuera de las piedras protectoras que mantendrían a salvo el cuerpo de Valin mientras su espíritu viajaba.

El Túnica Blanca se desplomó sobre la alfombra, dormido incluso antes de poder oler las hierbas protectoras que lo rodeaban. Ni siquiera sintió cómo el espectro partía, y tampoco despertó cuando éste regresó.

Crysania atravesó su silencioso estudio hasta el dormitorio. Abrió las ventanas de par en par, pero el aire vespertino resultaba caliente y estaba en calma, y la habitación siguió con la atmósfera cargada. De pie ante las ventanas abiertas, cerró los dedos sobre el medallón del dragón de platino y aspiró con fuerza. Aguardó silenciosa y paciente el calor de Paladine; pero ningún hálito de luminosidad y bondad fue a llenar su espíritu. Intentó apartar las preocupaciones e inquietudes del día, procuró olvidar a Valin. Pronunciando en voz baja las palabras de una oración, se puso a dar vueltas a la estancia.

—Señor de todo lo que es luz y bondad, tengo elecciones que realizar, y son difíciles. Concededme vuestro consuelo y sabiduría —murmuró una y otra vez.

El polvo chirriaba bajo sus sandalias, de modo que se las quitó a puntapiés y escuchó los sonidos del templo y de la noche que empezaba a caer. Las campanas repicaron con suavidad en el jardín, las voces se entremezclaron, susurrando, y el cántico de los grillos llamándose entre sí se alzó de entre la hierba. Una gaviota chilló, desde las azules y oscuras alturas del firmamento, siempre hambrienta, siempre esperanzada.

Poco a poco, la tensión que sentía disminuyó, como un peso que se quitara de los hombros. ¡Había estado sometida a aquella carga de preocupación durante demasiado tiempo!

Por fin se sintió mejor, pero seguía sin percibir el contacto de Paladine. Puso a un lado el medallón y dejó que la túnica se le deslizara por los hombros hasta caer en el suelo. La larga camisa de hilo se le pegó al cuerpo, húmeda e incómoda, mientras se lavaba con agua tibia, y, una vez hecho esto, se despojó de la prenda y se cubrió con un camisón fino. Sólo entonces recogió la túnica, introdujo los dedos en el bolsillo, y extrajo las dos dragonitas. Su magia le calentó la mano y ascendió por el brazo.

El calorcillo se convirtió en un cosquilleo, que se le extendió por todo el cuerpo.

Y, de improviso, sintió a Paladine como no lo había sentido durante semanas.

¡Tan cerca!

Cayó de rodillas, con los ojos húmedos de lágrimas.

—Paladine, bendecidnos. Concededme vuestro consuelo y sabiduría. Ayudad...

Como una brillante esquirra de luz, tan brillante que hería, percibió su presencia. Pero algo no iba bien. Él parecía...

¡Algo iba terriblemente mal!

Comprendió, temblando, que Paladine —su gran dios, su Dragón Plateado de grandes alas— corría un gran peligro.

El mágico cosquilleo empezó a quemar, y la abrasadora sensación se tornó dolorosa, como el fuego sobre la piel, como una llama en el corazón. Con un grito desgarrador, Crysania dejó caer las piedras, y soltó el medallón que había vuelto a sujetar.

Se incorporó tambaleante, con el polvo del suelo abrasándole las plantas de los pies como si anduviera sobre carbones encendidos, y consiguió llegar a su lecho, entre sollozos, sin saber qué dolor sentía, sí el suyo o el de su dios.

Permaneció allí, tumbada, durante un largo rato, estremeciéndose, con el rostro anegado en lágrimas, y el miedo destrozándole el corazón. Le pareció que la oscuridad hacía su aparición en forma de zarpa que intentaba atenazarla, desgarrarla. Gritó una vez. Tuvo la impresión de que había chillado; pero ningún sonido respondió, ni la voz interrogadora de un acólito o un clérigo. ¿Quién podía oír los gritos de su corazón? Sólo el dios que no podía hablarle, que no podía buscarla.

Al cabo de mucho tiempo el sueño la venció pero, sin embargo, no consiguió descansar. Agotada, soñó con la luz de la batalla sobre espadas relucientes, con oscuros pasadizos serpenteantes llenos de trampas mortíferas. Soñó con su dios, encapuchado y embozado y de pie, solo, en medio de una tormenta.

Soñó que tocaba la brillante piedra refulgente que le había dado Dalamar, el siervo de la Oscuridad. Soñó también que sentía —¡por un brevísimo instante!— el abrazo de su dios, la paz de su amor y energía.

Luego, dejó de soñar.

Con palabras apenas musitadas, palabras que le desaparecerían de la mente en cuanto fueran pronunciadas, el Señor de la Torre de la Alta Hechicería encendió las velas esparcidas por su habitación: las de la mesa, las situadas sobre su escritorio, las colocadas sobre las pequeñas estanterías de piedra empotradas en las paredes mismas. La luz se hizo, las sombras retrocedieron presurosas, y Valin permaneció tan tranquilo, observando el cambio.

—Bienvenido otra vez, señor mago —saludó Dalamar, dedicándole una sonrisa fría y sin alegría—. Me honras con tu compañía.

Eso, desde luego, Valin no lo creyó, y así lo dio a entender con su silencio, que mantuvo, sombrío. Conocía sus puntos fuertes, y tiempo atrás había hecho ya recuento de sus debilidades, por lo que tuvo el buen sentido de no caer en un juego de palabras con alguien tan poderoso como Dalamar el Oscuro.

—Gracias por recibirme, milord —murmuró y no dijo nada más.

—Sí, desde luego. Es un placer. —Dalamar lo miró de pies a cabeza, con una sonrisa desdeñosa en los labios, y señaló las mismas sillas que habían ocupado unas pocas noches antes—. Por favor, ponte cómodo.

Sin embargo, en esa ocasión el mago observó que no le ofrecía vino ni hacía bromas ni pretendía mostrarse jocoso. Así pues, se mantuvo en su lugar, poco dispuesto a permitir que lo hicieran sentir a gusto. Debía mantenerse siempre en guardia.

—¿Qué juego es éste que estás jugando con Crysania? —inquirió Valin sin rodeos.

Encogiendo los delgados hombros con indiferencia, Dalamar hizo caso omiso de la pregunta.

—Tengo que admitir, que no eres lo que yo esperaba. —El hechicero examinó a fondo al humano con los ojos entrecerrados, y, de nuevo, volvió a encogerse de hombros cuando vio confirmada alguna opinión personal por lo que veía.

Cualquiera que fuese esa opinión, a Valin no le importaba en absoluto.

—Vuelvo a repetir, ¿qué intentas hacer a Crysania?

Dalamar se acomodó en un sillón bajo y mullido, e indicó a su visitante que hiciera lo propio; pero Valin volvió a negarse. Los ojos del elfo oscuro llamearon.

—He dicho que te sientes.

El mago así lo hizo, casi antes de darse cuenta de lo que hacía.

—Bien —dijo Dalamar, con voz baja y tranquila—, el asunto de las piedras

dragontinas es algo entre tu señora y yo, nada que piense discutir contigo. —La luz de las velas aumentó y disminuyó, parpadeando sobre paredes y techo, y el elfo oscuro permaneció sentado en silencio durante un buen rato, juntando las yemas de los dedos de ambas manos, y con los ojos cerrados. Entonces, cuando Valin pensaba ya que lo había olvidado, su anfitrión siguió—: Pero pensé que tal vez podríamos ayudarnos mutuamente de otros modos.

Valin se irguió en su asiento, firme en su vigilancia.

—¿Ayudarnos mutuamente? ¿Cómo? No sabía que necesitara tu ayuda. Desde luego, jamás imaginé que necesitaras la mía.

—Estás equivocado, señor mago, y por lo tanto no eres capaz de ver que los dos deseamos lo mismo, tú y yo. Porque así es. Nos encontramos en una situación única para ayudarnos el uno al otro. Y a Crysania.

Fuera de la ventana se escucharon quedos gemidos, gritos ahogados que helaban la sangre. Estos eran los sonidos del Robledal de Shoikan por la noche: los demonios, los espectros, los terrores que protegían la torre todo el tiempo. El mago del desierto tragó saliva una vez, luego otra; pero, cuando habló, no hizo el menor intento por disimular en su voz la suspicacia que sentía.

—Suponiendo que deseemos la misma cosa, milord, ¿por qué habrías de querer ayudarnos a mí o a Crysania?

—Bien dicho. —Dalamar asintió, como ante la atinada pregunta de un discípulo aplicado—. Quiero saber más sobre las piedras dragontinas. Admitiré... —Dejó que su voz se apagara en una fingida reticencia a decir nada más—. Bien, había esperado poder ser capaz de usarlas yo mismo. Pero no pude.

—Porque una de las piedras pertenece al Bien —adivinó Valin.

El otro asintió.

—En ese caso, ¿cómo imaginas que Crysania podrá usar las piedras dragontinas? —Valin se inclinó al frente en su asiento—. Según tus leyendas, una de ellas es maligna. Sí, ella no es una maga como nosotros, y por lo tanto el contacto de esa piedra no la perjudicará tanto como lo haría conmigo, pero sigue siendo una sacerdotisa de Paladine. Manejarlas no le hará ningún bien. —Calló unos instantes; luego añadió—: La diosa con la que crees que ella se podrá poner en contacto cuando se hayan vuelto a reunir las piedras no es una que sienta afecto por la Hija Venerable. Ni tampoco una por la que ella sienta especial estima.

—La sacerdotisa te envía lejos, ¿verdad? —dijo Dalamar, mirándolo con expresión inescrutable.

Valin dio un respingo ante el repentino cambio de tema, y su rostro enrojeció, furioso y desconcertado.

—¿Cómo sabes eso?

Había un pequeño cuenco de piedra sobre la mesa al lado de Dalamar, y en su

interior se veía agua transparente e inmóvil. El elfo oscuro dejó que sus dedos rozaran la quieta superficie, observando cómo las ondulaciones se desplazaban hacia los lados.

—Lo sé —respondió por fin—, porque conozco a tu señora. Sé... —Se detuvo, mirando con fijeza la alfombra de brillantes colores que tenían bajo los pies. Sin embargo, su mente parecía hallarse muy lejos, como si lo que fuera que retenía su atención se encontrara a una gran distancia. Cuando volvió a alzar la cabeza, una lucecita brillaba en sus ojos, provocada tal vez por la risa—. Para que lo comprendas, te contaré una historia que tal vez te interese escuchar: la primera vez que vi a Crysania fue durante la Guerra de la Lanza.

Valin tragó saliva, removiéndose incómodo en su asiento. Ya había oído algo al respecto, y había muy poca gente en Krynn que no hubiera escuchado, explicada de un modo u otro, la historia de las aventuras de Crysania durante la Guerra de la Dama Azul.

Con los ojos fijos de nuevo sobre la alfombra y los pensamientos puestos en otra época, Dalamar inició su relato. La suya era una voz encantadora cuando deseaba que así lo fuera, y ése fue el caso entonces.

—En aquellos tiempos, tu Hija Venerable era nueva a su fe. Pero incluso joven como era, poseía fuerza y energía, era rotunda en sus convicciones. Era una de las mujeres más bellas que yo había visto nunca, y también una de las más imperturbables.

Valin abrió la boca para protestar por lo que le pareció una calumnia, pero la cerró de golpe con la misma rapidez cuando Dalamar prosiguió:

—Era como el hielo. Tan hermosa y fría como un glaciar. Igual de inalcanzable. O eso me parecía a mí. Y, sin embargo, había fuego en el hielo. Esa mujer está hecha de contradicciones. Me contó una vez que poseía una ambición excepcional, una sensación de propósito, que ardía como una llama en su interior. Su objetivo era traer el Bien al mundo. Sentía que había sido llamada a enfrentarse y destruir todo el Mal. Así pues, penetró en el Abismo.

Valin asintió. Eso lo sabía, sin embargo, aun y así, el nombre de aquel lugar siniestro y terrible tenía todavía el poder de hacerle estremecer.

—¿Has oído hablar del mago Raistlin Majere? Preguntó Dalamar, que pareció no haber observado su reacción.

—Así es —respondió él—. ¿Quién no?

Una expresión apareció en el rostro del elfo oscuro, una que le recordó al mago del desierto a un hombre atenazado por viejas obsesiones.

—Muy pocos —observó el hechicero— Con Raistlin como compañero, Crysania atravesó el Portal. Raistlin fue en busca del poder para gobernar el mundo. Ella entró a la búsqueda de energías para traer el Bien al mundo.

Dalamar alzó la cabeza, atrajo la mirada de Valin y la retuvo.

—Ahora bien, un excelente mago como tú sin duda sabe que el Portal ha sido sellado por mi propia mano; pero, en aquella época, el Portal se consideraba infranqueable. Ningún sello lo protegía porque los antiguos, pensando en convertir en inaccesible aquello que no podían sellar, habían colocado un hechizo en la entrada. Para franquearlo era necesario un hechicero Túnica Negra y un clérigo de Paladine, trabajando como uno solo. Los antiguos consideraron imposible que alguien con un corazón tan negro y alguien con uno tan bueno pudieran trabajar juntos jamás, confiando implícitamente el uno en el otro.

Se hizo un silencio, largo y profundo. Ni se oían los gemidos del exterior. Entonces Dalamar sonrió, un gesto frío nacido de un corazón de hielo y, en aquella sonrisa, Valin percibió que el elfo oscuro conocía lo que nadie aparte de él y Crysania sabía: estaba enterado del beso secreto, robado y reverenciado en los jardines del templo.

—Resulta —siguió el hechicero—, que los antiguos no habían tenido en cuenta lo disparatado que es el corazón humano.

Valin tuvo que hacer un supremo esfuerzo para mantener los ojos fijos en su anfitrión, para evitar desviar la mirada como un escolar atrapado haciendo lo que jamás debería haber hecho. Lo consiguió, pero el esfuerzo lo dejó impregnado de un sudor frío.

La voz de Dalamar se dulcificó, como si conociera el dolor del otro.

—Y, de este modo, Crysania penetró en el Abismo con el hombre al que amaba, Raistlin Majere.

—¡Raistlin! —Valin había escuchado las historias sobre la conexión entre Raistlin y Crysania. Relatos sobre aquel hombre, que se contaban alrededor de las hogueras y se murmuraban siempre que se juntaban algunos magos. El que se explicaba más a menudo, el más siniestro y asombroso, era cómo Raistlin Majere había luchado contra la Reina de la Oscuridad e impedido que penetrara en el mundo, mediante el sacrificio de su propia vida.

Dalamar volvió a pasar la mano sobre el agua, formando ondulaciones, para a continuación observar cómo se extendían.

—Jamás te lo contó, ¿verdad?

El otro tuvo que admitirlo.

—Bien, supongo que es algo que debes saber sobre ella. Su fe y energía, unidas al poder de Raistlin, los llevaron a ambos al otro lado del Portal; y su fe y energía protegió al Túnica Negra. Y cuándo él ya no la necesitó para nada, la abandonó para que muriera allí.

Valin gimió. Había oído aquello, lo conocía, pero escucharlo en ese momento, en ese lugar, era como oírlo por vez primera.

—El resto ya lo sabes —concluyó Dalamar, calibrando la reacción del otro y sonriendo ante lo que iba averiguando—, la dama se encontraba a las puertas de la muerte cuando Caramon la trajo de regreso a través del Portal.

—El hermano de Raistlin —murmuró Valin.

Estos nombres eran bien conocidos en todo Krynn. Raistlin y Caramon, y Tanis el Semielfo, se encontraban entre los nueve Héroe de la Lanza, hombres y mujeres que habían sondeado las profundidades de sus almas y hallado el valor para combatir a la Reina de la Oscuridad y salvar al mundo.

—Sí —asintió Dalamar, recordando—. Tanis el Semielfo y yo estábamos aquí, en este lado del Portal, cuando Caramon regresó a través de él. Al final, fue su amor lo que salvó a su hermano. Puede decirse, se ha dicho, que su amor nos salvó a todos. Algunos dicen, incluso, que el amor de Raistlin tuvo algo que ver en esa salvación, su amor por su hermano y por Crysania. Raistlin se enfrentó a la Reina de la Oscuridad solo, manteniéndola a raya hasta que Caramon consiguió llevar a Crysania a lugar seguro.

Valin permanecía sentado, muy inmóvil, hechizado por el relato.

—Y, luego, Caramon selló el Portal con el Bastón de Mago. Yo estaba al borde de la muerte cuando ellos salieron. Cuando terminó, mientras intentaban salvarnos a ella y a mí, Tanis dijo que Crysania había llorado y habló de fuegos y hogueras, de cómo su carne se consumió para dejar sólo los huesos, y los huesos se tornaron negros y se quebraron bajo aquel calor tremendo.

El mago cerró los ojos, intentando dejar fuera aquellas palabras, intentando no imaginar el dolor que su señora había padecido. No obstante, le era imposible cerrar su corazón o acallar la pena que rugía allí.

—Eso fue lo que ella contó —suspiró Dalamar—. Pero no había una sola señal en su cuerpo. Excepto por una cosa.

—Excepto que entró en el Portal con el sentido de la vista intacto y salió ciega —manifestó Valin, abriendo los ojos.

—Sí; su fe, y la de sus clérigos, la ayudó a sanar de la experiencia, pero nada pudo devolverle la visión que los mismos dioses le habían quitado. Yo sellé el laboratorio, y nadie ha entrado desde entonces.

»Muy bien hecho por mi parte, ¿no te parece? —añadió, poniéndose en pie con una sonrisa incongruente dibujada en el rostro.

Valin sintió que las lágrimas le acudían a los párpados. ¡Qué pueril había sido, qué inocente, qué estúpido, al considerarse digno de Crysania! Cómo debió de reír ella..., pero, no, ella no se reiría de él. Ni siquiera lo compadecería. Había conocido en persona a las grandes leyendas. Poseía compasión suficiente para salvar el mundo. Tragó saliva, temeroso de que su voz le fallara cuando hablara.

—¿Qué tiene eso que ver con lo que está sucediendo ahora? —consiguió

preguntar.

Dalamar cruzó la habitación, tomó una delicada copa de cristal azul del aparador, y la llenó de vino. Hizo gala de ofrecer lo mismo a Valin, pero éste meneó la cabeza negativamente.

—¿Qué tiene que ver esta vieja historia con lo que sucede ahora? ¿Con guerras y piedras dragontinas y el extraño silencio de los dioses? ¿No lo imaginas, señor mago? Bien, te ahorraré el esfuerzo. Preguntaste cómo puedo imaginar que Crysania consiga usar las dragonitas si la diosa que traen a su presencia es Takhisis en persona. —Alzó su copa como en un saludo—. Te contestaré que imagino que cualquiera que posea en su interior la fuerza que tiene la Hija Venerable puede lograr casi lo imposible.

El mago del desierto casi lo creía también él y, por lo tanto, su siguiente pregunta no tuvo relación con ello. Su siguiente pregunta fue la que la misma Crysania se había estado haciendo.

—Dime, mi señor, ¿qué piensas ganar dándole a la Hija Venerable de Paladine la oportunidad de hablar con la Reina de la Oscuridad?

—No te preocupes por eso, señor mago. —Dalamar se encogió de hombros como si la pregunta careciera de importancia—. Jamás te lo diré y tú nunca lo adivinarás. Pero ¡escucha! La conoces, sabes que irá. Debe ir, porque no buscará hablar con mi reina. Buscará, siempre y en toda ocasión, la oportunidad de hablar con su propio dios. Así pues, vayamos al grano, al asunto para el que te hice venir.

Un escalofrío recorrió en oleadas la columna vertebral de Valin. La máscara de amabilidad se desprendió de Dalamar, dejando su rostro blanco y sus ojos como el cielo de medianoche.

—Puedo conseguir que nunca te aparte de su lado —manifestó el elfo oscuro en tono solemne.

—Pero ¿qué podrías hacer que la hiciera amarme? —inquirió Valin, dándole un vuelco el corazón— E incluso, aunque pudieras lanzar tal hechizo, yo no querría obligarla... —Se interrumpió a sí mismo, con los sentimientos demasiado a flor de piel.

—No dije que la haría quererte, mago del desierto —repuso el otro con una carcajada que sonó como si surgiera de oscuras cavernas—. Sólo que podría arreglarlo de modo que no te enviara lejos. Aunque no es imposible pensar que, con mi ayuda, puedas conseguir el amor de Crysania.

¡Era todo lo que deseaba! ¡Todo en lo que había soñado, justo aquello por lo que luchaba!

—¿Qué harías para..., para darme esta posibilidad? —preguntó con la voz ronca y la garganta seca.

Dalamar se acomodó en su asiento y depositó la copa de cristal azul sobre la mesa junto a él.

—Dije a la sacerdotisa que elegiría al guía para el viaje a Neraka. Tú podrías ser ese guía.

—¿Cómo? —Sus esperanzas se vinieron abajo—. Ya ha dicho que no me llevará.

—Lanzaré un conjuro que altere tu aspecto.

Valin sacudió la cabeza. Se puso en pie y vagó por la habitación, desasosegado de repente, deseando estar allí y seguro de que no debía hacer un trato con ese mago. Sin embargo, más allá de esa certeza había otra cosa: su apremiante corazón, su amor por la Hija Venerable de Paladine. Al igual que los antiguos, no había contado con la necedad del corazón humano, y Dalamar lo sabía. Valin comprendió entonces de qué modo tan absoluto lo ligaba su amor a ese camino que estaba dispuesto a tomar. Aun y así, puso reparos. Debía intentar hallar un fallo en el plan de su interlocutor, si bien no dejaba de desear con todas sus fuerzas que no existiera ninguno.

—¿Hacer que me parezca a otra persona? —inquirió—. A Crysania no la engañarás con ese truco.

—No haré que te parezcas a otra persona, mago —El elfo oscuro sonrió, casi con benignidad—, sino que parezcas otra cosa. Deja que Crysania te envíe lejos. Yo le haré un regalo para el viaje: un tigre, un tigre blanco del desierto que ocupe tu lugar, que le sirva de guardián y compañero.

Valin interrumpió su vagabundeo. A sus espaldas se abría la ventana, y más allá se extendía el Robledal de Shoikan, un lugar tan lleno de trampas como la habitación de la torre.

—Desde luego —añadió Dalamar—, existen inconvenientes. Poseerás sólo una capacidad limitada para comunicarte. Y...

Valin contuvo la respiración, aguardando a que continuara.

—... y el hechizo no será reversible. Aunque tendrá una vida limitada. —Se detuvo, y sus ojos centellearon—. Durará sólo hasta que la dama proclame su amor por ti.

El mago forcejeó consigo mismo, como una mosca atrapada en la tela de una araña, sabiéndose condenado, luchando porque debía hacerlo.

—¡Esto es absurdo! ¿Cuál será tu recompensa? Y ¿por qué tendría que estar yo de acuerdo con tal locura?

Dalamar se encogió de hombros; luego volvió a arrellanarse en el asiento y a juntar las yemas de los dedos de ambas manos.

—Accederás porque la amas, y te ofrezco la única oportunidad de estar a su lado en esta peligrosa misión. Te brindo esta posibilidad porque, tal y como dije a tu señora, deseo conocer qué sucedió con las piedras dragontinas. Tú serás mis ojos y oídos, y me irás informando durante el viaje.

El jamás lo haría. Nunca la acompañaría disfrazado, obligado a contar a Dalamar cada uno de sus descubrimientos, cada esperanza, cada curva del camino. ¡Jamás!

De modo que la perdería, a ella, a quien no podía soportar perder.

Inclinó la cabeza; con los ojos fijos en la alfombra que tanto había interesado al elfo oscuro antes, musitó:

—Aceptaré tu hechizo.

«Y que los dioses nos ayuden, pues nuestros corazones son bondadosos y nuestra esperanza poderosa».

Era una antigua oración, una de las primeras que había aprendido en su vida, y Valin la repitió en el fondo de su corazón, pero no le proporcionó ningún consuelo.

Lagan Innis alzó la vista de su bolsa de viaje, los oscuros ojos le brillaban por la determinación.

—Sí, voy a ir contigo. No te molestes en protestar.

—Lagan, la señora te necesitará aquí —suspiró Valin, insistiendo por la que esperaba fuera la última vez—. Sólo me ha pedido a mí que vaya a Kalaman, y no te estoy pidiendo que me acompañes.

—No importa —repuso el enano—. Voy a ir de todos modos. ¡He estado en esos caminos! Sé lo que sucede ahí, y sé que necesitarás un compañero. Y la señora estará de acuerdo cuando así se lo explique.

Valin paseó la mirada por la pequeña celda del clérigo para contemplar el escaso mobiliario, el lecho, la mesilla de noche y el pequeño armario del rincón. Innis no lamentaría el abandonar un cómodo alojamiento. Valin conocía demasiado bien a su amigo para pensarlo. Pero tuvo la impresión de que intentaba hacer una pregunta difícil.

—¿Qué? —inquirió el mago con suavidad, pues adivinaba lo que el otro iba a preguntar.

Una gaviota chilló en el cielo, por encima de los jardines, y otra le contestó. Al otro lado de los muros, más allá del templo, el sordo y constante sonido de la ciudad ascendía y descendía mientras Palanthas despertaba a un nuevo día de rumores, miedos y calor abrasador.

—Valin, tú... —Lagan calló; luego carraspeó—. No es porque le fallé a Nisse, ¿verdad? No es por eso que no quieres llevarme, ¿verdad?

Valin cerró los ojos, avergonzado. Había mentido a Crysania por la mañana al decirle que llevaría a cabo su misión de ir a Kalaman. Tuvo que mentirle, porque era importante que ella lo creyera lejos. Había estado tan cerca, que no podía creer que ella no hubiera detectado su respiración, algo nerviosa, un poco entrecortada, y no se hubiera dado cuenta del engaño. Sin embargo, había aceptado su palabra y se lo había agradecido de todo corazón. Había sido difícil mentirle, y no resultaba más fácil hacerlo con Lagan.

—Escucha Lagan —dijo, haciendo que la palabra sonase muy solemne, como podría haberlo hecho el mismo enano—: no creo que le fallases a Nisse. Jamás lo

pensaría. Sé que hiciste todo lo posible por ella, y sé que tus oraciones son buenas, amigo mío. Si Paladine hubiera estado cerca entonces, te habría concedido la energía que necesitabas para curar las heridas de Nisse.

—¡Uf! ¡Si esto, si lo otro! —El clérigo introdujo una pequeña bolsa en el morral, luego volvió a sacarla, sopesándola en una mano, luego en la otra. Era un objeto precioso, de terciopelo morado, bordado en plata con runas enanas. En su interior guardaba los pocos talismanes de su profesión, una diminuta astilla que juraba era una limadura de una de las escamas del Dragón Plateado que era uno de los avatares de Paladine, y un pequeño libro de oraciones que él mismo había transcrito a partir de textos antiguos.

El mago del desierto sacó el morral de su amigo de la cama y se sentó en ella.

—Puedes embastar el mundo a partir de hipótesis, dice mi madre, pero de todos modos lo que hay, sigue estando ahí. En este caso, Lagan, «lo que hay» no es agradable. Es una fea imagen de un vendaval de guerra que se avecina y del silencio de los dioses. Debemos hacer todo lo que podamos, y no creo que nadie vaya a hacer más que la Hija Venerable.

El enano asintió, sin dejar de pasarse la bolsa con el bordado de runas de una mano a otra.

—Va a ir, ¿verdad? Va a hacer ese viaje a Neraka.

—Y yo no podré estar a su lado —indicó Valin, asintiendo—. Pero espero, Lagan, espero que tú sí. Le he pedido esta misma mañana que te lleve con ella cuando parta.

—¿Lo hará? —inquirió él en voz baja.

Todo su corazón se le reflejaba en los ojos, su pesar por una muerte que en otra ocasión habría podido impedir, su temor de que su dios —¡sin importar que todo el mundo dijera lo contrario!— lo hubiera hallado indigno, y de que ahora Crysania sintiera lo mismo.

Valin se obligó a lanzar una carcajada y, al hacerlo, dio un golpecito a su amigo en el hombro.

—¡Sí! Claro que lo hará. Dijo que ya había tenido la intención de hacerlo.

Eso era verdad, y resultaba mucho más fácil de decir que los embustes que había estado contando desde su regreso de la Torre de la Alta Hechicería.

—Muy bien, pues —dijo Lagan, tras suspirar profundamente—. Pero ojalá no fueras a Kalaman, ojalá tomaras parte en la misión de Crysania. —Dio una patada al morral del suelo y lo envió a la otra punta de la habitación—. ¡Uf! ¡Ojalá nadie fuera a ninguna parte!

—Bueno, supongo que podemos embastar el mundo con deseos, también, y no cambiaría gran cosa.

Durante un buen rato se hizo un silencio entre ellos; luego el enano dijo:

—A lo mejor ella cambia de opinión sobre ti, mago del desierto.

Las mejillas de Valin enrojecieron, pero permaneció callado.

—Se sabe que ha sucedido otras veces —manifestó Lagan—, que una mujer reconsidere la situación una vez transcurrido tiempo suficiente.

—¿Es que todo el mundo sabe lo que siento por Crysania? —resopló Valin.

—No todo el mundo. Sólo yo, y eso es porque te conozco. ¿Te ha dado alguna esperanza?

—Ninguna.

Lagan volvió a pasarse la bolsa de una mano a la otra, con las plateadas runas centelleando bajo la matutina luz solar que penetraba por la ventana.

—Sin embargo, eso no significa que tú no tengas ninguna, ¿verdad?

Valin se levantó de la cama y recogió su propio morral. Las preguntas de su amigo se acercaban demasiado a una verdad que no osaba revelar.

—Saco esperanzas de donde puedo, amigo. Se aprende pronto a hacerlo cuando se vive en el desierto. Espero que habrá agua. Espero encontrar pasto para los caballos. Espero que la mujer que amo me llegue a amar.

Lagan lanzó una carcajada, un sonido cálido y prolongado, y le quitó a su camarada el morral de las manos.

—Yo también espero que lo haga, amigo. Pero, ahora, ha llegado el momento de que te pongas en camino.

Valin siguió a Lagan fuera de la pequeña habitación hasta el pasillo. El templo estaba silencioso y oscuro, ocupado sólo por los ruiditos de los clérigos que empezaban a despertar al nuevo día. No era él quien había elegido la hora de su partida, había sido Crysania misma, que quería que su viaje permaneciera en secreto durante tanto tiempo como fuera posible.

—Lagan —dijo cuando llegaron a las puertas que daban a la ciudad—, hay una cosa que necesito que hagas por mí.

—Dila.

—He enviado a buscar a mi hermano, y no tardará en llegar aquí. Le he pedido que forme parte de la misión de Crysania, que la proteja como yo haría. Vendrá aquí, buscándome, pero alguien debe contarle por qué he tenido que marchar, y también deberá presentarlo a la señora. ¿Lo harás tú?

—Yo lo haré, y no tienes que preocuparte por ello. —El enano le puso el morral en las manos.

—Y Crysania...

—También la cuidaré a ella —dijo el clérigo, asintiendo— Ahora márchate... y que la bendición de Paladine te acompañe, amigo mago.

Así pues, ya había hecho todo lo que podía hacer... Puede también, incluso, que aquello que no debía. Valin apartó la duda de su mente, se despidió de Innis y le deseó buena suerte, y marchó a tomar el camino que había elegido... para bien o para

mal.

En las primeras horas que siguieron al amanecer, Valin recorrió las calles de Palanthas, absorbiendo las imágenes y sonidos de la ciudad. Debía presentarse en Las Tres Lunas al dar la cuarta hora de la mañana; una vez allí, la dama Jenna lo transportaría a la torre. Hasta que llegara ese momento, tenía que mantenerse ocupado y fuera de la vista de aquellos que pudieran conocerlo y decir que lo habían visto cuando todos en el templo lo creían muy lejos, de camino a Kalaman. A este fin, compró pan y queso a un vendedor, en el mercado de la Ciudad Vieja, y se lo llevó a un barrio tranquilo donde en el pasado las fuentes habían lanzado surtidores de agua hacia el cielo. Nada se movía en aquellas fuentes entonces, pues no se disponía de agua para ello, y él fue a sentarse en el amplio borde de un estanque silencioso, para dar cuenta de su comida.

«Una última comida como humano —se dijo, para a continuación corregir apresuradamente el pensamiento—. Una última como humano por el momento».

La afirmación sonó hueca, incluso mientras la hacía. Carecía de garantías de que Crysania fuera a decirle las palabras necesarias para poner fin al hechizo de Dalamar; más bien, poseía todas las garantías de que ella lo haría.

—Valin —le había dicho—, no te haría daño ni por todas las riquezas del mundo. Siento por ti un gran cariño; pero no pienso darte falsas esperanzas...

«Ni ninguna esperanza».

Cualquiera que deseara tener, debería encontrarla él mismo. Y eso es lo que haría ese día. Se sometería a la magia de Dalamar el Oscuro y esperaría a que un día Crysania lo reconociera y amara y lo liberara para que volviese a andar por el mundo bajo forma humana. Hasta entonces —arrojó los restos de su comida, corteza y costra, a la cuneta—, hasta entonces un tigre más deambularía por Krynn.

Jenna permanecía silenciosa junto a la ventana, dando la espalda a la abertura, al Robledal de Shoikan. La palidez que Valin había detectado últimamente en sus mejillas había desaparecido; pero el mago no imaginó que hubiera dejado ya de llorar por su padre, sino que había acabado por aceptar la fría y amarga realidad. Eso al menos dedujo al observar sus labios apretados con fuerza y sus ojos secos de lágrimas.

—Siéntate —dijo la mujer al mago mientras éste daba vueltas por la habitación—. A Dalamar no le gusta la gente que no para de moverse, especialmente en un espacio tan limitado.

El hombre obedeció, pero casi de inmediato volvió a ponerse en pie. ¿Dónde estaba Dalamar? Llevaba esperando en la habitación del elfo oscuro desde hacía casi una hora, escuchando la clepsidra, mientras procuraba no oír los gemidos que ascendían desde el Robledal de Shoikan. Cada minuto que transcurría arrastrándose con pies de plomo irritaba más sus nervios, y notaba en el estómago la enroscada serpiente del miedo.

—Pronto estará aquí —dijo Jenna con una fría sonrisa.

—Es como si leyeras mis pensamientos, señora —respondió él, lanzándole un mirada sorprendida.

—Es exactamente eso —corroboró la hechicera, con una leve reverencia—. Ahora siéntate.

Obedeció, y esta vez no se levantó hasta que oyó el sordo sonido de una pisada al otro lado de la puerta y Dalamar penetró en la estancia.

El elfo oscuro no tuvo nada que decir durante un buen rato, y se limitó a contemplar a Valin, llevando a cabo una estimación de su persona, cuyo resultado guardó para sí.

—Estás listo, pues —dijo por fin, con voz sedosa que resultaba aún más amenazadora debido a su tono tranquilo.

El mago del desierto tragó saliva una vez, negándose a permitir que el miedo le obligara a cerrar las manos convirtiéndolas en puños.

—Esta es mi única opción, mi señor. Es la elección correcta.

El hechicero se encogió de hombros como si le importara muy poco que Valin considerara su elección correcta o equivocada.

—¿Comprendes que no puedo invertir el conjuro?

—Lo comprendo —respondió él, con la boca seca como el polvo.

Sonriendo como si estuviera seguro de que Valin no comprendía nada en absoluto, Dalamar tomó al mago del desierto del brazo y lo llevó hacia la puerta.

—Ven conmigo, pues. Nos pondremos a trabajar.

Valin miró una vez por encima del hombro para ver si Jenna los seguiría, pero ésta no iba a hacerlo, pues ya no se encontraba cerca de la ventana. En realidad ni siquiera estaba en la habitación: únicamente quedaba un leve aroma a pétalos de rosa y a especias fuertes, flotando en el aire como un perfume apenas percibido.

Dalamar abrió una puerta e hizo pasar a su invitado a una pequeña habitación sin rasgos distintivos, vacía como una cámara de ejecución, húmeda como correspondía a una estancia situada en una parte tan baja de la torre. Ningún tapiz suavizaba las cuatro paredes de piedra; el suelo no mostraba ni la más mínima alfombra; ninguna luz iluminaba el lugar aparte de la que penetraba por la puerta abierta hasta que el hechicero pronunció una palabra mágica. En un segundo, una luz apareció en la esquina más lejana, pálida y sin despedir calor.

—Espero que estés cómodo aquí. —Dalamar tiró de la puerta, cerrándola, aunque sin echar el pestillo—. Me ocuparé de tus cosas.

—No tengo nada —respondió él.

Había dejado la bolsa en Las Tres Lunas para que Jenna se deshiciera de ella. Le había pedido que entregara sus ropas a los mendigos, pues consideraba que lo mejor era que alguien pudiera usar las prendas que él no necesitaría. La mujer, tras echarse a reír como si acabaran de decirle una chiquillada, le había recordado que no le serviría de gran cosa que la gente del templo viera a un pordiosero vestido con ropas demasiado conocidas. Él había contestado que hiciera lo que quisiera con su morral y había guardado únicamente el brazalete de oro que le habían entregado sus padres cuando pasó su Prueba como mago en Wayreth.

El brazalete, centelleando bajo la fría luz, colgaba de su muñeca en ese momento.

—Lo único que tengo es esto.

La sonrisa de Dalamar fue muy parecida a la que Jenna le había dedicado, y tras un momento, Valin comprendió a lo que el elfo oscuro se refería. Con gesto displicente, se quitó las ropas, las dobló con pulcritud, y depositó el brazalete encima del montón. La amatista, engastada como un ojo en el oro, le dedicó un guiño.

—Lo usaré para hacerte un colgante —indicó Dalamar, tocando el brazalete—. Un ancla que te conecte con tu antigua vida.

Valin apenas lo oyó. El aire de la habitación lo envolvía con mano gélida, y le ponía la carne de gallina. Cerró los ojos, deseando alejar de sí el miedo, mientras el hechicero recogía el montón de prendas y cruzaba el umbral para colocarlas en el descansillo. Cuando volvió a entrar, el elfo oscuro cerró la puerta herméticamente.

La luz mágica brillaba en el rincón de la estancia, proyectando largas sombras sobre el rostro del Señor de la Torre, que tejían una máscara y ocultaban toda expresión.

—Estarás mucho más cómodo si te arrodillas o te sientas —aconsejó en voz baja.

Valin se arrodilló.

—No te asustes si te sientes desorientado. Yo te vigilaré.

El mago del desierto respiró profundamente. Con la columna bien recta y la cabeza erguida, se armó de valor.

Nada impresionado, Dalamar se limitó a sonreír. Pronunció una palabra en voz baja, y la luz mágica disminuyó hasta casi desaparecer. A continuación, extrajo algo del profundo bolsillo de la túnica y lo sostuvo con cuidado en una mano en tanto sacaba otra cosa del otro bolsillo. Los aromas de verdolaga y cenizas, de musgo perlado y celidonia, se entremezclaron en el aire cuando el elfo oscuro juntó las palmas, frotándolas con suavidad. Volvió a rebuscar en sus bolsillos, juntó otra vez las manos, y añadió artemisa y acónito a la mezcla.

Valin empezó sentir un sordo martilleo en la cabeza. Le dolieron los ojos, y se le

revolvió el estómago, cuando el hechicero mantuvo en alto las manos ahuecadas y sopló en ellas con cuidado.

Como alguien situado demasiado cerca del lugar donde ha caído un rayo, el mago del desierto sintió cómo los cabellos de la nuca se le erizaban, y un hormigueo y escozor por todo el cuerpo. Dalamar empezó a hablar.

Frases sin palabras, sonidos informes, se entretejían y retorcían. Eran palabras poderosas, palabras mágicas, y resonaron en la pequeña habitación, retumbando como el trueno en el cielo.

Entre temblores y escalofríos, Valin gimió en voz alta al sentir el primer contacto de la magia. Esta lo despojó de su calma, y plantó semillas de temor en él que rápidamente se convirtieron en un terror que desgarraba su corazón y su espíritu. Jadeó, y rebuscó en lo más profundo de su ser, gateando en círculos como quien busca un tesoro en un profundo pozo, desesperado por encontrar un talismán, una palabra, un nombre, una imagen a la que aferrarse.

¡Crysanía!

¿Había gritado su nombre en voz alta?

¡Crysanía!

Y vio los ojos de ella ante él, de un gris pálido como ala de paloma, dulces, sabios y confiados.

—Esto está bien —consiguió decir— Bien. —Repitió la palabra una y otra vez, un mantra que lo mantuviera anclado mientras la voz de Dalamar se arremolinaba a su alrededor, alzándose y cobrando fuerza como un vendaval.

La habitación empezó a girar, enloquecida, dando vueltas sobre sí misma como un torbellino.

Chispas procedentes de la amortiguada luz descendieron sobre el mago, desperdigándose por su piel, arrebatándole la voz justo cuando sabía que debía chillar o morir. Le arrancaron su humanidad, y él gritó sin voz al sentirla marchar, dejándole tan sólo el dolor del desgarro mientras sus huesos se hacían pedazos y volvían a formarse. Escuchó cómo su columna se quebraba, aplastada como si fuera de cristal.

Abrió la boca para volver a vocear, pero no surgió ningún sonido.

La habitación giró más y más deprisa. Gris dando caza al gris que daba caza al gris. Una neblina gris y una agonía roja. Hilillos de fuego se le extendieron por las extremidades.

Valin intentó desesperadamente respirar. Se esforzó por gritar, y descubrió que había recuperado la voz, poderosa y rugiente.

—¡Crysanía!

La habitación giró más deprisa aún hasta que por fin —al cabo de una hora, un día, una eternidad—, sus gritos se convirtieron en silencio.

El hambre saltó sobre el tigre blanco como un cuervo sobre un cadáver, desgarrando,

graznando, arañando su vientre y cerrando el paso a cualquier otro sentimiento. De su garganta brotó un ronco rugido, un sonido furioso, un grito inquieto, una advertencia.

Se alzó de la fría piedra, tensando la poderosa musculatura. Debajo de él había una sustancia, áspera, blanda, que apestaba a humano y a elfo y a todos los olores de las fibras y tintes que se habían utilizado en su composición.

Olió agua, y su gruñido se convirtió en un sonido de búsqueda, en un sordo rugido. Cuatro paredes lo recluían; un techo colgaba sobre él, y un suelo se extendía bajo sus patas.

Alzó la cabeza, aspirando los aromas. Aquí había habido un elfo: la habitación apestaba a él. También flotaba en el aire un olor femenino, humano.

¡Olió sangre!

Sintió un nudo en el estómago, y su hambre se reavivó.

El tigre meneó la cabeza. Su cerebro no funcionaba bien. Sus pensamientos se tornaron inconexos, uno expulsando al otro, abalanzándose sobre él con cada nuevo estímulo.

Olor a mármol...: inofensivo.

Olor a elfo...: peligroso.

Merodeó por la habitación con cuidado, la cabeza baja, las orejas erguidas, y localizó el agua. Se encontraba a poca distancia, en un cuenco de barro pintado. Arcilla roja, fuego, tinte de piel de cebolla. Su propio olor se aferraba al cuenco y visualizó una veloz imagen de sí mismo bebiendo en él.

El felino se tambaleó. El vértigo lo zarandéó y le arrancó un rugido furioso cuando las imágenes chocaron entre sí. Un hombre alto de cabellera castaña se alzaba sobre dos piernas, con el cuenco de barro en la mano, y un tigre, blanco de rayas grises, lamía el agua en el lugar donde el cuenco descansaba sobre el suelo. Cada uno de ellos, hombre y animal, ocupaban el mismo lugar en el espacio y el tiempo.

El animal buscó sus sentidos, esos poderes que, para hombre o bestia, actúan como áncoras de tiempo y lugar.

Olor a sangre. Su estómago se normalizó, el vértigo se mitigó. Sangre. ¡En alguna parte había carne fresca! Estaba hambriento.

Giró la cabeza y los hombros se movieron con suavidad, poderosos. El olor a sangre se acercó más, transportado por el ruido de pisadas y el crujido de la puerta al abrirse. Los olores de un elfo y un humano, uno del sexo masculino, el otro femenino, llenaron la atmósfera. La luz penetró al interior por la puerta abierta.

El tigre rugió, percibiendo una sutil amenaza, olfateando el peligro.

¡Olor a sangre, olor a carne!

Volvió a gruñir, enfurecido y a modo de advertencia, ya que esos dos seres eran peligrosos, enemigos. Y sin embargo no lo eran. Aturdido, el animal intentó ordenar sus sensaciones y reacciones, trató de pensar.

Enemigos, pero que al mismo tiempo no lo eran. Tratos cerrados, transacciones realizadas. Por Crysania, por él mismo.

Oyó el sonido de un paso en el suelo, y la mujer penetró en la habitación sosteniendo un cuenco. La recién llegada evitó los ojos del tigre, como haría cualquier persona sensata, pues sólo aquellos que desean morir miran a un tigre a los ojos; y, con sumo cuidado y ademanes exagerados, ladeó el recipiente hacia él para que pudiera ver el contenido.

¡Humana majadera! ¿Acaso creía que él no podía oler la carne del interior?

El tigre dio un paso al frente, luego se detuvo. Volvió a gruñir y cambió de posición, con los músculos de las patas en tensión otra vez, agazapándose para saltar en el mismo instante en que el elfo penetraba en la habitación y se colocaba entre la mujer y la bestia. Dijo algo, el elfo, y el tigre comprendió que reprendía a la mujer por haber entrado primero.

El olor a carne cruda flotó en el aire, enloquecedor, seductor. El tigre blanco se agachó para brincar. ¡Comida! Se arrojó al frente, y el elfo se mantuvo firme, sin desprender olor a miedo cuando se hizo a un lado.

—¡Valin! —llamó la criatura oscura—. ¡Valin!

Hincó una rodilla en tierra, y acercó el rostro al animal. Su aliento olía a cosas muertas, a sal y a comida quemada por el fuego. Con gran osadía, el elfo posó la mano sobre la cabeza de la bestia, acariciando su pelaje; y el tigre olió a carne —carne jugosa— y a jabón y fibras teñidas del color de la noche.

—¿Sabes dónde estás, Valin?

Valin.

Las imágenes volvieron a chocar, hombre y bestia existiendo ambos en el mismo momento y el mismo sitio. El tigre, el hombre... Las dos figuras refulgieron en la mente de la criatura, fusionándose, y su significado empezó a dar vueltas por el cerebro de Valin, hasta vincularse a los sonidos que profería el elfo. Como los brillantes fragmentos de color y luz de un caleidoscopio infantil, las imágenes se formaron alrededor de los sonidos para convertirse en patrones, para crear lenguaje. El tigre reconoció como palabras los sonidos emitidos por el otro, y uno de ellos era su propio nombre.

—Sí —dijo el elfo, con satisfacción, incluso triunfo, en la voz—. Ahora ya sabes lo que sucede, ¿no es así? Valin; tú eres Valin.

Era cierto, el tigre lo sabía. Valin lo sabía, y recordaba cada momento de su transformación, cada alarido de dolor, cada grito que se convertía en el nombre de su señora: ¡Crysania!

—¿Sabes dónde estás, Valin? Han transcurrido tres días. ¿Recuerdas mi hechizo?

La criatura se sacudió, y paseó la mirada por la habitación para contemplar las desnudas y grises paredes.

*Dalamar*, profirió en silencio.

El elfo no se movió, no pareció conocer su propio nombre. No, eso no podía ser. Con más energía, pero igualmente en silencio, el tigre volvió a decir:

—¡Sí! —asintió el elfo, rascándole la oreja.

Valin se apartó de aquella familiaridad con un gruñido, y *Dalamar* no volvió a intentarlo.

El hechicero se limitó a reír y giró hacia la mujer que seguía de pie detrás de él.

—Conoce su nombre, y conoce el mío. Los ha pensado, y yo los he escuchado en mi mente.

—Valin, ¿sabes dónde te encuentras? —*Dalamar* se aproximó más.

El animal volvió a estremecerse, lleno de impulsos conflictivos; podía contestar o podía comer. Su voz silenciosa en forma de gruñido amenazador comunicó: *Hambriento*.

—Supongo que debes estarlo —*Dalamar* rió con suavidad. Alargó la mano hacia atrás y tomó el cuenco que sujetaba la mujer.

—Sí —contestó el elfo oscuro—. Jenna está aquí.

*La torre*.

—Cierto. —El hechicero depositó el recipiente en el suelo, y el aroma de sabrosa carne cruda inundó los hocicos de Valin, provocando que se le hiciera la boca agua.

El tigre se abalanzó sobre la comida y la devoró en un instante, sin dejar de mirar en derredor todo el tiempo para comprobar que ningún otro depredador se acercaba.

Ninguno lo hizo. *Dalamar* y Jenna se mantuvieron donde estaban, observando en silencio.

Consumida la comida, saciado el apetito del animal, el elfo oscuro introdujo la mano en un bolsillo de su negra túnica y lo que sacó, lo sostuvo en alto para que Valin lo viera: era un collar de cuero marcado con runas, y, balanceándose de él, un colgante hecho con los restos de su antigua vida, un pequeño dragón fundido en oro, con los ojos de amatista partidos en dos. Hasta no haberlo olfateado y probado con la lengua, el animal no permitió que le colocaran el collar alrededor del cuello.

*Es una cosa molesta. Araña mi pelaje*.

—Te acostumbrarás a él —manifestó *Dalamar*—. Es tan fácil como llevar ropas. Y bien, ¿estás listo para reunirte con tu señora?

Valin le respondió mentalmente con una obscenidad, y el elfo oscuro echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada. Sujetó una corta correa de cuero al collar y murmuró unas palabras mágicas en voz baja.

El viento se arremolinó, el mundo giró sobre sí mismo en una bola de luz y color que se fragmentaba, para a continuación volver a unirse en cuanto el hechizo de transporte formulado por *Dalamar* los depositó en la ciudad a poca distancia del

templo.

Un abrumador tumulto de olores aulló en el interior del cerebro de Valin: enano y humano, elfo y enano gully. Ratas y ¡minotauros! Basura pudriéndose al sol, comida en los puestos del mercado, ganado, olor a mar. ¡Peces!

—Tranquilo —dijo Dalamar, en voz baja, y el contacto de su mano lo apaciguó—. No estaría nada bien echar a correr como un loco por la ciudad, amigo mago.

Valin se aferró a su autocontrol y ordenó a sus sentidos que mantuvieran la calma. Ante su sorpresa y gran alivio, no resultó difícil hacerlo, y pronto se encontró andando con tranquilidad entre la gente que, apestando a miedo, se detenían para contemplarlos con asombro, un tigre deambulando despacio junto a un mago Túnica Negra.

—Cuando llegue la noche —dijo Dalamar entre risas, inclinándose para susurrarle—, no habrá nadie en la ciudad que no haya oído hablar de ti. Ahora baja por esta calzada y dobla esta esquina. Sólo falta un poco.

Al cabo de unos instantes, el muro que rodeaba los terrenos del templo apareció ante sus ojos. La enorme puerta se abrió para permitirles el paso, y las grandes columnas del edificio se alzaron sobre sus cabezas. Mientras ascendían la escalinata, Dalamar soltó el cierre de la correa y guardó en el bolsillo la tira de cuero.

Valin se detuvo justo al otro lado de las puertas, tal como había hecho en el pasado, para aguardar a que sus ojos se acostumbraran a la penumbra. Pero no tuvo que esperar; sorprendido, miró a su alrededor. Podía ver a la perfección hasta las profundidades de la sala. El cambio sufrido en su visión era tan fuerte como el de su sentido del olfato; satisfacción y temor lo embargaron a partes iguales.

¿Qué hombre podía saber lo que era moverse con músculos que funcionaban con energía y elegancia? ¡Ninguno! ¿Quién, a parte de él, sabía a qué olía en realidad el mundo, qué aspecto tenía a través de los ojos de un tigre? ¡Nadie! Y quién, se dijo malicioso, proyectando su pensamiento en una emoción muda, ¿quién podía saber qué se sentía al conseguir que el Señor de la Torre de la Alta Hechicería diera un paso atrás cada vez que él levantaba la cabeza para rugir?

Un clérigo se aproximó a ellos, sorprendido de encontrar a Dalamar el Oscuro en el templo.

—¡Lord Dalamar! ¿En qué puedo ayudaros?

Hablaba al elfo oscuro, pero sus ojos contemplaban con fijeza y cautela al animal.

—He venido a ver a la Hija Venerable.

—Se encuentra con sus consejeros, señor. —El joven vaciló, cediendo terreno ante las largas zancadas del mago. Estaba claro que no se podía molestar a la Hija Venerable; del mismo modo que un tigre no era un visitante corriente. Ni tampoco Dalamar.

—Le he traído un regalo —anunció el Túnica Negra, deteniéndose ante las altas y

anchas puertas de roble de la gran sala—. Por favor, dile que estoy aquí.

El clérigo obedeció de mala gana y regresó no con Crysania, sino con Lagan Innis. El enano se quedó en el umbral, mirando con fijeza al tigre, y mirando también con fijeza al elfo oscuro. Valin enseñó los dientes, en una amplia y aterradora mueca que dejó al descubierto los colmillos.

—Señor —dijo Lagan mientras su mirada pasaba veloz del mago al animal—. La Hija Venerable me ha pedido que te conduzca a ti y a tu, ¡ejem!, regalo a su estudio. Se reunirá contigo allí dentro de poco.

Dalamar hizo un gesto de aquiescencia, pero Valin se adelantó antes de que el mago pudiera moverse, y fue a restregarse contra su amigo, a quien estuvo a punto de derribar al suelo. Riendo, sin importarle si Dalamar lo oía, colocó la enorme cabeza bajo la mano del enano.

Lagan, demasiado orgulloso y tozudo para mostrar miedo, se mantuvo firme, mirando con desesperación al mago en busca de instrucciones.

El elfo negro emitió un gruñido de exasperación y señaló al animal con un violento gesto de la cabeza.

—Creo que quiere que lo acaricies. Pero ten cuidado —advirtió bruscamente—. No le gusta que le rasquen las orejas.

El clérigo, que acababa de empezar a hacer justo eso, se quedó paralizado. Valin, riendo todavía mentalmente, intentó algo nuevo con una voz que hasta entonces sólo había rugido y gruñido. Complacido, descubrió que era capaz de ronronear.

—Por aquí, señor —indicó Lagan, rascando con suavidad las suaves orejas redondeadas del tigre mientras conducía al mago y a su extraño regalo por los pasillos de mármol.

Valin observó que su amigo ponía buen cuidado en no sonreír cuando el elfo oscuro podía verle.

El papel crujía, susurrante. El aire caliente soplaba en la ventana, despertando los olores de estanterías de roble y de hileras y más hileras de textos, pergaminos viejos y tinta fresca.

«¿Qué regalo —se preguntó Crysania— ha traído aquí, Dalamar? ¿No eran suficientes las piedras dragontinas?».

De un lejano relato de su infancia recordó una susurrada advertencia: «Guárdate de los regalos de los magos, ya que nada se ofrece a cambio de nada».

Introdujo la mano en el bolsillo para tocar las dragonitas de las que jamás se separaba. Sus dedos las rozaron con cuidado, la piel y los huesos recordaban cómo habían ardidado y herido aquellas piedras la última vez que había posado la mano en ellas. En ese momento, se mostraban más tranquilas, más pacíficas.

«Paladine...».

El dios no dijo nada.

El abrasador aliento del verano rozó el cuello de Crysania, provocando que los cabellos le hicieran cosquillas en la mejilla. Alzó una mano para echarse las guedejas hacia atrás; luego se acomodó en los mullidos almohadones del alféizar de la ventana. Dos clérigos murmuraban entre sí, discutiendo planes para el funcionamiento del templo durante la ausencia de la Hija Venerable. Sus papeles y mapas cubrían la enorme mesa redonda situada cerca de la ventana, utensilios de su trabajo mientras planeaban lo que harían si el ejército de Ariakan se dirigía a Palanthas. Debatían dónde serían más necesarios los clérigos, cuántos habría que mantener en la ciudad, cuántos deberían de enviar a las planicies, cuántos a sir Thomas a la Torre del Sumo Sacerdote. Tal vez el dios del Bien y la Luz se mantuviera mudo ante las oraciones de sus fieles, incapaz de prestar su energía a los esfuerzos curativos, pero cada clérigo del templo poseía un profuso conocimiento de las artes curativas relacionadas con las plantas y las pociones.

Las voces de los clérigos iban y venían, pasando sobre Crysania como el sonido de un mar lejano.

«Y yo ya casi me he ido de aquí —pensó la mujer—. Hablan y hacen planes y lo harán muy bien, pero mi mente está ya en el camino».

Marcharía primero a la Torre del Sumo Sacerdote a hablar con sir Thomas, a comunicarle que abandonaba el templo y la misma Palanthas, aunque tal vez sin decirle el motivo. ¿Cómo podía contarle que se marchaba del Templo de Paladine con la esperanza de encontrar a su dios, pero temerosa de tropezar con la mismísima

Reina de la Oscuridad?

«Voy en una misión, mi señor, para ver qué puedo ver».

Crysanía sonrió, para sí y sin alegría. Tanto daba si decía esto u otra cosa, sir Thomas de Thelgaard, aquel caballero bueno y leal, merecía enterarse de que la Hija Venerable de Paladine abandonaba su templo. Por una temporada.

Los clérigos murmuraban, el viento gemía y los documentos pasaban de mano en mano. Alguien dijo a la persona que tenía al lado.

—Me pregunto dónde estará ahora Valin. Me gustaría saber qué noticias traerá de Kalaman.

«Me pregunto —se dijo Crysanía—, cómo le va».

De un modo espontáneo, el recuerdo del mago, de su declaración de amor, le apresuró el corazón. Por ella, él haría cualquier cosa. Lo sabía. Iría a Kalaman en busca de noticias, espiaría a ejércitos de dragones si era necesario. Adelantaría a las nubes de guerra y regresaría a Palanthas con las noticias que eran tan imprescindibles. Y ella se habría ido cuando él regresara, estaría lejos y en pleno viaje.

¿Qué era aquello, tristeza musitando en su oído?

«En absoluto», se dijo, a menos que fuera tristeza por todo el mundo que estaba suspendido al borde del precipicio de la guerra.

La pesada puerta de madera de la sala crujió sobre sus bisagras de latón, y en el silencio se escucharon unas firmes pisadas: las de Lagan Innis. El enano permaneció un instante inmóvil muy cerca de la sacerdotisa, aguardando a que ésta le prestara atención. La mujer abandonó sus pensamientos y se llevó un dedo a los labios.

En voz muy baja, intentando no perturbar la discusión que tenía lugar a su alrededor, Lagan dijo:

—Señora, lord Dalamar y su... regalo están en tu estudio.

—Gracias Lagan. Voy hacia allí.

Se puso en pie, y el enano se colocó a su lado, listo para prestarle ayuda si la necesitaba, silencioso como la noche por si ella deseaba andar a solas con sus pensamientos.

En el umbral de su despacho, Crysanía se detuvo para captar la presencia de los que aguardaban en el interior; a Dalamar lo situó de inmediato merced al siniestro y misterioso aroma de los componentes para hechizos que flotaba permanentemente a su alrededor y por el roce de sus ropas sobre el suelo de mármol. Mezclado con su olor percibió otro, más extraño, el almizcle de un animal, la pesadez del calor y del sol.

Algo se movió, algo no tan alto como ella y sin embargo de mucho mayor tamaño.

—Buenos días, lord Dalamar. Y buenos días también a quién sea que te

acompaña.

—Mi señora, he venido a verte con un regalo. —Dalamar fue hacia ella, y su compañero avanzó con él, con pasos pesados.

—¿Un obsequio, no un invitado? Vaya, tus presentes abundan. Eres demasiado bueno conmigo, mi señor.

Los ropajes susurraron, y el perfume del aire cambió al acercarse más el elfo.

—En absoluto, señora. Te prometí un guía para que te acompañara en tu viaje y he venido a cumplir esa promesa.

Unas pisadas quedas sonaron detrás del mago, y fueron a colocarse a su lado. Y con ellas llegó un nuevo y poderoso olor animal.

Pegado a Crysania, Lagan se mantenía muy quieto, pero la mujer percibió su cautela. ¿Por el regalo o por la persona que lo ofrecía?

—Lagan —dijo, y el enano posó la mano sobre su brazo para conducirla con cuidado al frente hasta situarla frente a Dalamar y su regalo: su guía.

—Es un tigre, señora —explicó Lagan, tomando su mano y, cuando ella asintió, colocándola sobre la amplia cabeza.

Un pelaje suave, cálido, olor a almizcle animal, un aliento ardiente como el viento que soplaban en las calles. El animal se mantuvo bajo su mano, y ella escuchó cómo su cola se agitaba en el aire, a un lado y a otro, en un lento balanceo.

La otra mano de Crysania se alzó, en busca del animal, hasta que localizó sus suaves orejas redondeadas.

—No te hará daño —indicó el enano— Puedes estar tranquila. Es un animal magnífico, blanco, un tigre del desierto, y tiene unas rayas de un gris apenas perceptible siguiendo el mismo patrón que su dorado pariente de la selva. Los ojos son como esmeraldas. —Bajando la voz, añadió—: Le gusta que le rasquen las orejas.

Crysania sonrió y acarició las orejas del tigre con el suave y rítmico roce que hace las delicias de toda clase de felinos, y que el tigre no pudo por menos que aceptar, según comprobó Dalamar. Con su buena voluntad establecida y aceptada, la Hija Venerable asó la mano por la gran cabeza del animal, los hombros y el lomo. La criatura olía a limpia y sana, como lo hacen todos los animales que no están enfermos o heridos.

—Dalamar, se trata de un animal hermoso. Siento su fuerza y salud. Pero no entiendo por qué tienes que traerme una criatura como ésta.

El mago se acercó más, entre un crujir de ropas y, en su voz, la mujer detectó un tono irónico cuando contestó:

—Pero ya sabes, mi señora, que te prometí un guía para tu viaje. Este animal lo es. Te acompañará a donde necesites ir.

El tigre gruñó de improviso, moviéndose inquieto, y un repentino e instintivo

temor se adueñó del estómago de Crysania. No obstante, haciendo gala de una gran fuerza de voluntad, la sacerdotisa se mantuvo quieta, y posó la mano sobre la cabeza del tigre, acariciándolo. El animal se apaciguó al instante. Bajo la mano de la mujer había un ancho y suave collar de cuero, y Lagan se acercó más para girar el collar bajo los dedos de su señora y permitir que palpara un colgante.

—Es la imagen de un dragón —dijo Lagan—, hecha en oro, con dos trozos de amatista por ojos. No lo han hecho enanos —indicó, y ella imaginó sus ojos entrecerrándose con expresión crítica—. Pero es bastante buena.

Crysania hizo girar el colgante entre los dedos para palpar el suave metal, la fría piedra, la delicada talla de un dragón en miniatura. Sonrió, verdaderamente divertida.

—Dalamar, ¿qué voy a hacer con una criatura como ésta? —Tuvo una repentina visión del enorme tigre entre sus clérigos, ahuyentándolos atemorizados igual que si fueran pajarillos—. Es un regalo muy fiero para alguien como yo.

El tigre se recostó contra ella, chocando contra sus piernas de modo que la mujer se vio obligada a retroceder para mantener el equilibrio e, incluso una vez recobrado, el animal volvió a restregarse contra ella. La sacerdotisa sintió el latir de su corazón, sus más leves movimientos, su poder y majestad.

—Haz con él lo que desees, señora —repuso Dalamar con frialdad— Pero recuerda por qué te lo he traído. Esta criatura puede conducirte hasta Neraka y las piedras dragontinas. Sin él, no encontrarás lo que buscas. Esto lo sé, aunque no puedo decir más. Desde luego, si ya has elegido no ir...

—Milord —Crysania acarició las orejas del tigre—, no debes pensar que he escogido no ir porque todavía no haya encontrado tiempo de comunicarte mi decisión.

Percibió cómo el elfo sonreía. No había visto su rostro desde hacía muchos años, pero su imagen jamás se había desvanecido de su mente. Y por lo tanto sabía que la sonrisa del hechicero iba acompañada de unas cejas enarcadas, a modo de leve gesto de sorpresa ante la punzante respuesta de alguien cuyas palabras eran siempre dulces y suaves.

—Desde luego, harás lo que desees, señora. Y yo me iré ahora para dejar que te familiarices con tu guía.

Se volvió para marchar, y ella se colocó a su lado. El tigre la siguió de cerca y en silencio.

—Debería darte las gracias por el regalo, señor. Dime, ¿cómo se llama el tigre?

Dalamar le tomó la mano para conducirla hacia la amplia escalinata que descendía hasta el primer nivel del templo.

—No le he puesto ningún nombre —respondió— Eso te lo dejo a ti. —Colocó la mano de la mujer sobre la fina superficie de la barandilla— Tal vez podrías llamarlo... Valin.

Valin. El nombre cayó como una repentina pedrada sobre un estanque de aguas mansas.

—¿Dónde se encuentra ese insensato Túnica Blanca, de todos modos? —prosiguió Dalamar a toda velocidad, con un pequeño dejo de satisfacción en la voz ante el temblor de emoción que percibía— Por lo general siempre ronda por las cercanías.

—Valin se ocupa de sus deberes esta mañana —respondió Crysania—. Y no se me ocurre por qué piensas que podría llamar a un tigre con el mismo nombre de alguien del templo.

Dalamar lanzó una irónica risita, pero Lagan intervino con rapidez.

—No es una mala idea, señora. No tienes por qué llamarlo Valin, pero tal vez podrías llamarlo *Tandar*. Lord Dalamar dijo que el tigre proviene del desierto. Y ése es el apellido de Valin. Él me contó una vez que el nombre significa «rey del desierto». Creo que mi amigo encontraría divertido ese nombre. Y estoy seguro de que se sentiría honrado.

Podría ser, pensó Crysania. Imaginó su voz llenándose de risa cuando se enterara. Y entonces recordó que no sería ella quien le dijera que le había puesto su nombre a un tigre; ni tampoco sería Lagan. Ellos estarían muy lejos cuando Valin regresara de su misión.

—*Tandar* —dijo Dalamar con suavidad, como si no se hubiera dado cuenta del silencio de la sacerdotisa— no significa exactamente «rey del desierto», maese enano. Una traducción más fiel sería «señor de las arenas».

El tigre lanzó un gruñido gutural, como si reconociera su nuevo nombre.

—Será *Tandar* —anunció Crysania mientras descendía el último peldaño—. ¿Te quedarás para tomar un refrigerio conmigo, milord?

—Gracias —respondió él, lacónico, casi con rudeza—. Debo irme.

Ella todavía le tenía una mano puesta sobre el brazo y, por lo tanto, notaba al hechicero tenso y envarado, como si se viera obligado a soportar un dolor terrible. Comprendía lo incómodo que era para él encontrarse en los terrenos del templo, y podía imaginar con facilidad hasta qué punto el oscuro mago debía aborrecer entrar en contacto con la luz.

Así se había sentido ella cada vez que lo había visitado en la Torre de la Alta Hechicería.

—En ese caso no te retendré. —Hizo una seña a Lagan, una silenciosa petición para que la dejara sola con el elfo oscuro. Cuando el enano se hubo colocado a cierta distancia, la sacerdotisa continuó—: Dalamar, no has mencionado la batalla del Cónclave con los hechiceros grises.

El mago se permitió la más imperceptible de las contracciones; una que ella no habría notado, y que sólo percibió porque seguía tocando su brazo.

—No hay mucho que decir al respecto, señora. Arriesgamos, y perdimos. Debemos reagruparnos y volver a probar suerte.

—Y perdiste a muchos que te eran leales.

—No intentes curar mis heridas, señora —repuso él con un bufido, un sordo sonido de amargo pesar—. Ni siquiera tú podrías conseguirlo. Lo que está hecho, hecho está.

—Y no puede deshacerse. Lo sé. Pero sin duda hay mucho más que contar. ¿Qué sabes sobre esos hechiceros, los Caballeros Grises?

El elfo se detuvo justo en la parte interior de las enormes puertas principales. Crysania y el tigre aguardaron.

Dalamar ya no prestaba atención al animal; era como si la bestia, que ya pertenecía a la sacerdotisa, no existiera para él.

—Son hechiceros poderosos, que no obedecen más leyes de la magia que las suyas propias. Una orden renegada, y que merece su nombre. De algún modo se han ganado el favor de la Reina de la Oscuridad, y nosotros hemos de encontrar un modo de detenerlos.

—Nosotros —repitió ella, sin conferir la menor emoción a la palabra, ni darle siquiera forma de pregunta.

—Muy bien. Yo debo hallar un modo. Es por ese motivo que te ayudo a hacer el viaje a Neraka para buscar el resto de piedras dragontinas. Debo confesar que, cuando encontré las dos primeras, pensé en utilizarlas en la batalla. —Profirió un sonido ahogado, del tipo que acostumbra a acompañar un movimiento impaciente de la mano—. No puedo usarlas tal como están. Tal vez, cuando estén todas reunidas, uno de nosotros pueda.

«Sí —pensó Crysania—, pero ¿las usarás tú o lo haré yo, señor mago?».

—Desde luego —siguió él, como si adivinara su pensamiento— todo depende de qué dios responda a tu llamada, ¿no es cierto? La Reina de la Oscuridad, que parece hallarse tan activa en el mundo estos días, o el tuyo, que se muestra tan... silencioso.

El tigre, casi olvidado junto a ella, se apretó contra Crysania con insistencia, gruñendo.

—Ahora debo irme, señora —se despidió Dalamar con una reverencia—. No imagino que vayas a informarme de tu partida, pero realmente te deseo un viaje libre de contratiempos.

—Te acompañaré a la puerta, mi señor —intervino Lagan, apareciendo de improviso junto a la sacerdotisa—. Regresaré en un instante, señora.

Desaparecieron con pasos rápidos, dejando a Crysania allí donde estaba. La mujer escuchó pisadas que aminoraban el paso a su alrededor, en el vestíbulo. Sus clérigos, al pasar por allí de camino a sus tareas, sin duda debían de sentirse sobresaltados al ver al enorme tigre blanco junto a ella. Ninguno se le acercó, pero todos murmuraron

en voz baja, susurrando su asombro.

Crysanía colocó la mano sobre el animal, sobre *Tandar*, y sintió cómo su enorme cabeza se balanceaba, de un lado a otro, mientras olfateaba lo que debían de ser aromas extraños para él. Se le ocurrió entonces que el felino sin duda se movía por el mundo de un modo muy parecido al de ella, guiándose por olores y ruidos.

—Bien, pues —dijo a la bestia—. Desde luego hacemos buena pareja nosotros dos, ¿no crees?

El animal alzó la cabeza, y su cola se agitó en muda advertencia.

Sonaron los suaves pasos de Telassa, una sacerdotisa elfa, luego su voz, que hacía acopio de valor mientras de la garganta del tigre surgía un gruñido gutural. Crysanía tocó al animal, para imponer con suavidad un silencio que éste aceptó de inmediato.

—¿Qué sucede, Telassa?

—He venido a preguntar si regresarás a la biblioteca o si debemos proseguir con nuestro trabajo mañana.

La Hija Venerable respondió que desde luego regresaría a su trabajo y, con suma calma, hizo una petición.

—El nombre del tigre es *Tandar*. Por favor, llévalo a los establos y pide a Divad que le encuentre un lugar cómodo, con gran cantidad de agua y comida, pero ¡lejos de los caballos!

Telassa tragó saliva de modo bien audible, dominó su miedo, se colocó junto a la dama y, tras aceptar hacerse cargo del animal, marchó con él, con paso tranquilo, dispuesta a no demostrar temor.

Crysanía soñaba.

Del cielo caía una fina lluvia, cuyas gotas se convertían en lágrimas que no sabían a sal sino a miel. Alzó la cabeza hacia el firmamento y suspiró al sentir cómo la fría y húmeda lluvia le empapaba la piel y le pegaba la túnica al cuerpo. La almibarada lluvia y las lágrimas mágicas se mezclaban con lágrimas saladas: su propio llanto que resbalaba por su rostro.

¡Paladine!

Con todo su corazón y desde cada rincón de su alma, llamó a su dios, con el rostro y las manos elevados hacia el cielo.

No llegó respuesta, ninguna voz que formulara palabras de consuelo, ni el envolvente calor del amor de Paladine.

De la lluvia surgió un ardor terrible e inmovible. Las gotas de agua chisporroteaban en el cielo, siseaban al tocarle el cuerpo y se evaporaban en cuanto llegaban al suelo. El aroma de pétalos de rosa le inundó la nariz, y en el aire, reverberante y caliente, adquirió forma una figura alta y encapuchada.

¡Paladine!

El ente de su sueño se acercó a ella, avanzando en medio de la oscuridad, el calor

y la lluvia. Alzó las manos, ahuecadas en actitud de ofrecimiento.

¡Paladine!

¡Era él! Lo sabía. Lo sentía en los huesos, en su corazón y su espíritu. El dios se encontraba ante ella, pero no era tal como ella lo recordaba; los ojos le brillaban, oscuros, igual que agujeros en el tejido del mundo, como vacíos y doloridos gritos silenciosos.

Horrorizada, levantó el rostro y las manos, como si quisiera ofrecer al dios del Bien y de la Luz la bendición curativa que ofrecía a todo el que sentía dolor.

Sombríos, casi vacuos, Paladine bajó los ojos hacia ella, luego volvió la cabeza.

Al andar, el dios pareció llevarse el cielo con él, la lluvia y las nubes, el firmamento mismo. El mundo se estiró, sin forma, alrededor de la sacerdotisa, y entonces —¡con desconcertante brusquedad!— en el negro cielo brotaron estrellas. No un enorme campo de ellas extendiéndose sobre la faz del universo, sino sólo unas pocas que formaron una constelación.

El dragón de cinco cabezas de Takhisis se desparramó sobre el cielo, cada cabeza con un ojo ardiente, y cada ojo del color de una de las legendarias piedras dragontinas.

Crysanía lanzó un chillido y cayó como si lo hiciera desde una gran altura.

Despertó antes de chocar contra el suelo.

La atmósfera en el dormitorio de la sacerdotisa era pegajosa, sofocante. Su mano estaba posada sobre un suave pelaje y, medio asustada de lo que pudiera encontrar, movió los dedos ligeramente y tocó lo que parecía el frío y húmedo hocico de un animal.

—*Tandar* —suspiró.

El tigre restregó la cabeza contra su mano, lanzando su ardiente respiración sobre el cuerpo de la mujer; su aliento olía a carne cruda.

Crysanía tomó aire entrecortadamente, pues le resultaba muy difícil respirar con las lágrimas atenazándole la garganta.

¡Paladine! ¿Qué le había sucedido? ¿Por qué la había contemplado con aquella funesta mirada? ¿Qué dolor lo atenazaba, qué desesperada inquietud, para que se le apareciera de un modo tan siniestro en sus sueños?

Alargó la mano hasta la mesilla de noche y asió con fuerza su medallón. Luego volvió la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos.

—Señor de la Luz y la Benevolencia —susurró—. Te he oído llamarme en mis sueños. Te encontraré. ¡Jamás te abandonaré, del mismo modo que tú nunca me has abandonado!

Y habría orado por él, para que recibiera las fuerzas que tanto debía de necesitar, pero ¿cómo se reza por un dios?

—Me parece que sabes lo que pienso, ¿no es así? —le preguntó la sacerdotisa en

voz queda.

Y le pareció escuchar la respuesta del tigre, como un murmullo en su mente. Consuelo sin palabras. Al cabo de un rato, el animal retrocedió, y se tumbó en el suelo, tan cerca de ella que sólo tenía que dejar caer la mano fuera de la cama y sus dedos rozarían su amplio lomo. Percibió los latidos del corazón del tigre tamborileando contra su caja torácica.

Sin duda se había escapado de Divad y entrado por la ventana abierta.

El tigre respiraba con suavidad, lanzando el resuello contra el suelo, y ese sonido fue lo último que escuchó, antes de quedarse dormida.

En Palanthas, aquellos días, la gente no dormía jamás... O eso, al menos, decían los habitantes de la ciudad.

El calor de la noche era casi el mismo que el del día, espeso, pesado e interminable. Muy pocos soportaban permanecer dentro de sus casas y, por lo tanto, las calles de la ciudad estaban siempre llenas. Los vendedores ambulantes pregonaban sus mercancías en plena noche; los comerciantes mantenían abiertas las puertas de sus tiendas, y recibían más clientes en las horas nocturnas que durante las horas iluminadas por el llameante sol. Los carreteros, con muchachos llevando antorchas delante y detrás, bajaban a la bahía a descargar aquellas mercancías que traían los barcos y volvían a subir inmediatamente la colina para instalar sus tenderetes.

En las calles de la zona alta, donde vivían los ricos, magníficas mansiones se encaramaban por la colina, erigidas allí en un principio para disfrutar del panorama, y convertidas entonces en la envidia de sus vecinos menos afortunados merced a las brisas fortuitas que ascendían desde la bahía. Hombres, mujeres y niños revivían la antigua costumbre del paseo, deambulando de un lado a otro por las calles; aunque ya no paseaban para provocar la admiración de sus compatriotas, sino con la esperanza de obtener algún soplo de aire, haciéndose la ilusión incluso de que las calles de la ciudad resultaban más frescas de noche.

En las calles bajas, las cosas eran mucho peores. Un aire fétido lo invadía todo. Bandoleros y rateros se dedicaban a su profesión y atacaban a los que vagaban por las callejuelas y callejones apartados en busca de algún lugar más fresco que sus diminutos y mal ventilados hogares. Ciudadanos hartos del calor llenaban los parques, con los nervios a flor de piel, y los corazones despojados casi de toda esperanza. Los niños de pecho lloraban y los chiquillos de más edad se pasaban el día gruñendo y quejándose; madres y padres hablaban en susurros sobre sus crecientes temores. Todos se resumían realmente en uno: ¿Cómo sobreviviremos? ¿Cómo alimentaremos a nuestros hijos si no hay cosechas? ¿Qué nos sucederá, alimentados o hambrientos, si las historias sobre ejércitos de dragones que se preparan para caer sobre la ciudad son ciertas?

Todas esas cosas el Señor de Palanthas las veía, las escuchaba. Hombre prudente, dobló la vigilancia y triplicó las patrullas; pero, no obstante todo ello, temía continuamente que las quejas que se alzaban por todas partes fueran presagio de disturbios, de una violencia insensata alimentada por el miedo que desgarraría la

ciudad piedra a piedra. Cuando no se preocupaba por posibles motines, se preocupaba por el fuego, ya que los edificios de la ciudad no eran todos de espléndido mármol y gloriosa piedra; la mayoría estaban contruidos de madera, y muchos eran muy viejos y estaban muy resecos. Y además estaba la cuestión de la inminente guerra. Todos los días lord Amothus consultaba con lady Crysania, y ambos compartían lo que sabían: los rumores que les habían llegado aquel día, y sus miedos.

Y todas las noches, antes de irse a dormir, lord Amothus salía al balcón y contemplaba la ciudad, escuchando y lleno de esperanza. Por último, antes de dar por terminadas las tareas nocturnas, se volvía en dirección al barrio de la ciudad donde el Templo de Paladine se elevaba hacia el cielo, y ofrecía sus plegarias al dios, las mismas palabras cada noche, palabras que se volvían más pesadas debido a la repetición, palabras envueltas en temor.

—Señor de la Luz, dios de la Bondad, os ruego que penséis en vuestra ciudad y la gente que os ama. Os suplico les concedáis lluvia, os ruego les otorguéis consuelo. ¡Paladine! ¡Os suplico que extendáis vuestra mano y mantengáis a los dragones de la guerra lejos de nosotros!

A esa vieja oración añadía otra, una que le estremecía tener que elevar y que sin embargo debía ofrecer.

—Mirad con cariño a nuestra Hija Venerable, mi dios, pues pronto iniciará un viaje que ninguno de nosotros desearía que hiciera.

Mientras sus palabras se perdían en la oscuridad, sabía que no rezaba solo. En el jardín de su templo, la Hija Venerable repetía, si no sus palabras, sus necesidades.

«Ojalá los dioses tengan a bien conceder que todas nuestras plegarias unidas sean suficientes para contener la negra marea que se está alzando».

—Me siento perseguida esta noche —dijo la Hija Venerable de Paladine mientras paseaba por el jardín a medianoche—. *Tandar*, siento como si todas las oraciones que se han pronunciado en esta ciudad fueran un espectro. Las escucho llorando, volando, buscando al dios.

El blanco tigre se mantenía al lado de Crysania, andando siempre a su izquierda, siempre lo bastante cerca para rozar sus ropas y darle a conocer su presencia. La sacerdotisa sonrió. En tan sólo unos pocos días, el animal, afectuoso y fuerte, y con cuya presencia siempre podía contar, se había convertido hasta tal punto en parte de su vida que cualquiera que los viera sin duda pensaría que la mujer lo había criado desde que era un cachorro. Ella, que acostumbraba a disfrutar de sus momentos de aislamiento, disfrutaba en ese momento con el fuerte y agradable peso del omnipresente tigre apretándose suavemente contra ella.

En la calurosa medianoche, *Tandar* andaba sin pausa a su lado, con la amplia cabeza balanceándose de un lado a otro, pendiente de todo sonido y aroma procedente del jardín. En esos días, a la gente le gustaba ir hasta allí, desde la ciudad,

en busca de silencio y de un lugar donde escapar de la continua ansiedad de sus conciudadanos. Algunos, también es cierto, buscaban únicamente un lugar más fresco en el que dormir, pero, también éstos eran bien recibidos.

—Eres el mejor de los compañeros, amigo. —Crysanía tocó su hombro y dejó que la mano descansara sobre el suave pelaje blanco—. Tal vez más aún debido a tu silencio. Viajaremos bien juntos.

«A Neraka», añadió para sí, reacia a pronunciar en voz alta, en este jardín de paz y consuelo, el nombre de la malvada ciudad. Por la mañana, viajaría hasta la Torre del Sumo Sacerdote para hablar con sir Thomas. A su mente asomaron, siniestras, imágenes de su pesadilla: Paladine, de pie, impotente bajo la torrencial lluvia. El rostro oculto y encapuchado del dios. La sensación de peligro y dolor que había percibido con tanta nitidez.

¡Paladine!

Introdujo la mano en el bolsillo de la túnica y tocó las piedras dragontinas. Su calor la inundó, ofreciendo seguridad y energía.

Cuando regresara de la Torre del Sumo Sacerdote, iniciaría su viaje. Lagan Innis la acompañaría, y ella elegiría a otros dos clérigos del templo; su corazón se llenó de entusiasmo al pensar que el enano había aceptado ir en la misión. No le había contado gran cosa aparte de que deberían abandonar el templo y que el viaje resultaría peligroso.

—Te contaré más cuando falte menos para partir. Y debes saber antes de aceptar este viaje, amigo mío, que no sé qué es lo que encontrará al final. Todo lo que poseo es esperanza.

Él había permanecido muy silencioso, y ella supo que meditaba todas sus palabras y se hacía preguntas sobre todo aquello que la sacerdotisa no había mencionado. Finalmente se acercó y se sentó a su lado y, con gran osadía, posó su mano sobre la de la Hija Venerable.

—No es eso todo, señora —dijo con típica ingenuidad enana—. Me tendrás a mí.

Y con eso quería decir que la seguiría hasta el fin del mundo si era eso lo que Crysanía precisaba de él. A la mujer no le extrañaba que Lagan y Valin se hubieran hecho tan buenos amigos; eran muy parecidos, el mago y el enano, cada uno poseía un corazón valeroso y leal, de la clase en la que los dioses pueden confiar. ¿Y si lo hacen los dioses, por qué no yo? Con esta buena compañía, emprendería la tarea de encontrar el resto de dragonites y unir las cinco piedras.

¿Con qué dios hablaría: Paladine o Takhisis? Crysanía no podía saberlo, pero sí sabía, en lo más profundo de su corazón, que debía arriesgarse a tropezar con uno para poder tener la posibilidad de encontrar al otro.

El tigre agitó una oreja, listo para seguir adelante, pero la mujer se detuvo. Habían llegado al rincón más tranquilo del jardín; era el lugar más oscuro y el más recluso, y

Crysanía alargó la mano para buscar el banco que sabía se encontraba allí, viejo mármol, que en el pasado había poseído una blancura nívea, y que —según decían— ya mostraba las inevitables señales del tiempo: manchas de líquenes, un desconchón en el borde, un embotamiento del friso esculpido en el respaldo. Se sentó, y sus dedos localizaron la escultura, una tosca talla del entierro de un Caballero de Solamnia.

El caballero yacía sobre su sepulcro de piedra. A ambos lados del cuerpo había doce caballeros, con las armas alzadas en señal de saludo, una guardia de honor para conmemorar la muerte de un camarada caído valientemente en el campo de batalla. Crysanía había hecho llevar el banco al jardín hacía muchos años, en la época de la construcción. Había oído más de una historia sobre lo allí representado, y la que más le gustaba decía que aquel friso había sido hecho en honor de todos los solámnicos que murieron honorablemente en combate, y de todos los que así lo hicieran durante todas las eras venideras.

—Todas las eras venideras, *Tandar*. —Se alisó la falda de la túnica, notó una rugosidad en el bordado del bolsillo, y se dijo que debía recordar hacer que la corrigieran—. ¿Cuántas eras crees que habrá?

El tigre se acomodó a sus pies, silencioso.

—No importa —siguió ella, respondiendo a su propia pregunta—. Por muchas más que haya, sin duda existirán en ellas hombres tan valientes y honorables como éstos.

Se recostó en el asiento sin decir nada más, y su mano fue automáticamente en busca del medallón del dragón que colgaba de su pecho, preguntándose si el dios se encontraría allí. Cerró los dedos alrededor del frío metal, y todas sus tensiones desaparecieron, como polvo arrastrado por la lluvia.

¡Paladine!

El dios no dijo nada, pero estaba cerca, y eso tenía que ser suficiente por el momento.

Los grillos chirriaron en el césped. El ruiseñor alzó el vuelo en medio de un pequeño batir de alas y fue a posarse sobre un muro bajo, reiniciando sus trinos. El calor seguía siendo agobiante, al igual que los ansiosos pensamientos de Crysanía.

La conversación celebrada por la mañana con el Señor de Palanthas le había dado a conocer más rumores y unas cuantas verdades.

—Y si los rumores fueran peces —había dicho él—, todos comeríamos muy bien.

—¿Peces, milord? —Había estado dispuesta a sonreír ante la broma, pero lo siguiente que él dijo no se lo permitió.

El jefe del gremio de pescadores había ido a verlo, advirtiéndole que las capturas, siempre abundantes, empezaban a reducirse. El agua estaba demasiado caliente y mataba a las diminutas criaturas marinas de las que se alimentaban los peces. Debido a ello los peces huían de la bahía y marchaban en grandes bancos mar adentro en

busca de comida y mejores zonas para criar. Las redes de los pescadores subían a medio llenar.

Aquello contrariaba tanto a Amothus como la escasez de noticias que llegaban a Palanthas. La falta de gente que llegara desde las ardientes llanuras, viajeros con destino a la ciudad, buhoneros con sus mulas cargadas de mercancías y las cabezas llenas de información, resultaba inexplicable. ¿Qué significaba? ¿Qué el crecimiento del ejército de Ariakan no era tan terrible como se les había hecho creer, o que todo el mundo estaba muerto?

El miedo se posó sobre ella, como el contacto de un frío dedo en su nuca. Ella había enviado a Nisse a la muerte, y ahora había enviado a Valin allí fuera, a las llanuras. ¿Cómo le iría? ¿Se encontraba bien?

—Yo había esperado —dijo a *Tandar*—, tener ya noticias tuyas.

El tigre bufó, sacudiendo la cabeza; luego se puso en tensión de improviso.

Se acercaban unos pasos, el sonido de dos paseantes que avanzaban silenciosos. *Tandar* lanzó un sordo gruñido gutural y se puso en pie con suavidad; Crysania le puso la mano encima para que callara.

—Tranquilo —musitó, sentándose muy quieta también ella, pues no veía motivo para que estos paseantes no pudieran disfrutar de la intimidad que parecían buscar.

El animal calló, pero no se quedó tranquilo.

Las dos personas que paseaban conversaban en voz baja, y sus voces eran las de dos hombres jóvenes. Discutían, por lo que era evidente que el asunto en cuestión era de gran importancia para ambos. Se separaron; uno regresó por donde había llegado, pero el otro vaciló, y los pasos de este último dejaron de ser el sonido de botas sobre adoquines llenos de arena para convertirse en el susurro del cuero sobre la hierba mientras avanzaba por el césped del templo.

La sacerdotisa percibió los ojos del muchacho puestos en ella, y giró el rostro hacia dónde creía que éste se encontraba. En el silencio, regresó hasta ella la melancólica sensación de que esa noche se movía entre fantasmas.

El muchacho se detuvo, y volvieron a oírse pisadas cuando su compañero regresó para reunirse con él. El primero se movió otra vez, y una espada repiqueteó. Era el primer sonido de armas que Crysania oía y, por lo tanto, comprendió que el recién llegado había tenido buen cuidado de sofocar la voz de su espada.

El corazón le dio un vuelco. Quizá se trataba de un caballero con noticias sobre los combates de las llanuras, o tal vez venía aquí a pedir la bendición de Paladine en esta dolorosamente larga vigilia de la batalla. Si ése era el caso, ella no debía ocultarse entre las sombras.

Crysania se puso en pie y giró en dirección a los dos hombres, al tiempo que *Tandar* rugía con fuerza, contrariado por el hecho de que su compañera se aproximara con tanta audacia a esos desconocidos. Todos los sonidos de pasos cesaron. Uno de

los jóvenes farfulló una advertencia, y los dos recién llegados se quedaron totalmente inmóviles.

Crysanía también se detuvo. Aquella voz... La conocía, a pesar de no haberla oído nunca antes, porque había oído la voz de su padre, y la de su tío. Caramon Majere era el padre.

El tío... «Fantasmas», se dijo la sacerdotisa. El tío era Raistlin Majere, que había muerto en el Abismo.

Había transcurrido mucho tiempo desde que Crysanía hablara con aquellos hombres, pero sus voces no se olvidaban con facilidad.

—Es un tigre. Está a unos diez pasos detrás de ti.

—No os alarméis, caballeros. —Crysanía se adelantó, con *Tandar* a su lado—. Este es *Tandar*, mi guía. No os hará daño.

Uno de ellos, que olía a rosas y especias, era sin duda un mago. «Palin, pensó, el hijo de Caramon»; con aquella voz y aquel olor, no podía ser otra persona.

—Un mago —dijo la sacerdotisa— y un caballero. Entonces supongo que no sois unos viajeros que se han extraviado, sino que tenéis alguna misión que cumplir. ¿Habéis venido a pedir la protección de Paladine?

—Se...señora —repuso el mago, con un encantador tartamudeo para indicar su sorpresa mientras ella salía de las sombras hasta quedar iluminada por la luz lunar—. Mi señora Crysanía, ¿có...cómo supisteis que éramos un mago y un caballero?

—Veo lo que puedo, joven mago, y los ojos no son el único modo de hacerlo. Sé que eres un mago porque puedo oler tus componentes de hechizos. Adivino tu nombre, porque oírte hablar es oír las voces de tu padre y de tu tío. Que tu compañero es un caballero quedó claro cuando escuché el repicar de su espada. Y porque sé que tus dos hermanos son caballeros. —Se volvió hacia el silencioso joven—. ¿Eres Sturm, señor caballero, o eres Tanis?

Se hizo un largo silencio entre los tres. *Tandar* se removió junto a la mujer, nervioso, en tensión, con los poderosos músculos flexionados. El caballero sin nombre suspiró, como se hace cuando se toma una difícil decisión, dio un paso al frente, y Crysanía tuvo la impresión de que otras dos personas iban con él, si bien no escuchó ningún sonido de pisadas sobre el sendero. ¡Espectros!

La sensación se desvaneció enseguida cuando, con cierta precipitación, el joven declaró sin ambages:

—No soy ninguno de los dos, Hija Venerable. Me llamo Steel Brightblade, y soy un Caballero del Lirio. Sirvo a su Oscura Majestad.

Palin musitó algo, una veloz expresión ininteligible de consternación, y el tigre se hizo eco del sonido con un gruñido que daba a entender su enojo. Crysanía, cogida entre la sorpresa y una repentina aprensión, replicó:

—Resulta una acción muy valerosa realmente, Steel Brightblade, que un

caballero negro se atreva a pisar los terrenos de este templo. Tu reina no es amiga de mi dios. —Luego añadió—: ¿Cómo es que has venido aquí, Palin Majere, en compañía de un caballero negro?

El joven mago se mantuvo en silencio durante un buen rato, luego respondió en voz baja:

—Señora, mis hermanos han muerto. Ha tenido lugar una batalla terrible. —Su voz se quebró—. Y ellos se defendieron bien.

—¡Que Paladine esté con ellos! —musitó ella, involuntariamente.

—Soy el prisionero de Steel Brightblade; me cogieron en la batalla que tuvo lugar cerca de Kalaman y estoy comprometido por mi honor a acompañarlo hasta aquí para buscar mi rescate.

—No a este lugar de Palanthas, no es aquí a dónde vais. —Un escalofrío recorrió el cuerpo de la mujer, que sintió un fuerte hormigueo en los brazos—. Vais a la torre, pero tu captor no obtendrá ningún rescate de lord Dalamar. Sería mejor que fuerais a Wayreth.

El tigre se agitó bajo su mano, alzando la cabeza.

—Estoy donde debo estar, Hija Venerable —dijo Palin, con tranquila firmeza—. Es una cuestión de honor y he jurado no decir más que eso.

Aquel hijo de Caramon Majere tampoco habría cedido en su postura, de modo que Crysania no insistió más.

—Si tu honor te obliga a ello, entonces no debo interferir. Pero has de saber esto, tendréis que atravesar el Robledal de Shoikan.

Se estremeció al recordar su propio viaje, hacía ya mucho tiempo, a través de aquel lugar horrible. Lo primero que pensó fue que el muchacho no sobreviviría, pero cuando expulsó aquel temor y su corazón recuperó una cierta calma y tranquilidad, percibió la bondad interior del joven Túnica Blanca, y la luz de la bendición de Paladine brillando sobre él.

Notó la presencia de más fantasmas, y tuvo la sensación de que Palin recorría un sendero cuyo final nadie podía adivinar, un sendero marcado por el destino. *Tandar* se restregó inquieto contra la mujer. Ella lo tranquilizó con una caricia y, luego, alzó la mano para cerrarla alrededor del medallón de Paladine. La energía del talismán había permanecido extrañamente silenciosa durante demasiadas semanas, pero sólo unos momentos antes la había percibido y captado también el calor y el consuelo del dios, a pesar de lo lejano que se encontraba.

«Brillad ahora para este mago —rezó— Guiadlo, Paladine, igual que me habéis guiado a mí, pues siento que aunque el inicio de este viaje es oscuro, puede finalmente acabar bajo la luz».

Con dedos ágiles y ligeros, Crysania desabrochó el cierre de la cadena, y se quitó el collar que no había abandonado su lado durante más de treinta años.

—Palin, toma esto, porque lo necesitarás si vas a desafiar a los guardianes no muertos del Robledal de Shoikan. —Por un breve instante, se preguntó si no debía enviarlos sencillamente a la tienda de Jenna, pero lo pensó mejor. Sin duda Jenna empezaría a hartarse de tanto tráfico a través de su tienda.

—¡Oh, señora! —respondió el joven en voz queda y ronca por la emoción—, no puedo aceptar un regalo así de vos. Este viaje que realizo... señora, vos no sabéis... —Ella apretó el medallón contra la mano de él y cerró los dedos del muchacho a su alrededor.

»Gracias —repuso éste, sin fuerzas para resistir.

La sacerdotisa escuchó el tintineo de la cadena cuando el sobrino de Raistlin se colgó el dragón al cuello.

Steel aprovechó el silencio de ambos para dar un paso al frente, instando a su amigo a moverse.

Crysanía casi había olvidado la existencia del otro visitante, hasta que volvió a sentir su curiosa presencia. El caballero le dedicó una inclinación, al tiempo que se ofrecía a acompañarla para que regresara sin contratiempos al templo.

—Eres muy amable, caballero, pero, como ves, me acompaña mi guía. Dime, ¿cómo entrarás en el Robledal de Shoikan? Tu reina no gobierna allí, es su hijo, Nuitari, quien lo hace.

—Tengo mi espada, señora.

¡Qué dulce y sencilla valentía! La sacerdotisa recordó lo que Tanis el Semielfo le había dicho, años atrás, sobre los caballeros negros, que eran tan valerosos y honorables como sus camaradas solámnicos, aunque estaban dedicados al Mal.

Crysanía se adelantó y lo tocó con amabilidad. El peto de la armadura estaba caliente por el calor del cuerpo, y los dedos palparon una serie de espirales y curvas grabadas. Remolinos de neblina chocaron contra su mente. El hombre dio un respingo, pero no se apartó. Era un hombretón, tan alto como Valin, y la sacerdotisa volvió a notar que iba acompañado de otras personas además de Palin Majere. Del mismo modo que el joven mago andaba bajo la luz de la bendición de Paladine, este hombre caminaba bajo la guía contrapuesta de dos amos, uno oscuro y otro luminoso. Un corazón lleno de tinieblas y un corazón lleno de luz. Le resultaba imposible comprender cómo podía resistir aquella tensión.

—Hay dos que quieren guiarte, señor caballero. Uno oscuro y otro de luz. ¿Cuál elegirás?

El joven profirió un quedo gemido atormentado que no estaba destinado a ser oído.

—Mi bendición va con vosotros dos —dijo la mujer.

Mago y caballero le dedicaron una reverencia, y cada uno se despidió con frases corteses, deseándole buena suerte en su camino tal como ella se la había deseado a

ambos.

La sacerdotisa estuvo a punto de sonreír, al pensar que su camino y el de ellos no podía ser más diferente; el de los dos jóvenes conducía a la Torre de la Alta Hechicería.

Mañana ella daría los primeros pasos de un viaje que la alejaría del imponente edificio.

—¡Ojalá todos nuestros pasos se muevan en la misma dirección! —murmuró al tigre, que permanecía pegado a ella—. ¡Ojalá todos nuestros pasos marchen hacia la luz!

Crysanía se encontraba en el balcón del segundo piso del templo con el medallón de Paladine en las manos. Al despertar esa mañana lo había encontrado en su dormitorio. El metal estaba frío al tacto y, paradójicamente, impartía el calor de la presencia del dios. La calidez no era tan potente como estaba acostumbrada a sentirla, pero de todos modos estaba ahí, garantizando que Paladine todavía deambulaba por el mundo, que seguía cuidando de sus criaturas. Permaneció mucho tiempo sentada con el colgante entre las manos, rezando, y cuando terminó, siguió preguntándose cómo había llegado hasta allí, a su mismo dormitorio. Desde luego el joven mago no lo había devuelto; de ello estaba segura. Por lo tanto debía de haber sido el mismo dios el encargado de hacer que el talismán regresara a ella cuando Palin ya no lo necesitó.

—Pero ¿qué le habrá ocurrido? —murmuró al blanco tigre que tenía al lado— ¿Ha regresado mi medallón porque Palin atravesó el robleal sin contratiempos? —Se estremeció, volviendo los ciegos ojos hacia la torre y el bosque—. ¿O ha regresado porque no lo consiguió? —Suspiró—. Paladine, acompañadlo, allí a donde vaya.

Soplaba un viento ardiente, que arrastraba arena y polvo y un leve aroma marino. ¿Cuándo cambiaría el tiempo? En la ciudad se hablaba de locura producida por el calor, de unos habitantes cuyos nervios estaban a flor de piel por culpa de las temperaturas y el miedo a la guerra. A Amothus le preocupaba un posible motín, y se preguntaba si serían capaces de resistir al ejército de dragones o se limitarían a sucumbir ante él. Y Crysanía rezaba, día y noche, pidiendo la energía que Palanthas precisaría frente a la guerra.

—¿Qué sucede? —le había preguntado ella la primera vez que el animal lo hizo.

La criatura se limitó a menear la cola, a un lado y a otro lentamente, como hacía un tigre cuando se sentía intranquilo.

En esta ocasión, el animal volvió la cabeza, pero no gruñó. Su postura se relajó cuando las pisadas de Lagan Innis se dejaron oír con fuerza sobre el suelo de baldosas. No obstante todos los años que llevaba en el templo, el clérigo seguía andando como un Enano de las Colinas, dejando caer los pies sobre los suelos de mosaico como si todavía vagara por las rocosas colinas de su tierra natal. Se detuvo para rascar las orejas de *Tandar*, luego masculló: «aparta, ¿quieres?», cuando el animal se apoyó con tanta fuerza contra él que casi lo derribó al suelo. Era una especie de juego entre ellos, y a Crysanía le parecía que de todos los clérigos, a *Tandar* quién más le gustaba era Lagan.

—Mi señora —dijo el enano, con la mano posada todavía sobre el tigre—. En estos momentos traen los carros. Telassa se ha asegurado de que sacaran al exterior la mayoría de las provisiones y las dejaran listas para cargar.

Crysanía asintió. Oyó los movimientos, el fuerte golpear de los suministros al ser arrojados al fondo de los carromatos, el sordo relincho de los caballos, el ruido de las ruedas, y, por encima de todo, escuchó la excitación de su gente, que le indicó que había tomado la decisión correcta al enviar clérigos y suministros a lord Amothus a la Torre del Sumo Sacerdote. La espera había crispado los nervios de todos, por lo que estas tareas, aunque sombrías, liberaban energía que había estado demasiado tiempo dedicada a la ansiedad.

—Lagan, ¿hay ya alguna señal de Fuego Dorado?

—Ninguna señora, pero el dragón vendrá. —Lo dijo con toda tranquilidad, por ella, pero la sacerdotisa sabía que el enano preferiría estar en el interior cuando Fuego Dorado hiciera su aparición. Puede que Lagan se entendiera bien con los tigres, pero todos sabían que no sentía precisamente cariño por los dragones.

—Y deberías saber —prosiguió el enano, abandonando a toda prisa el tema de los dragones—, que dos personas han venido a verte. Parece ser que vienen de los territorios del desierto. Dicen que su mensaje es urgente.

—Por favor, tráelos ante mí, Lagan.

Escuchó cómo se alejaba; luego oyó a otros atravesar el estudio y detenerse junto a la puerta abierta. Crysanía se volvió de espaldas al jardín e indicó a sus visitantes que se acercaran. *Tandar* se apartó de la mano de la mujer y regresó a su vigilancia sobre el patio, mostrando un felino desdén por la llegada de forasteros cuyas idas y venidas carecían de importancia para él.

Sonaron las pisadas de alguien que avanzaba, y la pesadez de los pasos indicó a la sacerdotisa que la persona era un hombre; humano, tal vez, ya que los elfos acostumbraban a andar con más ligereza. El segundo visitante se mantuvo inmóvil. Una respiración ligera, un aroma incomparablemente femenino: era una mujer que se mantenía en las sombras. El hombre se arrodilló ante la Hija Venerable, y cuando ella extendió la mano, la tomó con suavidad y la besó.

—Señora —dijo, la voz baja y con el leve tono áspero que a veces se detecta en las gentes del desierto que pasan mucho tiempo chillando para hacerse oír sobre vientos tan salvajes como cualquiera de los que soplan sobre el mar— Señora, me llamo Jeril ar Tandar.

El tigre profirió un gruñido gutural.

—El hermano de Valin —repuso ella—. Tu voz suena como la suya. Sé bienvenido al Templo de Paladine.

—El hombre se alzó y le dio las gracias, y al ver que se quedaba en pie y silencioso, Crysanía alzó la mano hacia donde imaginaba que estaba su rostro.

—¿Me permites? —preguntó, y él bajó la cabeza para aceptar el contacto.

Los dedos le informaron que su aspecto era muy similar al de Valin, con pómulos prominentes y ojos casi tan grandes como los de un elfo; la boca era una línea severa, y el cabello colgaba recogido en una larga trenza sobre el hombro, como era la costumbre en los guerreros.

—Mi señora —manifestó él una vez que la mujer hubo finalizado su inspección—, he venido siguiendo una petición de mi hermano. —Una hoja de acero se deslizó cantarina fuera de la vaina—. Mi espada se llama Luz del Desierto, y la coloco a tus pies ahora. Te pertenezco, Hija Venerable, y te serviré en el modo que elijas.

«Llévame contigo en tu viaje habría sido una frase más exacta», se dijo Crysania. Su siguiente pensamiento fue preguntarse cuando habría encontrado tiempo Valin para llamar a su hermano antes de partir hacia Kalamán.

Ni aceptó ni rehusó la oferta de Jeril. Todavía tenía una pregunta que precisaba respuesta, y miró hacia el umbral donde permanecía el silencioso visitante.

—¿Quién es la dama que te acompaña?

Jeril dijo algo en una lengua que Crysania no conocía, y unos pasos ligeros sonaron sobre el suelo de piedra indicando que su silenciosa acompañante se adelantaba.

—Soy Kela, señora. Soy maga como Valin, y he venido con mi esposo desde el desierto para servirte.

—¿Tu esposo? —la sacerdotisa consiguió impedir que la sorpresa se reflejara en su voz. A Valin le gustaba hablar de su familia, a la que echaba de menos en esta ciudad extranjera, y la Hija Venerable sabía muchas cosas sobre su padre, hermanas y hermano, también sobre su madre; pero no había oído que Jeril estuviera casado.

—Somos recién casados, Hija Venerable. ¿Cómo podía yo permitir que mi esposo me abandonara tan pronto tras el banquete de bodas?

Lo dijo con una sonrisa en la voz, como una mujer se lo dice a otra, y Crysania le devolvió la sonrisa con educación. Pero *Tandar* volvió a gruñir, y en esta ocasión el tigre no pareció complacido. ¿Expresaba sus opiniones sobre los invitados, o su desagrado eran sólo imaginaciones de la sacerdotisa?

—Nos estamos preparando para luchar —les contó Crysania—, como podéis ver. Algunos de los clérigos se preparan para trasladarse a la Torre del Sumo Sacerdote. Estoy segura de que Valin te ha hablado sobre... los recientes acontecimientos.

—Me ha hablado, señora. —Por el sonido de su voz, Jeril podría muy bien estar sonriendo.

—Entonces, ¿lo has visto? ¿Se encuentra bien?

—Lo he visto, pero no últimamente.

—No comprendo.

Una ráfaga de viento abrasador atravesó el balcón. Sobre el mar, una gaviota

hambrienta chilló.

—Mi hermano es un mago, señora. Me comunicó mediante una proyección espectral de sí mismo que estaba a punto de realizar un viaje.

¡Una proyección espectral! Crysania se estremeció al pensar que Valin había enviado a su propio espectro en busca de su hermano con ese mensaje.

—Hija Venerable, me comunicó que lo enviabas a realizar una misión que lo mantendría alejado de aquí durante un tiempo. Me rogó que viniera a ocupar su lugar junto a ti. Juró por el alma de nuestra madre y el corazón de nuestro padre que era algo necesario. Ese es un gran juramento, señora, el más poderoso que las gentes del desierto conocen. Y por lo tanto he venido, y te seguiré en tu misión, protegiéndote con mi propia vida.

Todo aquello lo dijo como si fuera un subalterno hablando con su comandante. Este guerrero de elevada estatura podía parecerse a Valin en aspecto; pero, desde luego, no hablaba como él. ¿Acaso el mago del desierto había heredado todo el buen humor de la familia?

—Hemos oído hablar del ejército que se está concentrando en las llanuras —indicó Jeril, cruzando el balcón para mirar abajo—. Doy por supuesto que este hecho y el viaje de mi hermano están conectados. Esa expedición de ahí abajo en el patio, ¿es a la que vamos a unirnos?

El tigre rugió por lo bajo, reanudando su paseo por la balconada.

—No —respondió Crysania, tomando la decisión de aceptar a aquel austero guerrero del desierto y a su esposa—. Formaremos nuestro propio grupo. Sólo seremos cinco. —Bajó la voz—. Pronto sabréis adónde nos dirigimos, pero no hasta que llegue el momento de partir. En ese instante podréis decidir si queréis acompañarme o quedaros aquí.

—He jurado protegerte en tu viaje, señora —resopló Jeril—. Me importa muy poco adónde vayas.

Crysania aguardó, y en el silencio la voz de Kela dijo:

—Yo pienso lo mismo que mi esposo.

—¿Sabéis por qué realizo este viaje?

Kela se mantuvo en silencio, dejando que Jeril respondiera.

—Valin no dijo nada al respecto. No importa. Mi espada es tuya, Hija Venerable. Cualquiera que sea la causa que emprendas, sólo puede ser para obtener un bien. Ya lo he dicho, te serviré en lo que desees.

—Sois amables —repuso ella—, y generosos. Te acepto, Jeril, y también a ti, Kela. Lo primero que debéis hacer es encontrar comida y bebida, pues sin duda estáis hambrientos y fatigados del viaje. Cuando hayáis descansado, por favor localizad al clérigo y contadle todo lo que hayáis oído, tanto rumores como verdades, en vuestro viaje desde el desierto. Cualquier cosa ayudará, pues no nos sobra información aquí.

Jeril fue a decir algo, pero se interrumpió a mitad de palabra con una exclamación de sorpresa.

—¿Qué sucede?

—¡Señora, un Dragón Dorado se acerca!

—Ah. Ese debe de ser Fuego Dorado.

El aroma polvoriento de la correosa piel del dragón inundó el aire, y la voz de la criatura le habló con suavidad en la mente.

En el patio, los caballos resoplaron y patearon, y se alzaron voces en señal de saludo y asombrada admiración mientras Fuego Dorado descendía, en círculos, desde el ardiente cielo azul y se posaba en los terrenos del templo.

—Lagan —llamó Crysania—, ¿estás ahí?

—Siempre —respondió él, saliendo del estudio para recibir sus órdenes.

—Seguid cargando los carros. Los quiero en camino enseguida para que puedan llegar a la torre antes del anochecer.

—¿Y tú, señora?

—Yo regresaré pronto.

Fuego Dorado extendió una amplia y larga ala en dirección al balcón. Crysania alargó el brazo hacia atrás y se sorprendió al encontrar el fuerte brazo de Jeril listo para sujetarla mientras se sentaba sobre la barandilla y pasaba las piernas por encima. La sacerdotisa gateó con facilidad, aunque sin demasiada elegancia, por el ala del dragón, que llevaba una silla en el lomo lo bastante amplia para que ella pudiera acomodarse fácilmente.

—Señora, tienes un tigre cerca —dijo el dragón, cuando estuvo bien instalada.

—Así es, y te ruego tu indulgencia para que permitas que venga con nosotros. Es mi guía.

Fuego Dorado meditó la cuestión un buen rato, luego asintió.

El aire, caliente y seco, los abofeteó hasta que adquirieron altura y el dragón giró en dirección a las montañas. El viento corría sobre el rostro de la sacerdotisa, arrancándole lágrimas de los ojos y haciendo que los cabellos se le arremolinaran alrededor de los hombros. El tigre se inclinó aún más contra ella, y la mujer lo abrazó para tranquilizarlo, pasando el brazo alrededor de su fuerte lomo.

No soltó al animal hasta que, por fin, aminoraron la marcha, descendieron hacia la Torre del Sumo Sacerdote, y el felino pudo poner las patas en tierra una vez más.

La Hija Venerable de Paladine, con el tigre blanco a su lado, siguió al joven caballero por los sinuosos pasillos de la torre. Allí el aire era venturosamente fresco, pues los muros eran de gruesa piedra, y ni siquiera el calor de ese verano terrible podía atravesarlos. El frescor era como un bálsamo, como una mano afectuosa sobre una frente febril.

Guiada por el guerrero, la sacerdotisa pasó ante una sala de oficiales y diversos

alojamientos de los que surgían sonidos y olores de hombres preparándose para el combate. Las piedras de amolar chirriaban sobre los filos de las espadas, y en el aire flotaba el aroma del pulimento para cuero. Se escuchaban innumerables voces; hombres jóvenes y viejos, todos ellos guerreros, hablaban de su disposición para la batalla, algunos con la certeza de que la victoria sería suya.

—Desde luego, tiene que ser así —dijo una voz joven y llena de confianza.

«¡Oh! —pensó Crysania—, ¿acabaría acaso de cambiar la voz aquel muchacho? ¿Hacía poco, tal vez, que había dado a su novia un beso de despedida antes de marchar, riendo, hacia su acuartelamiento a prepararse para la batalla?».

—La victoria será nuestra, comprendéis, porque somos solámnicos. Nuestro dios es Paladine, y él representa todo lo que es bueno y correcto. ¿Cómo se puede perder cuando se está del lado del Bien?

Si alguien contestó al muchacho, la sacerdotisa no lo oyó. Su caballero la condujo más allá de aquellas habitaciones y por otros corredores. Ascendieron distintas escaleras, que se elevaban interminables, describiendo círculos y, por fin, su guía se detuvo. Del pasillo situado a la izquierda surgían voces airadas y, entre aquellas voces que discutían, Crysania reconoció la de Tanis el Semielfo. Distinguió el tono mordaz de la cólera en su voz y no le sorprendió: su viejo amigo no tenía reparos en expresar sus sentimientos. Lo que sí le sorprendió fue que aquel enojo surgiera de su encendida defensa del Señor de la Torre de la Alta Hechicería.

—Lord Dalamar viene de buena fe, lo juro. Respondo por él con mi vida si es preciso.

Crysania posó la mano sobre el lomo de *Tandar*, instándolo a seguir adelante y obligando al caballero a seguirlos.

—Milores —dijo la sacerdotisa—. También yo respondo por él, como ha hecho mi amigo Tanis.

En el pasillo, los caballeros se arrodillaron entre un tintineo de espadas y crujidos de armaduras; y la mujer se sintió inundada por una gran sensación de afecto hacia aquellos hombres orgullosos que se humillaban ante la sacerdotisa de Paladine. Las palabras del joven caballero tan seguro de la victoria regresaron a ella y se preguntó cómo podía derrotarse a hombres como éstos.

—Por favor —dijo—, alzaos, caballeros. —Crysania sonrió y giró en la dirección en la que había escuchado la voz de Tanis.

Volvió ligeramente la cabeza y captó a Dalamar por su olor y el resplandor de la magia. Con un leve roce de la mano, pidió al tigre que la condujera hasta el oscuro hechicero y oyó cómo los caballeros murmuraban, sorprendidos, al ver a la Hija Venerable guiada por un tigre blanco. Sus murmuraciones se acallaron cuando, con un cierto tono de sarcasmo en la voz, Dalamar tomó la mano de la mujer e hizo una inclinación de cabeza, diciendo:

—Te agradezco tu apoyo, Hija Venerable. —Sus labios le rozaron la mano.

Crysanía inclinó la cabeza en señal de reconocimiento; luego se volvió hacia los presentes y les pidió que la escoltaran a ella y sus amigos ante sir Thomas.

Como Caballeros de Solamnia, los hombres servían a Paladine y, por lo tanto, estaban obligados a obedecer sus deseos, pero la sacerdotisa no había percibido nunca tal demostración de renuencia. Estaba muy claro que no deseaban ver a Dalamar cerca de su adorado comandante.

—Caballeros —dijo la mujer, dando a la palabra todo el peso de una orden.

—Señora —se cuadró el jefe, como lo haría ante el mandato de un superior.

Hizo que sus hombres formaran, y a continuación encabezó la marcha para Tanis, Dalamar, y Crysanía. *Tandar* se colocó de modo que su cuerpo se interpusiera entre ella y el hechicero.

—¿Cómo sabías que me encontrarías aquí, Hija Venerable? —preguntó Dalamar—. ¿Es que la iglesia me tiene vigilado?

—Paladine vigila a todas sus criaturas —contestó ella—, igual que el pastor vigila a sus ovejas, sin excluir a las negras.

Oyó cómo el otro contenía la respiración y percibió su enojo, como el hormiguelo de un relámpago sobre la piel.

Sonriente, añadió:

—No, señor hechicero, yo ignoraba que estuvieras aquí. Es la simple coincidencia la que hace que nuestros pasos se entrecrucen hoy.

Notó que la suspicacia del elfo aumentaba. Sabía que éste se preguntaba por qué estaba ella allí y no de camino a Neraka. «Bien —se dijo—, dejemos que se haga preguntas. Hace demasiado tiempo que intenta dirigir mis pasos. Sabrá que me he ido, cuando haya partido».

Pero, incluso mientras lo pensaba, sintió una punzada de pesar. ¿Acaso no habían aprendido nada durante todos estos años de guerras y conflictos? Tanis y su esposa, Laurana, llevaban una eternidad intentando unir a todas las razas y poner fin a las suspicacias entre magos Túnicas Blancas, Rojas y Negras y clérigos y caballeros. «Soñadores» los llamaban, y también ingenuos, y cosas mucho peores que ésas. Crysanía suspiró. Parecía que sólo podían ponerse todos de acuerdo en formar una alianza cuando se veían forzados a ello al tener que elegir entre unirse o morir separadamente.

—¿He de entender, entonces, Hija Venerable —indicó Dalamar, acercándose más—, que tu dios no te ha dicho nada de lo que está sucediendo en el mundo?

La sacerdotisa se detuvo, y Tanis aminoró el paso, para escuchar. La mujer se dio cuenta por el sonido de la respiración de su amigo. Junto a ella, el tigre emitió un quedo sonido gutural, no era exactamente un gruñido pero, desde luego, sí era una advertencia.

—Mi pregunta no está motivada por un vengativo afán de triunfo, Hija Venerable —dijo Dalamar en tono más afable—. Mi propio dios, Nuitari, se ha mostrado extrañamente silencioso últimamente, como lo han hecho también todos los dioses de la magia.

—Qué hay de... —Vaciló en pronunciar el nombre, luego escogió el título honorífico en su lugar—. ¿Qué hay de tu Reina de la Oscuridad?

Él tardó un buen rato en responder. ¿Urdía una media verdad, se preguntó la sacerdotisa, o forcejeaba con la necesidad de admitir lo que no le gustaba admitir? Finalmente, el elfo oscuro dijo:

—No lo sé. Todo lo que sé es que el poder de Nuitari disminuye y, como resultado, mi propio poder se ha visto afectado. Otro tanto ocurre con Lunitari y Solinari. Todos los magos han informado de este fenómeno. Es casi como si los dioses estuvieran absortos en sus propios problemas.

—Tienes razón, milord —dijo Crysania, aspirando con fuerza—. Cuando, oí estos rumores, se los presenté a mi dios en mis oraciones. Él se mostró... distante —Hizo una pausa— ¿Ves este amuleto que llevo al cuello? —Tocó el dragón con veneración, en busca de su calor que apenas percibió—. Siempre que he rezado a Paladine en el pasado, he sentido que su amor me rodeaba. Este medallón empezaba a brillar con una suave luz, y mi alma se tranquilizaba y mis problemas y temores se apaciguaban.

Acarició el colgante con una mano, palpando el reconfortante lomo del tigre con la otra. Percibió que Dalamar y Tanis aguardaban sus próximas palabras mientras avanzaban por el corredor.

—Últimamente el medallón ha permanecido apagado. Sé que Paladine escucha mis plegarias, siento que desea consolarme; pero, me temo que no tiene consuelo que ofrecer.

—Tal vez —manifestó Dalamar—, encontremos una respuesta a nuestras preguntas pronto. —Vaciló, luego prosiguió, en una voz tan queda que sólo ella y Tanis pudieron oírle—. Palin Majere ha cruzado el Portal.

Tanis dio un respingo.

Junto a ella, el tigre gruñó en voz baja.

A Crysania se le cayó el alma a los pies al recordar su encuentro a medianoche en los jardines del templo.

—¿Es esto cierto? —musitó— ¿O vuelves a dedicarte a tus juegos, milord?

—No son juegos en esta ocasión, señora. —dijo Dalamar en un tono pesaroso—. Lo que digo es verdad.

¡Había tanta irrevocabilidad en sus palabras cuando ella había esperado un acertijo como respuesta...!

—¿Cómo entró? Dalamar, sellaste el laboratorio. Pusiste guardias.

—Fue invitado, Hija venerable. Creo que puedes imaginar por quien.

—¿Dejaste entrar a Palin? ¡Debieras haberlo detenido! —exclamó Tanis, tomando del brazo a la sacerdotisa, no para guiarla sino para asegurarle su presencia.

La carcajada de Dalamar resonó con fuerza en los pasillos. Delante de ellos, los caballeros no reaccionaron, aunque Crysania no tuvo la menor duda de que sintieron, todos ellos, su helor.

—No tuve la menor opción en el asunto, Semielfo. Todos nosotros conocemos por experiencia el poder de Raistlin. Tú mejor que nadie, ¿no es así?

Tanis se encrespó, el elfo oscuro lanzó una risita y Crysania rompió el silencio para decir:

—Raistlin Majere está muerto.

Retiró con suavidad el brazo de la mano de Tanis y, a su lado, *Tandar* se apretó contra sus piernas.

—Lo sabes tan bien como yo, Dalamar. Le fue concedida la paz por su sacrificio en el Abismo. Si Palin Majere ha sido atraído hacia el Abismo, entonces ha sido por otra fuerza.

—Pareces muy segura.

—Lo estoy. Olvidas, milord, que yo estuve allí.

Él no lo aceptó. La sacerdotisa se dio cuenta de ello, pero el hechicero no dijo nada más. Siguieron adelante en silencio, con las pisadas de su escolta resonando por el pasillo hasta que, por fin, llegaron a la estancia donde se encontraba sir Thomas.

El comandante abrió de par en par las puertas de la sala en la que se había reunido el Consejo de Caballeros. Tres caballeros de cada una de las órdenes, de la Rosa, de la Espada y de la Corona, estaban sentados a una mesa situada en el extremo opuesto de la entrada. Todos los presentes se alzaron para dar la bienvenida a la Hija Venerable y recibir su bendición, y cuando sir Thomas expresó su sorpresa al verla allí, ella le explicó que había venido a averiguar lo que pudiera, y a informarle de que pronto recibiría a una representación de clérigos del templo, cada uno experto en las artes curativas.

—Llegarán totalmente equipados, sir Thomas, y rezo para que regresen a su hogar sin haber tenido demasiado trabajo.

Era una cortesía, una esperanza, un gesto amable, y fue aceptado como tal por todos excepto Dalamar, que lanzó una suave risita.

—Milores —dijo el elfo oscuro con voz queda y amenazadora—. La Hija Venerable demuestra su bondad al mostrarse esperanzada, pero seríais muy sensatos si prestaseis atención a lo que he venido a decir. Los Caballeros de Takhisis atacarán esta fortaleza mañana al amanecer.

Se alzaron voces para impugnar tan audaz declaración, las voces furiosas y severas de hombres que habían estado buscando información sobre el enemigo y no habían averiguado gran cosa hasta que alguien a quien consideraban un enemigo

había aparecido en su fortaleza y la había facilitado con una sonrisa. Colocado junto a la mujer, el tigre se agitó inquieto, moviendo la cola con rapidez.

—¿Mañana, milord? —inquirió ella con voz tranquila y las manos posadas aún sobre la mesa— ¿Cómo puede ser?

—Lo que es —repuso él con frialdad—, sencillamente es, señora. Así es como puede ser. Aún hay más: clérigos oscuros penetraron en las ruinas encantadas y convocaron a los espectros de los muertos para que se unieran a la lucha. Se detuvieron en el alcázar de Dargaard, y no tengo la menor duda de que encontraréis a lord Soth y a sus guerreros entre las fuerzas atacantes. —Se escucharon algunos bufidos y risitas de incredulidad, y Dalamar prosiguió—: Lord Ariakan es su cabecilla. Vosotros mismos lo adiestrasteis. Conocéis mejor que yo su valía.

Lo sabían bien cada uno de ellos, y por eso comprendieron que las fuerzas aliadas contra ellos eran las más formidables a las que se habían enfrentado jamás. Y sin embargo... Sin embargo, los suyos eran los corazones más audaces, los más fuertes, los más osados. Eran Caballeros de Solamnia, terribles en la batalla y gloriosos en la victoria.

—Tu información es muy sombría, milord —dijo sir Thomas inclinándose al frente—. Las nubes de guerra se encuentran sobre nosotros, y es posible que ninguno haya visto horas más tristes que las que están a punto de llegar. No obstante debo decirte esto: la Torre del Sumo Sacerdote jamás ha caído mientras ha estado defendida por hombres con fe.

Los otros caballeros presentes murmuraron su asentimiento, dándose aliento mutuamente, pero un frío insoportable se instaló en el corazón de Crysania, como una masa helada en movimiento. Todas las piezas del cuadro encajaron de improviso; los rumores que la habían obsesionado se convirtieron entonces en realidad. Con un fognazo de comprensión, supo lo que iba a suceder.

—Milores —anunció, deseando poder ofrecer esperanza en lugar de lo que debía decirles—, quizá se deba a que jamás han atacado la torre hombres con fe.

—Los Caballeros de Takhisis se han criado juntos desde la adolescencia —indicó Dalamar, comprendiendo inmediatamente—. La lealtad hacia su reina, sus comandantes y sus compañeros es inquebrantable. Sacrificarán cualquier cosa, incluso sus vidas, a favor de la causa. Se rigen por un código de honor tan estricto y puro como el vuestro, sir Thomas. De hecho, lord Ariakan lo tomó como modelo. Como veréis, milores, jamás habéis corrido un peligro tan grande.

Crysania volvió a sumirse en el silencio en tanto que la discusión se enfervorizaba respecto a los efectivos del ejército que avanzaba. Los caballeros habían sido cogidos por sorpresa. No se esperaba la llegada de refuerzos; habían sido enviados mensajeros a las tierras orientales y habían regresado con la desagradable información de que los territorios del este se encontraban ya bajo asedio. El tamaño y velocidad de ejército

de Ariakan era motivo de auténtica alarma.

Sir Thomas se mostró impávido ante la discusión y, por fin, se irguió para manifestar:

—Estamos preparados, milores, señora. Cuantos menos seamos, mayor será la gloria. Paladine y Kiri-Jolith están con nosotros.

—Que ellos os bendigan —respondió Crysania, y las palabras que había pronunciado tan a menudo parecieron recién acuñadas entonces, llenas de buena voluntad y esperanza.

Sin embargo, aquélla parecía una empresa desesperada. Sir Thomas y sus valerosos caballeros no podían saber lo que ella y Dalamar sabían. Ni siquiera Tanis parecía capaz de comprenderlo.

Tal vez los dioses de los que todos ellos dependían carecían de ayuda que ofrecer.

Crysanía comprendió que algo no iba bien en cuanto abrió la puerta de su estudio. Algo daba la impresión de no estar como debía. La palabra «invasor» asaltó su mente, erizándole el vello de los brazos.

Detrás de ella, Lagan Innis farfulló la clase de sonido que sin duda no había proferido en años: un gruñido ronco y furioso. El enano la tomó del brazo y la retuvo.

—Lagan, ¿qué sucede?

—¡Aguarda, señora! —Se colocó delante de ella, manteniéndola fuera de la habitación— Alguien ha estado aquí dentro. Las sillas están volcadas y los almohadones esparcidos por todas partes.

La sacerdotisa se arriesgaba a tropezar y caer si se aventuraba al interior de la estancia, cuyo rígido orden, en ese momento alterado, estaba pensado para permitirle deambular con facilidad y sin correr riesgos.

—Alguien ha registrado el escritorio, señora. —Profirió una exclamación de repugnancia— La puerta que conduce al dormitorio está abierta. Quienquiera que hiciera esto, podría seguir dentro.

—No lo creo, —Crysanía meneó la cabeza—. Siento que la habitación no está... ¿cómo te lo describiría?, como debiera estar, pero también la noto vacía. Guíame, por favor. Quiero entrar.

Otra expresión muy poco ortodoxa escapó de los labios del enano, pero éste obedeció a su señora. La condujo rodeando el revoltijo de almohadones y mobiliario volcado hasta su escritorio. Allí, los cajones estaban abiertos, y lo poco que guardaba en su interior esparcido sobre la mesa.

—¿Qué son estas cosas? —inquirió la mujer, tocando una hoja de papel tras otra.

—Mapas..., los que guardas siempre en el primer cajón de la derecha.

Dándole las gracias, apiló con pulcritud los mapas que sus consejeros usaban a veces en las reuniones; luego volvió a guardarlos en el cajón. Los veloces gestos camuflaron el temblor de sus manos.

—¿Qué más hay ahí? —Volvió a recorrer la parte superior del escritorio con los dedos.

—Nada más. —Lagan se acercó más—. ¿Qué estaría buscando alguien aquí? ¿Quién podría hacer tal cosa? El despacho de la mismísima Hija Venerable, ¡su propio dormitorio!

Si existía algo más escandaloso, daba la impresión de que Lagan no podía ni concebirlo.

—¿Qué buscaban, señora?

Estuvo a punto de responder que no lo sabía. Acarició las piedras dragontinas que llevaba en el bolsillo. Pero ¿quién estaba al tanto de su existencia? Dalamar, desde luego, y puede que también Jenna. Valin la conocía, pero hacía días que había partido y se encontraba muy lejos con un ejército enemigo entre él y Palanthis. *Tandar* lo sabía, pero era... Estuvo a punto de decirse que no era más que un tigre, pero se corrigió, al darse cuenta de que el animal lo había enviado el elfo oscuro.

¡Imposible! A pesar de ser un regalo de Dalamar, sabía que podía fiarse del felino, el instinto le decía que era digno de confianza. ¿O era aquello lo que deseaba, en lugar de su intuición?

Crysanía descartó deliberadamente la idea: no debía desconfiar de sus propios impulsos. No obstante, permanecía el hecho de que alguien había estado tan interesado en obtener algo de sus aposentos que no había dudado en profanar el templo para obtenerlo. La idea, le producía náuseas.

—Lagan, ¿podrías hacerme un favor? Te lo ruego, encuentra a Jeril y a Kela y tráelos aquí ante mí.

—¿Y dejarte sola, señora? No, yo...

Con suavidad, a su espalda, se escuchó la sonora respiración de un tigre. *Tandar* se encontraba en la habitación, gruñendo por lo bajo.

—No estaré sola —indicó Crysanía, sonriendo—. Por favor, ¿podrías hacerlo que te he pedido?

Claro que lo haría, y lo hizo a toda prisa, pues la sacerdotisa apenas había tenido tiempo de localizar la silla de su escritorio cuando escuchó voces y pasos que venían por el pasillo en dirección a su despacho.

—Ya ha llegado la hora —dijo al tigre, hablándole como si el animal pudiera entenderla; y el último frío hilillo de duda se desvaneció al acercarse a ella la criatura. El animal se mantuvo pegado a su persona cuando los otros entraron en la habitación, con la cabeza bajo su mano en tanto que los recién llegados se alineaban ante la entrada, a ambos lados de la puerta.

—Amigos míos —dijo la sacerdotisa—, es hora de que hablemos sobre nuestro viaje.

Sacó las piedras dragontinas del bolsillo y las depositó sobre la desnuda mesa.

—Lagan, ven a coger estas piedras.

El enano se acercó y sintió que se le hacía un nudo en la garganta cuando las piedras dragontinas descansaron en la palma de su mano.

—¡Ah, señora! —suspiró Lagan—. ¿Qué maravillas son éstas? ¿Se encuentra el dios en ellas? No he sentido una paz parecida en mucho tiempo. No desde antes de...

Se detuvo, pero Crysanía sabía a qué se refería. No desde antes de haber intentado curar a Nisse y haber fracasado.

Lagan sostuvo las piedras un buen rato antes de pasarlas de mala gana a Jeril. El guerrero del desierto las sujetó, haciéndolas rodar de modo que entrechocaran en medio del silencio.

—Son piedras, señoras. ¿Qué pasa con ellas?

—¿No las sientes, Jeril?

El guerrero pasó las piedras a Kela al tiempo que le decía algo, luego respondió:

—No, señora. ¿Qué tendría que sentir?

Al instante, una oleada de pesar, una sensación de pérdida —¡un repentino fagonazo de cólera!— recorrió a Crysania.

Deseó arrebatárles las piedras dragontinas, devolverlas al interior de su bolsillo, expulsar a aquellas personas de su habitación. Estremecida, consternada, cerró con fuerza las manos, que permanecían ocultas bajo la mesa. ¡No había esperado sentirse tan posesiva!

—Poder —musitó Kela, respondiendo a la pregunta de Jeril. Sus palabras surgieron jadeantes debido al temor reverencial que experimentaba—. Un poder como raras veces puede percibirse en esta vida.

Jeril lanzó una carcajada, la primera vez que Crysania le oía emitir tal sonido.

—¡Oh, bueno!, si se trata de eso. Valin siempre dice que soy una nulidad en lo referente a la magia. Jamás he percibido nada.

«Tranquila —pensó—, es el día el que me hace sentir así, el saqueo de mi habitación, el rugido de la guerra ante las puertas de la ciudad».

Hizo una seña a los demás para que tomaran asiento.

—Amigos míos, debemos iniciar nuestro viaje. Todos habéis aceptado venir conmigo, y ninguno de vosotros ha preguntado adónde o por qué. Ha llegado el momento de que lo sepáis, y os lo digo ahora, cualquiera que desee renunciar a este viaje puede hacerlo con toda tranquilidad.

El silencio inundó la habitación. En el exterior se escuchaba el latido de la ciudad; el ir y venir de innumerables voces, el traqueteo de los carros, el chacolotear de un caballo al otro lado de los muros del templo.

—He averiguado que las tropas de Ariakan atacarán la Torre del Sumo Sacerdote al amanecer. Sus fuerzas son poderosas, y si bien las nuestras son buenas y valientes... —Se detuvo, reacia a condenar a los caballeros de sir Thomas con sus dudas—. Debo ir en busca de las compañeras de estas piedras, para poder tener la esperanza, al menos, de utilizarlas en las batallas venideras.

El tigre gruñó, entristecido, pero nadie más emitió el menor sonido.

—Seralas estará a cargo del templo mientras estoy fuera. Seguirá los planes que hemos preparado durante estas últimas semanas y dará a la torre toda la ayuda posible. Nosotros cinco partiremos de aquí esta noche.

—¿Adónde marcharemos? —inquirió Lagan.

—A Neraka —dijo Crysania, y el nombre cayó como una oscura piedra en su expectante silencio.

¡Neraka! La ciudad de la Reina de la Oscuridad, la fortaleza de sus siniestros paladines, el lugar donde se encontraba su lúgubre templo, retorcido y horrendo como una abominación, mal nacida y demoníaca.

—Aquel de vosotros que desee quedarse, por favor que lo diga ahora.

Alguien suspiró. La sacerdotisa creyó que era Kela por el sonido; nadie más hizo el menor ruido.

—Jeril —siguió Crysania, y su corazón se inflamó de amor por estos amigos y su callado valor—, ¿puedes conducirnos fuera de la ciudad sin hacernos pasar cerca del paso Westgate?

Se escuchó el crujir del cuero y un tintineo de metal cuando el guerrero se adelantó.

—Sí, señora. Tendremos que atravesar el desierto. Existe un camino. No es muy conocido, pero las tribus lo han estado utilizando durante décadas. Siguiendo la costa, se cruza un desfiladero y, luego, se rodean las montañas a través del desierto.

—¿No existe un camino más corto? —preguntó Lagan.

—Muchísimos —bufó Jeril— Aunque resulta más sensato usar esa ruta más larga. Estoy seguro de que tu señora preferiría añadir un par de días de viaje a su expedición a ser capturada por los caballeros negros antes de haber dejado atrás siquiera la Torre del Sumo Sacerdote.

Nadie discrepó de aquello, y tampoco tuvo nadie nada más que decir.

—Coged lo que os haga falta para la marcha —indicó la sacerdotisa con voz afable—. Pero recordad que viajamos ligero. Quiero ir deprisa para compensar esos días extra. Partiremos antes de la puesta de sol.

En su mano, las piedras dragontinas se calentaron; fue como si la hubieran oído y comprendido.

Los cascos golpeaban sobre los adoquines, y su sonido resonaba, misterioso, de edificio en edificio mientras los cinco buscadores abandonaban el Templo de Paladine. Llevaban vestidos sencillos, con capas ligeras y capuchas para protegerse del sol, y su aspecto era el de un grupo de viajeros de regreso a casa desde la ciudad. Las túnicas de los clérigos habían desaparecido, reemplazadas por las toscas prendas de los caminantes. Únicamente Kela mantenía sus atavíos de siempre, con ropas sin duda tan blancas como las del propio Valin. También había marchado Fuego Dorado, en misión de reconocimiento para los Caballeros de Solamnia, y su recuerdo pasó por la mente de Crysania como una caricia.

«Y ¿cómo estás tú, Valin? —se preguntó la Hija Venerable—. Me habría gustado verte una vez más, amigo».

El pensamiento la sorprendió, y lo apartó con rapidez.

Jeril iba en cabeza, Kela cubría la retaguardia. Crysania y Lagan compartían una montura, un hermoso y fuerte animal que el mismo enano había elegido en los establos. Con el clérigo sentado delante y Crysania detrás, se las arreglaban muy bien, ya que Lagan había insistido en no utilizar la silla de montar.

—Iremos mejor así —había dicho—, sin que ninguno choque contra el pomo ni con el respaldo.

Crysania fue fijándose en el camino que seguían una vez que abandonaron los terrenos del templo, pasando por estrechas callejas malolientes por culpa de la comida en descomposición, basura y cosas peores. Gracias a un olor más limpio, supo cuándo pasaban junto a los jardines de la Ciudad Vieja y los de la Ciudad Nueva; el fétido hedor a pescado putrefacto y agua salobre le indicó que avanzaban junto a los muelles que bordeaban la bahía.

—¡Puaf! —exclamó Lagan, con la voz ahogada al cubrirse el rostro con el brazo con la esperanza de aislarse de la pestilencia— La brisa que surge del mar es como el viento de un horno. ¡Odio este Verano del Yunque!

Crysania sonrió, sombría, dándole la razón en silencio mientras se alejaban de la bahía y el hedor a pescado podrido, y ascendían por las estribaciones en dirección oeste.

El aire refrescó en cuanto iniciaron el ascenso por un estrecho sendero de caza, abandonando el ardiente reflejo del sol sobre la arena y el agua a favor de la sombra proyectada por unos árboles no demasiado grandes. El aroma más fresco del bosque se hizo predominante: las suaves fragancias del roble, del arce y del olmo se mezclaban con la de los árboles de hoja perenne y el intenso perfume a humedad que ascendía de un suelo cubierto de hojas durante demasiado tiempo.

En ocasiones, Crysania conseguía dejar que su mente vagara en libertad, buscando en la memoria panoramas que no había contemplado durante más de treinta años. Luces, sombras y árboles, todos ellos evocados por sus olores. Otras veces, su mente regresaba a aquella pregunta que la había obsesionado desde el primer momento en que aceptó las piedras dragontinas de manos de Dalamar. Cuando encontrara el resto de piedras y uniera las cinco, ¿qué dios respondería a su llamada?

Recordó la calidez de la voz de Paladine tal y como ella la había conocido durante tantos años, los tonos profundos y sonoros mientras le hablaba de amor y compasión. Y tampoco olvidaba el sonido de la Reina de la Oscuridad, la áspera risa triunfal, los chirriantes alaridos de rabia, el potente rugido de poder. Había escuchado todo aquello hacía treinta años, y jamás lo había olvidado.

—Hay helechos en las sombras, y eso debe de indicar que hay agua en alguna parte —indicó Lagan—. Las ardillas han construido nidos en las alturas, y son nuevos. Sin duda deben de encontrar nueces procedentes de las provisiones del año pasado. Me pregunto ¿cómo se las arreglarán el año próximo?

»Nos encontramos en senderos de caza, señora. Nos movemos por caminos estrechos, con piedras que sobresalen a ambos lados. Jeril tiene el entrecejo tan fruncido que da la impresión de haber nacido con la máscara de un demonio pegada al rostro. Tu *Tandar* no se aparta ni un instante de tu lado...

»Señora —siguió el enano cuando el rucio se detuvo—, Jeril ha encontrado un lugar para que acampemos.

Se deslizó del lomo del caballo y alzó los brazos para ayudar a la mujer a descender. A Crysania le dolían los músculos de la espalda y piernas hacía ya tanto rato que tenía la impresión de que todo el mundo podía escuchar sus quejidos. Se oyó el borboteo de una corriente, no muy lejos, y la mujer pidió:

—Lagan, ¿podrías guiarme?

El así lo hizo, con el tigre pegado a ellos. La sacerdotisa se arrodilló, alargando las manos hacia el agua, y tuvo que alargirlas más de lo que imaginaba, pues el arroyo no era más que una estrecha cinta.

—Sucedre por todas partes —explicó Lagan—. Los arroyos se están secando.

—Esperaba que nos encontraríamos un poco más lejos antes de detenernos —repuso ella. Hundió los dedos en las aguas tibias y se lavó el rostro y las manos. Junto a ella, *Tandar* lamió el agua ruidosamente.

—Nos encontramos a una hora del desfiladero —contestó el enano—. Jeril dice que es demasiado peligroso intentar cruzarlo de noche. Lo atravesaremos a primera hora, mañana por la mañana, y luego estaremos ya en el desierto. Vamos bien de tiempo.

La sacerdotisa asintió y se dirigió de vuelta al campamento. El grupo empezaba ya a adoptar una pauta de comportamiento que creyó se mantendría en los días venideros.

Jeril despejó con sumo cuidado un gran círculo en el suelo del bosque sin dejar otra cosa que tierra en el centro. Kela encendió una pequeña hoguera en él, usando susurradas palabras mágicas, cuya esencia pasó sobre la piel de Crysania y despertó un hormigueo en las piedras. Lagan sacó las provisiones, y la sacerdotisa les preparó té para acompañar el pan y el queso, en tanto que Jeril desplegaba los jergones para acostarse.

No obstante la tensión que la instaba a seguir adelante, Crysania estaba cansada, y se dijo que no le costaría mucho conciliar el sueño en cuanto hubiera comido. Se enroscó en su lecho, cambió de posición unas cuantas veces hasta haber quitado todas las ramitas de debajo del jergón y, sin embargo, siguió despierta.

—Hay estrellas, señora —susurró una voz surgiendo de la noche... la voz de Lagan—. Veo las constelaciones y son como diamantes cosidos sobre negrísimo terciopelo. —Su voz calló. Crysania lo oyó respirar, con tanta suavidad que creyó que se había dormido; pero, entonces, con la satisfacción envolviendo sus palabras, el

enano continuó—: Lo veo, señora. Veo brillar al dragón de Paladine.

—Nos mira desde lo alto —musitó ella—. Nos ve.

—Sí, así es.

Jeril profirió un leve sonido en su sueño. El fuego siseó, y un tronco se convirtió en cenizas cuando Kela atizó las llamas para avivarlas. El único que faltaba en el grupo era *Tandar*, que se había marchado a cazar su cena.

—Buenas noches, amigo mío —dijo Crysania al enano.

Los quedos ronquidos de Lagan fueron toda su respuesta, y ella apenas si los escuchó antes de quedarse también dormida.

El tigre vagó en la noche a la luz de las dos lunas, la roja iniciaba su ascenso, y la medialuna plateada brillaba ya en el firmamento sobre él. El sabor de las liebres, tres gordos machos, seguía aún presente en sus fauces. El estómago había dejado de gorgotearle tras la segunda víctima, y el anhelo por conseguir carne fresca se apagó poco después; no le habría importado comer más, pero no encontró más liebres, ni ninguna otra clase de caza por ninguna parte. Su olor a tigre flotaba en el aire como una amenaza.

Saciado, paseó en medio de la oscuridad, sin alejarse del lugar donde Crysania y sus compañeros habían acampado. Escuchó sus quedas voces en el silencio y, cuando callaron, siguió escuchando las respiraciones.

Empezó a dar vueltas alrededor del campamento desde una distancia de veinte pasos, silencioso guardián del perímetro, para mantener alejadas a todas las criaturas que pudieran atacar a sus dormidos amigos. Deambuló arriba y abajo y, mientras lo hacía, fue consciente de que sus idas y venidas no eran más que una dilación. Había algo que debía hacer esa noche, algo a lo que se había comprometido; debía proyectar su mente y hablar con el Señor de la Torre de la Alta Hechicería.

¿Dudaba acaso de poder hacerlo? No, no era así. La habilidad se encontraba en su interior, sin usar desde que el elfo oscuro lo había convertido de hombre en bestia. La percibía como un palpitar en alguna zona recóndita de su mente, como una luz parpadeante. No tenía más que ir en busca de esa luz, de aquella vibración, y podría hablar con Dalamar en su torre.

Vaciló, dando vueltas y más vueltas al claro, atrapado entre sus obligaciones. Había hecho una promesa al Túnica Negra, una que debía cumplir. Y era una promesa que odiaba, pues le parecía que informar a Dalamar sobre aquel viaje era lo mismo que espiar a su señora.

En el claro, Jeril y Kela intercambiaron lugares, la mujer se dirigió a su jergón mientras su esposo se encargaba de la vigilancia.

¡Su esposo! El tigre meneó la cabeza al tiempo que lanzaba un gruñido por lo bajo. No podía dudar de la palabra de su hermano de que la mujer era su esposa. Pero ¿quién era ella en realidad? No la reconocía como a una mujer de su tribu. Tal vez

proviniera de alguna cercana o de un grupo trashumante. El viento sopló con fuerza del oeste; era caliente y transportaba los olores de todos los que se encontraban en el claro. *Tandar* alzó la testa y aspiró con fuerza.

¿Por qué no le había hablado Jeril sobre la inminente boda? ¿Por qué no lo habían avisado sus padres para que pudiera ir y permanecer junto a su hermano durante el ritual, como era lo justo y correcto?

El tigre volvió a sacudir la cabeza, profiriendo un nuevo gruñido. Podría ser que la respuesta se hallara en lo que él bien sabía: que Jeril era impulsivo, rápido en hacer amigos, fácil de enojar y enamorado.

«Confiaré en ti, hermano», pensó el animal.

No obstante, era más un deseo que una promesa.

La luz lunar se derramó sobre el felino. Solinari no tardaría en ponerse, y Lunitari seguiría allí hasta que se hiciera de día. El tiempo pasaba; las estrellas en sus constelaciones dieron la vuelta, dirigiéndose al final de la noche.

«Haré lo que debo», se dijo *Tandar*.

Volvió a describir un círculo alrededor del claro, escuchando la noche, las aves que se ocultaban en las profundidades del bosque, la brisa susurrando entre la hierba seca. Jeril estaba sentado, muy erguido, con Luz del Desierto desenvainada y cruzada sobre las rodillas; todo iría bien con él de guardia.

En silencio, con el bosque apenas consciente de su paso, el animal abandonó su vigilancia y encontró un pequeño calvero. Allí la hierba todavía crecía, verde, alimentada por un invisible arroyo subterráneo. Se tumbó en mitad del claro, sobre la fresca maleza. La luz de las lunas descendía sobre él; las sombras de los árboles caían sobre su cuerpo. Era, lo sabía, casi invisible en aquella luz: el blanco pelaje sólo parecía una mancha provocada por la luz de Solinari, las tiras grises sólo sombras proyectadas por las ramas.

Se acomodó, cerró los ojos y redujo el ritmo de su respiración. A continuación, se concentró en sí mismo, buscando la luz y su vibración y, cuando lo logró, se sintió arrojado fuera de su cuerpo, fuera del mundo.

Se encontró en una planicie en penumbra, un lugar sin sombras, sin sol, sin lunas, sin estrellas. No percibió ninguna brisa, ni tampoco la presencia de otro ser vivo. El miedo atenazó su estómago y, al mismo tiempo, se vio poseído de una especie de regocijo.

Y una figura se acercó andando bajo la eterna luz crepuscular.

Poseía, no obstante, otro sentido, un sexto sentido que parecía inherente a ese entorno, y que le indicó que el mago estaba fatigado. Cansado de cuerpo, cansado de espíritu. Parecía alguien que hubiera permanecido demasiado tiempo contemplando algo terrible.

Sangre. Alaridos. Terror.

El tigre gruñó, inquieto; luego, permaneció inmóvil.

El felino le contó el viaje desde el momento en que habían abandonado el templo, aunque no dijo nada de lo sucedido con anterioridad, prefiriendo tomar sus órdenes de un modo literal y sin ver la necesidad de explicar al elfo oscuro el registro llevado a cabo en los aposentos de Crysania.

Creía que Dalamar podía tener algo que ver en ello, o que al menos estaba enterado de lo sucedido.

*Todo resulta muy normal por el momento, milord.*

La figura en penumbra se mantuvo inmóvil, con las manos introducidas en las profundidades de los pliegues de su túnica, y la cabeza gacha, como un hombre sumido en sus pensamientos. Cuando alzó la cabeza, sus ojos brillaban con una energía sobrecogedora.

El tigre admitió que así era.

*Podría ser. Sin duda mi hermano tiene sus razones.*

Imperturbable, Dalamar asintió.

Sin decir nada más, el elfo oscuro dio la vuelta y se alejó por la desierta llanura. No se desvaneció; más bien se fue empequeñeciendo, disipándose, perdiendo dimensión, hasta alcanzar finalmente el tamaño de un punto diminuto que sólo podía describirse como una luz oscura.

«De la clase —se dijo el tigre— que brilla en el corazón de un cristal negro».

El animal se encontró solo de repente, tumbado en un calvero del que la luz de las lunas había desaparecido. Sólo había estrellas en el firmamento, y bajo su luz y mediante los olores de la calurosa noche, el felino regresó al campamento.

Dio la vuelta a la zona donde dormían, pasando cerca de cada uno de los miembros del grupo. Al pasar junto a Kela, acurrucada sobre su manta, olfateó el aire, aspirando con fuerza, y a continuación lanzó un bufido. Dalamar tenía razón: la mujer estaba embarazada. No hacía mucho, se dijo, a juzgar por el olor que emanaba de ella; tal vez no hacía ni siquiera un mes. Dirigió una mirada a Jeril, que seguía montando guardia, y rió mentalmente al pensar en la enfurecida conversación que debió de tener lugar en la tienda de su padre cuando su hermano contó a sus padres el motivo de la repentina boda.

El fornido guerrero le dirigió una rápida mirada, movió la cabeza a modo de respetuoso saludo, y arrojó otro leño al fuego. El tigre, con un extraordinario bostezo, como sólo pueden hacerlo tales criaturas, se acercó en silencio al jergón de Crysania. La mujer dormía de costado, con la curva de la cadera ligeramente alzada y la blancura del cuello reluciendo en la noche. Los oscuros cabellos se pegaban en forma de mechones a la húmeda mejilla.

«Estoy cerca de ti, señora», pensó el tigre al tiempo que se tumbaba a su lado.

Apretó el lomo contra la curva de la sacerdotisa, y aunque le pareció como una

intimidad robada, no cambió de postura. Se durmió escuchando los latidos del corazón de la mujer.

«Crysanía —le dijo, con la silenciosa voz del corazón—. Un día dirás que me amas, mi señora, y entonces la intimidad ya no será robada».

*¡Crysanía!*

Crysanía despertó con el corazón latiéndole apresuradamente y el pulso desbocado. El sudor le rodaba por las mejillas y cosquilleaba a lo largo de sus costillas, pero ambas cosas sólo las percibió de un modo vago, ya que en su memoria, en su mente, resonaba el eco de su propio nombre pronunciado en voz alta.

*¡Crysanía!*

¡De nuevo aquella voz en su cerebro! Sin pensar, alargó la mano hacia las piedras dragontinas y las encontró, bien guardadas, en su bolsillo. Dejó que su calor la inundara, y la sensación de bienestar y seguridad que percibió, pronto la tranquilizó.

Y sin embargo, aquella voz... ¿Recordada o soñada? Afortunadamente, su descanso había estado libre de sueños o, si no había sido así, éstos habían sido flotantes imágenes nebulosas, nada que pudiera considerarse importante o que se hubiera parecido a una pesadilla.

Frunció el entrecejo, y se sentó. *Tandar* yacía junto a la manta, con la cabeza levantada y agitando la cola. La mujer le tocó el lomo dubitativa.

—¿*Tandar*? —musitó ella.

El animal resopló, un sonido parecido a un carraspeo afirmativo, al tiempo que una sensación de tranquilidad aparecía en la mente de la sacerdotisa, no en palabras sino en forma de emoción abstracta. ¿Estaba soñando? Un momento antes había tenido la nítida impresión de que el animal pronunciaba su nombre cuando ella despertó.

Los grillos chirriaron en el bosque; desde donde discurría el pequeño arroyo le llegó el croar de una rana; mucho más cerca, Lagan roncaba por lo bajo, y Kela suspiraba en sueños, en tanto que Jeril tarareaba en voz baja un canción del desierto en recuerdo de su hogar mientras se ocupaba de la hoguera.

Tras unos instantes, sintiéndose tan estúpida como una vieja solitaria que se dedica a hablar con uno de sus gatos, murmuró mentalmente:

*Tandar, ¿puedes oír mis pensamientos?*

Esta vez le contestó con palabras, ásperas y forzadas, pero palabras que podían comprenderse.

*Sí. Cuando son en tono muy alto.*

La mujer le acarició el suave pelaje del lomo, sintiéndose en cierto modo más conectada a su respuesta cuando sus dedos lo tocaban. Sonrió complacida ante la idea de pensamientos audibles.

*¿Y puedes hablar conmigo?*

*Parece que estoy aprendiendo a hacerlo.*

*Pero ¿por qué ahora? ¿Por qué no antes?*

El tigre permaneció tumbado en silencio un buen rato, antes de contestar:

Quizá lo haya hecho Dalamar. He... he mantenido la palabra que le di, señora. He hablado con él esta noche.

Crysanía posó la mano sobre la cabeza del felino, rascándole tras las orejas distraídamente. El animal alargó el cuello satisfecho.

*¿Y te exige tu juramento que me ocultes lo que se habló entre vosotros?*

Una alegría desenfadada recorrió la mente de la mujer: era la risa de su compañero.

*Pues a decir verdad, no, señora, mi juramento no exige tal cosa. Él no tenía mucho que decir; y yo tampoco. Le hablé de nuestro viaje, pero no de lo sucedido en el templo, el intento de robo. Le dije quiénes son nuestros acompañantes, y no preguntó nada más.*

Éste soltó un profundo gruñido de satisfacción.

La sacerdotisa volvió a acostarse y se removió hasta sentirse todo lo cómoda que podía estarse sobre una manta tendida en el duro suelo. Se durmió escuchando cómo Jeril avivaba el fuego.

Demasiado pronto para sus doloridos músculos, la Hija Venerable de Paladine oyó al guerrero del desierto que deambulaba por el campamento, deteniéndose junto a cada durmiente para despertarlo. Lagan se levantó con una exclamación de sorpresa, y Kela con un suspiro. Junto a Crysanía estaba sentado *Tandar*, montando guardia.

—Hay que levantarse temprano, señora —indicó Jeril, dando un buen rodeo alrededor del tigre—. El sol no ha salido todavía, pero el cielo clarea, y no tardará en haber luz.

—¿Cómo puedo ayudar con el desayuno, Jeril? —inquirió la sacerdotisa, apoyándose en *Tandar* para incorporarse.

El hombre emitió un sonido quedo, y ella imaginó que sonreía.

—Guardando toda la comida que sobró de anoche. Comeremos por el camino. —Calló, y Crysanía escuchó un suave raspado, como si alguien barriera el suelo—. Esa es Kela, que se dedica a eliminar nuestras huellas con una rama. El fuego está apagado, la zona de acampada limpia, y pronto no quedará ninguna señal de nuestra presencia aquí.

No tuvieron mucho tiempo para organizarse, y menos aún para preparar la cabalgada. Crysanía, que en otras circunstancias habría sido la persona a quien todos habrían recurrido en busca de órdenes, oyó cómo los otros se dirigían a Jeril para recibir instrucciones, y se dedicó a sus tareas tan gustosamente como Lagan ensillaba los caballos y Kela limpiaba el campamento.

Empezaba a hacer calor, y el sudor apareció en su nuca, formando hilillos, lo que

indicó a la sacerdotisa que el sol se había alzado ya sobre la línea del horizonte. El enano trajo los caballos, frescos tras la noche de descanso e impacientes por ponerse en camino. En cuanto el clérigo hubo montado, Jeril alzó en vilo a Crysania para acomodarla detrás de él.

Los resonantes relinchos de las monturas llenaron el aire matutino como trompetas, y el alegre sonido llenó de ánimo el corazón de la sacerdotisa. El contacto con los músculos de su montura, poderosos bajo su cuerpo, le proporcionaba la impresión de que el animal podía correr eternamente. Pero Lagan no permitió que tal cosa sucediera; dejó que estirara las patas, pero lo mantuvo firmemente bajo control, para que conservase las energías. Adoptaron un paso cómodo, de la clase que permite que un caballo cubra una gran distancia sin cansarse, y la Hija Venerable no tardó en comprender por qué Jeril no había querido cruzar el desfiladero que atravesaba las montañas por la noche. Una garganta lo llamaban, pero a ella le pareció más bien un pasillo muy largo y angosto.

—Tan estrecho como el lecho de una viuda —observó Lagan—. ¡No me extraña que se utilice tan poco!

*Escucha, señora. Tiene razón. Jamás había visto un lugar tan estrecho y que lo llaman garganta.*

Crysania prestó atención, oyendo cómo el sonido de su paso rebotaba en las pétreas paredes que se elevaban hacia lo alto decenas de metros. En una ocasión apartó una mano de alrededor de la cintura de Lagan y alargó el brazo todo lo que pudo. Tocó una pared. Cambió de mano y tocó la otra, palpando piedra y líquenes blandos, y una planta que crecía directamente en una grieta. Alzó la mano y olió un ligero perfume almizcleño: había tocado las hojas marchitas de una aguileña.

Avanzaban en fila india y la sacerdotisa comprendió que cabalgaban por el poco profundo lecho de un río, pues en ocasiones oía el sonido succionante de los cascos sobre el barro; o bien olía el agua, clara y en movimiento. Los sonidos resultaban cada vez más próximos a medida que las paredes del cañón se iban estrechando.

—Cuidado con las rodillas —advirtió el enano.

Las piedras engancharon sus faldas y le arañaron la carne y, muy pronto, el lecho del río se volvió tan angosto que el agua cubrió casi tres palmos de las patas de su caballo. Al frente, *Tandar* se detuvo y se sacudió, sin duda mucho más hundido en el agua que los corceles.

—No es seguro pasar por esta ruta en época de lluvias —explicó Jeril, la voz resonando hasta ella—. Una tormenta fuerte haría bajar un torrente de agua por el cañón. Es por eso que los muros están tan erosionados, los ha desgastado el agua.

En las alturas, se escuchó el grito de un cuervo, y otro le contestó. Crysania se estremeció e imaginó una cortina de agua abalanzándose por aquel estrecho pasillo y sin ningún modo de poder salir de allí.

—Espero que no llueva —dijo a Lagan.

El enano rió, sombrío, indicando que hacía tiempo que no oía a nadie expresar tal deseo.

Por delante de ellos, *Tandar* lanzó un resoplido, volviendo a sacudirse con energía. Finalmente, abandonaron el agua y efectuaron un brusco viraje a la derecha, para tomar un seco sendero rocoso.

—Ya se ven las montañas —indicó Jeril, colocando su montura junto a la de Crysania—. Pero ganaremos más tiempo si cabalgamos por la arena. No resultará cómodo, pero...

—No importa —respondió ella, armándose de valor—. Te seguiremos, Jeril. Guíanos.

Cuando abandonaron el rocoso cañón, el calor los golpeó como un mazo. Caía a plomo desde lo alto e irradiaba desde la arena de modo que parecía caer sobre la sacerdotisa desde todas partes. El viento gemía y silbaba de un modo siniestro, como lo hacen los espectros. La Hija Venerable se estremeció cuando un pensamiento insólito la embargó: aquel viento sonaba como las voces del Robledal de Shoikan, como los gemidos, los sollozos y los alaridos de almas atormentadas atrapadas eternamente.

La arena le azotaba el rostro y se introducía en los pliegues de su vestido, bajo la tela, arañándola; también le irritaba los ojos, a través de las pestañas, hasta el punto que se vio obligada a montar con los ojos cerrados.

—Lagan, ¿estás bien? —preguntó—. ¿Puedes ver?

—Apenas, señora. Sigo a *Tandar*, y me alegro mucho de que tenga el pelaje blanco o no podría distinguirlo.

Jeril seguía cabalgando al frente, y la mujer supuso que Kela cubría la retaguardia. Los sonidos producidos por sus monturas quedaban sofocados, y el creciente viento los deshacía.

Crysania tosió y escupió arena. Sujetándose a Lagan con un solo brazo, se limpió el rostro; pero, en cuanto volvió a respirar, la boca y la nariz se le llenaron otra vez de polvo.

—Señora. Un momento. —Kela llegó junto a ellos, murmuró una palabra al enano, y el caballo se detuvo—. Vuelve la cabeza hacia mí.

Delante de ellos, el tigre aguardó, y la sacerdotisa percibió curiosidad y cautela en el animal; aunque aquellos sentimientos le llegaron ahogados, como si intentara guardárselos para sí.

Los fuertes dedos de la Túnica Blanca le tocaron el rostro y barbilla, eliminando la arena. A continuación, retiró la capucha de Crysania y volvió a colocarle el pañuelo, que arrolló a su cabeza para que permaneciera bien sujeto. El dobladillo quedaba justo sobre los ojos, rozándole las pestañas, y la parte inferior le cubría boca

y nariz, pero sin molestar.

Luego, Kela volvió a colocar la capucha por encima.

—Ya está. Ahora debería resultar mucho mejor.

Crysanía movió la cabeza para comprobarlo y, sí, realmente resultaba más cómodo.

—Gracias —dijo, esperando que los pliegues de la tela resbalaran por su rostro; pero no fue así, y permanecieron en su puesto.

—Ahora tienes el aspecto de una mujer del desierto —indicó la hechicera en tono aprobatorio.

—Supongo que así es. Si sólo pudiera sentir el cariño por el calor y la arena que vosotros, la gente del desierto, parecéis tener...

Sólo obtuvo un frío silencio por respuesta, y la joven se rezagó para retomar su puesto en la retaguardia del grupo.

—¿Dónde está *Tandar*? —inquirió Crysanía.

—Justo frente a nosotros, señora —respondió Jeril que, por el sonido de su voz, no debía de encontrarse demasiado por delante de ella—. Tienes una mascota muy curiosa.

—¿Mascota? —La sacerdotisa lanzó una carcajada—. No, no lo es. *Tandar* es su propio amo. Es más bien un amigo.

—Y una buena cosa para nosotros que lo sea. —El caballo del guerrero del desierto se colocó al lado del de la mujer, y Lagan le susurró unas palabras de ánimo al rucio cuando éste se apartó—. No puedo imaginar que te ocurra nada con ese enorme animal a tu lado. ¿Cómo lo conseguiste?

—Fue un... regalo.

El regalo se detuvo en seco, y los caballos resoplaron, al captar algún olor que primero los sobresaltó y luego los atemorizó.

Lagan profirió un juramento muy poco clerical y consiguió detener a su montura.

Crysanía olfateó el aire, pero todo lo que percibió fue arena, sol y su propio sudor.

—¡Jeril! ¿Qué es eso? —chilló el enano al cabo de un instante.

Su voz era tensa, y Crysanía lo rodeaba con sus brazos de modo que pudo notar cómo se ponía alerta. Un temor implícito recorrió al enano y se transmitió a su compañera.

Como un trueno que hendiera el firmamento, la voz de Jeril rompió el silencio.

—¡Corred! —aulló—. ¡Corred hacia las colinas!

—¿Qué sucede? —consiguió chillar Crysanía, antes de que Lagan golpeará a su montura con las riendas y espoleara los flancos del animal con los talones.

Delante de ellos, el tigre profirió un rugido furioso.

—¡Lagan! ¿Qué sucede? —La sacerdotisa, cogida por sorpresa, se aferró al enano. Desequilibrada, y temerosa de perder la vida bajo los cascos del caballo gritó

—: ¿Qué está pasando?

—Cafres, señora. —Lagan volvió a azotar a su montura, instándola a correr con todas las fuerzas—. ¡Los cafres de piel azul del ejército de Ariakan!

Crysanía se sujetó con fuerza al pecho de Lagan y sólo aflojó la presión cuando escuchó su entrecortada y ahogada respiración. Una lluvia de arena le azotaba el rostro. El caballo giró bruscamente, y ella resbaló, de costado, aunque recuperó el equilibrio justo a tiempo de evitar caer al suelo, arrastrando con ella al enano.

Agudo y terrible, un alarido de guerra desgarró la oscuridad, y la sangre se le heló en las venas, mientras el corazón parecía a punto de estallarle.

—¡Agárrate bien! —chilló Lagan. Luego añadió, dirigiéndose a su montura—: ¡Vamos! ¡Corre! ¡Corre!

La mujer volvió a resbalar, con la cabeza dándole vueltas mientras caía de costado. Lanzó un grito y, justo cuando alcanzaba el punto en el que su peso al caer habría sido demasiado grande para poderse enderezar y recuperar su asiento, una mano fuerte, la de Kela o la de Jeril, la sujetó por el hombro y la volvió a subir.

—¿Estás ahí? —le gritó el enano por encima del hombro.

—Apenas —contestó ella con una voz que era un graznido desesperado, al tiempo que volvía a aferrarse a él, aterrada, indefensa y sin control.

Escuchó gritos, el tronar de cascos. ¡Pies que se acercaban corriendo!

El terreno cambió, y la arena que el caballo de Jeril lanzaba al aire desapareció, dando paso de improviso al agradable y envolvente aroma de la vegetación. Los árboles se alzaron hacia el cielo y en el suelo pedregoso resonó el galope de las monturas.

—¡Sujétate! —gritó Lagan cuando el rucio inició el ascenso.

La sacerdotisa se agarró con fuerza, aunque no consiguió comprender cómo consiguieron aquella energía sus brazos temblorosos. Lagan detuvo la carrera de repente, y unos brazos fuertes se alzaron y cogieron a la Hija Venerable por la cintura para depositarla en tierra.

—¡Sal de en medio! —gruñó el guerrero del desierto al tigre—. Deja que la coloque allí.

Lagan se dejó caer pesadamente del lomo del caballo y dio una palmada al animal en la grupa para que se alejara. Entre ambos, Jeril y el enano hicieron ascender a Crysanía por una ladera empinada, guiándola lo mejor que pudieron por entre matorrales y árboles. Las ramas golpearon el rostro de la mujer, y le arañaron y desgarraron las ropas. La falda se rasgó; el repulgo se enganchó, y las raíces parecieron alzarse del suelo con la sola intención de hacerla tropezar.

A sus espaldas, Crysanía oyó la resollante respiración del tigre mientras llegaban

a terreno llano.

—¡Aquí! —chilló Jeril desde lo alto de la colina—. ¡Kela, sube a terreno elevado!

Crysanía avanzó. El guerrero del desierto le hizo dar la vuelta y la empujó de espaldas, violentamente, contra algo duro y de bordes afilados y desiguales.

—¿Dónde estamos? —inquirió ella, medio asfixiada por el polvo y sin aliento—  
¿Cuántos son?

—Veinte o más —rezongó Jeril—. Todos a caballo. Todos con espadas. No he visto ballestas.

Le dio la espalda para empezar a chillar instrucciones, y la sacerdotisa consiguió seguir en cierta medida lo que sucedía a su alrededor. El guerrero colocó a los otros dos, Kela a su derecha y Lagan a su izquierda, luego él se apostó entre ambos, en el extremo de la elevación.

—No permitáis que os separen. No dejéis que se coloquen entre nosotros. —  
Luego, con repentina sorpresa añadió—: ¿Qué diablos es eso?

—Reliquias de un campo de batalla, creo que lo llamarías tú. —La carcajada del enano resonó, incongruente y por completo reconfortante.

—¿Se permite a los clérigos...? —resopló Jeril.

Unas voces, ásperas y desagradables, gritaron desde abajo, y unos cuerpos pesados se abrieron paso por entre los matorrales y árboles.

La sensación de calma había desaparecido, pues el temor la atenazaba con sus frías manos huesudas. Su dios estaba lejos, distante de nuevo.

—Pero me escucharéis —dijo, en una voz tan baja que sólo el tigre la oyó—.  
Cerca o lejos, sé que lo haréis. Paladine, protegednos.

Los otros se dispusieron en un círculo amplio a su alrededor; y ella, con voz lo bastante fuerte para que todos pudieran oírla, tan nítida y fría como un arroyo de montaña, advirtió:

—*Tandar* me protegerá. No os preocupéis por mí.

Jeril no dijo nada. Lagan farfulló algo en la lengua de los Enanos de las Colinas. La sacerdotisa no conocía demasiado bien aquel idioma, pero imaginó que querría decir algo parecido a: «Eso ni pensarlo, amiga mía».

Roncas voces gritaron palabras en una lengua grosera.

Por debajo de todo ello, Crysanía escuchó cómo Kela murmuraba para sí, con la voz muy queda mientras buscaba los conjuros que había memorizado.

Los cafres ya se encontraban cerca, su pesada respiración era audible y en el aire se apreciaba el olor de sus cuerpos pintados, fétido y acre. Un escalofrío la recorrió. Aquél era un olor desconocido, que nada tenía que ver con el de humanos, enanos o elfos.

Crysanía percibió en el aire la vibración de los gritos mientras ascendían por la ladera, corriendo.

—Manteneos en vuestros puestos —ordenó Jeril— No dejéis que nos separen.

El primer atacante fue al encuentro del guerrero, aullando, sediento de pelea. Las espadas entrechocaron con un terrible ruido de batalla, y Kela pronunció con calma las palabras de un conjuro. Junto a la sacerdotisa pasó una vaharada de calor que olía a azufre y al tufo que sigue a una tormenta.

—Qué Paladine nos ayude —musitó cuando los alaridos de dolor y rabia resonaron por entre el rugido de la bola de fuego.

Lagan respondió a los gritos de batalla con uno propio, un bramido gutural tan feroz que Crysania apenas podía creer que procediera de su tranquilo y docto clérigo. Todos los sonidos se convirtieron en uno solo, el odioso aullido de la guerra. El acero tintineaba sobre el acero; las espadas entonaban su sangrienta canción. Lagan bramaba con furia guerrera y triunfal, y aquella voz le resultaba tan desconocida a Crysania como la de los cafres. La voz de Kela se unió a la del enano, más fuerte entonces, con toda su potencia, llena de seguridad, mientras iniciaba otro conjuro.

—¡Vamos! —Jeril lanzó una risotada que helaba la sangre—. ¡Volved a intentarlo si queréis!

Una segunda oleada de enemigos se lanzó contra ellos.

—¡Lagan, mantente firme! —chilló el guerrero del desierto y, a continuación, desapareció del lado de Crysania. Al cabo de un instante, también lo hizo Lagan, arrastrado por una marea de adversarios. No había nadie a su lado ahora excepto el tigre, que rugía a todos los que se acercaban.

La sacerdotisa escuchó el crujido de huesos y un agudo y potente alarido de dolor a menos de un metro de distancia.

Se recostó contra la pared del acantilado, cuyos afilados bordes se clavaron en sus hombros, y *Tandar* se apretó contra ella, colocando su cuerpo entre el suyo y el combate. La mujer cerró con fuerza los dedos sobre el medallón e intentó concentrarse; pero los sonidos de muerte y agonía le llegaban cada vez con mayor claridad. Los cuerpos chocaban entre sí, y contra el suelo.

La voz de Kela aumentó de volumen y se tornó más desesperada. El eléctrico chisporroteo de las centelleantes espadas flotaba en el aire, mezclándose con el olor de los encantamientos y el fuerte hedor de la sangre. Alaridos y gritos de combate, voces desconocidas y voces familiares, se entremezclaban unas con otras.

Crysania apretó el colgante con manos temblorosas, aferrándose a las frases de la oración como si se aferrara a una cuerda de salvamento.

Un profundo grito masculino hendió el aire, y el olor a sangre la envolvió. ¿Jeril? No podía haber sido Jeril; no era su voz. Se abalanzó al frente y *Tandar* la empujó hacia atrás.

Un cuerpo se estrelló contra el suelo, muy cerca, dando un traspié, y la hoja de una espada repiqueteó sobre la piedra, cerca de su hombro.

El tigre rugió, un sonido potente y terrible, como un terremoto, que provocó una explosión en la mente de la mujer y le crispó los nervios. El animal se abalanzó, con las enormes zarpas curvadas, los colmillos al descubierto, y una roja neblina de cólera que nublaba su mente y también la mente de la mujer. La necesidad de proteger a Crysania era lo que lo guiaba, y ella se dio cuenta. El cuerpo del animal saltó por los aires, impulsado por una musculatura poderosa, elegante e invencible.

El enorme humano situado ante la sacerdotisa lanzó un grito al ser golpeado por el tigre, y cayó de espaldas, rodando, mientras los colmillos del animal se le cerraban sobre la garganta y las zarpas le desgarraban el vientre.

Crysania se echó hacia atrás, su cabeza golpeó contra la pared rocosa, y su mente encontró las palabras: «¡Paladine, protegednos!».

Apretó con fuerza el puño alrededor del medallón y sujetó las piedras guardadas en las profundidades de su bolsillo con la otra mano. Un cálida luz, pálida en comparación con lo que debería haber sido, llenó su espíritu y aisló su mente del terror.

Y le proporcionó visión.

«No, debo de estar loca. ¡Debo de estar herida y haber perdido el juicio!».

Y sin embargo veía. Era una extraña clase de visión, nebulosa, vacilante, como si mirara a través del agua, y comprendió de inmediato que no era su propia visión que le había sido devuelta. Veía por los ojos de otro, y mediante esos ojos el mundo carecía de colores y de bordes nítidos.

¡*Tandar!*

El animal no respondió, pero la perspectiva varió, como si los ojos, la cabeza o lo que fuera que proporcionara esa imagen girara para examinar el terreno. Y, de ese modo, Crysania descubrió que se encontraba en una elevación, apoyada contra una roca, y que, más allá, estaban el desierto y las planicies y el cielo, todo gris y marrón. Y que cerca, demasiado cerca, rugía la batalla.

Jeril, alto y fornido, empuñaba su espada con la energía de dos hombres. Kela, menuda como una jovencita y con aspecto frágil, permanecía con las manos alzadas hacia el cielo, salmodiando conjuros y palabras mágicas. Lagan Innis combatía de espaldas a Jeril, con una antorcha en una mano y un hacha de guerra en la otra.

No, comprendió. No era un antorcha... se trataba de un hechizo clerical de luz.

Con la boca seca, Crysania cerró los párpados, y las imágenes permanecieron con ella. Imágenes extrañas y anárquicas.

—Por favor —musitó—. Paladine, amparadnos. —Y, en su mente, *Tandar* rugió con un cólera muda y feroz.

Abrió los ojos de golpe al escuchar que Jeril gritaba una advertencia.

Dos hombretones de piel azul cayeron sobre Lagan, sin hacer caso de la luz que el dios le había concedido, cubriéndose los ojos al tiempo que atacaban. La luz del

enano cayó, y el clérigo aferró con decisión el mango del hacha de guerra, plantando los pies con fuerza sobre el suelo, en tanto que su rostro aparecía blanco como la nieve por encima de la oscura barba.

—¡Tandar! ¡Ayúdalo! —Crysanía clavó los dedos en el lomo del tigre y lo empujó al frente.

El animal salió disparado en dirección al enano, con las hermosas listas grises de su inmenso cuerpo ondulando con el movimiento de los músculos ocultos bajo el blanco pelaje. Saltó en el último instante, y sus zarpas golpearon a uno de los atacantes en el pecho, derribándolo cuan largo era contra el suelo. Entre rugidos, giró para enfrentarse al otro adversario, pero Lagan se encontraba ya allí, empuñando el hacha. El enano invocó al dios para que le concediera luz de nuevo, y la luz apareció en su mano. Arrojó la llameante esfera contra el bárbaro, y cuando éste alzó el brazo para protegerse los ojos, le asestó un hachazo. Un chorro de sangre brotó de la herida abierta entre las costillas del bárbaro.

Crysanía cerró los ojos, mareada por la sangre y la furia, y la visión del rostro de Lagan, enloquecido por la cólera batalladora mientras se volvía hacia el siguiente adversario. Las manos del enano, que habían traducido amorosamente antiguas plegarias, estaban entonces teñidas de sangre. Y, sin embargo, con los ojos abiertos o cerrados la sacerdotisa seguía viendo, porque no eran sus ojos los que miraban.

El animal no respondió, y todo lo que ella percibió, fluyendo por la conexión mental establecida entre ambos, fue rabia y sed de sangre.

Los labios de la mujer se movieron en una oración silenciosa, no por ella sino por sus amigos. Sujetó con fuerza el medallón mientras oía cómo el enano despachaba a otro atacante, acompañado por un agudo y desgarrador alarido.

—Paladine, cuidado de ellos —jadeó— Bendecidlos. Bendecidlos a todos.

Ella era quien era, y por lo tanto oraba no sólo por su gente, que luchaba con tal ferocidad, sino también por los adversarios, aquellos que morían a su alrededor entre tan horribles gritos de rabia y odio.

—¡No, Lagan! —Oyó gritar la voz de Jeril por entre aquella tormenta de fuego—. No lo mates. Necesitamos información.

Fue como si aquella orden dada a voz en grito fuera también una orden para parar, pues el silencio pareció descender alrededor de Crysanía, para posarse sobre la colina como un sudario. Con la misma brusquedad con que se había iniciado, la batalla finalizó.

La Hija Venerable escuchó sollozos y comprendió que el llanto procedía de sí misma. Lloraba por la batalla que se acababa de librar, por los combates y la muerte que en aquellos instantes debían aullar alrededor de la Torre del Sumo Sacerdote.

¡Palanthas! ¿Estarían combatiendo allí?

Y toda esa lucha, toda esa rabia, ¿no sería acaso el eco de otra batalla mucho

mayor que tenía lugar en el reino de los dioses?

—¿Señora?

La voz de Lagan sonó por encima de ella, sacándola de su tristeza. El enano respiraba con dificultad y apestaba a sangre y sudor, mientras que Kela se encontraba a poca distancia, caída en el suelo, con los dientes castañeteando, temblando de agotamiento. Jeril, por su parte, ascendía por la colina, rezongando en un tono de voz tan ronco como el de *Tandar* mientras forcejeaba con el bárbaro que había impedido que Lagan matara.

Únicamente *Tandar* no profería el menor sonido. Estaba tumbado junto a ella, recostado contra su cuerpo, y apestando a sangre.

—¿Señora, estás herida? —inquirió el enano con suma delicadeza.

Crysanía soltó poco a poco el medallón, y dejó que sus plegarias se desvanecieran. Se puso en pie, despacio, secándose las lágrimas.

—Estoy bien —mintió. ¿Quién podía estar bien tras una batalla así, tras toda aquella matanza? Aspiró con fuerza, limpiando el cuerpo de miedo y tensión—. Estoy perfectamente. ¿Lo está todo el mundo...?

—Sí. Estamos aquí. —Lagan la tomó del brazo, y había sangre en los dedos del clérigo, cuya mano temblaba—. Pero te...tengo un pequeño corte.

Crysanía se soltó y le palpó el cuerpo, con cuidado, hasta encontrar la herida. Un corte, sí, pero no era pequeño; recorría todo el fuerte brazo del enano, y la sangre manaba en abundancia. Acompañándose de rezos y súplicas, la sacerdotisa cerró la mano sobre la herida al tiempo que invocaba el poder curativo que Paladine a menudo acostumbraba a concederle.

¿La oiría ahora? Distante y aturdido, ¿escucharía el dios su oración y le concedería aquella energía?

Aguardó, conteniendo la respiración, y su espera se vio recompensada. El calor del poder curativo, el gozo de poseerlo, la inundó. Una fuerza que provenía de ella y de fuera de ella circuló por sus venas y nervios y penetró en Lagan Innis: la herida se cerró y desapareció como si jamás hubiera existido.

El enano suspiró, y las lágrimas le corrieron sin pudor por las mejillas, aunque Crysanía comprendió que no lloraba de dolor o por su curación. Lloraba por la amiga que no había podido curar mediante aquella misma oración.

—¿Por qué sucede esto, señora? —preguntó el enano en voz baja y ronca— ¿Por qué el dios no nos hace caso a veces y en otras ocasiones sí nos escucha?

—No lo sé, Lagan. —Crysanía meneó la cabeza; luego introdujo la mano en el bolsillo para tocar las piedras dragontinas, pensando que tal vez podría preguntárselo directamente al dios dentro de poco.

En su mente, el tigre gruñó mientras iba a tumbarse junto a ella; y con un estremecimiento, la mujer recordó cómo había percibido la sed de sangre del animal;

la fría alegría depredadora de su salto en el aire, sabedor de que era más fuerte que su enemigo. Escuchó, como salido de sus recuerdos, el eufórico latido de su pulso cuando el aroma de la sangre enemiga inundaba sus hocicos.

*Crysanía...*

La criatura musitó su nombre como una plegaria, y ella se vio a sí misma en la mente del felino: inapreciable y merecedora de protección, incluso a cambio de su propia vida. Conmovida, con el corazón a punto de estallar, le colocó la mano sobre la cabeza para tranquilizarlo con mudas emanaciones de paz y serenidad.

—Señora —Jeril se agachó junto a ella—, debemos partir.

La mujer se irguió.

—El bárbaro que Lagan capturó...

La vacilación en su voz al decir aquella última palabra casi hizo sonreír a la sacerdotisa, al recordar el grito lanzado a su clérigo. ¿Capturado? Más bien alguien a quien se le había perdonado la vida.

—Dice que este grupo se encontraba en la retaguardia del ejército, y que se separaron. Para saquear, supongo —añadió con repugnancia—. Intentaban reunirse con el grueso de las fuerzas, que creían les llevaba varias horas de delantera. Debemos marchar ahora, mientras las llanuras siguen tranquilas.

Crysanía asintió, levantándose con ayuda del brazo con que rodeaba el cuello del tigre, aunque sabía que sin duda Jeril había extendido una mano para ayudarla. Iniciaron el descenso por la ladera, y Lagan se colocó a su lado. La mujer casi no quiso preguntar, porque no estaba segura de querer saberlo, pero tenía que hacerlo.

—No lo mataste, ¿verdad, Lagan? Al bárbaro.

—No, señora —respondió éste sombrío—. Pero tendrá tal dolor de cabeza cuando despierte que deseará que lo hubiera hecho.

El enano la ayudó a sentarse sobre un tronco y le limpió la sangre de los dedos con hojas secas; luego fue a ayudar al guerrero a reunir los caballos. *Tandar* también se alejó, sin resuello, en busca de agua. Kela se acercó y se sentó junto a la mujer, silenciosa y agotada.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Crysanía a la joven maga.

—Sí. —La delicada voz de la joven sonaba ronca y entrecortada. Carraspeó y volvió a intentarlo—. Sí. Sólo que resulta terriblemente agotador lanzar conjuros de ese modo. Necesito descansar.

—Le pediré a Jeril que demore la partida. —Crysanía alargó el brazo y posó una mano sobre el brazo de la chica: los músculos le temblaban y los huesos eran delicados como los de un ave.

—No. —Kela aspiró largamente, con fuerza—. Debemos seguir adelante mientras podemos. Me las arreglaré.

La sacerdotisa asintió, en muda aprobación, ante la decisión de la muchacha.

—Tal vez pueda curar tu cansancio —sugirió, y el brazo bajo sus dedos se estremeció.

—No, señora. Tú también debes conservar tus fuerzas.

—La hechicera se apartó con suavidad y fue a ayudar a los otros a localizar a los caballos.

El sol caía, implacable, martilleando calor. Crysania se echó la capucha sobre la cabeza para protegerse de él; pero, al cabo de un rato, el aire resultó tan abrasador en su boca y nariz que volvió a echarla atrás. Viajaban en silencio, cada uno a solas con sus propios pensamientos. Al cabo de un rato, como encontraba a faltar la descripción que le hacía Lagan del terreno a su alrededor, pero no queriendo molestarlo, se puso en contacto mentalmente con *Tandar*.

*Lo era. Sé que no te gustaba ver lo que te mostraba pero, señora, tenías que verlo. Por tu propia seguridad tenías que saberlo.*

*Estoy sinceramente agradecida por tu atención, aunque no por permitirme ver.*

Un murmullo de risa irónica se agitó en su mente.

*¿Puedes mostrarme las planicies?*

Sintió cómo el animal sometía su mente a la realización de la tarea, concentrándose, mientras escudriñaba el paisaje que tenían delante. El nebuloso panorama que la mujer vio en su cabeza no era lo que habría contemplado de haber podido ver. La posición era baja, y el campo de visión más amplio del que recordaba que habría sido capaz de abarcar con sus ojos. Todo era muy brillante, pero estaba desprovisto de color y centelleaba con cegadores detalles blancos dispuestos sobre un paisaje de un marrón monótono e inanimado.

*Así es como ve un tigre, señora.*

La tierra agonizaba. Las magníficas llanuras, en el pasado cubiertas de vegetación, llenas de flores y arroyos, y pobladas de aves, venados y liebres, estaban ahora muertas, apagadas y quemadas. La luminosidad, que se teñía de un rojo anormal en el norte, era el sol que caía a plomo sobre el terreno, casi abrasando la tierra mientras ella la contemplaba.

El tigre volvió a mirar en derredor, para proporcionarle una borrosa visión panorámica del territorio y del grupo. Kela se encontraba detrás, pálida y rubia, encorvada y agotada, pero en guardia, vigilando el terreno y a los jinetes que tenía delante al mismo tiempo. Jeril iba en cabeza, cabalgando bien erguido sobre los estribos, alerta a cualquier movimiento. Y Lagan Innis, cubierto con la sangre de sus enemigos, estaba sentado frente a ella, nervioso y precavido, moviendo los ojos a toda velocidad de un lado a otro. Todavía llevaba el arma que había encontrado, el hacha de guerra, atravesada sobre la cruz del caballo.

¡Cuán parecido era Jeril a su hermano! De cabellos castaños, piel oscura y hombros amplios, no eran tan iguales como para ser gemelos, pero nadie que los

viera podía dudar de su parentesco.

Como si percibiera sus pensamientos, el guerrero aminoró el paso y permitió que su montura se retrasara. Por un instante, su enorme corpachón hizo sombra a Crysania, y ésta suspiró con momentáneo alivio. El sol ya no se encontraba directamente encima, pero el calor seguía siendo implacable. Los pliegues de su túnica, que se movían al compás del lento andar del caballo, le quemaban la piel, e incluso los mechones de cabello le resultaban calientes bajo los dedos cuando se los apartaba de la frente. Notaba la piel seca y tirante, y sus labios estaban agrietados y sangraban.

Lagan rió en voz alta, arrancando a la sacerdotisa de sus pensamientos sobre el calor, y Jeril se inclinó junto a él y dijo algo al enano que volvió a arrancarle una carcajada.

—Podría ser —respondió Lagan al comentario que Crysania no había escuchado—. Podría ser que no sepas todo lo que hay que saber sobre clérigos.

—Sé que no van por ahí preparados para entrar en combate, Lagan Innis —gruñó el otro.

—No, no lo hacemos. Pero yo no fui siempre un clérigo. Mi padre me enseñó lo que sé, igual que hizo con mis hermanos. Puedo encender un enorme fuego de forja. El hacha... bueno, el hacha de guerra y yo fuimos buenos amigos en una ocasión, hace ya mucho tiempo.

Crysania dejó que su atención se desviara de aquella conversación entre dos nuevos amigos, y meditó sobre la batalla que acababan de ganar, y sobre las batallas venideras que tal vez no ganaran.

Cabalgaron en tranquilo silencio durante un rato y, al cabo de un tiempo que no pudo calcular, Jeril anunció:

—Señora, el día declina. Detengámonos aquí a pasar la noche. Todos estamos cansados, y aún debe faltar una hora o dos para que lleguemos al río.

A la sacerdotisa no le pareció que fuera tan tarde. Ladeó la cabeza hacia lo alto, y se dio cuenta de que el sol no se había puesto; el calor había disminuido ligeramente, pero todavía se percibía.

—Todavía podríamos seguir un poco más —protestó; pero los otros desmontaban ya.

Kela, en especial, se apresuró a saltar de su montura.

—Estamos todos agotados, señora. Los animales están cansados. —El guerrero se acercó a Crysania y le ofreció la mano para que desmontara—. No enciendas fuego —indicó a continuación a Kela— No podemos correr riesgos. Todo esto está demasiado seco. Y resultaría visible a kilómetros de distancia.

Mientras se alejaba de su caballo, las rodillas de Crysania amenazaron con doblarse, y la mujer se acomodó en el suelo junto a Kela, con los músculos doloridos

por el agotamiento. Olió al agua y el cuero cuando la joven le colocó en las manos un odre de agua que tenía un tacto caliente y áspero, pero cuyo contenido le supo dulce en los labios, como vino de primavera.

Jeril le trajo su alforja, la dejó caer a sus pies y la sacerdotisa empezó a revolver en su interior en busca de la comida que había empaquetado con tanto esmero. Cuando la encontró, tomó su parte y pasó el resto a Kela. Los otros se colocaron a poca distancia, con la hierba crujiendo los bajo los pies mientras extendían las mantas sobre el suelo. La Hija Venerable desenrolló también la suya y se tumbó a descansar.

—De acuerdo pues —indicó el enano— Podéis ir a dormir ahora, vosotros dos. Os lo habéis ganado.

El guerrero bostezó, como si la simple mención del sueño le hubiera provocado unas enormes ganas de dormir.

—Despiértanos cuando...

No dijo nada más, la frase quedó interrumpida cuando, de improviso, una enorme ventolera descendió del cielo. Una asfixiante tormenta de polvo y hierba seca se arremolinó en el aire y, desde varios metros más allá en la llanura, Kela lanzó una exclamación.

Antes de que Crysania pudiera moverse, *Tandar* se agazapó junto a ella, inclinándose para protegerla con su cuerpo. La mujer alzó el brazo para taparse el rostro cuando las partículas de polvo arrastradas por el vendaval la golpearon, clavándose en su piel.

Kela volvió a chillar. Crysania gateó y fue a chocar contra el tigre, al que apartó de su posición protectora sobre ella.

—¡Dragones! —exclamó en ese mismo instante Jeril.

El felino retrocedió. Se escuchó el siseo del acero sobre el cuero, y el guerrero del desierto envainó la espada, para a continuación ayudar a la sacerdotisa a ponerse en pie.

—¡Son dragones, señora! ¡El cielo está lleno de ellos!

La mujer los contempló, no con los ojos pero sí con la imaginación: alas batientes, cuellos reptilianos y escamas centelleantes. Los Dragones Plateados describieron círculos sobre ellos, zigzagueando mientras descendían.

—¿Cuántos son? —chilló Lagan.

—¡Diez! —contestó Kela— ¡No! ¡Veinte!

—Más —le respondió Jeril, sin aliento—. Todos Plateados. —Entonces se corrigió a sí mismo—. No, hay dos Dorados en el grupo.

—Un ala —indicó Lagan, el erudito, con voz tirante—. Un grupo de dragones recibe el nombre de ala.

—Cómo se diga —rió el guerrero—. ¡Son magníficos! Y uno está descendiendo. Uno Dorado, señora.

Y Crysania escuchó entonces la voz de una vieja amiga.

—¡Sí! ¡Señora, estoy aquí!

La sacerdotisa mantuvo el equilibrio apoyando una mano en el lomo de *Tandar*, y con la otra mano se sacudió la ropa y los cabellos. El viento provocado por las amplias y largas alas alborotó de nuevo los negros mechones.

—Hija Venerable. —La sonora voz del dragón vibró a través de sus mismos huesos y la hizo estremecer. La enorme hembra dorada inclinó la cabeza en una reverencia—. No estás a salvo aquí. El resto del ejército de Ariakan desciende por el río.

—Nos tropezamos con una banda de cafres ayer —indicó la sacerdotisa—. Uno de ellos dijo que eran la retaguardia y que habían quedado separados del grupo principal.

—No —gruñó Fuego Dorado en tono indignado y despectivo—. Hablaba sólo de su grupo. O mintió. Este ejército no es grande, pero empezó a moverse antes del amanecer y barrerán las llanuras como un incendio. Venimos de la Montaña del Dragón. Estos Dragones Plateados custodiaban la Tumba de Huma y se les ordenó que fueran a la Torre del Sumo Sacerdote. Nosotros viajamos con ellos, pues los caballeros nos necesitarán pronto. Pero antes os llevaremos a lugar seguro.

—¿Se les ordenó? ¿Quién osó ordenar a esta guardia de honor que abandonara la Tumba de Huma?

—Huma en persona lo hizo, señora.

El silencio cayó sobre el grupo, como si un fantasma acabara de pasar entre ellos.

—Fuego Dorado —dijo Crysania con voz tensa—. ¿Puedes decirme qué sucede?

—Ariakan ha tomado la torre —respondió la hembra de dragón—, pero no la conservará mucho tiempo. Tendrá que enfrentarse a un enemigo mucho más fuerte y maligno que cualquiera que pueda imaginar.

—No comprendo —la mujer apretó con fuerza su talismán—. ¿Qué está sucediendo? ¿Qué enemigo?

—¿La torre ha caído? —inquirió Lagan, colocándose junto a ella—. Palanthas será la siguiente. El templo.

El dragón habló con calma, con sencillez, respondiendo a Crysania:

—Los irdas han roto la Gema Gris. En su interior estaba cautivo Caos, de quién se dice que es el padre de todos los dioses, y que ahora anda suelto por el mundo.

¡Caos! A la sacerdotisa le dio un vuelco el corazón. Caos, el Padre de Todo y de Nada. Si era así, la batalla que esperaba a estos dragones haría que aquellas que habían tenido lugar en el pasado parecieran simples escaramuzas.

—¿Y Paladine? —murmuró, como si temiera escuchar la respuesta.

—Nuestro padre libra su propia batalla —repuso Fuego Dorado—. Al igual que hacen todos los dioses, contra Caos.

—No comprendo —intervino Jeril, y su voz sonó como la de alguien que pasara la mirada de una persona a otra, en busca de una respuesta—. ¿Qué es Caos?

—No sólo qué, joven muchacho —respondió el dragón—. Quién y qué y cuándo. Caos es el padre de los dioses, el que forjó los pilares del Bien, del Mal y de la Neutralidad sobre los que descansa nuestro universo. Los dioses surgieron de Caos y, si se sale con la suya, regresarán a él.

Crysanía permaneció inmóvil y silenciosa, su temor era tan fuerte que no pudo articular palabra. El calor del día no era nada comparado con el aire que intentaba introducir en sus pulmones ahora. Manoseó su medallón, oculto entre los pliegues de la túnica, y éste le concedió cierta serenidad, permitiéndole respirar de nuevo.

La noticia rebasaba todo aquello que había esperado oír, a pesar del mal presentimiento que había provocado su último contacto con Paladine. También era, paradójicamente, un alivio. Al menos entonces sabía todo lo que no había sabido durante estas últimas semanas; sabía por qué el dios se había mostrado tan distante y por qué ella había sentido que Paladine se encontraba en un grave peligro. Por el momento, la información aliviaba el dolor, la incertidumbre de las últimas semanas, pero en seguida el miedo ocupó su lugar, ardiente, poderoso y amargo.

Si los dioses realmente combatían entre sí, ¿qué sería del mundo, entonces?

Las piedras dragontinas eran el regalo, estaba segura.

¿Eran un regalo de poder o uno que la conduciría hasta la comprensión? Fuera cual fuese la verdad, Crysanía creía sinceramente que las dos dragonitas que había recibido de Dalamar eran un regalo de su dios. Y, así pues, también lo era esta misión de hallar las otras. ¿La había llamado? ¿Le había enviado estas dos piedras para que ella encontrara el resto y fuera hasta él?

No lo sabía, pero iría en busca de la respuesta.

—Fuego Dorado, las noticias que traes indican que yo formo parte de esta batalla de los dioses.

—Cómo tú digas, señora. ¿En qué modo puedo servirte?

—Te lo pido en el nombre del mismo Paladine: ¿Nos llevarás a mí y a mis compañeros a las montañas?

Con un prolongado y sonoro bramido, que sonó a toque de corneta, el dragón llamó a su guardia.

A su alrededor, el aire se llenó de un tronar de alas cuando el segundo Dragón Dorado y uno de los Plateados descendieron describiendo círculos desde las alturas.

*¡Señora, por favor, soy una criatura terrestre! ¡Señora!*

Fuego Dorado descendía en picado y se elevaba siguiendo las corrientes de aire, con las alas desplegadas para planear con energía. Detrás de Crysania, haciendo esfuerzos por mantener el equilibrio, temblando, *Tandar* cerró los ojos, y de ese modo oscureció la visión que había vuelto a prestar a la sacerdotisa.

*¿Podrías abrir los ojos?*

Así lo hizo el tigre, y Crysania volvió a contemplar cómo las Llanuras de Solamnia discurrían veloces bajo ellos. La escena estaba desprovista de color, pero aun y así la dejó sin aliento. ¡Hacía tanto tiempo! Había transcurrido tanto tiempo desde que había podido saberlo que se encontraba a su alrededor sin tener que palpar, paladear, escuchar u oler.

¡Oh, dioses! ¡Qué don!

Y aquel don desapareció, se desvaneció cuando *Tandar* cerró los ojos con fuerza de nuevo y gimió.

La gran hembra de dragón giró la cabeza para echar una ojeada a la mujer.

—Señora, no os dejaré caer ni a ti ni a tu amigo —tronó—. Di al tigre que no se sujete con tanta fuerza.

—Creo que hace todo lo posible por no hacerte daño —dijo la mujer, echándose los cabellos hacia atrás.

Fuego Dorado emitió un bufido para indicar que lo que sentía no era precisamente la indicación de que el animal hacía todo lo posible para no lastimarla, pero prefirió no insistir.

*Tandar muéstrame a nuestros amigos. ¿Quieres?*

El felino gruñó; luego suspiró al descubrir que era más fácil de lo que había imaginado. A través de sus ojos Crysania vio a sus compañeros. Lagan cabalgaba sobre un veloz Dragón Plateado, una joven hembra llamada Rastreadora, al que se agarraba con ojos desorbitados, al parecer tan ansioso por descender de aquella mareante altura como *Tandar*.

—¡Bien hecho, Lagan! —exclamó la mujer, gritándole para darle ánimos.

Tal vez la oyó, pero si lo hizo, no osó volver la cabeza para indicárselo. Su rostro estaba blanco como el mármol, rígido e inmóvil, y la sacerdotisa creyó ver sus labios moviéndose en constante plegaria.

Kela, que se había mostrado encantada con la idea de ir por el aire, cabalgaba con Jeril sobre un macho Dorado llamado Oro Batido que no tenía problemas para

mantenerse a la altura de Fuego Dorado. Formaban una bella estampa aquellos dos nativos del desierto, con las cabelleras ondeando al viento y los rostros ruborizados de placer. En una ocasión, Crysania vio que la hechicera echaba hacia atrás la cabeza en una carcajada, y pensó en las fabulosas historias que podrían contar a sus hijos.

En su mente, *Tandar* retumbó, en un sombrío e inarticulado sonido de infelicidad. No le gustaba aquella mujer, eso al menos quedaba claro.

*Una compañera, corrigió él. Mira señora, ¿no es el río eso de ahí abajo?*

Lo era. Aparecía como una raya marrón sobre el terreno, no más ancha que un dedo. A lo lejos, las montañas formaban una banda oscura entre el color pardusco del suelo y el azul del cielo. Al norte, una borrosa mancha gris captó la mirada del felino y, por lo tanto, también la de ella; una mancha en forma de pulgar se elevaba hacia las alturas.

—¿Qué es eso? —Señaló, pero Fuego Dorado no podía ver su brazo—. Al norte. Esa forma gris.

—Fuego —respondió el Dragón Dorado girando la cabeza en esa dirección.

—Debemos ir a echar un vistazo —indicó Crysania—. Hay un poblado en el recodo del río. Si están en peligro, debemos advertirlos. O ayudarlos.

—Cómo deseas, Hija Venerable.

Las enormes y correosas alas batieron con más fuerza, y el dragón se lanzó al frente, provocando que a la sacerdotisa le diera un vuelco el corazón. *Tandar* emitió un gemido lastimero, que transformó en un continuo gruñido. Fuego Dorado lanzó una sonora llamada a sus compañeros; luego se separó del ala, ladeándose con elegancia para girar en dirección a la humareda que se alzaba en el horizonte. Los otros siguieron, veloces, a su jefe.

El viento aullaba junto a ellos, alborotándoles el cabello y las ropas. Resultaba deliciosamente refrescante encontrarse a aquella altura.

Pero no lo era tanto allí abajo.

En el poblado situado a sus pies, una de las cabañas se encontraba en llamas, con el tejado de paja convertido en una hoguera que lanzaba chispas al aire. Un círculo de terreno despejado formaba una zona común, donde aldeanos y cafres de piel azul combatían. Incluso desde aquellas alturas, Crysania oyó el terrible sonido del entorchocar del acero, los alaridos de los moribundos y los gemidos de los heridos, pues escuchó todo aquello en su corazón.

¡*Tandar!* ¿Qué ves?, inquirió la sacerdotisa, inclinándose sobre el cuello del dragón.

Él se lo mostró, y la mujer sintió náuseas. Mezcladas con los atacantes de piel azulada había criaturas de pesadilla, seres horribles en parte humanos y en parte dragones.

—¡Draconianos! —exclamó Fuego Dorado con repugnancia.

¡Las criaturas de la Reina de la Oscuridad! Seres deformes, creados mediante magia diabólica y nacidos de los huevos robados a los dragones, que habían sido el terror desatado sobre el mundo durante la Guerra de la Lanza. Treinta años después, no eran el ejército que había sido, pero incluso un grupo de ellos podía arrasar un poblado o ciudad cogidos por sorpresa.

*Vienen de Neraka, señora. Tal como dijiste.*

A su izquierda, Oro Batido se inclinó profundamente y descendió en vuelo rasante sobre el combate. Aldeanos y atacantes huyeron por igual cuando el enorme ser se dejó caer velozmente desde las alturas. *Tandar* volvió a rugir; el grito guerrero de Jeril hendió el aire, y Rastreadora, con Lagan sujetándose con fuerza, siguió al Dorado, en tanto que el resto del grupo se dispersaba por los flancos. Únicamente Fuego Dorado se quedó retrasado.

—¡Bájame! —chilló Crysania—. ¡Bájame, Fuego Dorado!

El dragón obedeció, pero cuando lo juzgó oportuno, describiendo círculos sobre el poblado una y otra vez mientras los atacantes se desperdigaban. Eran un grupo numeroso, pero el modo en que se desbandaron, huyendo a las llanuras y abandonado a algunos de los suyos para que combatieran solos, hizo pensar a la sacerdotisa que carecían de jefe.

Fuego Dorado dio una segunda ronda de vueltas, luego aterrizó en el centro de la aldea junto a Oro Batido, que se posó sólo el tiempo suficiente para permitir que Kela descendiera al suelo; a continuación, se elevó por los aires de nuevo, reuniéndose con los otros. Crysania miró a lo alto a través de los ojos de *Tandar* y descubrió a Rastreadora, con Lagan todavía firmemente instalado en su asiento, y con los rayos del sol centelleando en el filo de su hacha de guerra.

Cualquier temor que hubiera sentido por encontrarse a lomos de un dragón se había consumido en el fuego de su cólera al mirar abajo y contemplar aquella devastación.

Juntos, Rastreadora y Oro Batido corrieron a unirse a los otros dragones en la persecución del enemigo por la planicie.

Ya en tierra, los ojos de Crysania se llenaron de lágrimas. A su alrededor se elevaban los gemidos de los heridos, los sollozos de los aterrados y, también, el silencio de los muertos. *Tandar* se apretó contra ella, caliente y pesado contra sus piernas, colocando la cabeza bajo la mano de la sacerdotisa; pero ella apenas si percibió su presencia.

Rezó. Las palabras acudieron a ella al instante, e, incluso mientras lo hacía, se preguntó si el dios la escucharía en esta ocasión, o si se encontraría demasiado lejos, demasiado ocupado en sus propias batallas.

Una mujer yacía muerta en el suelo, cerca de una cabaña quemada, con una criatura lloriqueante en los brazos. Un muchacho ya mayor, bañado en sangre, avanzaba

tambaleante por entre las ruinas de su hogar, temblando, con los ojos desorbitados. De detrás del pozo del terreno comunal, surgió un alarido que se extinguió de repente cuando uno de los cafres pintarrajeados expiró a causa de sus heridas.

El tigre se apartó del lado de su señora y efectuó una ronda en estrecho círculo a su alrededor, con la cola en movimiento y las orejas echadas hacia atrás, sin dejar de gruñir. Los gritos y el hedor a sangre y humo excitaban sus sentidos, tirando de él en una y otra dirección.

¡Ve y lucha! ¡Quédate y protege!

Los aldeanos se esforzaban desesperadamente por derribar las cabañas incendiadas antes de que el fuego pasara a las otras, a las llanuras y a toda la maleza reseca como yesca que se ondulaba al compás de los ardientes vientos. Un anciano yacía sin vida en el polvo, y su sangre empapaba el sediento terreno; una mujer luchaba contra un draconiano de afilados dientes y cuerpo escamoso, oponiendo una horca a la espada de su adversario. La desdichada acabó por sucumbir bajo el hacha de un bárbaro, que la atacó por la espalda.

Crysanía alargó una mano para posársela en el lomo. La conexión entre ambos, aquel profundo vínculo mental, parpadeó y se esfumó. Demasiadas cosas ocupaban los sentidos del animal entonces.

—Está bien —dijo ella, acariciando su cabeza—. Llévame hasta los heridos.

Su voz y la fría decisión de sus pensamientos lo tranquilizaron. Vaciló. Casi todos estaban heridos. El hombre caído a pocos metros de distancia sin duda estaba ya muerto, y otro estaba tumbado justo al lado del primero. Más allá había una mujer, con una herida de espada en el vientre de donde manaban chorros de sangre roja y espesa.

*Tandar condúceme para que pueda ayudarlos.*

El pensamiento lo acarició como un toque de paz, lleno de dulce comprensión. Se puso en movimiento y la guió a través del sendero hasta la mujer que se desangraba. El hombre caído junto a ella se movía con vida suficiente aún para gemir, pero la mujer estaba demasiado quieta. Musitando oraciones, con la voz débil y temblorosa, Crysanía se arrodilló junto a la herida y extendió las manos, palpando a ciegas por el cuerpo inmóvil hasta encontrar el profundo corte, el lugar del que brotaba la sangre. Posó una mano sobre la herida y sujetó con fuerza el medallón con la otra.

Una luz purísima la envolvió, la luz de la esperanza, la luz de la plegaria.

—Paladine, conceded a esta mujer vuestra energía curativa...

Un rugido rabioso ahogó su plegaria, y un draconiano se abalanzó entre un torrente de maldiciones. Provista de alas, la criatura saltó y voló por el humeante aire y, entre carcajadas y obscenidades proferidas a gritos, pasó, aullando:

—¡Esta es mía!

Con la misma ala que había utilizado para interrumpir el vuelo de la criatura,

Fuego Dorado contuvo al humano sin demasiados miramientos y, con un deje de repugnancia en la voz, advirtió:

—No te acerques. Los draconianos son traicioneros, incluso muertos.

El tigre gruñó, mientras contemplaba cómo el cadáver se disolvía en medio de una humareda, rezumando un líquido pernicioso que quemó la hierba con un siseo y un hedor acre.

Crysanía tosió, víctima de un terrible ardor en la garganta. La luz de la oración que la envolvía se oscureció, pero ella mantuvo la concentración, sin dejar de tocar el costado sangrante de la mujer. La herida se agitó, y el flujo de sangre perdió intensidad, hasta que por fin se detuvo.

Crysanía rozó la frente de la mujer; luego se incorporó, alargando la mano hacia *Tandar* para que la guiara hasta la siguiente persona.

*Kela está cerca.*

La sacerdotisa se detuvo y giró en dirección al lugar en el que sonaban las pisadas de la joven.

—Kela, localiza a los heridos más graves. Haz que los traigan hasta mí si se los puede mover, o indícame dónde están si no es así.

Sin una vacilación, la hechicera corrió a obedecer.

El fuego chisporroteo, rugió, y el humo se elevó furioso hacia el cielo cuando unos aldeanos situados a poca distancia derribaron la techumbre en llamas de una cabaña. Las paredes se desplomaron hacia dentro, al tiempo que lanzaban al aire un surtidor de chispas que volaron, ávidas, hacia el siguiente techo de paja. Viento procedente de las planicies avivó el fuego, y las llamas prendieron al momento.

Medio asfixiada por el humo, Crysanía se inclinó para posar las manos sobre otro hombre. Este gimió mientras ella rezaba, y alzó el brazo en un intento de tocar la suave luz que la envolvía, la dulce luz de la plegaria. El herido intentó unir su voz ronca y desgarrada a la de la Hija Venerable en una súplica al dios por su vida.

El olor del fuego le alteraba los nervios. Chispas, parecidas a diminutos demonios centelleantes, saltaban de la cabaña en llamas para alejarse arrastradas por el viento.

*¡Señora, vienen más heridos!*

Intentó prestarle su visión, pero carecía de fuerzas suficientes.

—Los oigo —respondió ella en voz alta.

Se acercaban, tambaleantes; algunos se aferraban a las manos de Kela, el resto se apoyaban unos en otros, en bastones, en azadas y en herramientas. Las madres transportaban a sus niños de pecho, y los sollozos fueron creciendo hasta resultar insoportables. Se dirigían hacia la luz. Avanzaban hacia la Hija Venerable como si se los hubiera llamado.

¿Cómo no? La luz de la plegaria la rodeaba, como una señal de pureza y esperanza en aquel terrible lugar de dolor. Iban hacia ella, hambrientos de su ayuda,

de la energía que, sin duda, percibían que emanaba de la sacerdotisa y de la luz.

Un lado de la choza incendiada se desplomó hacia el exterior, y los aldeanos corrieron hacia allí, pateando las llamas y golpeando la maleza encendida.

El animal miró a lo alto, incapaz de compartir su visión con ella, pero no podía ver a gran distancia en el cielo.

*Estarán bien, señora. Los dragones no permitirán que les suceda nada malo.*

Crysanía añadió los nombres de sus amigos a la letanía de sus oraciones. En el otro extremo, cayó el tejado de otra casa, y el hombre de su interior desapareció entre alaridos. Polvo y chispas salieron disparados hacia el cielo.

Kela, que llevaba un niño sollozante de la mano y sostenía a una criatura de pecho con el otro brazo, miró hacia allí, impotente y horrorizada. *Tandar* giró en redondo, frenético, en busca de ayuda, de alguien que fuera al rescate del hombre. En su mente, la voz de la sacerdotisa dijo:

El tigre salió disparado. El humo resultaba peor cerca de la choza, espeso y gris, y le inundaba los pulmones, y le nublabla la vista. El animal saltó por un agujero abierto en la pared en llamas, y el humo lo cegó al tiempo que el fuego chamuscaba su pelaje. Rugió, enfurecido, atemorizado. En el exterior, alguien lloraba, y un niño gritó:

—¡Papá! ¡Salvad a nuestro papá!

¡Fuego!

Rugió, presa de un dolor insoportable; pero no dejó de sujetar al hombre, y siguió retrocediendo, hacia donde el humo era menos espeso. Con la esperanza de localizar la abertura en el muro, tiró del cuerpo; lo arrastró, sin dejar de gruñir ni un momento, con el pedazo de túnica bien sujeto entre los dientes. Los músculos de sus hombros y patas protestaron pidiendo oxígeno y no lo obtuvieron. Entonces, una luz brillante le dio en los ojos, al tiempo que el aire inundaba sus pulmones; se desplomó, tosiendo medio asfixiado.

Alguien le arrebató la carga de debajo del hocico, y otra persona lo empujó algo más allá, lejos de la cabaña. El aire limpio le permitió oler su propia carne quemada, el hedor del pelaje chamuscado.

Luego olió a Crysanía, cubierta de polvo, sudor y de la sangre de los demás; pero, a la vez, y de modo inexplicable, reteniendo un leve aroma al templo: incienso, flores, hierbas, el fresco y vivificante aroma a ropa de hilo.

El animal se desasíó de las manos que intentaban ayudarlo y, entre gruñidos de dolor, se arrastró hasta su señora. Su respiración salía entrecortada, sin resuello. Crysanía lo tocó, y el tigre lanzó un gemido.

Algo se filtró a su interior, penetró en su corazón, en sus huesos, en su alma misma. Alma de tigre, alma de humano. No era realmente calor; era un hormigueo, una frialdad que cicatrizaba las heridas, una energía que fluía hacia su interior, para

florecer en forma de salud.

El dolor que atenazaba sus pulmones se mitigó. Sus ojos se aclararon.

El hombre que había arrastrado fuera de las llamas yacía aún a su lado, y *Tandar* se apartó de la mano de Crysania.

Crysania cerró con más fuerza la mano que sujetaba al animal, y lo retuvo unos instantes con la cabeza apoyada contra su lomo. Percibía su agotamiento, su pena. Y él notó las lágrimas de su señora sobre su cuerpo, húmedas y cálidas.

—No pude —respondió ella con suavidad— Lo siento. Está muerto.

La sacerdotisa se dio la vuelta, alargando la mano hacia el siguiente herido, y el tigre avanzó despacio hasta colocarse a su lado. Ya no podía oír sus pensamientos, porque estaba demasiado cansado para ello. A su alrededor el poblado siguió ardiendo.

En el cielo, toda la guardia de dragones describió un círculo sobre sus cabezas, un Dorado y una falange de Plateados.

Fuego Dorado barritó; el grupo le devolvió el grito.

¡Victoria!

Y una criatura murió, asfixiada, mientras su madre lloraba de dolor.

Los aldeanos, en agradecimiento, les dieron comida y agua. También les proporcionaron un lugar donde dormir en aquellas cabañas que permanecían intactas. En una pequeña choza situada cerca del centro del pueblo, junto al pozo de piedra de cuyas profundidades borboteaba agua, durmió Crysania. Lagan lo hizo fuera, con la espalda apoyada contra la cabaña, vigilando, en tanto que Kela y Jeril disfrutaban de una casa para ellos solos. La sacerdotisa había insistido en ello, diciendo que podrían muy bien desear las comodidades de un matrimonio, aunque nadie imaginaba que fueran a hacer otra cosa que yacer, exhaustos, el uno en brazos del otro.

El tigre gruñó. Algo ardía, algo grande, algo muy amplio. Todos lo habían visto.

Bajo sus pies, el suelo parecía retumbar; no como si se tratara de un terremoto, no como una tormenta. Retumbaba, imaginó, bajo el sonido de un millar de máquinas de guerra sobre las calzadas, de caballos, de las hordas de la Reina de la Oscuridad marchando a la batalla.

La luna roja salió; la plateada no era más que una fina mondadura en el firmamento. En la mente de *Tandar* sonó una llamada, suave, peligrosa, insistente. Era la llamada de la magia, la voz del hechizo puesto sobre su persona hacía tantos largos días; realizó otra vuelta más por el poblado. Lagan Innis estaba sentado, despierto, en el exterior de la cabaña de Crysania, con el hacha de guerra cruzada sobre las rodillas; la afilaba, rítmicamente, con una piedra de amolar que Jeril le había prestado.

El felino se alejó con sordas pisadas, y se interno en la alta maleza que crecía más allá de la aldea. Entre gemidos de agotamiento, se tumbó en el suelo, ocultándose. No muy lejos se escuchaba el fluir del agua; un arroyo muy pobre, a juzgar por el sonido. Cerró los ojos y se concentró interiormente, dejando que el estado de trance se apoderara de él. Cuando todos los sonidos nocturnos hubieron desaparecido de sus sentidos, cuando incluso dejó de notar el susurro de la hierba contra su pelaje, se encontró de nuevo en el plano mágico crepuscular.

*¡Dalamar!*

Recibió silencio por respuesta. El cielo tenía un fulgor púrpura, y allí las estrellas parecían más brillantes, más nítidas. No se movía nada sobre la gris y llana planicie, ni siquiera la luz procedente del cielo.

*¡Dalamar!*

Pequeña, delgada, una figura surgió del suelo, surgió del mismo firmamento.

Iba encapuchado, vestido de negro, con el rostro apenas visible. Los ojos eran

unos destellos diminutos, y parecía poseer menos sustancia que la última vez que *Tandar* lo había llamado.

*Milord, he venido tal como deseas.*

*Apesta a sangre. Te empieza a gustar esa forma que tienes ahora ¿verdad? El poder, la velocidad, el deseo de matar.*

Así era, y el animal no lo negó. En ocasiones olvidaba pensar en sí mismo como Valin, y en una ocasión, en sueños, se había visto no como hombre sino como un tigre blanco. Alzó la cabeza, olfateando aquel extraño lugar como lo haría en el mundo real.

Humo. Terror. Fuego. Sangre. Sudor.

La imagen del elfo oscuro se estremeció. Tal vez debido a la risa.

*No te preocupes por mí. Cuéntame qué ha sucedido para que huelas de esta forma.*

*Y hay algo más, algo en el cielo. El horizonte tiene un aspecto extraño, por el norte.*

El elfo oscuro se acercó más, avanzando por la crepuscular llanura, y su figura se fue tomando más sólida, más intensa en cierto modo, más fuerte. Luego pareció que se desvanecía, como una vela agitada por el viento, inclinándose un poco a un lado y a otro.

*¡Dalamar!*

*Estoy aquí. ¿Lo percibes señor mago? Lo percibes...*

Su voz se apagó, la figura encogió como si —¡algo inconcebible!— como si Dalamar el Oscuro, el Señor de la Torre de la Alta Hechicería, no pudiera mantener el sencillo conjuro de contacto mental.

Y a continuación desapareció, dejando vacía la lóbrega llanura.

*¡Dalamar!*

No le respondió más que el viento que soplaba en las planicies, el susurro de la hierba y un cuervo que reía en las alturas y muy lejos de allí.

Crysanía despertó con los primeros y grises albos del día, sintiéndose como si no hubiera dormido en absoluto. Tanteó en busca de *Tandar*, pero no lo encontró, de modo que intentó recordar si lo había sentido a su lado durante la noche, si había percibido la pesadez de su cuerpo junto al suyo, el sonido de su respiración animal. Descubrió que no había sido así.

*¿Has hablado con Dalamar?*

*Sí, pero no mucho tiempo esta vez. Su magia no funciona mucho mejor que la de los demás.*

*Eso no me reconforta en absoluto,* asintió ella con gesto cansino.

El viento cambió, llevando con él, de repente, el aroma de la carne asada. El estómago de la Hija Venerable se contrajo, hambriento, y la mujer se puso en pie,

palpando el camino con la mano sobre la pared. Tenía la piel pegajosa por el sudor y la suciedad; las ropas le apestaban a sangre y humo. Suspiró, ansiando sentir el frío contacto de la ropa de hilo deslizándose por su piel, y el chapoteo del agua de su palangana.

*¿Y el cielo?*

*Arde.*

En el exterior, oyó a Lagan y a Jeril que hablaban en voz baja y pausada. El siseo de la piedra de amolar había cesado hacía rato; pero, no obstante, a Crysania le parecía que seguía oyéndola chirriar en su cabeza. Alargó el brazo hacia su alforja y, tras buscar su peine en el interior, empezó a desenredar la larga melena lo mejor que pudo, con los dedos y las púas del bruñido peine de madera. Hecho esto, sujetó los cabellos con un pasador y se sacudió la túnica. ¿Quién la reconocería entonces? ¿Cuál de los ciudadanos de Palanthas, acostumbrados a ver a la Hija Venerable con sus ropajes impecablemente cepillados, con los cabellos bien peinados, las manos inmóviles, blancas y tranquilas podría identificarla?

Se pasó el pulgar por las uñas rotas de la mano izquierda.

«Sin duda —se dijo—, realmente necesito también un buen restregón detrás de las orejas».

Se escucharon unas blandas pisadas ante la puerta, y el perfume de un mago penetró en su cabaña: pétalos de rosa, especies y aceites secretos.

—Buenos días, Kela.

—Señora, he venido a ver si necesitas algo.

—Lo necesito todo —Crysania consiguió lanzar una lúgubre carcajada—, pero me las arreglaré con lo que tengo. ¿Hay agua?

—Hay agua, y los aldeanos han encontrado algo de comida en la llanura. —La joven tomó la mano de la sacerdotisa y la colocó en el pliegue del brazo—. Están asando una gacela. Ven a comer.

Guiada por Kela, cruzó la puerta. Lagan estaba de pie a poca distancia y la saludó en voz baja.

—¿Dormiste bien, señora?

El viento susurraba entre la hierba y descendía del cielo entre gemidos. A poca distancia un niño sollozaba, y una madre murmuraba palabras de consuelo que no consolaban.

—Yo tampoco —respondió el enano, ante el silencio de Crysania.

Kela se apartó para dejar que los dos clérigos conversaran en privado.

—No se parece a nada de lo que jamás había imaginado, señora, esta cosa de la guerra —manifestó Lagan al cabo de un rato—. Sabes... —Se detuvo, luego se obligó a seguir—. He realizado muchas traducciones en mi vida. Oraciones, y antes de eso, antes de entrar en el templo, algunas de las mejores poesías de guerra que se

pueden encontrar. Los cantos de los solámnicos, los himnos a la gloria, sus desgarradores canciones dedicadas a los héroes. He traducido las crónicas de los minotauros, incluso un fragmento de uno de los antiguos textos de Istar que hablan de sus cruentas guerras y sus aplastantes triunfos...

—Y nada de ello se parece a esto, ¿verdad, Lagan?

—No —respondió, como alguien que acaba de descubrir la diferencia entre la realidad y los sueños de los héroes—. No, nada en ellos se parece a esto. ¡Ah!, señora, pero estoy a tu lado en cada paso de este viaje. Ya lo sabes.

—Claro que lo sé —repuso ella con suavidad—. Y piensas que nadie desea volver a casa y abandonar esta misión tanto cómo tú.

El enano profirió un ruidito de aquiescencia.

—Lagan, amigo mío —siguió ella con un suspiro—. Creo que te equivocas con respecto a eso. Otra persona desea regresar a casa al menos tanto como tú.

El sabroso aroma de la carne asándose flotó entre ambos. La grasa chisporroteó, siseando hasta llamear, mientras la gente conversaba en voz baja y cansina.

—¿Quién lo desea más que yo? —inquirió el clérigo.

—Yo, amigo mío. Ahora... —le puso la mano sobre el hombro, pidiéndole que actuara de guía—... vayamos a comer. Tal vez nos sintamos mejor con los estómagos llenos.

La comida estaba caliente y apetitosa; el agua, procedente del profundo pozo, fresca. Encontraron un lugar en sombras bajo las techumbres de paja, y se dijeron que no habían probado mejor comida desde que abandonaron Palanthas.

—Ven, señora —indicó Jeril—. Fuego Dorado te espera en la llanura.

Crysanía aceptó la mano y permitió que la condujera hasta el dragón, con *Tandar* andando detrás, y Lagan, no tan ansioso, siguiéndolos a cierta distancia.

—Señora —anunció el Dragón Dorado con voz atronadora—. He venido a decirte que nosotros los dragones debemos partir de aquí ahora, y a toda prisa.

—Pero yo pensaba que habíais venido a llevarnos a las montañas. —A Crysanía se le cayó el alma a los pies.

—No podemos hacerlo, Hija Venerable.

Se hizo el silencio a su alrededor, y la mujer apenas escuchó la respiración de los suyos y el siseo del viento.

—Perdóname, señora. Ya no queda tiempo. Debemos ir en ayuda de los caballeros de la torre. Las fuerzas de Caos no tardarán en atacar allí. Y, algunos de los tuyos lo habrán visto, el océano Turbulento está en llamas.

Crysanía alzó violentamente la cabeza para mirar al norte con sus ojos ciegos.

Fuego Dorado elevó las alas, desperezándose con suavidad, y el polvo se arremolinó a su alrededor.

—Acabamos de averiguarlo. El fuego brota de una enorme sima en el océano, de

la que surgen criaturas horribles nacidas de Caos. Dragones de Fuego y criaturas espectrales, creadas todas ellas a partir de las llamas y la magia. Demonios guerreros y también criaturas vivas. —La hembra de dragón sacudió la cabeza y el sonido recordó un trueno—. Mientras hablo, las fuerzas de Caos cabalgan para asaltar la Torre del Sumo Sacerdote. En estos momentos ya luchan contra los enanos de Thorbardin. Dalamar y otros de miembros del Cónclave van hacia allí para decidir si existe algún modo de combatir a esos seres.

—Y vosotros —dijo ella—, vosotros debéis ir a luchar contra estas mismas criaturas en la Torre del Sumo Sacerdote.

—Sí, señora, así es.

«Y —pensó la sacerdotisa—, si no nos hubiéramos detenido aquí, estaríamos ya muy lejos, en las montañas...».

Cerró los dedos alrededor del medallón de Paladine, el dragón forjado en platino. «Este tendrá que ser el único dragón del que dispongamos —se dijo—, pero será suficiente».

Incluso mientras lo pensaba, un estremecimiento de duda la recorrió como una oleada. No había soñado con el dios desde hacía varias noches, y en aquel instante le llegaba esa noticia sobre Caos. Todo ello razón más que suficiente para seguir adelante. Y de prisa.

—Es un viaje peligroso, Fuego Dorado. Rezo para que las bendiciones de Paladine os acompañen.

—Gracias, mi señora —la mujer notó el movimiento de aire que indicaba que el dragón había inclinado la cabeza—. En el camino hasta aquí, vimos a vuestros caballos. No están muy lejos. Envía a los tuyos en su busca y podréis seguir viajando como antes.

Junto a ella, Jeril murmuró algo a Lagan, que emitió un sonido de asentimiento.

—Nosotros iremos —anunció el guerrero—, y los traeremos de vuelta enseguida.

—Qué Paladine te acompañe, Hija Venerable —dijo el dragón.

—Igual que te acompañará a ti, Fuego Dorado.

El reptil retrocedió un poco antes de emprender el vuelo hacia el cielo. Polvo y maleza les azotaron los rostros cuando el resto de los dragones siguieron a su jefe.

Crysanía permaneció inmóvil y en silencio durante un buen rato, mientras el viento soplaba con fuerza a su alrededor. *Tandar* se mantuvo cerca, y también Kela, pero a la Hija Venerable le pareció que nunca había estado tan sola.

La llanura olía a crepúsculo, al final del día y a la llegada de la noche, cuando Lagan y Jeril regresaron con los caballos. La mañana vería el retorno de su viaje, su marcha hacia las montañas y la fortaleza de la Reina de la Oscuridad. Los compañeros se fueron a dormir en silencio, sin que nadie quisiera pensar en lo que les aguardaba. Mañana ya tendrían tiempo para ello.

Crysanía permaneció entre el sueño y la vigilia, escuchando cómo el tigre deambulaba y pensando en todo lo sucedido. Al este, oeste y sur, el cielo estaba oscuro; pero al norte, sangraba. *Tandar* se lo había mostrado de mala gana: un resplandor que parecía arder en los picos de las montañas. La sacerdotisa intentó imaginar el mar ardiendo; el agua hirviendo y siseando para convertirse en vapor. Trató de imaginar dragones de fuego y no pudo.

En la oscuridad, medio en sueños, la Hija Venerable sintió algo que se movía. Algo la tocó, deslizándose por el borde de su túnica sobre la manta, y el contacto ardía, como una de las criaturas que Fuego Dorado había dicho que salían de la herida de la tierra. Aquella cosa le rozaba las piernas, palpaba en busca de algo, y los dedos se arrastraron por su piel, quemándola a través de la túnica.

—¡No! ¡Vete! —chilló la mujer, y su grito no produjo el menor sonido. Se revolvió, en un intento de alejarse de aquella cosa que alargaba hacia ella sus extremos llameantes. El movimiento la despertó y, por fin, un grito aterrorizado le brotó de la garganta.

Las preguntas inundaron la oscuridad en el exterior de la choza, era la voz de Kela, la de Lagan, la de Jeril.

La maga dijo una palabra mágica, y Crysanía sintió que un calor estallaba en la pequeña cabaña.

—¿Qué sucede? —inquirió Jeril—. ¡Señora! ¿Estás bien?

Crysanía se sentó, despacio, con los dedos agarrotados alrededor de la manta.

—¿Señora? ¿Qué sucede? —preguntó Lagan, doblando una rodilla junto a ella. La sacerdotisa olió el metálico aroma de su hacha de guerra.

Alargó la mano y encontró a *Tandar* a su lado, y con voz áspera y descompuesta por el miedo, dijo:

—Había alguien aquí. Había algo... me pareció que alguien me tocaba mientras dormía.

—No, señora —dijo Kela, aunque el tigre profirió un gruñido gutural—. Yo montaba guardia al otro lado de la puerta. Nadie entró. No había nadie aquí. —Tocó el hombro de Crysanía—. No sé por qué estamos todos padeciendo pesadillas últimamente.

La sacerdotisa asintió despacio, pero se estremeció cuando su piel recordó el contacto de algo moviéndose por el interior de los pliegues de sus ropas, buscando el bolsillo en el que guardaba las piedras dragontinas. Aspiró el aire, en un intento de averiguar si había entrado alguien en la estancia. ¿Lo había imaginado?

—¿Señora? —inquirió Lagan, inquieto.

—Estoy bien. Kela tiene razón. Estaba soñando.

Pero no era así. Lo sabía aunque no tenía modo de explicárselo a los otros. No percibía el olor de ningún desconocido en la choza.

La carne se le puso de gallina y se sintió presa de una profunda desazón.

La persona que la había estado tocando se encontraba dentro de la cabaña en aquel momento, y aquella persona era uno de los suyos.

Crysanía cabalgaba en silencio sentada detrás de Lagan, apática y sin apenas fuerzas suficientes para sujetarse a él. De vez en cuando, el enano se giraba y le recordaba:

—Sujétate, señora. No te duermas. Sujétate.

Lo intentaba, con el sol cayendo sobre ella, con el viento lleno de arena arañando su rostro y ojos. Intentaba sujetarse, mantenerse bien agarrada a Lagan, para que éste no tuviera que inquietarse. Y, de repente, sus brazos perdían energía, y las manos se separaban. Cabeceando, la cabeza se le inclinaba, y obtenía un instante de bendito sueño antes de que el enano se volviera otra vez y musitara:

—Sujétate, señora. No te duermas.

—Es muy duro —confesó, obligándose a mantenerse despierta—. El sol...

Siempre el sol, ardiente, arrojando sus rayos sobre ellos. Como un martillo que golpeará sobre un yunque: así lo habían denominado en Palanthas. Había creído muerta la tierra antes, cuando *Tandar* había podido facilitarle unos atisbos del mundo que los rodeaba; y eso que entonces se habían encontrado cerca de las montañas, cerca del río de aguas fangosas y marrones. Pero aquella mayor devastación la mujer la percibía sin ayuda. El aire olía a seco. A nada más. No transportaba ninguna señal de vida, ningún olor a vida vegetal.

Bajo los cascos del caballo, se escuchaba a veces el sonido de hierba que todavía no estaba muerta, mientras que en otras ocasiones se percibía que no había más que tierra, resquebrajada y endurecida.

Apenas encontraban agua entonces. Cuando *Tandar* olisqueaba un arroyo, iban hacia allí, y cuando eran los caballos los que lo hacían, seguían el instinto de los animales. Jamás encontraban suficiente líquido para llenar todos sus odres de agua y, además, dejar agua suficiente para el tigre y las monturas. Una vez que los caballos habían bebido, después de que *Tandar* lamiera lo que necesitaba, a menudo no quedaba más que para llenar un solo odre, y aquello lo compartían, pasándose el recipiente unos a otros para tomar un escaso trago. Como comida tenían lo que el felino cazaba: pequeños roedores, en una ocasión un ave de gran tamaño. De eso se alimentaban, pero no demasiado bien.

El sol, el viento, el calor, eran enemigos implacables de los que no había escapatoria posible, pues ni siquiera de noche encontraban alivio. A pesar de todas las vestiduras, la piel de Crysanía estaba quemada y llena de ampollas que escocían con el más leve roce de su vestido, con la más sutil ráfaga de aire. La sacerdotisa sabía

que los otros padecían tanto como ella. ¿Quién podía dormir cuando el menor movimiento quemaba, cuando todo el cuerpo pedía a gritos un poco de agua fría? Ella no, desde luego. Permanecía tumbada sobre su manta, inmóvil y mirando sin ver hacia lo alto, mientras intentaba imaginar estrellas o pensar que el siseo del viento nocturno entre la maleza era el primer suspiro de la lluvia que había venido por fin a curarlos.

Pero, cuando la lluvia no llegaba, cuando ninguna bendición descendía sobre ellos desde las tinieblas, la garganta de Crysania se contraía de dolor y del ansia de llorar; pero no tenía lágrimas: el sol las había consumido todas.

Una noche, mientras padecía bajo aquella carga de la que no podía desprenderse, había notado cómo el tigre se acercaba a ella, apretándose contra su espalda.

*Tandar. ¿quién eres?*

Percibió su regocijo, un destello de risa en su mente.

*¿No querrás decir «Qué eres», señora? Soy un tigre. Sólo soy tu tigre.*

Pero ella le dijo que no, que no quería decir eso.

*Quiero decir exactamente lo que pregunto. ¿Quién eres?*

El destello desapareció, y el tigre se quedó muy quieto, con el corazón palpitando con fuerza.

*No lo puedo decir; señora.*

*Como deberíamos hacer todos.*

Al otro lado de la hoguera, que se encendía cada noche para dar ánimos, para proporcionar luz en la oscuridad a aquellos que poseían el don de la vista, Lagan roncaba quedamente. Jeril y Kela, dormidos sobre la manta que compartían, respiraban siguiendo un ritmo inconsciente.

«Son tan afortunados», se dijo Crysania, y el pensamiento la sorprendió.

Con suavidad, tanteando, la voz de *Tandar* sonó en su cabeza:

*¿Porque se tienen el uno al otro?*

Ella permaneció quieta, percibiendo el latido del corazón del tigre, y su uniforme respiración. Debería hacer caso omiso de aquella pregunta. Era una intrusión, casi una impertinencia. No merecía una respuesta; no obstante, repuso:

*Sí, porque se tienen el uno al otro.*

*Y tú, señora. ¿No tienes a nadie que espere en Palanthas tu regreso?*

*Todo Palanthas, podría decirse, aguarda el regreso de la Hija Venerable.*

El animal permaneció silencioso un buen rato, con los pensamientos convertidos tan sólo en humeantes sentimientos de anhelo, de una clase que ella jamás había detectado en su compañero. ¿Quién era él?

*Tengo un amigo, le dijo mentalmente. Un hombre del desierto. Un mago. Aunque se ha ido, y no sé cómo se encuentra. Esta guerra... Se detuvo y eligió ser honesta. Yo lo envié lejos.*

*Porque te desagradaba.*

*No; porque... porque... Suspiró cansada. Ni siquiera recuerdo ya el motivo.*

Pero sí lo recordaba. Claro que lo hacía. No lo había dicho aquel día en el jardín del templo, pero lo sabía en ese instante: había hecho marchar a Valin porque había llegado a estar demasiado cerca de ella. Y, tal vez, lo había enviado a la muerte; a su devoto amigo, que habría ido a cualquier parte, incluso a la muerte, si ella se lo hubiera pedido.

¡Dioses! Si pudiera pedir una gracia en aquella noche y obtenerla, sería la capacidad de llorar.

El tigre suspiró profundamente, y Crysania no tardó en notar que dormía. Se quedó sola en la oscuridad, preguntándose cómo le iría a Valin, preguntándose si él todavía pensaría en ella, o si había comprendido lo imposible que era lo que él le pedía. El viento siseó en la hierba, pero no sonaba como lluvia, sino como fuego.

—Valin —murmuró, sintiendo un nudo en la garganta por culpa de las lágrimas que no podía derramar—, espero que estés bien, amigo mago. Te echo de menos.

El tigre se apartó ligeramente y, al poco rato, Crysania dormía; y, mientras dormía, soñó con el mago del desierto. Escuchó su voz; su perfume inundó su sueño. Notó sus manos como si las sostuviera entre las suyas, y tenían el mismo tacto que el día que él le había ofrecido su amor, cálidas y confiadas.

—¿Es eso cierto? —dijo el mago en el sueño, él que jamás había dicho aquellas palabras en el mundo real—. ¿Es cierto que tú, señora, cuyo amor por todos los que te necesitan carece de límites, no tienes suficiente para uno más?

En el sueño, afortunadamente, la sacerdotisa fue capaz de llorar. En el sueño lo hizo; pero, cuando despertó por la mañana, las mejillas estaban secas, las lágrimas sin derramar. A su lado, el tigre dormía, con el corazón palpitando al mismo tiempo que el suyo, y la sacerdotisa deslizó la mano al interior del bolsillo, para cerrar los dedos alrededor de las piedras dragontinas.

«Por éstas estoy yo aquí —se dijo—, por el poder que conferirán, por la oportunidad de hablar de nuevo con Paladine. Y será con él con quién hablaré».

Eso se lo dijo a sí misma, con toda su fe, ella que tanto había abandonado por aquella fe. ¿Qué otra cosa podía hacer aparte de confiar en su dios?

Una vez que se hubieron desayunado con un duro y reseco roedor, reanudaron la marcha hacia el nordeste en dirección a la ciudad de la Reina de la Oscuridad. Fue entonces cuando Crysania empezó a hacer acopio de sus fuerzas, de su valor, para aquello que debía hacer antes de entrar en Neraka.

Jeril se rezagó para cabalgar junto a Lagan y Crysania, dejando que *Tandar* fuera en cabeza, y que Kela guardara la retaguardia. La sacerdotisa, que daba cabezadas bajo el calor del mediodía, permitió que el sonido de su queda conversación pasara sobre ella como un oleaje: la voz de Jeril, baja y ronca; la de Lagan, cansada. Había llegado

a amar aquellas voces como si fueran las de su propio corazón.

—Eres un buen luchador —dijo el guerrero del desierto.

—Para ser un clérigo. Para ser un poeta —bufó el enano.

—Bueno, sí, para ser un clérigo. Entre mi gente, no obstante, el poeta que no sabe usar su espada del mismo modo que la pluma no recibe demasiado respeto. —Rió por lo bajo—. Tú, amigo mío, no carecerías de él en las tiendas de mi padre. Mi hermano —añadió— ha elegido bien a sus amigos.

—Que Paladine lo acompañe —repuso Lagan con auténtico sentimiento.

A Crysania le pareció que palabras como aquéllas habían aflorado con demasiada facilidad a los labios de todos en el pasado, bendiciones fáciles, plegarias convenientes, pronunciadas de una manera mecánica, casi sin pensar. ¿Quién de entre ellos no sentía en ese momento las palabras de cada plegaria ofrecida? ¿Quién de entre ellos, allí en aquella tierra ardiente, no ansiaba obtener la bendición del dios, para sí mismo, para los suyos y los amigos?

Fue en busca del medallón, que permaneció frío en sus manos.

—Así pues, clérigo guerrero —repuso Jeril, riendo—. ¿Qué haremos contigo una vez que el viaje haya finalizado?

—No hay necesidad de preocuparse por eso. —Crysania, con los brazos alrededor del enano, percibió la queda risa de éste—. En cuanto llegue el final de este viaje, llegará el final de mis días como luchador. No quiero otra cosa que regresar al Templo de Paladine y enterrar la nariz otra vez en viejos libros y pergaminos.

—¿Y realizar tus traducciones de antiguas oraciones y relatos de héroes todavía más viejos?

—Sí —Crysania escuchó suspirar a Lagan—, eso es justo lo que quiero hacer. Y deseo la sencilla rutina de rituales y oraciones, el sonido de los cánticos elevándose a mi alrededor, el olor a incienso...

De improviso, sobresaltado, el caballo resopló, apartándose de la montura de Jeril. El enano controló al rucio y se volvió para decir:

—Es *Tandar*, señora. Regresa corriendo.

Se escuchó un retumbo de cascos, y la montura de la maga del desierto pasó corriendo junto a ellos. La hechicera lanzó una palabra a sus compañeros y espoleó a su caballo para que corriera más.

—Ha ido a seguir al tigre —explicó el enano—. Parece que ha encontrado algo.

—¡Montañas! —La voz de la Kela llegó hasta ellos, inesperada, clara y jubilosa—. ¡Hemos llegado a las montañas, señora! ¡Y agua! ¡Hay agua!

—Demos gracias a todos los dioses —suspiró Lagan—. Vamos, sujétate con fuerza.

¡Por fin podía respirar! Crysania aspiró bocanadas de aire que no tenían polvo arenoso mezclado con ellas. Eran calientes, pero limpias y casi olían a los árboles que

crecían allí, árboles que tal vez no crecieran bien, pero que sobrevivían.

El sonido del discurrir del agua le produjo un espasmo de alegría en el corazón. Los caballos bebían apresuradamente, *Tandar* tomaba grandes lametones de líquido, y los odres realizaban el más maravilloso sonido: borboteaban mientras los llenaban. El agua sabía a piedra, a tierra, dulce y limpia.

Crysanía bebió con avidez hasta que Jeril tuvo que advertirle que parara.

—Hay mucha, señora, pero te pondrás mala si no bebes despacio, y un poco menos.

La sacerdotisa se obligó a obedecer al guerrero. Bebió, al tiempo que escuchaba todo lo que la rodeaba. Oyó la llamada de un pájaro y la respuesta de otro; tal vez se trataba de reyezuelos, pues sus cantos eran una clara complejidad de notas que no se acostumbraba a escuchar en otras aves. Escuchó un crujido entre la maleza y, desde luego, aquello era la cena.

—El cielo —preguntó a Jeril—, ¿sigue ardiendo?

Seguía, en el norte, a lo lejos, donde el mismo mar ardía.

—Debemos seguir —indicó; introdujo la mano en el bolsillo y acunó las dragonites en la palma. Esperaba encontrar que su poder se había debilitado, como había sucedido con tanta magia, pero las sintió tan fuertes como el día en que Dalamar se las había regalado.

«Tendré la fuerza —se dijo— para hacerlo. Ellos lo comprenderán...».

Siguieron adelante, y el terreno fue ascendiendo al tiempo que el aire refrescaba. *Tandar* cazaba y les traía liebres y, en una ocasión, un urogallo. No era tiempo de nueces, pero a sus comidas de carne y agua, añadieron algunas plantas comestibles que hallaron creciendo valerosamente en el ambiente más fresco de las montañas. Al estar mejor alimentados, sus ánimos mejoraron, y tuvieron la impresión de que todo iría bien.

A mediodía del tercer día desde que habían llegado a las estribaciones de las montañas, Crysanía percibió la presencia de Neraka; aunque no fue ella la única en sentirla. Lagan, inquieto delante de ella, dijo que le parecía como si todo estuviera sombrío y dañado.

—El aire, el terreno, incluso el mismo cielo. Todo parece dolorido.

Así era, pues ya se aproximaban a los territorios de la Reina de la Oscuridad, de Takhisis en persona. El viento sonaba como si fuera su voz, chirriante, codicioso, lleno de malignidad. Crysanía se estremeció. Nadie allí, excepto ella, había oído aquella voz. Treinta años atrás, la había acribillado, le había aullado, se había reído de ella, burlándose de todas sus esperanzas, torturando cada una de sus plegarias.

¿Iba a volver a escuchar esa voz? ¿Le saludaría Takhisis cuando las piedras dragontinas volvieran a estar untas?

¡Paladine! Fue en busca del medallón. Este permaneció inmutable en sus manos,

como si no fuera más que un elemento decorativo bellamente forjado.

Cabalgó con un brazo alrededor del enano y el otro libre para poder sujetar el talismán, para poder percibir algo de su calor y energía en el caso de que..., en el caso de que su poder regresara. De ese modo, llegaron a Neraka, salieron de las colinas y llegaron al límite de una gran meseta en sombras donde la ciudad de la Reina de la Oscuridad se extendía ante sus ojos.

Al contrario de Palanthas, o incluso de la tosca Sanction en el sur, Neraka no era una ciudad antigua. En realidad, sólo podía llamársele realmente un poblado grande, pues era una colección de tiendas de lona, burdas chozas y edificios retorcidos alrededor de una enorme grieta que había sido —que todavía lo era a pesar de su ruinoso estado— el Templo de la Reina de la Oscuridad. Alrededor se alzaban las montañas Khalkist.

Un susurro se insinuó en sus pensamientos, el recuerdo de las palabras de Dalamar: «Se cuenta que, casi mil años después, los enanos encontraron las mágicas dragonitas que los elfos habían arrojado a las profundidades de las montañas y, rehuendo como rehúyen ellos siempre la magia, dieron las piedras a un Dragón Rojo, quien por su parte ordenó que éstas fueran arrojadas al caldero de un volcán inactivo, llamado Montaña de la Reina Oscura. El volcán entró en erupción entonces, dando origen a los Señores de la Muerte, el anillo de volcanes que rodea Sanction. Se dice que la explosión de color procedente de las piedras se convirtió en los ojos de la constelación de Takhisis».

«Así pues —se dijo Crysania, agotada y sudorosa, mirando sin ver en dirección a Neraka—, casi hemos llegado al final de nuestro viaje».

—No es una ciudad tan vieja, ¿verdad? —preguntó Lagan a Crysania, girándose sobre el lomo del caballo y volviendo la cabeza.

—No tan vieja como podría pensarse.

Sus orígenes se remontaban a la época del Cataclismo, cuando los dioses destruyeron al Príncipe de los Sacerdotes que se había alzado a su imagen y semejanza. Tras el Cataclismo, cuando los dioses se llevaron a todos los sacerdotes auténticos, la fe abandonó al mundo durante un tiempo, y hubo de ser la Reina de la Oscuridad quien desencadenara los acontecimientos que provocaron un regreso a la fe en los dioses. Takhisis había cogido la piedra angular del templo del Príncipe de los Sacerdotes en Istar, la ciudad donde éste gobernaba, y la había colocado sobre la meseta que se extendía entonces ante ellos. Su templo había surgido de ella... y de la maldad de la diosa.

—Está llena de malignidad, no obstante —manifestó el enano, con un estremecimiento—. La siento como una sombra sobre mi persona, señora.

Junto a ellos, el caballo de Jeril se agitó, inquieto, y la montura de Kela resopló y corveteó. Incluso los animales percibían la siniestra presencia.

Crysanía apretó la mano sobre el medallón, pero no encontró ni calor ni consuelo. No obstante, elevó una oración. ¿Qué otra cosa podía hacer? Paladine la oiría, confiaba en que así sería. El dios jamás le había dado la espalda, no en el mundo de la vigilia.

A su alrededor, sus amigos se mantenían inmóviles, algunos musitaban sus propias plegarias silenciosas, otros simplemente estaban absortos en sus pensamientos. Únicamente *Tandar* se movía, dando vueltas a un lado y a otro.

—Queridos amigos —dijo Crysanía con suavidad—, a partir de aquí continuo sola.

Sus palabras fueron seguidas por un silencio profundo y estupefacto, hasta que Jeril exclamó, «¡No!» y Lagan dijo:

—Señora, no puedes hablar en serio.

Pero sí que lo decía en serio, aunque necesitó de todas sus fuerzas para mantenerse firme en su decisión. Aquellos amigos habían llegado tan lejos con ella, ofreciéndole energía y valor, con su fe como un bálsamo para ella... No obstante, debía abandonarlos.

—A partir de aquí —repitió, con voz pausada—, *Tandar* y yo seguimos solos.

—Señora... —El enano se interrumpió, todavía demasiado sorprendido para encontrar las palabras.

Crysanía posó los dedos en la cabeza del tigre, en busca de sosiego, de apoyo, y lo encontró en la suave vibración de su aliento.

—Ésta es mi misión, Lagan. Ya te has arriesgado demasiado. Todos vosotros lo habéis hecho. —Se estremeció, sintiendo cómo la oscuridad de Neraka se abría como unas fauces ante ella—. No voy... no puedo pedirlos que entréis en ese lugar.

—¿Tu misión? —El enano encontró palabras, y éstas surgieron veloces y enérgicas—. Hablas como si los demás no hubiéramos emprendido este viaje. Como si no nos hubiéramos arriesgado ya.

Un terrible dolor atravesó el corazón de Crysanía ante el peso de aquella verdad. Ella, que no había tenido lágrimas en las ardientes Llanuras de Solamnia, las tenía entonces, y le escocían en los ojos.

—Sé que lo habéis hecho, Lagan, y os doy las gracias por ello. Pero debo continuar sola.

—No —dijo Kela, hablando por vez primera—. Tanto si te gusta como si no, nos quedamos contigo.

Se hizo el silencio, en medio de la sorpresa de aquellos que jamás se habrían dirigido de este modo a la Hija Venerable de Paladine.

—Hemos llegado hasta aquí juntos —prosiguió la maga, tozuda—. Es el único modo de seguir. Jeril —añadió—. Jeril, díselo.

—Señora —empezó el guerrero, colocando su caballo junto a Crysanía—, debes

saber esto: no vamos a regresar sin ti. Y si no nos permites cabalgar a tu lado, te seguiremos. —Con una dulce simplicidad que le recordó a su hermano, añadió—: hemos hecho un juramento, señora. ¿Debemos ahora faltar a nuestro juramento y romper la palabra dada a Paladine?

El pensamiento de *Tandar* llegó hasta ella, en una muda exhortación que ella no podía dejar de comprender.

Pero ¿cómo podía llevarlos con ella? ¿Cómo atreverse a llevar a esos espíritus valerosos, a esos corazones valientes, al interior de la ciudad de la Reina de la Oscuridad?

*¿Cómo te atreviste a conducirlos hasta aquí?*

*Sí, ¿cómo?*

—Muy bien —concedió, impotente ante sus argumentaciones, derrotada por el amor que sentían hacia ella—. Seguiremos todos juntos.

Descendieron por la empinada ladera de la colina, con los caballos resbalando en la escarpa y sobre los guijarros sueltos. Bajaron cada vez más en dirección a la siniestra meseta, y dejaron atrás la luz. Cabalgaron hasta llegar a un cruce y, allí, *Tandar* se arrimó más a la sacerdotisa.

Cuatro calzadas, sinuosas y borrosas, como pintadas con una mano temblorosa, conducían al interior de la población, unidas en el centro por el negro Templo de la Reina de la Oscuridad. A Crysania le dio la impresión de que el aire reverberaba alrededor del lugar, ondulándose entre las retorcidas agujas y los muros deformados. ¡Tan pesada era la carga de aquella maldad!

Nada se movía en la calzada. Ni una carreta, ni un jinete, ni nadie a pie. Ni siquiera un pájaro surcaba el cielo.

—El ejército de Ariakan pasó por aquí —indicó Jeril—. Sin duda reclutó entre los habitantes. Puede que la ciudad esté desierta.

—No —murmuró la sacerdotisa con voz queda—. No está vacía. Lo siento. Hay gente allí, almas. Todas y cada una —musitó, temblando—, en poder del Mal, atormentadas.

La noche cayó mientras hablaban, reptando desde las colinas para fundirse con las sombras, hasta que todo quedó oscuro y silencioso. La negrura lo envolvía todo, a excepción del furioso resplandor en el norte, apenas visible por encima de las cumbres montañosas. El mar seguía ardiendo.

Acamparon sin encender fuego y comieron lo poco que les había quedado de la comida de la mañana. Aunque *Tandar* se ofreció a cazar, nadie estaba interesado en comer la caza que pudiera hallar en aquel lugar maligno. En la oscuridad, Crysania escuchó que Lagan, Jeril y Kela discutían si debían acercarse a Neraka de día o de noche. En cualquier caso quedaban al descubierto, vulnerables, pues una llanura herbácea rodeaba la ciudad, y no encontrarían dónde ocultarse. Los dejó hablar,

meditando sobre ello; pero, cuando comprobó que no parecían estar cerca de ninguna solución, tomó ella la decisión en su lugar.

—De noche —anunció—, es la mejor elección. Incluso en este lugar espantoso, la oscuridad nos ofrecerá protección, por muy escasa que sea, mientras cabalgamos. Marcharemos ahora.

Sin una hoguera que apagar, devorada la pobre comida, volvieron a montar en solemne silencio e iniciaron el descenso hacia los dominios de la Reina Oscura.

Durante todo el tiempo que avanzaron por las llanuras de Neraka, dirigiéndose despacio hacia la ciudad, no detectaron ningún movimiento. No vieron brillar ninguna luz. Ninguna sombra se deslizó en la oscuridad. Las ruinas del templo se alzaban por encima de los muros de la ciudad, más oscuros que el cielo sin estrellas. Crysania se estremeció, helada hasta los huesos por una gelidez que parecía moverse alrededor de todos ellos, cada vez más cerca. Su inquietud la notó su montura, que corveteó de lado, sin hacer caso de los intentos de Lagan por tranquilizarla y mantenerla quieto.

—¿Qué es este frío, señora? —preguntó el enano, que temblaba tanto como ella.

—No... no lo sé. Es...

*Maligno*, dijo *Tandar*, y su voz le sonó queda y lúgubre en la mente.

Realmente era diabólico, y se movía como una miasma impulsada por el viento. Justo en el momento en que Crysania se dio cuenta de ello, el frío se lanzó sobre la sacerdotisa.

Profirió un grito y se soltó de Lagan en el mismo instante en que el primer contacto helado rozó su piel. Sintió un nudo en la garganta cuando manos como el hielo la sujetaron, alzándola por los aires. Parecía como si el frío se abriera paso hacia el interior de sus propios huesos.

—¡Señora! ¡Crysania! —gritó Jeril.

Y la sacerdotisa cayó.

Sus pulmones se quedaron sin aire cuando chocó contra el suelo.

Lagan le gritó a ella, al caballo aterrorizado. Jeril chilló: «¡Kela!», y el tigre blanco lanzó su grito de batalla mientras Crysania jadeaba, intentando llevar aire a sus pulmones y sin hallarlo. El tigre la golpeó, asestándole un topetazo en la espalda con la cabeza; luego la volvió a golpear, y el aire regresó por fin a los pulmones de la sacerdotisa.

El acero siseó sobre el cuero, indicando que Luz del Desierto abandonaba su funda. Crysania se incorporó, abriéndose paso junto a *Tandar*, y sin hacer caso del gemido de su columna, ni del agudo dolor del hombro izquierdo, que se había golpeado con una roca.

—Hay algo aquí —jadeó. Lo sentía, una perversidad fría y reptante—. Algo maligno...

El agudo alarido de Kela hendió el aire.

Los otros se volvieron y rodearon a Crysania con las armas desenvainadas. La fría nada se acercó más, intentando atrapar a la sacerdotisa. El círculo alrededor de la mujer se estrechó, los caballos resoplaron y se movieron, inquietos, las armas brillaron. Lagan lanzó un juramento cuando algo atacó, de repente, pero se mantuvo en su puesto: el caballo bien sujeto y el hacha de guerra empuñada con firmeza.

A través de los ojos de *Tandar*, Crysania vio una mancha blanca que corría por el cuello del enano, como piel muerta, congelada, extendiéndose. Entonces su visión se apagó de repente.

El corazón de la sacerdotisa le latió violentamente en el pecho. ¿Qué cosa siniestra había tocado al clérigo? Su respiración se tornó entrecortada y áspera.

Los caballos corveteaban alrededor de la mujer mientras los jinetes se esforzaban por mantenerlos en sus puestos a pesar del terror que sentían.

*¡Tandar! ¡Déjame ver! ¡Tandar!*

La luz estalló sobre ella, con la brillante e incolora visión del tigre.

—¡Ahí! —chilló Kela, y señaló hacia la oscuridad, incapaz casi de mantenerse sobre la silla mientras su caballo bailoteaba y se encabritaba. El animal estaba tan asustado como ella de la cosa que se ocultaba en la oscuridad y que formaba parte de esas mismas tinieblas.

—¡No veo nada! —exclamó Jeril, girando hacia el punto que la joven indicaba.

—¡Allí! Ojos. ¡Ojos rojos!

A través de las patas de los caballos, Crysania vio dos luces en la noche que no eran rojas, como Kela había dicho, sino de un blanco opaco y tenían una expresión feroz, porque las veía mediante los ojos de *Tandar*, y veía lo mismo que el tigre. Entonces, las luces desaparecieron, y no vio más que oscuridad y la ciudad situada más allá, apenas visible en el tenue resplandor que venía del norte.

—¡Ahí! —Esta vez fue Lagan quien lo vio.

A Crysania se le heló la sangre en las venas al ver los terribles ojos, blancos y centelleantes, que flotaban por encima del suelo. De tratarse de los ojos de un hombre, la cosa habría sido más alta que Jeril. Los otros se volvieron para mirar, pero el resplandor volvió a desaparecer, moviéndose, flotando y revoloteando a su alrededor.

—¿Qué es? —inquirió el guerrero—. ¡Maldita sea! ¡Esa cosa describe círculos a nuestro alrededor! ¡Kela... ahí!

Y entonces *Tandar* la dejó en la oscuridad, rugiendo al tiempo que abandonaba el círculo como una exhalación. Los ojos se esfumaron.

—Es un demonio guerrero —indicó la sacerdotisa, acurrucada y temblorosa—. Fuego Dorado los mencionó. Dijo que habían sido vomitados de las tinieblas de Caos.

La criatura se acercó más, y el frío que la acompañaba fluyó hacia ellos.

—¡Fuera de aquí! —gritó Kela. Jadeante, invocó las palabras mágicas, e inmediatamente una llamarada surgió de las puntas de sus dedos.

Crysanía sintió el calor del conjuro, olió su aroma, como el perfume de un rayo, y la helada oscuridad retrocedió saltando ante las llamas, casi como si se burlara.

Jeril lanzó un juramento, frotándose los ojos, cegado momentáneamente por el resplandor.

—¡Maldita sea, mujer, avísame cuando vayas a empezar a lanzar fuego!

—Si te aviso —rió ella con una risa aguda y nerviosa—, aviso también al enemigo. Mantente alerta y no te pasará nada.

Entonces, el ser apareció de improviso en el espacio situado entre Jeril y Lagan, lanzándose hacia adelante. Crysanía sintió la frialdad, una oscuridad tan profunda como la maldad de la Reina de la Oscuridad.

Desaparecida su capacidad de ver, la sacerdotisa se sentía desorientada y mareada. El tigre emitió un rugido.

El demonio se abalanzó sobre ellos: una corriente helada que caía en dirección a Lagan. Crysanía escuchó cómo el enano lanzaba gritos de batalla y oraciones, todo a la vez. La hoja del hacha silbó en el aire y el enano profirió un grito de dolor; Crysanía escuchó el terrible sonido del acero al hacerse añicos. *Tandar* se arrojó sobre ella, dejándola de nuevo sin aliento mientras los fragmentos del arma de Lagan revoloteaban en la noche como un centenar de diminutas hojas.

Kela lanzó otro conjuro, y el torrente helado retrocedió, veloz. Crysanía se incorporó con un esfuerzo, tambaleándose a ciegas entre las patas de los aterrados caballos. El tigre giró, describiendo un círculo y, de improviso, la mujer pudo volver a ver a través de los ojos del animal; pero lo poco que vio, lo contempló en medio de un enloquecido remolino de luz y oscuridad entremezcladas, como a la luz de una antorcha agonizante que alguien hiciera girar alrededor de la cabeza. El estómago se le revolvió. Mareada, buscó a tientas al tigre blanco y se sujetó a él con fuerza.

—Intenta llegar hasta Crysanía —bramó Lagan—. ¡Protegedla!

La Hija Venerable intentó frenéticamente ver aquella cosa helada, los ojos llameantes, la negrura. El demonio se lanzó sobre Kela, Jeril y Lagan se interpusieron para impedir su avance.

La hechicera volvió a lanzar un conjuro y arrojó grandes bolas de brillante fuego, que obligaron al ser a retroceder, pero su caballo ya había aguantado demasiado: se encabritó, alzó las patas delanteras y, a continuación, salió corriendo con la mujer aferrada desesperadamente a su lomo. La oscuridad los engulló a ambos. Crysanía escuchó un agudo y desesperado chillido, luego sólo el sonido de la montura que se alejaba al galope.

—¡Kela! —llamó Jeril, al tiempo que cambiaba de posición en un intento de

llenar el hueco. El demonio guerrero fue hacia él, moviéndose lentamente: eran uno menos, y además carecían de magia que los defendiera.

El guerrero del desierto se enfrentó a la criatura, profiriendo gritos de guerra que parecían una risa salvaje. Con Luz del Desierto describiendo círculos sobre su cabeza, se lanzó a la carga. Su montura pateó y corcoveó; el joven luchó por mantener el control, pero no lo consiguió. El animal se desbocó antes de que el hombre consiguiera desengancharse de los estribos y lo arrastró tras él.

La mujer contempló, de aquella manera parpadeante y extraña, a Lagan de pie, preparado y desafiante, sin otra cosa que el mango de su hacha de guerra en la mano, cuando la arremolinada oscuridad lo alcanzó. Profirió un alarido al sentir el contacto del demonio, aullando como si se abrasara. Chilló, con la cabeza echada hacia atrás, y las tinieblas extendieron unos sinuosos zarcillos que se arremolinaron sobre él, y se le clavaron en los ojos y boca.

El enano se tambaleó. El mango de roble de su hacha de guerra le cayó de la mano y, con la mirada desorbitada en muda agonía, se llevó las manos a la garganta y cayó de rodillas. Blanco como el mármol, blanco como la nieve, con todo el color desaparecido de las mejillas, de las manos, de todo el cuerpo, Lagan Innis estaba ya muerto antes de golpear el suelo.

Crysanía lanzó un grito de dolor, presa de una rabia que jamás había experimentado. Y en su interior, en su mente, en su corazón, escuchó el eco de su dolor cuando *Tandar* rugió: ¡No! ¡Dioses, no! ¡Lagan!

La oscilante visión le fue arrebatada, dejándola en la oscuridad, temblando y llorando, incapaz de moverse. La corriente helada fluyó a su alrededor, alargándose hacia ella, buscándola, tocándola.

*¡Las piedras! ¡Señora! ¡Las piedras dragontinas!*

El grito de *Tandar* tronó en su cabeza, y Crysanía, a cuatro patas, intentó con desesperación sacar las dragonitas del bolsillo. Cada vez que se movía, caía, desorientada, ciega, y sintiendo el frío del demonio guerrero. El tigre se colocó sobre ella, girando alrededor de su cuerpo para intentar cubrirla por todas partes.

*¡Las piedras dragontinas!*

¿Le advertía que el demonio iba en busca de las piedras? ¿Chillaba para proteger este tesoro por el que habían arriesgado tanto?

Sin resuello, jadeando en medio de la noche que era a la vez ardiente y la fustigaba con un frío gélido, Crysanía se forzó a permanecer en calma, se ordenó a sí misma respirar con serenidad, moverse con determinación y confiar en que *Tandar* la mantendría a salvo. Con mano temblorosa, sacó las dos piedras del bolsillo; una permanecía quieta, susurrándose a sí misma, sin alinear; la otra la saludó como si fuera una vieja e íntima amiga, con calor y afecto.

Alzó el puño, con las piedras en su interior. Todo el calor de la bondad de

Paladine que siempre había sentido, todo el consuelo, toda la energía —¡dioses amados, todo el valor!— fluyeron a su interior y volvieron a salir, en forma de un poder que empuñó como un arma.

Nadie sabía qué se suponía que debían hacer las piedras dragontinas, y cualquiera que hubiera afirmado saberlo se hubiera limitado a adivinar.

Crysanía levantó la mano, y al hacerlo elevó su corazón, su voluntad, su fe.

—¡Vete! —chilló—. ¡El Mal no puede tocarme, pues tengo a Paladine como escudo!

Un alarido desgarró la noche; un sonido inhumano, como cristal que estallara, como furia, sangre y dardos afilados como cuchillas que arañaran su carne. *Tandar* profirió un rugido triunfal, y la noche cambió. La frialdad impía del demonio guerrero desapareció, evaporándose en el aire como si jamás hubiera existido.

Crysanía cayó de rodillas entre estremecimientos y sollozos, con las piedras todavía bien sujetas en la mano.

La voz del tigre penetró queda en su mente: *Herido de muerte, señora, y muriendo de pena.*

A los pies del tigre yacía una pequeña forma oscura, como un montón de harapos amontonados. A Crysania se le encogió el corazón ante aquella terrible visión.

Lagan.

Escuchó con atención y no escuchó ningún resoplar en los alrededores, ni ruido de cascos. Tampoco olía ya a establo. Los caballos se habían ido, habían huido.

—¿Dónde están Jeril y Kela? ¿Lo sabes, Tandar?

El animal miró en derredor en medio de la noche, mostrándole que ni el guerrero ni la hechicera estaban allí, ni heridos, ni tampoco muertos.

—Ve a mirar —dijo ella.

*No, no pienso dejarte.*

—Creo que estaré bien aquí, *Tandar* —dijo ella, buscando las piedras en el bolsillo—. Tengo las dragonitas, y ya me han sido útiles una vez para expulsar a las tinieblas.

El animal protestó, pero, al final, hizo lo que ella ordenaba; aunque al hacerlo se llevó con él su visión, dejándola de nuevo a ciegas.

Palpando, Crysania alargó los brazos y tocó el cuerpo del leal y valiente enano.

—¡Oh, Lagan! —musitó con voz entrecortada por los sollozos—. ¡Qué lejos de casa hemos ido a parar!

Posó las manos sobre el mango de la destrozada hacha de guerra, sobre la suave y resistente madera de roble. Tocó la túnica del enano, manchada de barro, manchada de sangre y percibió la pequeña alforja que el clérigo había llevado y que contenía las pocas cosas que éste había traído del templo, especialmente la más valiosa, la bolsa de terciopelo morado, bordada en plata con runas enanas cuyos signos decían: «Donde está la Luz, la Oscuridad no puede penetrar».

Allí, había dicho él, se encontraba un fragmento de una de las escamas del dragón que era el avatar de Paladine. En su interior había, bien guardado, bien envuelto en una tela, un pequeño libro de oraciones que había traducido de antiguos textos que se desintegraban.

«Al dios de la Luz y la Bondad, encomiendo mi trabajo, mi vida, mi ser...».

Eso rezaba la primera página del pequeño libro.

Un seco susurro de alas se dejó oír a poca distancia, junto con el chasquido de zarpas sobre piedra. A Crysania le dio un vuelco el corazón, luego volvió a

tranquilizarse en cierto modo, pues había reconocido el hedor de una ave carroñera, el graznido ronco de un cuervo.

—Márchate —suspiró, con voz cansina—. El demonio guerrero se lo ha llevado todo.

El cuervo se fue en medio de un zumbido de alas y entre gritos que parecían maldiciones en la noche. El aire caliente que soplaba sobre las llanuras de Neraka devolvió el sonido distante de relinchos.

La sacerdotisa tragó saliva para contener los sollozos, y las lágrimas empezaron a rodar, veloces. Estiró la mano y recogió la alforja de Lagan. Con sumo cuidado y dedos temblorosos, abrió el cierre y sacó la bolsa de terciopelo. ¿Realmente contenía ésta una reliquia de Paladine? Suspiró, con un suspiro estremecido que hizo temblar todo su cuerpo.

No, aquello no debía ser la escama de un dragón sagrado o, sin duda, el demonio no habría podido acercarse lo suficiente a Lagan para matarlo.

Pero sí, en la bolsa había reliquias del enano, talismanes que le recordarían a su buen y leal amigo. Sacó las piedras dragontinas del bolsillo, y se llevó una a los labios; luego la otra, hallando en ello consuelo a pesar de su pena.

«Dónde está la Luz, la Oscuridad no puede penetrar».

—Lagan, amigo mío, ven con nosotros el resto del camino, en espíritu ya que no puedes hacerlo en persona.

Deslizó las piedras al interior de la bolsa, tiró de los cordones para cerrarla y la guardó en el bolsillo. El suave peso le proporcionó una sensación agradable en la cadera. Durante un buen rato permaneció arrodillada, allí, con el corazón rebosando de mudas plegarias mientras la noche se intensificaba a su alrededor. Escuchó el viento entre los árboles, los cuervos en el cielo; oyó, en una ocasión, el rugido de *Tandar*; luego, escuchó cómo regresaba hacia ella.

El animal no había encontrado nada que pudiera decirle lo que les había sucedido a sus amigos. No había ni rastro de Kela, ni tampoco de Jeril.

—¿Ningún rastro?

*Ninguno. Ni olor; ni una rola señal. Es como si se hubieran desvanecido.*

Pero eso era imposible, claro está. Nadie podría haberlo hecho, a no ser por medios mágicos, y aquella idea dio esperanzas a Crysania, que imaginó que Jeril y su esposa se habrían encontrado el uno al otro tras la lucha, y que Kela había borrado sus rastros y toda señal de ellos con un hechizo.

—Y, si eso es así, *Tandar*, ellos nos encontrarán si pueden, ya que saben adónde vamos.

El tigre emitió un gruñido gutural, y Crysania se dio cuenta de inmediato de que no tenía demasiada confianza en aquella esperanza suya.

—No confías en la hechicera, ¿verdad?

Él volvió a gruñir, agitando la cola amenazadoramente, pero no pronunció ninguna palabra que confirmara o negara su declaración. No obstante, la sensación permaneció, como siempre: inquietud, desconfianza. Y miedo. De esos sentimientos, Crysania no compartía ni la mínima parte.

La mujer le apoyó la mano en el lomo y, confiando plenamente en él, dejó que la guiara, ladera abajo hacia un lugar siniestro y maligno.

El oscuro cuenco estaba lleno de agua en la que se revolvía la misma imagen que había mostrado desde el primer instante en que el océano Turbulento se había incendiado. Llamadas violentas que rugían y se elevaban hacia el cielo con tal furia que su resplandor se podía ver desde la ventana misma de la Torre de la Alta Hechicería.

Alrededor de toda la habitación, las velas parpadeaban y se apagaban. Sobre la pared, la antorcha que Dalamar acababa de encender —¡con pedernal y acero, por todos los dioses de la noche!— era la única iluminación en la que podía confiar, pues ninguna vela hechizada se mantenía en aquella noche de magia fluctuante. Bajo esa luz, que humeaba y parpadeaba, miró al interior del cuenco de visión y vio la imagen del despertar de Caos.

Había esperado ver más cosas, una visión momentánea del tigre blanco y de la Hija Venerable Paladine. Eso era lo que había esperado, y sus esperanzas no se habían cumplido. Sólo aparecía fuego sobre las aguas y, en ocasiones, criaturas de las tinieblas que parecían demonios danzando.

Su conjuro de conexión mental que lo ponía en contacto con el tigre también había fallado. Hacía sólo una hora, había percibido cómo el animal lo llamaba con suavidad, insistentemente; pero, cada vez que el felino intentaba llegar hasta el mago, penetrar en la llanura sin luz donde los dos podían encontrarse y charlar, se había visto rechazado, apartado. Expulsado. Dalamar apretó los dientes. Al igual que las velas hechizadas, esa parte de su magia le fallaba entonces.

Y a su alrededor, el mundo se desgarraba en violenta lucha.

Escuchó un quedo suspiro a su espalda, y Jenna posó la mano sobre su hombro.

—Amor mío —dijo la mujer—, ven a la cama.

En el exterior de la Torre de la Alta Hechicería, Palanthas había caído en poder de los caballeros negros. Al otro lado de las montañas, la Torre del Sumo Sacerdote estaba cayendo, desmoronándose bajo el implacable ataque de Caos. Y allí fuera, en el mar, una inmensa grieta se había abierto y vomitaba fuego y criaturas que parecían nacidas de la furia. ¿Qué terrible juego de los dioses se preparaba?

—Ven —repitió Jenna, insistiendo con suavidad.

—Con todo el mundo desplomándose alrededor, querida Jenna, ¿no se te ocurre nada mejor que hacer? —rió Dalamar, con frialdad, sin apartar ni un momento los ojos del fuego que ardía sobre el agua.

Los dedos de la hechicera acariciaron, ligeros y cálidos, la nuca del elfo oscuro.

—Hago lo que puedo hacer, Dalamar. Lo que puedo hacer ahora es yacer en mi lecho. Sola o contigo.

El mago se levantó y le dio la espalda al cuenco, donde no se veían más que llamas. Que ella hiciera lo que quisiera; él haría lo que debía.

Cuando le contó su plan, la mujer no lloró. Conocía al hechicero y, por lo tanto creía en él. Además, Jenna no era de las que lloraban con facilidad. Sin importar lo que ella dijera, él había decidido hacerse a la mar, dirigirse al incendio y entrar en la fisura de la que brotaban las criaturas de Caos.

Porque tenía que saber, dijo. Tenía que saber cuál era la naturaleza de aquellos terribles engendros de Caos que eran lanzados al mundo. Nada le parecía más importante entonces y, desde luego, no el destino del Túnica Blanca que había convertido en tigre, ni tampoco el de la Hija Venerable de Paladine.

Ni siquiera el misterio de las piedras dragontinas parecía digno de su preocupación cuando todo el mundo daba la impresión de estar desgarrándose bajo sus pies y toda la magia se escapaba por las aberturas.

La noche era oscura, sin una luna que mostrara a *Tandar* el camino hasta Neraka. La roja Lunitari no se había alzado aún, y Solinari brillaba pero su delgada medialuna no proyectaba apenas luz. A pesar de ello, el tigre conducía a su señora con seguridad, con pasos firmes sobre el escarpado terreno; disfrutaba de su visión felina, adaptada a la oscuridad y, en el caso de que ésta le fallara, todavía podía explorar Neraka olfateando la atmósfera del lugar.

*¿Estás bien, señora?*

*Ella contestó que sí, pero él no la creyó y así se lo dijo.*

—Pareces saber muchas cosas sobre mí, *Tandar*.

*Ex mi misión conocerte. Y mi placer.*

Sí, también su placer. En ocasiones pensaba que si ella no pronunciaba nunca las palabras que lo liberarían del hechizo de Dalamar, si jamás decía: «Valin, te amo», seguiría sintiéndose feliz manteniéndose cerca de ella, compartiendo sus pensamientos.

Yacer junto a ella, como una bestia, no un hombre; como su mascota, no su amante... Sí, Valin lo haría, si era necesario, todos los días de su vida.

No obstante, se atrevía a tener esperanzas de que algún día ella pronunciaría las palabras de su liberación. No podía olvidar el suspiro en su voz, el deje de ansiedad cuando, unas noches antes, le había hablado de él, de Valin, a quien había enviado lejos de su lado.

Crysanía habló entonces en medio del silencio y la meditación del animal, indicando con suavidad:

—*Tandar*, ¿no había ninguna señal de Jeril en la llanura, ningún olor o rastro?

¿Qué puede haberles sucedido a él y a Kela?

«A mi hermano», pensó el tigre.

Kela.

Se sacudió, consciente del modo en que se distanciaba de ella, incluso con palabras. Era la esposa de su hermano y, por ley, se le debía todo el respeto que él concedería a su propia hermana. Aquella categoría le exigía más de lo que le había concedido, una aceptación que era incapaz de ofrecer. No confiaba en ella. Algo no era como debía ser en la mujer. Su olor no le gustaba, era como el de alguien que oculta secretos.

*Recemos para que te encuentren a salvo.*

Avanzó con pasos silenciosos por entre las sombras, guiando a su señora, pero sin dejar de dar vueltas a sus sombríos pensamientos durante el trayecto hacia Neraka, hasta que por fin unos muros negros y retorcidos se alzaron ante ellos, arañando el cielo como dedos dispuestos a desgarrar y romper. Se trataba de los restos de los muros del Templo de Takhisis. Apiñados alrededor de aquellas paredes se encontraban edificios desvencijados, tiendas de lona y establos.

Un chirrido ronco surgió de la oscuridad, una carcajada salvaje que brotó hacia el cielo desprovisto de estrellas.

Crysanía lanzó una exclamación ahogada, y *Tandar* gruñó, colocándose delante de ella. Algo, alguien, se escabulló a toda prisa, llorando y riendo al mismo tiempo.

*Un ogro, señora.*

El corazón de la mujer latió con fuerza. Aspiró con fuerza para recuperar la calma, luego soltó el aire con un suspiro de pesar por la desdichada criatura, por aquel miembro de una raza que en un tiempo remoto había sido la más hermosa de todas las que habitaban en Krynn, y que en ese momento se encontraba degradada y destrozada. Tales eran los servidores de la Reina de la Oscuridad.

*Debemos tener cuidado ahora, Crysanía. Tienes que hacer el menor ruido posible.*

La sacerdotisa le oprimió el hombro en señal de asentimiento.

El tigre siguió adelante, con su compañera pegada a él, y ambos tomaron una ruta que describía un amplio círculo alrededor de las ruinosas construcciones, manteniéndose en las sombras más profundas, hasta que el felino localizó una entrada que no parecía custodiada. Como si del laberinto de un demente se tratara, la ciudad tenía muchas entradas, todas ellas sinuosas y con recovecos. ¿Cómo sabría el qué puerta elegir, en cuál confiar? Lanzó una potente carcajada mental. Allí no se podía confiar en ninguna puerta, de modo que importaba bien poco cuál escogiera. Se introdujo por la primera que halló, esperanzado, y ésta los condujo a una segunda abertura y, luego, a una pared, de modo que tuvieron que decidir si iban hacia la derecha o la izquierda.

La atmósfera de Neraka flotaba como veneno a su alrededor, en forma de jirones neblinosos que dejaban un hedor malsano tras ellos, una peste a alcantarillas, a enfermedades y sangre, a alimentos podridos y a cuerpos en descomposición. La fetidez de la locura y la desesperación.

—¿Sabes dónde estamos? —susurró Crysania, la voz amortiguada tras el brazo que sostenía sobre la boca y la nariz.

—Tanis el Semielfo —dijo Crysania con voz queda— me contó que el templo había estallado, después de que él y los otros escaparan tras la Guerra de la Lanza, pero dijo que no había caído.

Lo que significaba que la oscura sombra que se alzaba ante ellos era nueva. Algo que había vuelto a crecer, tal vez, igual que el templo original había surgido de la piedra angular, como una deforme caricatura de sí mismo.

—Tanis dijo que había algo en los pasillos del interior del templo. Un hechizo hacía que parecieran rectos. ¿No estamos en el interior del edificio?

*No; seguimos en el exterior; entre viviendas. Pero parece torcido. ¿Tienes idea de dónde están el resto de las piedras dragontinas?*

El silencio contestó a su pregunta, una quietud profunda y atemorizada. Los pelos del lomo se le erizaron.

—Dalamar dijo... dijo que tú sabrías dónde estaban las piedras —repuso ella con una vocecita apenas audible.

En el callejón situado tras ellos sonó una risa siniestra, y se elevó una voz femenina, que calló de improviso. *Tandar* se dio la vuelta, gruñendo. Delante, volvió a escucharse la risa, salvaje y terrible; detrás unos sollozos resonaron en la noche, como sangre manando de una herida.

La sacerdotisa profirió un suspiro estremecido que tembló en sus labios, como el sonido de la esperanza al desvanecerse.

Más allá de las curvas paredes, se escuchaban gemidos intermitentes. Un alarido hendió la noche, desvaneciéndose en un borboteo, que se convirtió en sollozos, y luego en silencio. ¿Qué esperanza podía habitar en un lugar como Neraka? ¡Ninguna, ninguna en absoluto! ¿Y quién no podría perdonar la muerte de la esperanza, aunque fuera la esperanza de alguien como la Hija Venerable de Paladine?

La mano de la sacerdotisa susurró en el bolsillo cuando la introdujo en busca de las piedras dragontinas, guardadas en el interior de la bolsa de terciopelo morado de Lagan Innis, entre las páginas de sus oraciones: «Dónde está la Luz, decían las runas de la bolsa, la Oscuridad no puede penetrar».

Una idea se abrió paso con suavidad en la mente del tigre, una esperanza. *Tandar* no había intentado realizar conjuros desde que se convirtiera en felino, ninguno desde que había dejado de pensar en sí mismo como Valin. Se había recreado en la magnificencia de su esencia animal, en la fuerza de su poder, y la magia no le había

parecido algo que un tigre pudiera realizar. Pero eso no lo sabía, no con certeza. Sin embargo, ¿qué se descubriría si intentaba usar la magia?

*Señora, aguarda. Concédeme un momento. Creo... creo que puedo encontrar el camino.*

—¿Cómo?

Él se echó a reír, un cálido sonido en la mente de la mujer.

Notó su sorpresa cuando ella alargó una mano para tocarlo; pero, aun así, la mujer confiaba en él y, cuando la empujó con suavidad con la presión del hombro, en dirección a la zona más oscura de la pared cercana, ella se dejó guiar. No se quejó cuando tocó algo frío y pegajoso; ni siquiera parpadeó cuando la áspera piedra le arañó la espalda. Se limitó a permanecer allí, quieta y en silencio, donde él le indicó que se quedara. Hasta ese punto confiaba en el tigre.

Se escuchaba el abundante borboteo del agua, en alguna parte no muy lejana. El viento gemía, abriéndose paso por los laberintos de calles, transportando olores fétidos y de putrefacción. Una rata pasó corriendo entre chillidos agudos y, encima del retorcido muro, se instaló un grupo de cuervos que parecían burlarse de ellos, viajeros perdidos en una ciudad maldita.

En lo más recóndito de su corazón, donde sus pensamientos sólo los escuchaba él, *Tandar* invocó las palabras de un hechizo de visión, y aguardó tembloroso entre jadeos esperanzados. ¿Había olvidado las palabras, el ritmo? ¿Había...?

La magia le fluyó por el cuerpo, ¡con la misma calidez y dulzura de siempre! Le zumbó en la sangre, brillante y luminosa y, ante los ojos, le apareció el otro lado del recodo del callejón. Agudizó los mágicos sentidos y percibió el tirón de algo que no podía definir. Un hormigueo no muy diferente del que había sentido al sostener la piedra de *Crysanía*, sólo que éste era distinto, potente y siniestro.

Miró a su alrededor, deseando gruñir, pero obligándose a permanecer en silencio. En las sombras, la sacerdotisa aguardaba, la cosa más brillante en medio de aquellas tinieblas, segura en su fe, llena de confianza. Aquel tirón podría ser cualquier cosa y, con toda probabilidad, el resorte de la trampa de algún hechicero. Se estremeció. ¿Y si se trataba de la Dama Oscura en persona?

Tras unos instantes, ella asintió, oprimiéndole el hombro. Recorrieron pasillos oscuros, pasaron ante entradas y habitaciones aún más oscuras, donde las voces de los servidores de la Reina de la Oscuridad se deslizaban por debajo de las puertas. Salieron otra vez a la noche, a través de lo que podría haber sido un mercado en el pasado, convertido en un amasijo de afilados trozos de madera y cascotes. Rodearon montones de basura por los que corrían criaturas con garras y, durante todo ese tiempo él se vio conducido por la atracción de algo que no conseguía identificar, pero en lo que debía confiar.

*Crysanía* permaneció a su lado de un modo incondicional, subiéndose la capucha

de la túnica y disponiendo los pliegues de modo que le cubrieran la boca y la nariz.

En la mente del tigre penetró la voz de ella, suave como una brisa sobre dunas de arena: *¿Dónde estamos?*

*Cerca.*

Empezó a dejarse notar un frío intenso que brotaba de las escaleras y rezumaba de las paredes derramando humedad, tomándose más potente a medida que avanzaban. El frío enrolló serpentinas espectrales en sus piernas, como si intentara impedir que siguieran adelante. La respiración de la sacerdotisa se tornó resollante y resonó con aspereza en las paredes cada vez más estrechas. Entonces llegaron a un nuevo pasillo, que describía una amplia curva y estaba iluminado por una antorcha chisporroteante en cada extremo.

El animal estuvo de acuerdo, pues la presencia de luz indicaba que había alguien cerca para ocuparse de la antorcha.

Un monótono gotear de agua llegó desde algún lugar situado más adelante, y con él voces profundas y guturales.

*¡Sigue!*, lo instó ella cuando el tigre vaciló.

Así lo hizo y sintió en su sangre el fuego abrasador de su instinto que lo instaba a dar media vuelta. A su lado, Crysania andaba en silencio, con elegancia, sin dejar otro sonido de su paso que el susurro de la túnica sobre el suelo mugriento y el desigual murmullo de su respiración. El frío se elevó a su alrededor como las aguas en un mar embravecido y, al mismo tiempo, el infatigable tirón de aquello que lo llamaba — algo siniestro, algo diabólico— se tornó más fuerte.

La sacerdotisa alargó la mano para tocar la madera toscamente tallada y sus dedos encontraron un pasador de hierro. Lo descorrió y contuvo la respiración cuando la puerta se abrió por sí sola. La habitación situada al otro lado era de mediano tamaño, mal iluminada por dos antorchas humeantes y un puñado de velas repartidas por el suelo.

*¿Por qué no? ¿Qué mejor lugar para esconder las piedras dragontinas que la habitación de un mago?*

El tigre hizo pasar a Crysania rápidamente al interior de la estancia y, luego, cerró la puerta con el cuerpo. La mujer se detuvo, con una mano sobre el hombro del animal y la otra deslizándose al interior del bolsillo.

*¿Está aquí? ¿Todavía lo sientes?*

*¡Sí! Es como las piedras que tienes, sólo que diferente. No lo veo, pero la siento. Está aquí, en alguna parte.*

Registró la habitación, empezando por donde se encontraba, describiendo un círculo. La magia del Mal le arañaba la piel al tiempo que gemía en su mente con palabras demasiado terribles para recordarlas. Aunque mostraba el aspecto de un tigre, seguía siendo un Túnica Blanca, y el hedor a magia maligna le producía

náuseas. Rondó por la estancia, con los sentidos desplegados, mientras Crysania atravesaba la habitación palpando el camino con las manos extendidas ante ella. La mujer encontró una baja mesa de trabajo repleta de libros y jarras; tocó una cosa y luego otra, avanzando, decidida, de un extremo al otro del tablero sin perder la expresión de alguien que registra una cloaca.

*Tandar* siguió describiendo un círculo.

¡Podían registrar durante horas sin encontrar tres piedras pequeñas! El pánico se apoderó de él, helado y burlón, una siniestra voz socarrona que le decía que había demasiados lugares donde buscar. Cajas y cajones. Todo un laberinto diabólico de rincones y rendijas.

Y, entonces, con una voz más siniestra que la del pánico, más profunda, más potente, la piedra chilló con un mudo rugido.

*¡Señora! ¡Lo percibo! ¡Entre esos libros! ¡A tu espalda... en el estante!*

Crysania se dio la vuelta, veloz, chocó contra un taburete y no perdió por completo el equilibrio porque sus manos fueron a posarse inmediatamente en el anaquel. Palpó los extremos, pasando unos dedos temblorosos por las cosas que había allí. Estatuas, cristales, pero ninguna piedra.

Los dedos tocaron una pequeña caja cuadrada, y los retiró con una exclamación ahogada. Luego, con una media sonrisa bajo la mortecina luz, extrajo la caja de la estantería.

Alargó la caja para que él pudiera verla, pequeña y cuadrada, de bordes redondeados y sin dibujos ni adornos en la tapa ni en los lados. Mostraba dos pequeñas bolas en la parte frontal, una encima de la otra, y una franja de madera que las separaba: tiradores para dos diminutos cajones.

*¡Ten cuidado, Crysania!*

Conteniendo el aliento, la Hija Venerable abrió el primer cajón. Allí había dos piedras, que chasquearon una contra la otra cuando inclinó la caja para que el tigre las viera. Las tocó y apartó los dedos con un repentino grito.

*¡Quema!*

*Es la oscura... ¡No la vuelvas a tocar! Son igual que las otras dos, a excepción del color. Una es mate, rugosa y gris, y la otra suave, brillante y negra.*

*Yo percibo sólo dos. ¿Hay una tercera?*

*No, únicamente dos piedras. ¿Tal vez en el otro cajón?*

Los dedos le temblaron cuando abrió el segundo compartimento de la cajita. Estaba trabado, y tuvo que tirar con cierta fuerza. El cajón se deslizó al exterior con una sacudida, pero estaba tan vacío como una esperanza vana.

*No, nada. Pero la roja tiene que estar aquí. Busca otra vez en el lugar donde estaba la caja.*

La sacerdotisa palpó toda la estantería mientras *Tandar* deambulaba a lo largo de

todos los estantes y daba una vuelta a la habitación. Los pelos del cuello se le erizaron presas de repentino temor; había resultado demasiado fácil encontrar las piedras. Excesivamente sencillo.

Percibió la repentina sorpresa de la mujer ondulando en su mente, cuando ésta sacó una segunda caja del estante, una idéntica a la primera.

*¡Aguarda! Aquí...*

Detrás del tigre, la puerta crujió y empezó a abrirse. Nada más oírlo, el animal saltó hacia atrás, encontró a Crysania y la derribó de costado, contra el suelo y fuera de la vista justo al mismo tiempo que la seca fetidez de un draconiano penetraba en la habitación.

El ser carecía de alas. Se mantenía más erguido que la mayoría de sus congéneres, y su rostro resultaba horriblemente humano. Tenía la piel oscura, como la de las gentes de las planicies, pómulos prominentes y sobrecogedores ojos azules. Parecía menos espantoso que la mujer que tenía detrás, cuya tez grisácea y ojos hundidos le daban un aspecto monstruoso. Tenían los rostros vueltos el uno hacia el otro, y el draconiano hablaba por encima del hombro.

El draconiano rugió y le asestó un zarpazo con una inmensa garra de afiladas uñas.

El tigre cayó y un dolor sordo embotó su cabeza, pero consiguió retorcerse en el aire, recuperar el equilibrio y aterrizar sobre las patas, listo para volver a saltar. Entonces atacó a la mujer, cuyos labios se movían invocando un conjuro. La alcanzó, igual que había hecho con el otro, en pleno pecho; su cuerpo cedió con facilidad y cayó de espaldas con él encima. El draconiano volvió a golpearlo cuando pasó junto a él, y el manotazo los envió a ambos, tigre y mujer, dando tumbos hasta el pasillo. La hechicera chocó con fuerza contra el suelo, llevándose la peor parte del ataque de su compañero y soportando también el peso de *Tandar*.

Se escuchó el crujir de huesos, y la mujer lanzó un grito agudo de dolor.

El tigre le lanzó un zarpazo a la garganta, y ella se retorció, con un terror desesperado en los ojos. Las garras del animal arañaron su hombro, desgarrando ropa y carne.

Al oír al draconiano a sus espaldas, moviéndose con torpeza mientras intentaba darse la vuelta en el umbral para evitar enredarse con las piernas de la mujer, el felino giró en redondo entonces. Atacó, y al mismo tiempo que se movía a toda velocidad, también lo hizo su adversario, con la cola silbando en el aire. El carnoso apéndice, cubierto de escamas, grueso como el tronco de un árbol, azotó a *Tandar* en un lado de la cabeza. La sangre rugió en sus oídos, y un dolor veloz como el rayo le recorrió todas las terminales nerviosas. Su alarido de dolor se unió a los de la mujer.

Si la sacerdotisa respondió, él no escuchó su voz durante la larga caída hacia la oscuridad.

Crysanía se tambaleó y cayó de rodillas, sin aliento, al mismo tiempo que *Tandar* se desplomaba. Las dos cajas se deslizaron de las manos cuando el dolor la embargó, canalizado por su conexión con los pensamientos del felino. Se dobló sobre sí misma, aturdida y asustada.

*¡Tandar!*

Un gemido se abrió paso por su sistema nervioso, luego se apagó en un suspiro, y nada le llegó desde la mente del tigre excepto un sordo y suave gemir, apenas oído y totalmente ignorante de su propia existencia como tal.

El animal había perdido el conocimiento.

A tientas, localizó las dos cajas y, con los dedos que le temblaban, haciendo acopio de valor ante la sensación de maldad que emanaba de la piedra oscura, las sacó del cajón. De la segunda caja, cogió la quinta piedra, segura de lo que era por la emanación de magia fría y neutral. A continuación, dejó caer sin miramientos todas las piedras en el interior de la bolsa de terciopelo marcada con runas de Lagan y lo guardó todo en las profundidades de su bolsillo; luego arrojó las dos cajas a un lado, bajo lo que parecía la estantería más baja de una librería.

Alargando los brazos con cautela, descubrió el amplio escritorio y se arrastró a lo largo de éste hasta deslizarse debajo, donde se agazapó, sin saber si se encontraba acurrucada a la vista de todo el mundo o no.

Con el corazón latiéndole tan fuerte que creyó que sin duda se debía de oír en toda Neraka, Crysanía comprendió que estaba atrapada.

Intentó entender algo del atronador barullo que escuchaba: las voces enojadas y los pies que corrían. Voces roncadas que gritaban preguntas, ruido de espadas, todos los sonidos se apelotonaban en la entrada. Con cien plegarias en los labios, se replegó todo lo que pudo en el rincón, bajo el escritorio, ovillándose para volverse tan pequeña como le fuera posible. Se escucharon pasos que penetraban en la habitación, pero los sonidos de pisadas fueron tantos que le resultó imposible contar cuántas personas había. Oyó el tintineo y golpeteo de armaduras cuando los que habían entrado se desplegaron por la habitación, algunos en la puerta, otros justo junto a la mesa. Conteniendo la respiración, Crysanía distinguió al menos tres voces distintas, una de hobgoblin, otra gutural y fiera. ¿Un draconiano?

—¿Cómo entró? —preguntó el hobgoblin, y el hedor que despedía inundó la habitación. La sacerdotisa se tapó la nariz y la boca con la mano—. ¿Qué hacía aquí?

—¡Comprobad la caja de la escalera... —rugió una voz humana, lanzando un

escupitajo—... y no os olvidéis de mirar en el pasillo! ¡Aseguraos de que estaba solo!

Se escuchó el arrastrar de pies sobre la fría piedra y también cómo se apartaban piezas del mobiliario a patadas. Los ruidos se fueron extendiendo por toda la estancia. Pies calzados con botas de cuero pasaron junto a ella, luego se detuvieron en la esquina del escritorio. Un olor nauseabundo, a cuerpo sin lavar y a mugre incrustada, asaltó sus fosas nasales. Sin embargo, no fue un registro meticuloso, tan sólo se limitaron a revolver un poco la habitación, y no tardó en oír cómo los pasos se alejaban. La estancia se vació cuando salieron todos al pasillo. Alguien cerró la puerta de una patada, pero ella siguió escuchando sus voces al otro lado.

—Bueno, parece estar solo. ¿Qué hacemos con él?

—Enciérralo en las mazmorras hasta que Lije regrese.

—¿Vas a transportarlo escalera abajo? —protestó otra voz, débil y quejicosa—. Es enorme.

Las estridentes carcajadas que siguieron se fueron apagando a medida que sus voces se convertían en un rumor ininteligible. Crysania escuchó en una ocasión la voz de la mujer herida que gimoteaba de dolor.

Los imaginó contemplando con fijeza el cuerpo del tigre.

¿Qué iba a hacer ella? ¿Y si decidían matar a *Tandar* allí mismo?

Se recogió las faldas, regresó al borde de la abertura, y se arrastró fuera de debajo del escritorio; a continuación se puso en pie despacio y con cuidado, con las rodillas doloridas y entumecidas por haber estado encorvada tanto rato. Deseaba ir hacia la puerta, apretar el oído contra ella para averiguar qué sucedía, pero no se atrevía a correr el riesgo.

Debía moverse despacio, avanzar con cautela. Dio un paso, adelantó el pie para asegurarse del segundo y dio un tercer paso y, justo cuando su pie volvía a tocar el suelo, *Tandar* despertó.

Su conciencia la golpeó con una violencia tan demoledora, que la obligó a apoyarse contra la mesa. Se llevó las manos a la cabeza al notar el agudo dolor que el animal sentía en el oído izquierdo, y el aroma de la sangre inundó sus sentidos al tiempo que penetraba en los del tigre. ¿De quién era la sangre? ¿De la mujer? ¿De él?

Era la del felino, y le goteaba bajo la oreja, cosquilleando sobre el pelaje. Se sentía confuso. ¿Dónde estaba? Rabia. Dolor. La afilada punta de una bota le golpeaba las costillas, y unas voces ásperas le llegaban desde el techo. Se incorporó, mareado pero alerta.

*Quédate ahí. No hagas ruido.*

La mujer se aferró al escritorio, haciendo un gran esfuerzo para no pensar en la posibilidad de perderse en este lugar sin tener a *Tandar* para guiarla. Pero si el animal pudiera escapar...

*Me voy con ellos,* respondió el felino, y una carcajada rugió en la mente de la

sacerdotisa.

Lo oyó gruñir a través de la gruesa puerta mientras los provocaba para intentar alejarlos de la puerta.

*No. Tandar. No lo hagas. Te harán daño.*

De nuevo percibió aquella risa, aquella sensación de que el animal despreciaba a sus adversarios.

*No te preocupes. Creen que me están llevando a donde ellos quieren.*

Entonces, en un instante, lo vio todo a través de los ojos del tigre, la danza, el juego. Uno de los humanos se acercó demasiado, y la mujer casi lanzó una carcajada al ver cómo el hombre retrocedía apresuradamente cuando el felino se abalanzó sobre él. Ellos lo conducían, eso pensaban. Sus captores se movían con las espadas y dagas desenvainadas. Eran un draconiano con unos curiosos ojos pálidos, un hobgoblin y tres humanos. Todos iban ataviados con diferentes grados de negro sucio y harapiento.

Lo siguieron lejos de la puerta, entre exclamaciones entusiastas por lo sencillo de su tarea mientras lo alejaban de la sacerdotisa y lo llevaban por el oscuro y largo pasillo. Al final del corredor, dos de los humanos se colocaron en cabeza en tanto que los otros se apelonaron, aguijoneando al tigre con sus dagas. Crysania cerró los ojos, pero eso no le evitó la sensación de que aquellas afiladas puntas plateadas iban a clavarse en ella. Uno de ellos pinchó al animal, y la hoja resbaló sobre sus costillas.

El hombre aulló, y el cuchillo salió dando vueltas por los aires y cayó, rebotando en una pared y descendiendo los peldaños con un ruido metálico. Profiriendo alaridos, empujándolo con las puntas de espadas y dagas, rodearon al tigre hasta obligarlo a entrar en una caja de escalera oscura y de techo bajo.

La sacerdotisa corrió hasta la puerta, dando un traspie con algo pequeño —una silla, un taburete— y describió precipitadamente el pestillo hiriéndose los dedos.

«Estaré sola, sola. Y he estado sola tanto tiempo...».

Entonces consiguió por fin franquear la puerta en medio de un frenético remolino de ropas blancas y un centelleante medallón de plata.

*¡Tandar! ¡Huye ahora!*

Giró para regresar por donde habían venido y echó a correr en la oscuridad. Unos gritos de sorpresa la siguieron: juramentos, chillidos y el tronar de pies que corrían.

El tigre rugió. Alguien aulló de dolor.

*¡Crysania, detente!*

Era un orden, clara y simple. Un sonido que había que obedecer, y ella obedeció, reaccionando sin pensar, con una confianza incondicional. Se detuvo con un traspie.

*Gira a la izquierda ahora. Sube.*

El animal patinó por el suelo hasta chocar contra ella, la adelantó, y fue a estrellarse contra algo. La sacerdotisa alargó una mano: a menos de medio metro de

distancia se encontraba la pared.

En ese momento se encontraba junto a ella, guiándola.

Ascendió tan deprisa como le fue posible, con el felino avanzando penosamente a su lado. El sonido de pies que corrían sonó cercano entonces, y los ecos resonaron en las paredes y se mezclaron con roncós jadeos.

*¡Sigue adelante... sin dejar de subir!*

Crysanía se aferró a la pared y prosiguió el ascenso, patinando sobre los resbaladizos peldaños para volver a incorporarse de nuevo, moviendo los pies de un modo mecánico.

A sus espaldas resonaban gritos de dolor, sorpresa y cólera. Silbaban las espadas por el aire y algunas repicaban contra la piedra al errar el blanco. El hedor a sudor, suciedad y terror flotaba en la húmeda atmósfera. Furia, una furia incoherente le corrió como un fuego salvaje por la mente.

El tigre rugió, y alguien chilló. Una alegría furiosa inundó la mente de Crysanía al tiempo que alzaba el pie en busca de otro peldaño y se encontraba... con nada. El sobresalto al sentir el vacío la sacudió de pies a cabeza. Agitó los brazos con desesperación y no encontró más que el aire. Entre jadeos y oraciones musitadas en voz apenas audible, paseó el pie a lo largo del peldaño superior a toda prisa hasta que por fin encontró la vieja y chorreante piedra de la pared opuesta, que continuaba para dar a un rellano.

¿Adónde conducía la escalera? No podía recordarlo y, por lo tanto, empezó a moverse hacia el otro lado. Nada más alcanzar la pared, *Tandar* apareció de un salto y colocó la cabeza bajo su mano; la sangre, caliente y pegajosa, le apelmazaba el pelaje.

*Por aquí.*

La condujo hacia la izquierda, al aire libre. Corrieron por un piso llano, con el tigre inclinándose hacia un costado, tambaleante y sin poder mantener bien el equilibrio. A su espalda se escuchó el tronar de pasos, y uno de los hombres llegó al descansillo, resollando y sin aliento.

*Tandar* volvió a dar media vuelta, abandonando a la sacerdotisa, que se detuvo tambaleante y buscó a tientas una pared. Se escuchó un grito, colérico y asustado, y la hoja de acero de una espada golpeó algo sólido y duro, repicando contra una pared o el suelo. Un nuevo grito subió hacia las alturas y se escuchó el crujir de carne y huesos.

A continuación... el silencio.

El tigre regresó con la mujer y, sin apenas esperar a que ésta colocara la mano sobre su lomo, empezó a correr de nuevo, golpeando contra ella torpemente, pero sin dejar de guiarla.

*Estás herido.*

No respondió, se limitó a apoyarse en la sacerdotisa para obligarla a doblar una esquina al tiempo que los pasillos situados detrás de ellos se llenaban de más gritos y pisadas.

*¡Más rápido, Crysania!*

Los pulmones de la Hija Venerable ardían, exigiendo oxígeno; su corazón palpitaba violentamente, solicitando más sangre. Sus piernas no deseaban otra cosa que detenerse.

Crysania rebuscó en su interior y recurrió a energías que desconocía poseer para mantener el ritmo del tigre. Los perseguidores acortaron terreno, y sus maldiciones los siguieron como flechas cuando franquearon como una exhalación una entrada y salieron al ardiente aire de la medianoche en Neraka.

*Tandar* giró bajo su mano para guiarla a través de un patio. La hierba seca crujió bajo sus pies, y doblaron un recodo, luego otro. El animal aminoró el paso y no tardó en detenerse.

*¡Aquí debajo!*

Se deslizó fuera de su mano, agachándose, y ella se dejó caer y siguió adelante a cuatro gatas. Sin aliento, buscó al animal y se encontró con un pegajoso y húmedo pelaje, pues su compañero tenía la cabeza llena de sangre.

Lo rodeó con ambos brazos y se apoyó contra el lomo del tigre, cuya cálida sangre le manchó la frente.

*Me has salvado la vida. Gracias.*

El felino se estremeció, soportando el peso de su compañera durante un instante antes de apartarse.

*Todavía no lo he hecho, señora. Aún no estamos a salvo.*

La sacerdotisa escuchó durante unos instantes, al igual que él. No sonó ninguna alarma en el patio, y no oyó ruido de pisadas a sus espaldas, ni gritos procedentes de los laterales, ni siquiera un susurro que traicionara la presencia de hombres ocultos que los tuvieran rodeados. El viento, el abrasador viento nocturno, hacía corretear las hojas y la basura sobre el suelo; pero, aparte de eso, no percibió ningún otro sonido, ni la veloz carrera de una rata, ni a un ave carroñera desgarrando la noche con sus gritos.

Pero no estaban solos.

Crysania se estremeció. *Tandar* gruñó

Había algo cerca, una presencia más gélida que la muerte.

*Hay algo aquí dentro*, dijo Crysania, temblando de pies a cabeza, *o alguien, que sabe que estoy aquí*. Se movió de lado sobre manos y rodillas, para salir al exterior. *Debemos irnos*.

*Aún no. Aún no. No hasta que estemos seguros de que no corremos peligro.*

El animal se incorporó vacilante, siguiendo el insistente tirón de sus manos y le

transmitió mentalmente:

*Hay una entrada delante, a unos cien metros.*

Dio un paso al frente pero perdió el equilibrio y las patas se le doblaron; sin embargo, se volvió a incorporar con rapidez, tembloroso todavía, e intentó avanzar.

*¡Tandar!*

La mujer se dejó caer de rodillas junto a él.

*El draconiano del pasillo me golpeó en la oreja. No oigo por ese lado, y me altera el equilibrio.*

La sacerdotisa le tocó la cara, la suave oreja redondeada, y también encontró sangre allí; percibió una hinchazón en la zona, por encima de la mandíbula: un chichón que le ocupaba toda la palma de la mano.

*No puedes arriesgarte con una oración curativa, Crysania.*

Ella lo sabía. No había tiempo. Y fuera de este lugar terrible, fuera del mismo mundo, los dioses guerreaban entre sí. ¿Qué atención se atrevería a dedicarle Paladine desde su propia desesperación para escuchar la plegaria de una mujer solitaria que deseaba curar a un tigre?

*Guíame, Tandar.*

Así lo hizo el animal, y ella lo siguió en su cauteloso avance hacia la puerta. Escuchó cómo suspiraba aliviado cuando la atravesaron y la fría y deliberada mirada del templo retrocedió ligeramente, y también ella dejó escapar su propia respiración contenida en la calurosa atmósfera nocturna.

Antes de que pudiera disfrutar de sólo un minuto de tranquilidad para respirar con calma, la voz de alarma que habían temido sonó a sus espaldas. La noche se inundó de gritos y, de nuevo, del sonido de pies presurosos.

*¡Corre!*

Mientras lo seguía, el animal giró y ella resbaló. También él patinó, y los dos se desplazaron de esta guisa durante unos metros antes de conseguir recuperar el equilibrio. Giraron una y otra vez en el tortuoso laberinto de las murallas y puertas de Neraka, perdiendo pie en más de una ocasión.

Notó la presencia de hierba bajo las botas; luego algo parecido a adoquines. La hierba volvió a susurrar y desapareció para convertirse en tierra desnuda. Tandar se dio la vuelta y la empujó hasta que la sacerdotisa sintió el contacto de la piedra contra la espalda. La mujer comprendió de inmediato, y se encogió tan hacia atrás como pudo, ocultándose en las sombras y la noche.

Los pies que corrían pasaron por delante de ella, acompañados de respiraciones entrecortadas y juramentos que rezongaban en el aire nocturno.

Al cabo de un momento, el tigre se apartó de Crysania tambaleante, regresó al sendero y la condujo con pasos rápidos, aunque vacilantes sobre el suelo de tierra. De repente, el felino aminoró la marcha y avanzó con cautela.

*Crysanía, estamos atravesando otra entrada. Es la puerta norte que conduce al exterior de la ciudad*

Fuera, en campo abierto, resultarían totalmente visibles a sus perseguidores: dos pequeñas figuras que huían de la espantosa ciudad de la Reina de la Oscuridad.

—¡Ahí están! —gritó una aguda voz de mujer—. ¡En la puerta!

Pasaron a la carrera junto a un muro, la sacerdotisa lo rozó sin querer con el brazo y la manga se le enganchó en la irregular superficie. ¡Era como si Neraka intentara retenerla!

—¡No! —chilló, la voz le surgió de la garganta como una exhalación, y se soltó con un fuerte tirón, que desgarró la manga y dejó restos de tela y sangre tras ella.

*¡Corre tan deprisa como puedas, Crysanía! ¡Recto al frente!*, indicó mentalmente el tigre y, a continuación, desapareció de debajo de sus manos.

Al intentar detenerse y sujetarlo, la sacerdotisa cayó violentamente de rodillas y, a tientas, giró y reptó hasta el animal, guiada por los jadeos y gruñidos. Orientándose por el olor de su sangre, lo localizó por fin: estaba tumbado sobre el costado, con los flancos palpitantes por el esfuerzo que le significaba respirar.

—¡Levántate! —le gritó—. ¡Levántate! ¡Ya vienen!

—¡Levanta! —Crysanía lo zarandeó, con tanta desesperación como rabia y temor—. ¡No pienso irme sin ti! ¡Me cogerán también a mí si no te levantas!

Su agotamiento, su dolor, todo aquello era como si ella también lo sintiera, y se mezclaba en su mente con el terror mientras el animal luchaba por incorporarse. La sacerdotisa notó cómo el tigre rebuscaba en su interior para hallar las fuerzas necesarias.

—Si consigues llegar hasta el bosque —le prometió, recogiendo las faldas—, podremos descansar. Puedo curarte.

—Te curaré —insistió la Hija Venerable de Paladine, apretando los dientes—. ¡Ahora ponte en pie!

¿Cuánto trecho debían recorrer por la llanura? ¿Cuánto les faltaba para llegar al abrigo de los árboles? El tintineo de espadas, la barahúnda de voces enfurecidas y pies que corrían a toda velocidad se acrecentó a su espalda a medida que los guardias salían por la puerta de la ciudad. El equilibrio de *Tandar* resultaba peor que antes, pero el animal corrió a su lado, manteniendo el ritmo.

Una flecha silbó junto a la mujer, que escuchó su zumbido de avispa y también cómo se clavaba en el suelo con un golpe sordo. Cerró los dedos alrededor del collar del tigre, para mantenerlo erguido, y lo arrastró con ella, a base de pura fuerza de voluntad.

La sacerdotisa se desvió a la derecha para alejarse del sonido atronador de sus perseguidores. El tigre se detuvo de golpe y, con un chillido, Crysanía resbaló en la hierba, esforzándose por mantener el equilibrio en medio de una oscuridad total.

Lo que fuera que se dirigía hacia ellos se detuvo con un patinazo a pocos centímetros de la Hija Venerable. El olor a caballo la embargó. Unos pies pequeños golpearon el suelo, y una voz conocida exclamó:

—¡Señora! ¡Monta detrás de mí! ¡Aquí tienes mi mano!

¡Kela! ¿Y Jeril? El corazón de Crysania se llenó de alegría, mientras aguardaba escuchar el sonido de otra voz, de otro caballo. No oyó ninguna de las dos cosas.

Kela le agarró la mano y tiró, pero la sacerdotisa retrocedió.

—Tandar está herido. Debo intentar curar...

—¿El tigre? Déjalo. —Kela volvió a tirarle de la muñeca.

Crysania se soltó con una sacudida y alargó las manos, una hacia el animal y la otra hacia su medallón.

La hechicera se dio la vuelta, volviendo a montar. Detrás de ellos, Neraka rugía con la furia de la persecución, y la Hija Venerable pensó por un instante que la joven tenía la intención de abandonarlos; pero ésta se limitó a espolear su montura para colocarse entre ellos y la ciudad y la embestida de la guardia.

—¡No te muevas! —siseó Crysania.

Se aisló de los pensamientos del animal, y elevó una barrera de oraciones para que los sonidos a su alrededor perdieran todo significado hasta convertirse en algo parecido al murmullo de un lejano mar.

—Paladine, curad a este... —Vaciló; había estado a punto de decir «hombre»—. Paladine atended mis plegarias. Conceded vuestro poder curativo a este noble ser que tan bien a servido a vuestra servidora esta noche.

La voz de Kela se alzó en un cántico. El aroma de pétalos de rosa, de especias y de otros componentes mágicos irreconocibles flotó en el aire caliente de la noche. Gritos de cólera y dolor penetraron vagamente la conciencia de Crysania. El medallón brilló en su mano, pero con luz mortecina; el calor que había conocido toda su vida chisporroteó como una vela a punto de apagarse. Carecía de una mano libre para ir en busca de la piedra blanca guardada en la bolsa inscrita con runas de Lagan, aunque tampoco se habría arriesgado a tocar por error la piedra negra.

—¡Paladine, escuchadme!

*Tandar* gimió bajo sus manos, moviéndose como si se desperezara, como si su cuerpo se arqueara. El poder del dios del Bien y de la Luz la embargó, una gracia que le mitigó el dolor de los músculos, y las dudas y temores de su espíritu, para penetrar a raudales en la magullada y ensangrentada carne que tenía bajo las manos.

El tigre gruñó con una vibración de nueva energía y vida. Se agitó bajo las manos de ella, y se incorporó.

Es suficiente. Puedo seguir.

La sacerdotisa pasó los dedos sobre el animal para comprobar la oreja herida y los cortes en la cara y el costado. La hinchazón casi había desaparecido, las dos heridas

estaban cerradas.

Kela se encontraba a unos pasos de distancia. Crysania escuchó el chasquear de las riendas y el trapaleo de los cascos del caballo; esta vez, aceptó de buen grado la mano que la joven le ofrecía y montó tras ella.

—Baja la cabeza, señora —gritó Kela.

La sacerdotisa se acurrucó tras la espalda de la maga al tiempo que ésta invocaba un último conjuro.

Algo silbó por el aire, oliendo a rayo y a fuego y, mientras la montura de Kela se lanzaba al galope, Crysania cerró la mente a los lastimeros alaridos que sonaron a su espalda.

Una llamarada envolvió a la guardia de Neraka.

Cuando notó el primer roce de las ramas sobre la cabeza, la Hija Venerable comprendió que ella y *Tandar* jamás habrían conseguido llegar hasta allí solos.

—Kela —dijo—, doy gracias a los dioses de que nos encontraras.

La hechicera no dijo nada, se limitó a guiar a su caballo con cuidado por el ascendente terreno. El tigre avanzaba con rápidas zancadas junto a ellas, y se quedaba rezagado de vez en cuando, para asegurarse de que no los perseguían. Luego regresaba para volver a ponerse en cabeza. Siguieron de ese modo hasta que el caballo, agotado por la carrera, empezó a perder pie y a tambalearse.

—Necesitamos agua —indicó Crysania—. Kela, busca un lugar en el que detenernos y descansar.

En silencio, la maga así lo hizo y se detuvo en un pequeño claro donde discurría un pequeño riachuelo. La joven ayudó a la sacerdotisa a desmontar y la condujo hasta el agua. Las dos mujeres bebieron, agradecidas, en el pequeño estanque, antes de dejar sitio a *Tandar* y al caballo.

—¿Es de noche, todavía? —inquirió Crysania, recostándose contra una áspera roca. Rodeó con los brazos sus rodillas dobladas, y se acunó ligeramente, temblando.

—Lo es —respondió la joven—. Y el fuego del cielo resulta cada vez más brillante, señora.

*Tandar* se acercó, instalándose junto a la sacerdotisa con un ronco gruñido.

El silencio se extendió a su alrededor, e incluso las criaturas nocturnas enmudecieron. Por fin, Crysania dijo:

—Kela, ¿dónde está Jeril? ¿Os encontrasteis después del ataque del demonio guerrero?

El tigre alzó la cabeza y su cola se agitó levemente.

Transcurrieron unos segundos, luego unos cuantos más y, por fin, con voz rígida, Kela respondió:

—Está muerto. Un demonio guerrero... —Se interrumpió. La voz se le quebró, anegada de lágrimas—. Murió bien.

Bajo la mano de Crysania, *Tandar* se quedó repentinamente quieto, duro como una roca. Sus pensamientos, siempre próximos, retrocedieron, como si huyeran de ella; y con terrible brusquedad, volvió a percibir su presencia. Sintió el rugido de una pena enorme, un dolor vivo como una herida.

*¡Jeril! ¡Mi hermano! ¡Jeril!*

¿Hermano?

La sacerdotisa lanzó una exclamación ahogada y se quedó muy quieta. Kela dijo algo, narrando el relato de la muerte de su esposo, resumiéndolo en palabras cortas y concisas.

Crysania intentó escuchar, contestando de vez en cuando con palabras de consuelo; pero en todo momento una palabra daba vueltas en su cerebro: «Hermano».

¡Oh, dios! ¡Oh, dioses...!

La hechicera, ignorante de todo aquello, se puso en pie, con movimientos veloces, como una mujer que desea alejarse del dolor.

—Si me perdonas, señora. Debo ocuparme del caballo.

—Sí —murmuró Crysania, sin apenas escuchar su propia voz debido al dolor que le embargaba la mente. El dolor de *Tandar*. ¡El dolor de Valin!

Bajo su mano, el tigre yacía inmóvil, inundado por un sufrimiento tan profundo que la sacerdotisa creyó que se ahogaría en él.

Valin...

¡No soy Valin!, rugió él en su mente, con la cólera de un animal salvaje. ¡Soy *Tandar*! ¡El mudo *Tandar*, que es incapaz de recordar las últimas palabras que dijo a su hermano en vida!

Era Valin, el hombre convertido en bestia, el mago *Túnica Blanca* transformado en el tigre blanco, en el regalo que *Dalamar* le había hecho. ¿Cómo había sucedido? ¿Mediante que perversidad había infligido el elfo oscuro aquel cambio en el mago del desierto? La mente de la mujer estaba llena de preguntas, pero no se atrevía a formular ninguna de ellas.

*Te daré el nombre que deseas, amigo mío*, dijo Crysania con suavidad, atenta a su pena.

Él no le envió ninguna respuesta mental, no hizo el menor movimiento bajo la mano de ella. Se limitó a permanecer allí, tumbado, gimiendo como no había gemido cuando las espadas lo habían herido y los cuchillos se habían hundido en su carne. De ese modo había llorado la muerte de su amigo, la pérdida de *Lagan Innis*. De igual modo lloraba entonces la muerte de su hermano.

La sacerdotisa se inclinó, sin hacer preguntas, adivinando muchas cosas, y en voz queda musitó:

—Valin. Valin, estoy aquí.

El tigre podía sentir pesar, pero no podía derramar lágrimas y, por lo tanto, fue

ella quién lloró por él, restándole sus lágrimas como él le había prestado su vista.

Permanecieron así durante un buen rato, abrazados en su mutuo dolor, hasta que por fin Kela apareció ante ellos, con su caballo resoplando y pateando el suelo al extremo de las riendas.

—Señora, la noche se acaba. Debemos ir a alguna parte, no podemos permanecer aquí. Los guardias de la ciudad no tardarán en encontrar nuestro rastro. ¿Adónde vamos?

Crysanía se secó el rostro con el borde del vestido y, con la mano sobre la cabeza del tigre, intentó pensar.

Al iniciar el viaje —hacia más de un mes— no había pensado más que en localizar las piedras dragontinas, y en su huida por la ciudad, a través de la planicie, sus únicos pensamientos se habían limitado a conseguir escapar vivos. Y en ese instante...

El tigre se agitó bajo su mano, para a continuación incorporarse y sacudirse.

Debían hacerlo. Tenía que juntar todas las piedras y correr el riesgo de hacer aquello para cuya consecución Lagan y Jeril se habían sacrificado. Llamaría a su dios, pero... ¿qué dios respondería?

¿Takhisis o Paladine?

No importaba. Aquel era el riesgo que debía correr, para aprovechar la oportunidad que sus amigos le habían concedido con sus vidas. Tenía que encontrar un lugar seguro donde poner en funcionamiento la magia de las piedras dragontinas, un lugar sagrado. En su corazón brilló el recuerdo de una vieja historia, un relato de dolor convertido en sagrado por el dulce contacto de la mano de Paladine. Tanis el Semielfo se lo había contado mientras pasaban una tranquila hora juntos en la quietud de un atardecer de otoño.

Un relato de los días que siguieron a la Guerra de la Lanza.

—La Morada de los Dioses —dijo Crysanía en voz baja—. Nos vamos a la Morada de los Dioses.

Crysanía cabalgaba detrás de Kela, aferrada a la hechicera con ambos brazos. No se escuchaban gritos de persecución procedentes de Neraka. Ni el tronar de ejércitos a caballo sacudía la tierra. Los pájaros no chillaban en el cielo, el viento había dejado de soplar y daba la impresión, cada vez que aguzaba el oído, de que todo el mundo había perdido la capacidad de emitir aunque fuera el más mínimo sonido.

Y de improviso se oyó un susurro, apenas audible en la quietud, un chacoloteo imperceptible casi, como guijarros que rodasen por el suelo. Cada vez que eso sucedía, susurraba mentalmente : *¿Lo oyes, Tandar?*

El olfato del animal no detectó nada, pues no había brisa que arrastrara olores hacia él; tampoco vio nada, aunque en una o dos ocasiones se desvió del estrecho sendero, retrasándose, para intentar averiguar algo.

*¿Qué sucede con Kela?*

*Si escucha lo mismo que nosotros, no lo dice,* respondió el animal con un gruñido, no en voz alta, sino en las profundidades de su mente, *y a mí eso me parece raro, ¿no crees? Si no lo oye, ya se lo diremos cuando llegue el momento de que lo sepa. O los acontecimientos lo harán.*

Su corazón no se había ablandado por la viuda de su hermano, aunque Crysanía había pensado que, al menos, el dolor compartido ayudaría a efectuar tal cambio. Por el contrario, daba la impresión de que su desconfianza por la mujer había aumentado.

A regañadientes, Crysanía aceptó no decir nada a la hechicera.

Las llanuras de Neraka habían quedado ya muy atrás antes de que el sol se acercara al mediodía. La senda se elevaba ante ellos, y *Tandar* les indicaba el camino sin una vacilación.

Así lo hizo. Para cuando el sol inició el descenso por el cielo, ya había conducido a las dos mujeres justo hasta el desfiladero que conducía a las Cañadas Brumosas. Más allá, según todos los mapas, se encontraba la Morada de los Dioses.

—Tal vez estas Cañadas Brumosas fueran bautizadas correctamente en el pasado —comentó Kela mientras dejaba que su agotada montura se detuviera para mordisquear las pequeñas matas de hierba que crecían entre los apelotonados peñascos que se agazapaban en lo alto de la senda que descendía hasta el valle—, pero hace mucho que no hay niebla ni brumas por aquí.

«Más de un año, sin duda», pensó Crysanía que no olió más que el polvo, la sequedad de la hierba reseca y el olor de los árboles que aquel clima horrible había convertido en estériles. La sacerdotisa alzó la cabeza, respirando el caliente aire.

—¿Hay agua, Kela?

—Más adelante. Un pequeño arroyo y un estanque aún más pequeño. —Se movió, como quien intenta mirar por encima del hombro; luego emitió un ligero sonido de impaciencia—. ¿Adónde ha ido ahora ese tigre tuyo, señora?

Crysanía proyectó una llamada mental: ¿*Tandar*?

*Aquí, detrás de ti.*

*Nada. Pero todavía nos siguen. Lo noto.*

Eso era más que suficiente para ella, de modo que dijo a Kela:

—Se habrá quedado rezagado. Vuelve a mirar. Estará justo detrás de nosotros.

Ahí estaba, andando con pasos rápidos detrás del caballo como si siempre hubiera estado allí.

El corcel se tambaleó y la sacerdotisa se aferró a la hechicera para no caer.

—Deberíamos parar aquí a pasar la noche, Kela.

—Pero aún quedan muchas horas de luz, señora —repuso ésta, poniéndose rígida—. Deberíamos seguir adelante.

—Nos detendremos junto al agua, Kela —insistió Crysanía con voz firme—. Voy a necesitar un buen descanso antes de intentar...

Dejó la frase sin terminar, pues no deseaba hablar a la joven sobre las piedras dragontinas y sus esperanzas sobre la magia que podría hallar. «Se me están contagiando las sospechas de *Tandar* —pensó—, y no tengo motivos para pensar que exista una razón para desconfiar de esta mujer. Cabalgó a nuestro lado casi todo el camino hasta Neraka y habría ido hasta el final si los acontecimientos no se lo hubieran impedido. Luchó bien para defendernos antes de eso, sin abandonarnos en la batalla. Y, sin embargo...».

No obstante, si bien no tenía motivos para recelar de Kela, tenía razones más que suficientes para confiar en *Tandar* —¡Valin!—, de modo que no dijo nada más, sólo alegó cansancio y ordenó que, por aquel día, ya no seguirían adelante.

Detrás de ellas escuchó rugir al tigre, y percibió el impacto de su salto. Un pequeño chillido de dolor desgarró el aire, luego se desvaneció en el silencio de la muerte. El felino se acercó, y Crysanía escuchó la risa sin alegría de Kela.

—Es un buen cazador, señora —comentó ésta—. Cuando todo haya terminado, deberías quedártelo. Resultaría una buena diversión en Palanthas, ¿no crees?

El fuego chisporroteaba, y el aroma de carne asada y madera de pino perfumaba el ambiente. El tigre había cazado tres liebres, dos para el asador y una para él. Crysanía y Kela se comieron una cada una, desgarrando la carne con los dedos, tan tranquilas, como si jamás hubieran oído hablar del invento del tenedor y el cuchillo. Mientras se relamían con los sabrosos jugos, *Tandar* se tumbó cerca del pequeño estanque para limpiar la sangre de su banquete de las enormes zarpas.

¿*Cruda*? ¿*Deliciosa*? La mujer se estremeció.

El animal rió, pero el sonido tenía un tinte de amargura.

*Eres un hombre*, repuso ella con suavidad. *Valin, ¿no quieres contarme que te ha sucedido? ¿Fue Dalamar...?*

El felino bostezó ruidosamente, se incorporó y desperezó con energía y, a continuación, se alejó, meneando la cola, silencioso. Por un breve instante, le concedió la facultad de ver y le mostró el valle y el sendero empinado que seguirían por la mañana. Cuando le arrebató la visión, la sacerdotisa lo oyó dar vueltas por el perímetro del campamento como había tomado por costumbre, a modo de silencioso centinela, desde que salieron de Palanthis.

*¿Qué oyes?*

*Nada detrás.*

*Tal vez se haya ido, lo que fuera que nos seguía.*

El tigre dejó que un silencio desdeñoso respondiera a aquella esperanza, y siguió dando vueltas, moviéndose en silencio, pero prestando una atención especial al camino por el que habían venido.

—Señora —dijo Kela, con voz tranquila mientras depositaba otra rama seca en la hoguera—, ¿puedes mostrarme las piedras por las que el enano Lagan y mi... mi esposo murieron?

Crysanía sintió una punzada en el corazón, de tan llenas de dolor como parecieron salir las palabras «mi esposo» de los labios de la joven. ¡Casados desde hacía tan poco tiempo!

Y ya era una viuda.

—Desde luego —contestó. Introdujo la mano en su bolsillo y sacó la bolsa de terciopelo de Lagan. Resiguió las runas con los dedos, repitiendo interiormente, en su corazón, las palabras que formaban: «Donde está la Luz, la Oscuridad no puede penetrar».

«Qué así sea», rogó en silencio mientras abría la bolsa, y dejaba caer las cinco piedras sobre la manta. La negra todavía hormigueaba y le quemaba los dedos, pero no con tanta fuerza como en Neraka.

—Las has encontrado todas —indicó la hechicera, con un ligero deje de excitación.

—Sí, las tres que están alineadas están todas aquí ahora, y también las dos no alineadas.

—Y también encontraste algo para guardarlas, según veo. Es una bolsa muy bonita.

—Es..., era... de Lagan. Pensé que, puesto que había iniciado el viaje con nosotros, algo suyo debería seguir acompañándonos.

—Muy poético —repuso ella con voz helada—. Supongo que el enano lo habría agradecido. Yo no encontré nada de Jeril, ni siquiera su espada. El demonio guerrero

se lo llevó todo.

Kela alargó la mano, tal vez para coger la bolsa, puede que en busca de las piedras. Sobresaltada, avergonzada inmediatamente, Crysania percibió el movimiento, y sintió en su interior el mismo resentimiento, los mismos celos que la habían sorprendido en —su estudio del templo el día que había hecho que sus amigos se pasaran unos a otros las dragonites.

Con lo que esperó pareciera un gesto desenfadado, recogió las piedras dragontinas.

Kela volvió a extender la mano.

*¡Crysania, guarda las piedras dragontinas!*

—¿Qué harás con las piedras dragontinas en la Morada de los Dioses, señora? —inquirió la hechicera.

—Oraré, y mi dios me escuchará —respondió ella con más esperanza de la que había sentido durante días.

El fuego chisporroteó cuando el último pedazo de grasa de los restos de una liebre ensartada cayó siseando sobre las llamas. Kela permaneció callada durante un buen rato. Luego, dijo con suavidad:

—¡Cuánta fe, señora! Te envidio.

Tal vez envidiaba la fe de Crysania. Quizás envidiara otra cosa. «Es posible —se dijo la sacerdotisa—, que me esté convirtiendo en una criatura tan suspicaz como Tandar, con muy pocos motivos para serlo».

No obstante, volvió a dejar que las piedras resbalaran al interior de la bolsa de Lagan, y guardó ésta en lo más profundo de su bolsillo; luego, se levantó y deseó a Kela buenas noches. De todos modos, le costó bastante dormirse. Escuchó cómo el fuego se consumía, el delicado borboteo del agua al penetrar en el pequeño estanque, los resoplidos y pateos del caballo. Oyó a *Tandar* moviéndose en la noche, pero no encontró consuelo en ello.

Localizaron el último sendero que abandonaba las Cañadas Brumosas, el camino empinado que conducía a la Morada de los Dioses, pasado el mediodía del día siguiente.

Nadie tuvo que informar a Crysania de la cercanía del lugar, pues las piedras dragontinas se ocuparon de hacérselo saber. Como siempre, rodaban y entrechocaban en el interior de la bolsa de Lagan; su sonido le hablaba con el mismo ritmo que los movimientos del caballo. Entonces, la Hija Venerable las sentía a través del terciopelo, a través de la tela de su túnica. Las notaba como si estuvieran pegadas a su carne desnuda, refulgiendo, canturreando, zumbando llenas de energía; pero ya no podía distinguir a una de la otra, la negra de la blanca o de la roja, las alineadas de las no alineadas. Podía percibir la sensación de su poder; sus voces se fusionaban para entonar un canto, y a la sacerdotisa le daba la impresión de que aquella canción no

contenía más que una única frase, a pesar de su variedad de ritmos.

¡La Morada de los Dioses!

*Estás seguro.*

*Lo estoy.*

*Seguiremos adelante, indicó.*

«Lo haremos», se dijo.

Iniciaron el ascenso, subiendo por entre las montañas. Abandonaron la espesa sombra de las estribaciones y penetraron en la escasa vegetación de las zonas altas. El aire resultaba más enrarecido. Crysania había esperado que encontrarían alivio al interminable calor una vez que estuvieran en terreno elevado, pero sus esperanzas no tardaron en resultar vanas.

Sin sombra, parecía como si el implacable sol se hubiera tornado más potente e incluso más grande. Cuanto más subían, más le costaba a la sacerdotisa respirar. Sintió punzadas en las sienes durante la mayor parte de la tarde; pero, a medida que se acercaban a la Morada de los Dioses, las piedras se pusieron a zumbiar con más alegría, jubilosas, y aquello le hizo olvidar el dolor. Sacó la bolsa bordada con las runas del bolsillo y cabalgó con un brazo rodeando la cintura de Kela, mientras en la otra mano sostenía la bolsa de terciopelo de Lagan muy pegada a su corazón.

—Llegaremos pronto —anunció Kela con voz radiante por la excitación.

*¿Hay algo?*

*No hay señales, pero nos siguen.*

Crysania apretó más la bolsa contra su cuerpo, rezando.

Cuando encontraron las elevadas paredes del desfiladero, sus esperanzas crecieron.

Sin duda se trataba de las cimas de las montañas que rodeaban la Morada de los Dioses. Crysania aspiró con fuerza. El lugar olía a limpio y saludable y también a esperanza, a savia de pino y a aire fresco. El sol no quemaba.

La encontró enseguida, y regresó con rápidas zancadas a los pocos momentos de haber marchado.

*No podréis pasar a caballo. Di a la hechicera que te ayude a desmontar.*

Crysania puso pie en tierra con la diligente ayuda de Kela que, a continuación, saltó tras ella, llevando al caballo de la brida y condujo a la sacerdotisa por el pedregoso camino hasta donde se encontraba el tigre.

—Tendremos que ir en fila india —dijo la hechicera—. Tú ve delante. El caballo y yo te seguiremos.

Crysania vaciló. Alargó el brazo esperando sentir la cabeza de *Tandar* bajo la mano, pero no halló más que el aire, vacío y caliente.

—*Tandar*, dónde...

Como si se tratara de un rayo, algo le golpeó con fuerza en plena espalda. El

encontronazo la lanzó hacia adelante y jadeó, sin encontrar aire.

¡*Tandar!*

Yacía aturdida, sin aliento, con un peso sobre la espalda que le aplastaba los pulmones. Abrió la boca, anhelante, como alguien que se ahoga y, entonces, oyó al tigre que rugía detrás de ella. ¡El animal tenía razón! ¡Los habían seguido desde Neraka!

Notó el calor del aliento del felino en el cuello; apestaba a sangre y a la última presa devorada.

El peso le desapareció, y el aire regresó a sus pulmones y los llenó con el aroma metálico de su propia sangre y de la magia.

Unas rodillas se le hundieron en la espalda y la aplastaron contra la grava. Una mano —¡la de Kela!— agarró su brazo e intentó levantarla para ponerla de rodillas. Crysania se tambaleó, luego volvió a caer y chilló el nombre de *Tandar*, frenética, al tiempo que se avergonzaba por haber dudado de la hechicera. ¿Cómo podía haberlo hecho? Allí estaba Kela, acudiendo tan veloz en su defensa como siempre lo había hecho el tigre.

Una daga salió de su vaina con un silbido de raso.

—Aparta —gritó Kela.

Crysania se hizo a un lado, con la intención de dejar espacio a la joven para luchar.

—Quédate quieta —siseó ésta, sujetándola con más fuerza—. O te mataré aquí mismo.

Crysania sintió que la sangre se le helaba en las venas. Cerró las manos con fuerza alrededor de la bolsa de terciopelo de Lagan, de las piedras dragontinas, protegiéndola mientras la hechicera tiraba de ella para que se incorporara. Su barbilla se clavó en el suelo, y las piedras y la arena le arañaron las palmas de las manos y las rodillas; la parte superior de su cabeza golpeó contra algo duro.

¡*Tandar!*, chilló mentalmente.

Kela le colocó un brazo alrededor de la garganta y se sirvió de él para obligar a la sacerdotisa a ponerse en pie, al tiempo que la hacía girar. Profiriendo amenazas y maldiciones, mantuvo a la mujer en equilibrio contra su cuerpo.

En algún lugar, en la oscuridad que era su mundo, Crysania escuchó el abrasador aliento del tigre, sus rugidos y gruñidos. Arqueó el cuerpo, intentando llenarse de aire los pulmones, pero el brazo que le rodeaba la garganta apretó aún más; la afilada punta de una daga se le hundió en la tierna carne situada bajo la oreja.

—¡Aparta —chilló Kela—, o ella morirá!

—Kela —jadeó la mujer—, ¿qué haces? ¿Te has vuelto loca?

—¡Calla! —le siseó ella en el oído—. Dile a ese tigre tuyo que si se acerca más, regaré esta tierra reseca con tu sangre.

—Apretó la daga un poco más para recalcar sus palabras.

—No se acercará más —le aseguró Crysania, torciendo el cuello y alzando la mandíbula para intentar mitigar la presión—. ¿Por qué haces esto?

—Por las piedras dragontinas, idiota —rió Kela, y su risa sonó como el graznido de un cuervo.

La sacerdotisa lanzó un gemido cuando Kela le arrebató la bolsa; fue como si le hubiera robado algo más que un trozo de terciopelo y unas piedras; fue como si hubiera introducido la mano en el interior de Crysania y le hubiera arrancado el corazón.

—Por favor —exclamó la mujer—. ¡No lo hagas! No sabes lo que haces.

—¡Oh, sí, claro que lo sé! —repuso la otra, y su voz sonó mucho más tranquila, entonces que tenía la bolsa en su poder—. Lo sé mejor incluso que tú. Cuando Dalamar se mostró tan interesado por ellas, supe que debían de ser importantes.

—¿Cómo sabes lo de Dalamar? Ninguno de mis compañeros sabía que tenía algo que ver.

El tigre volvió a rugir, sacudiendo el aire con la cola.

—Te equivocas, señora. —Kela lanzó una ronca carcajada, luego escupió—. Mi esposo lo sabía. Su hermano se lo contó todo en aquel cariñoso mensaje que envió junto con su imagen espectral. Y, como es natural, él se lo contó todo a su esposa. El muy ingenuo. Cuando ya no lo necesité, me deshice de él.

En la mente de Crysania, resonaron los furiosos rugidos del tigre.

La Hija Venerable sintió que el alma le caía a los pies. De todos los ingenuos que habían tomado parte en aquella historia, no era el pobre Jeril quien ocupaba el primer puesto.

—Vosotros los de Palanthas no sois los únicos que se han dado cuenta de lo que sucede en el mundo, ni tampoco los únicos que han unido las piezas del rompecabezas. El ejército, cada vez más numeroso. Los dioses luchando entre ellos. El interés de Dalamar por las piedras. Tú no oyes a tu dios; Dalamar no oye al suyo. Yo no puedo oír al mío.

El corazón de Crysania le latía, atronador, contra las costillas, y, en su mente, *Tandar* susurró:

*La mataré, señora. ¡Le arrancaré la carne de los huesos!*

—Mi magia se ha visto afectada —siguió Kela, acariciando la garganta de la mujer con la afilada hoja de la daga—. ¿Creíste que era una hechicera tan mediocre que todo lo que podía hacer era arrojar bolas de fuego y rayos? Siempre he sido capaz de hacer mucho más que eso. Pero algo no funciona bien. Algo está absorbiendo mi poder.

El filo del cuchillo se hundió un poco más, y una gotita de sangre caliente descendió por el cuello de la Hija Venerable.

—¿No lo sientes? ¡Nos están abandonando! —siseó la hechicera—. Igual que cuando el Cataclismo. Nuestros dioses nos están dejando.

Hundió la mano en la bolsa de las piedras y las sacó todas al exterior; luego las sujetó en una sola mano y las agitó ante el rostro de Crysania.

—Los dioses están demasiado ocupados con sus propias batallas. Y están perdiendo. Pero eso no me afectará a mí. Con estas piedras, seré poderosa. Los dioses pueden regresar todos a Caos, y yo seguiré poseyendo magia.

*¡Señora!*

Una sola palabra gritó el felino y, en ella, Crysania escuchó todo lo que pensaba. Con la misma claridad que si volviera a disfrutar de la vista, la mujer contempló mentalmente una imagen de su repentina y desesperada intentona.

La Hija Venerable se dejó caer y escapó de la sujeción de su oponente rodando por el suelo. En el mismo instante en que Crysania se liberaba, *Tandar* golpeó a Kela en el pecho con todo su peso. La daga salió disparada de su mano y cayó al suelo con un tintineo.

La hechicera lanzó un grito, un alarido que quedó interrumpido bruscamente cuando su cabeza golpeó contra el suelo de rocas. En el silencio, las piedras dragontinas cayeron de su mano y rodaron por tierra.

*¡Tandar! ¡No! ¡No lo hagas!*

El animal se quedó inmóvil, suspendido entre la acción de dispensar muerte o misericordia.

—Tandar —dijo la sacerdotisa en voz alta para que sus palabras flotaran con todo su significado en el aire—. Tandar, no la mates. Ven a ayudarme.

El animal no se movió.

—Valin —insistió ella con dulzura—, por favor, ven a ayudarme.

En silencio, se acercó a ella, con las patas rígidas y estremecido de cólera. Sin un sonido, se colocó a poca distancia para permitir que su compañera se incorporara apoyándose sobre su lomo. Una vez en pie, la sacerdotisa se acercó a Kela, palpándola para averiguar si estaba viva o muerta. El pulso le latía débil, pero firme.

—La dejaremos —indicó, recogiendo la daga e introduciéndola en su cinturón—. Para cuando recupere el conocimiento... —Se detuvo, con el nerviosismo y el temor enroscándose en su corazón—. Para entonces, lo que tenemos que hacer estará hecho. Ahora, ayúdame a encontrar las piedras dragontinas.

El tigre la condujo hasta las dragonitas, y ella se arrodilló despacio, con el cuerpo dolorido por los arañazos, cortes y magulladuras; aunque, cuando por fin consiguió tener las cinco piedras en la mano, ya casi no sentía dolor.

—Hemos de darnos prisa ahora —prosiguió. No estaba segura del lugar de procedencia de aquella repentina urgencia, pero allí estaba, real en la tensión de sus hombros, en el estremecimiento de su columna, y exigía ser obedecida.

En silencio, el tigre blanco la condujo por el empinado camino. La guiaba con cuidado, de modo que la mujer andaba con la misma facilidad que si avanzara por los lisos suelos de mármol del Templo de Paladine. Sin decir palabra, la llevó hasta la abertura que había localizado en la elevada pared de piedra gris. Crysania alargó las manos y descubrió que el animal no había exagerado al decir que el espacio era apenas lo bastante amplio para que pasaran sus hombros.

Era demasiado angosto para que pudiera andar con *Tandar* a su lado, y, por un momento, el felino vaciló.

—No existe ningún peligro delante —manifestó ella con calma—. Pero tenemos dos peligros detrás.

El animal levantó la cabeza, en silenciosa pregunta.

—Kela —explicó—, y quienquiera, lo que sea, que nos ha estado siguiendo durante estos dos días.

Él no podía discutirlo, de modo que se rezagó para dejarla pasar.

Crysania extendió las manos, una a cada lado, para palpar el camino a lo largo del estrecho paso como un alpinista que descendiera a ciegas. Roca áspera, en capas y de bordes afilados, pasó bajo sus manos, arañándole la piel. Paso a paso, atravesó con cuidado la hendidura, percibiendo el peso de la piedra a su alrededor. Olía la presencia de líquenes y los sentía bajo los dedos, a modo de quebradizos bosquejos sobre la roca; olía también la piedra y, en ciertos lugares, el seco y polvoriento olor resultaba más fuerte, más profundo.

Cuando salió por fin al aire libre, *Tandar* pasó detrás de ella y se detuvo. La mujer posó una mano sobre él y sintió cómo temblaba; sus pensamientos como un suspiro sorprendido.

—Muéstrame —susurró Crysania—. ¿Quieres mostrármelo?

El tigre avanzó hacia terreno más despejado, y ella lo acompañó. El animal le concedió visión, espacio. Cuando la sacerdotisa por fin consiguió ver, retiró la mano que tenía apoyada en el cuerpo de él. Dentro de su bolsillo, las piedras dragontinas zumbaron y canturrearon sus ininteligibles cánticos de poder. Canciones de alegría, cantos mágicos, canciones para henchir el corazón e iluminar el espíritu. Sacó la bolsa y la sostuvo apretada contra su corazón.

—¡Oh! —musitó, como si se tratara de una plegaria—. ¡Oh!, ¡Valin...!

La Morada de los Dioses se extendía ante ellos. Unas piedras guardianas estaban dispuestas alrededor de un cráter, una cuenca: ¡un cáliz sagrado! Se alzaban allí veintiún peñascos, gruesos y apiñados, cada uno representaba a uno de los dioses. Sonrió al recordar a Tanis contando la historia de la Morada de los Dioses. Al escucharla, había decidido que colocaría veintiuna columnas en el gran vestíbulo del Templo de Paladine. Y él le había dicho que la cuenca situada entre las piedras parecía hecha de noche, de un vacío sagrado que existía con la única finalidad de ser

llenado.

—Pero no se trata de un vacío —dijo a Tandar—. Tanis me lo contó. Dijo que el cuenco es negro y duro como la obsidiana. Es una especie de espejo, explicó, pero lo que se refleja en él no es una simple imagen. Lo que se ve allí...

Las piedras dragontinas emitieron un zumbido, y la energía de su poder se convirtió en una vibración física que la sacerdotisa percibió a través de la bolsa de terciopelo.

*¿Qué se ve ahí?*

—Se ve a los dioses —susurró ella—. Se ven en las estrellas. Y comprendes, si alguna vez has dudado, que todas las historias representadas en las constelaciones no son cuentos en absoluto. Son verdades, y lo sientes en el corazón y en el alma. — Suspiró recordando el relato de Tanis—. Percibes su presencia en los mismos huesos. Tanis dijo: «Todas las cosas son sagradas en ese lugar, incluso la pena».

*¿Y sintió pena en este lugar?*

—Sí, así es, porque su amigo más querido murió aquí, en los brazos de Paladine.

La sacerdotisa sintió la punzada de un mal presentimiento.

El firmamento se desplegó, negro como una noche sin luna y desprovisto de estrellas.

—Todo va bien —respondió ella, y su mano temblaba tanto que tuvo que sujetar las piedras dragontinas con más fuerza—. Tanis dijo que el cielo se veía diferente desde aquí. Contó que cuando llegó a este lugar llovía, allí fuera, al otro lado de las rocas guardianas, pero no lo hacía aquí dentro.

Sin embargo, mientras hablaba no encontró alivio en aquellos recuerdos, pues las palabras de Kela, escupidas en un ataque de rabia, aplastaban el dulce consuelo del viejo relato.

—Llévame hasta los peñascos. Debemos cruzarlos y llegar al cuenco.

*No sé cómo vamos a pasar entre ellos. Están todos apiñados unos contra otros. Como una pared.*

—Podemos pasar. Tanis me contó que el camino está libre cuando lo encuentras.

Dubitativo, inquieto, el tigre blanco la condujo, guiándola con cuidado por el suelo pedregoso hasta la enorme pared de roca. Suspirando, agradecida, la mujer encontró exactamente lo que el Semielfo había dicho que hallaría; las rocas centinelas sólo daban la impresión de estar pegadas entre sí.

Se introdujo por el espacio que había entre dos de ellas con facilidad, y *Tandar* la siguió.

Apoyándose en el tigre, *Crysanía* avanzó, andando con seguridad hacia el negro y reluciente cuenco. En su mano, las piedras dragontinas canturreaban, mientras la bolsa de *Lagan* iba calentándose y hormigueando con la poderosa energía de las dragonites a medida que se acercaban al borde del negro cáliz.

—Veremos las estrellas cuando estemos allí —aseguró a Tandar.

Tanis se lo había dicho: bajo la brillante luz azul del día, había visto las estrellas reflejadas en el reluciente estanque negro; y había contemplado las tres lunas de la magia, incluso la negra que sólo era visible para los poderosos magos Túnicas Negras. Le había contado cómo la constelación de Paladine había hecho su aparición cuando el hechicero Fizban se había llevado el cuerpo del enano Flint hacia el cielo, y cómo la constelación había vuelto a desaparecer con el regreso del avatar del dios. «Entonces supe quién era», había dicho el Semielfo. «Comprendí que había tenido por compañero a un dios». Crysania se estremeció al recordar el modo en que la voz de su amigo se había tornado más queda merced al asombro, a la reverencia, mientras le contaba aquella historia.

—*Tandar* —dijo, la mano apoyada con suavidad en su lomo—. Valin... muéstrame las estrellas. Llévame hasta las lunas. —Y una vez más vio a través de los ojos del tigre.

El animal avanzó, respetuoso. La condujo hasta el borde del cuenco y miró abajo.

—¡Oh, dioses amados! No —suspiró ella con la respiración entrecortada en los labios.

Ninguna luna se reflejaba sobre la negra superficie del cuenco. Ninguna estrella brillaba, ni en la constelación que le correspondía, ni sola.

«¡Los dioses se han ido!». Kela lo había dicho. Dalamar lo había temido.

Crysania se dejó caer de rodillas en la orilla de la negra superficie. Sostenía las piedras pegadas contra el pecho, contra el medallón que había llevado durante más de treinta años. La advertencia de Dalamar regresó a su mente, su sonriente admisión de que el mago que había hechizado las piedras era un miembro de su siniestra orden.

«Y si, le había preguntado, ¿es Takhisis a quién invocas?».

«En ese caso me presentaré ante ella», se dijo entonces la sacerdotisa. Pero no creía que fuera a ser así. Recordó mentalmente la imagen de la figura bajo la lluvia, las manos extendidas que parecía ofrecerle un regalo invisible.

—Este es tu regalo, Paladine —susurró al dios que algunos decían que no estaba allí—. Estas piedras, nacidas de lo que en una ocasión creí que era una pesadilla. Este es tu regalo, y yo estoy aquí para utilizarlo.

Se inclinó hacia adelante, sujetando con firmeza las piedras dragontinas en ambas manos al tiempo que sentía su poder, el modo en que su energía sagrada cantaba en su corazón, en sus huesos. Palpó por encima del borde del cuenco: la piedra, áspera en la orilla, se tornaba lisa como el cristal algo más allá. Con el corazón lleno de oraciones, dejó caer las piedras fuera de la bolsa de terciopelo y sobre su mano ahuecada; luego, una a una, las depositó con cuidado sobre la brillante superficie del recipiente.

La piedra negra la pinchó, como la picadura de un escorpión, y la colocó la primera, musitando la confiada plegaria de las runas de la bolsa de Lagan Innis.

—«Donde está la Luz, la Oscuridad no puede penetrar».

Junto a la negra, colocó una de las piezas no alineadas. La piedra roja le pareció como la fría mirada del que observa y toma nota, distante y poderosa, y la puso de modo que la piedra no alineada estuviera entre ésta y la negra.

—«Donde está la Luz, la Oscuridad no puede penetrar».

Junto a la roja, dispuso la otra piedra neutral.

Por último, Crysania tomó la blanca, que la inundó de esperanza, y cuando la colocó en la configuración, alzó el rostro, los ojos ciegos vueltos hacia el cielo, y exclamó:

—«¡Donde está la luz, la Oscuridad no puede penetrar!».

El poder corrió por su cuerpo, resbalándole por la piel, para encontrar un eco en su corazón.

—¡Paladine —dijo, y su voz resonó como campanillas contra las rocas guardianas —, padre de todo lo que es bueno y de la luz, escucha a tu hija!

A su lado, *Tandar* permanecía totalmente inmóvil. Ni siquiera lo oía respirar.

En alguna parte, más allá de las altas rocas, el viento adquirió fuerza y susurró sobre las crestas de las rocas centinelas como si discurriera por entre las ramas de los árboles.

En el negro cuenco de la Morada de los Dioses, en el cáliz de los dioses, no brilló ninguna estrella, ni tampoco apareció ninguna de las tres lunas. Ninguna luz parpadeó en el insatisfecho vacío.

Los cabellos de Crysania se le arremolinaron alrededor de las mejillas; las manos, cerradas con fuerza sobre la rodilla, aparecían blancas como el mármol. El miedo se apoderó de ella, un temor siniestro que no se asemejaba a nada que hubiera sentido jamás fuera de sus pesadillas. Surgía de dentro, de su propio corazón. La bolsa de terciopelo se le fue de las manos y, con una exclamación, la sacerdotisa cayó al frente sobre el rostro. El viento se apoderó de la escarcela llena de runas de Lagan Innis llevándosela con él, y el plateado bordado centelló con fuerza bajo una repentina y extraña luz.

Era una luz sin calor, que no ofrecía consuelo, ni ánimo. Deslumbraba y crecía desde el suelo y descendía también del firmamento. La claridad cayó sobre ella, gélida como la mano de la muerte.

Alguien profirió un gemido, y el sonido fue como un alarido horrible, desprovisto de todo lo que no fuera la más negra desesperación.

«Dioses queridos, dioses queridos...». ¡El gemido procedía de ella misma!

El fuerte viento se arremolinó a su alrededor, tirando de sus ropas, de sus cabellos, golpeándole el rostro.

—¡Paladine! —exclamó, y el sonido del nombre del dios cayó inerte al suelo.

Una risa siniestra y burlona surgió estentórea de entre el vendaval.

—¡No es él, Crysania! ¡No es él!

La sacerdotisa se apartó violentamente del cuenco, del viento, y chocó contra *Tandar*. El animal se apretó contra ella, con el corazón desbocado. El tigre era el único ser que quedaba en el mundo.

¡Conocía esa voz! La sangre se le heló en las venas. Sabía de quién era aquella risa. Había sido la antífona de su tormento tantos años atrás... Era la voz del Abismo.

¡Takhisis!

El vendaval adquirió forma; el remolino de oscuridad se convirtió en terrible belleza. La figura de una mujer se alzó de él, apenas visible contra el negro firmamento vacío. Llevaba estrellas en los largos y negros cabellos como si se tratara de diamantes. Todo el universo se reflejaba en sus oscuros ojos, un universo de odio y daño, de dolor, lucha y muerte.

Allí, era la maldad quien gobernaba.

Crysania se cubrió los ojos con las manos y suplicó a *Tandar* que dejara de transmitirle su visión. Sintió cómo ésta desaparecía, pero siguió viendo. Estaba ciega, pero todas las personas, ciegas o dotadas del sentido de la vista, deben contemplar a

un dios cuando un dios se presenta ante ellas.

El tigre destilaba terror, un espeso olor almizcleño; pero, aun así se interpuso entre la Reina de la Oscuridad y Crysania. El gesto divirtió a la Oscura Señora, si bien no la afectó en absoluto. Takhisis aparecía donde deseaba, y entonces deseaba estar allí donde la Hija Venerable de Paladine pudiera contemplarla en toda su siniestra gloria. Rió, no con las horrendas carcajadas chirriantes que la sacerdotisa había escuchado en una ocasión. Aquella risa era gutural, tranquila e íntima.

*No temas, hija.*

Las palabras fueron susurradas en la mente de Crysania, como los pasos de la muerte acercándose, sigilosa. La fingida amabilidad le provocó náuseas, como bilis subiéndole por la garganta.

He respondido a tu llamada —dijo la Reina de la Oscuridad—. ¿Qué es lo que deseas de mí?

La vieja advertencia sonó débilmente en el recuerdo de la sacerdotisa. Incluso en ese momento, acurrucada ante la Reina de la Oscuridad en persona, Crysania seguía queriendo creer —¡debía creer!— que el regalo de las piedras dragontinas, sin importar lo extraño, lo horrible que resultara, provenía del mismísimo Paladine.

Ella lo había visto, en sus sueños había contemplado al dios, con las manos ahuecadas, extendiendo los brazos como si le ofreciera algo.

La mujer sintió que el corazón le retumbaba en los oídos, en forma de un sonido terrible que le recordaba algo a punto de estallar. Consiguió incorporarse, tambaleante. Luego, se obligó a ponerse en pie y a mantenerse erguida y orgullosa. Era la Hija Venerable de Paladine, aunque eso no contara para nada ante aquella diosa siniestra.

Junto a ella, *Tandar* permanecía tan quieto como las rocas que los rodeaban. La mujer percibió su terror, el miedo que le corría por el interior como una llamarada, de modo que extendió la mano para posarla sobre él, y el animal se tranquilizó.

—Oscura Señora —dijo, con voz entrecortada—. He venido con una pregunta.

—¿Sólo eso? —Sus ojos se encendieron con un fuego oscuro—. ¿No con regalos? —Bajó la mirada y la clavó en el tigre—. ¿Ni con algún sacrificio insignificante de sangre y muerte para distraerme?

La mano de Crysania empezó a temblar, y la voz se le secó en la garganta. Tragó saliva, obligándose a hablar.

—No, señora. No he venido con ninguna clase de sacrificio. He venido con las piedras dragontinas para invocar a un dios y poder hacerle una pregunta. Las piedras podéis verlas ante vos. ¿Escucharéis mi pregunta?

—Habla —dijo Takhisis, y la oscuridad se arremolinó a su alrededor, como si la diosa arrastrara hacia el suelo todo el apagado firmamento para convertirlo en su vestido.

—Los dioses... Hemos oído..., hemos oído que todas las guerras que se llevan a cabo aquí, en el mundo, también tienen lugar entre los dioses. Algunos dicen que los dioses se irán pronto. ¿Es eso cierto, señora?

—No temas, niña mía —sonrió la Reina de la Oscuridad, con una sonrisa feral que le dejó al descubierto los dientes—. Y tú eres mi criatura, aunque tal vez no te agrade considerarlo así. Sin embargo, es cierto. Toda la creación pertenece a los dioses. Toma nota de esto: los dioses no se han ido a ninguna parte, porque los dioses son inamovibles. Es vuestro corazón el que ha cambiado.

—En ese caso, si los dioses no se han ido a ninguna parte, permitid que vea a Paladine —contestó Crysania con audacia, aspirando profundamente y sintiendo que su corazón se llenaba de fervor con sólo pronunciar su nombre—. Dejad que hable con él.

Helada como la medianoche en invierno le llegó la risa de la Reina de la Oscuridad, y el corazón de la sacerdotisa se estremeció cuando Takhisis se alzó ante ella, tan inmensa que daba la impresión de llenarlo todo a su alrededor con su espantosa majestad.

—¿Quién eres tú —chilló la diosa—, para poner en duda lo que hacen los dioses? ¿Te encuentras en el fondo del pozo de tu ignorancia, con la mirada fija en el trozo de cielo que tienes encima y te atreves a interrogarme?

—Soy... —Crysania empezó a temblar por culpa del frío, como si la mano de la muerte se hubiera posado sobre ella—... soy la Hija Venerable de Paladine, y vos sois la Madre de las Mentiras. ¡Rechazo vuestra maldad! Conozco la verdad, y es ésta: ¡Donde está la Luz, la Oscuridad no puede penetrar! En nombre de la verdad, repito, dejad que vea a Paladine.

Todo quedó inmóvil. En la Morada de los Dioses, nadie respiraba, nadie osaba moverse. Incluso las piedras dragontinas permanecieron silenciosas, con su resplandeciente canto de poder transmutado en un mutismo total.

La oscuridad cambió. Fue como si los bordes del nocturno vestido de Takhisis se empezaran a plegar sobre sí mismos. Más allá de aquellos extremos, empezó a aparecer una luz, que en un principio pareció como un ribete plateado sobre las tinieblas, reluciendo igual que el raso. Entonces, el reborde se fue tornando más brillante a medida que la luz le quitaba terreno a la oscuridad. Como el inevitable amanecer, aquel fulgor fue aumentando, con la lenta y majestuosa seguridad de que nada se le podía oponer.

La respiración de *Tandar* se volvió acelerada y ronca. Crysania sintió que el miedo le desaparecía del corazón, igual que la sucia niebla aclara cuando el sol aparece para calentar la tierra, y lloró; las lágrimas le corrieron por las mejillas cuando sintió retornar la esperanza.

El tigre rugió, con un profundo grito animal, y el sonido se desvaneció con

suavidad al tiempo que una voz surgía de la luz.

—No llores, hija.

Crysanía alzó el rostro hacia el cielo, con las lágrimas derramándose veloces al tiempo que el corazón se le exaltaba en una carcajada, una risa absurda, deliciosa e incongruente que resonó por el pétreo recinto como un repiqueteo.

—¡Padre, habéis venido! ¡Oh, he tenido tanto miedo!

—¿Por ti?

Tuvo que admitir que sí. ¿Cómo negarlo? El que podía ver en el interior de su corazón debía de conocer con exactitud sus temores.

—Y —continuó él con suma dulzura— has sentido miedo por mí. —Le tendió una mano, y la luz brilló por todas partes.

Allí no había ningún dragón reluciente; ningún guerrero eterno se encontraba ante ella, cubierto con su armadura y empuñando armas divinas.

Frente a la Hija Venerable, con los ojos algo desconcertados y las manos hurgando en los bolsillos de la túnica, estaba un avatar muy viejo.

—Fizban —musitó la mujer, con el corazón tan henchido de alegría como el de un niño.

El anciano levantó la mirada, como si se hubiera sobresaltado de improviso. Era realmente Fizban: distraído, bonachón y algo irritable. De esta guisa había visto Tanis el Semielfo al dios, hacía más de treinta años.

—El mismo que viste y calza —contestó él, mirándola con el entrecejo fruncido como si fuera una niña impertinente—. Y ¿por qué no? Ya he estado aquí antes. Con esta misma apariencia creo. Muchacha —dijo, mostrándose súbitamente alarmado—, ¡hay un tigre a tu espalda!

—Sí. —La sacerdotisa volvió a reír—. Es mi amigo.

El anciano hechicero ladeó la cabeza, entrecerrando los ojos mientras rebuscaba de nuevo en sus bolsillos.

—¿Estás segura? Puedo convertirlo en un ratón... o en otra cosa.

—¡Estoy segura! Sí, muy segura. Es un amigo.

Gruñó, como lo hacen los ancianos y, luego, se quedó callado. En lo alto, las nubes discurrían veloces, y parecía como si chocaran entre ellas desde todas las zonas del cielo.

—Padre —dijo Crysanía—, he venido aquí con una pregunta.

Volvió a rezongar, pero entonces pareció que algo había cambiado. Todavía se mostraba bajo el aspecto de Fizban, con su absurdo gorro puntiagudo cayéndole sobre los ojos, y las manos temblorosas como las de un viejo; sin embargo, los ojos brillaban con fuerza.

—Pregunta.

—Padre, he oído decir a los dragones que habéis librado una batalla contra Caos.

Os veo aquí ahora... Padre, ¿estáis bien? ¿Vencisteis?

El dios la miró durante un largo rato; luego, volvió el rostro hacia el revuelto firmamento, donde las nubes corrían, enloquecidas, sobre sus cabezas.

—Sí, hija, hemos vencido. Caos ha sido derrotado. Ha abandonado este mundo.

Las palabras eran las correctas, las que ella quería oír, pero parecían susurradas bajo el peso de una gran tristeza.

Sintió que se le hacía un nudo en la garganta, y alargó la mano en busca del tigre, al que encontró, como siempre, a su lado. Notó que los flancos se le movían, rítmicamente, al compás de la respiración.

—Hija mía —prosiguió el anciano hechicero—, el Padre de Todo y de Nada fue derrotado, pero el precio que exige para abandonar este mundo en paz es muy alto. Sus hijos deben partir con él.

—¡No! —exclamó Crysania, soltando un suspiro sollozante.

En el firmamento, las nubes hervían, corriendo y arremolinándose como enloquecidas, mientras que, en el suelo, ninguna sombra reflejaba su salvaje danza.

—Es por eso que he venido a ti —indico Fizban—. Para decir adiós. Debo abandonar este mundo.

—¡No! ¡Padre, no! —exclamó la sacerdotisa, sintiendo que toda la esperanza se le esfumaba del corazón.

El dios miró hacia el cielo, frunciendo el entrecejo como un anciano perplejo, y alzó una mano como para lanzar un conjuro de inmovilidad, pero enseguida la dejó caer de nuevo.

—Criatura, debo hacer lo que he aceptado hacer. No nos resulta fácil a nosotros, los dioses, abandonar este mundo y a las criaturas que hemos creado. Hemos luchado por vosotros y también nos hemos enfrentado por vosotros. Y por encima de todas las cosas, os hemos amado. Pero no vamos a entregaros a la cólera de Caos y, por lo tanto, debemos marchar. Es el sacrificio que realizamos para salvaros.

Crysania percibió una caricia en la mejilla, tierna y entristecida.

—Los otros ya se han ido, y yo debo seguirlos.

—¿Qué haremos? ¿Cómo sobreviviremos? —La Hija Venerable se encogió sobre sí misma al pensar en los largos días sin la amorosa presencia de Paladine. No podía imaginar el resto de su vida extendiéndose ante ella en silencio y oscuridad; sin el resplandeciente y cálido afecto de Paladine.

—Sobreviviréis, hija mía. Debes sobrevivir. El mundo necesitará de tu compasión y sabiduría. —Miró al tigre blanco situado junto a la mujer, y a ésta le dio la impresión de que la sonrisa que le iluminaba los ojos era una de repentina y divertida satisfacción—. Encontraréis nuevos modos, nuevas magias. Mi bendición te acompañará siempre.

Sintió que el dios empezaba a retirarse, y aquello no se parecía a nada que hubiera

sentido antes. Aquella marcha era como si el sol se empequeñeciera, se alejara. Eso sí era una auténtica oscuridad, una cruel ceguera sin siquiera el lejano parpadeo dorado de su presencia.

—¡No! —gimió. No podía soportarlo; era imposible. No podía ser, sin duda se trataba de un sueño, una pesadilla. Despertaría e iría a su ventana y se arrodillaría bajo el calor del sol de la mañana para orar y él la tocaría con su afecto.

Pero jamás lo haría. Así lo había dicho. Nunca volvería; debía abandonar el mundo.

Cayó de rodillas, inconsolable, y empezó a sollozar aferrada a Tandar, con el corazón destrozado mientras toda la luz de su mundo retrocedía. Permaneció así, arrodillada, durante lo que le pareció una eternidad antes de oír en su mente la voz del tigre, baja y en tono de advertencia.

*¡Crysanía!*

Los dioses se habían ido, Takhisis y Paladine; y, por lo tanto, esperaba que al mirar a lo alto no vería más que oscuridad otra vez. No fue así. El cielo se había tranquilizado y ya no corrían por él las nubes en una danza febril y sin viento. En su lugar distinguió luces que brillaban. Parpadeó, intentando desviar la vista, pero no pudo. Las luces flotaban sobre el negro cuenco cristalino, adquiriendo todos los colores del mundo, el azul del cielo, el verde de los bosques, el dorado de las arenas del desierto; todos esos y muchos más, se mezclaban y se combinaban en un arco iris que no se reflejaba en la espejeada superficie.

—Valin —musitó.

El animal se restregó contra ella con el corazón latiéndole con fuerza.

Las luces se fundieron en una única y brillante bola de fuego; luego se separaron, fluyendo hacia el exterior en tres torrentes de color bien diferenciados: blanco, rojo, negro. Los haces de luz se extendieron y tomaron forma en el cielo: dos figuras masculinas y una femenina, cada una vestida con una de las túnicas de las Órdenes de la magia. Mostraban aspecto humano, altos y fornidos, pero la sacerdotisa sabía, con toda certeza, que de haber sido ella una elfa, los habría visto bajo el aspecto de elfos; de haber sido enana, los dioses se habrían presentado como enanos. Adoptaban aquellas formas para resultar más accesibles a aquellos ante quienes aparecían.

—Hemos venido a buscar las estrellas dragontinas, lady Crysanía —anunció la roja Lunitari dando un paso al frente y separándose de sus congéneres—. Os damos las gracias a ti y a tu compañero por reunir las para nosotros.

—¿Estrellas dragontinas?

Nuitari rió, con un sonido siniestro, como de tormentas.

—Estrellas dragontinas —repitió Lunitari—. Pues muy pronto serán algo más que piedras, criatura.

Solinari se adelantó entonces, y las tres criaturas divinas hicieron un gesto apenas

perceptible con las manos, un movimiento en perfecto acuerdo, y la hilera de piedras empezó a alzarse, girando y danzando en el aire.

—No pertenecen a este mundo —indicó Lunitari, y su voz era como sangre hormigueando en las venas, como seda resbalando sobre una piel suave.

Las piedras empezaron a describir un círculo, elevándose más y más, hasta que flotaron sobre la cabeza de Crysania. Ésta dio un paso atrás, y *Tandar* se movió con ella, aunque sin apartar los ojos de las piedras. Las dragonitas formaron un círculo perfecto en el aire, sin principio ni fin, girando cada vez más deprisa hasta que la sacerdotisa no consiguió distinguir las unas de otras; los colores se mezclaron igual que las luces de los dioses se habían unido, y formaron un disco dorado.

—Valin —susurró.

Una ondeante luz amarilla fluyó del disco dorado, y torrentes de poder se extendieron hacia fuera como plumas al viento.

Un alarido desgarró el divino silencio.

Crysania dio una sacudida y se volvió. *Tandar* giró en redondo, entre gruñidos. Y justo en ese instante la hechicera Kela se deslizó entre las protectoras piedras guardianas y se dirigió hacia ellos a la carrera.

El tigre saltó de lado para colocarse entre la mujer y Crysania, preparándose para resistir la embestida. Kela ni siquiera le echó una mirada. Aullando su aflicción, pasó corriendo junto a él, abriendo las manos en un intento desesperado de coger el disco dorado, los dioses y la magia.

Y detrás de ella —¡dioses misericordiosos!— detrás de ella corría otra persona, un hombretón que la seguía con zancadas tambaleantes.

—¡Jeril!

Crysania chilló su nombre, pero el guerrero no se detuvo.

La sacerdotisa lo contempló con una visión que se fue apagando a medida que los tres dioses de la magia se alejaban de la Morada de los Dioses. El hombre corría, cojeando, tambaleante por culpa de viejas heridas y de una nueva: un tajo de espada sobre las costillas, por cuya abertura se le escapaba la vida en forma de sangre roja que empapaba el suelo rocoso. El joven sabía lo que Kela pensaba hacer; Crysania vio la amarga y terrible comprensión en los ojos de él, y lo comprendió también.

La sacerdotisa lo comprendió en ese mismo instante desgarrador.

—Valin —gritó.

Con la visión cada vez más debilitada, apagándose, vio que el tigre saltaba hacia Kela, y contempló cómo la hechicera lo esquivaba veloz, riendo y llorando al mismo tiempo.

—¡Deténte! ¡Kela! ¡Deténte! —

Kela dio un salto en cuanto sus pies tocaron la orilla de la cristalina superficie; con los brazos extendidos, intentó sujetar el ondulante disco amarillo. Profirió un

grito al tocarlo: agonía y éxtasis se enlazaron en un terrible sonido mientras el poder estallaba a su alrededor. La luz dorada que fluía del disco mágico se dividió en colores distintos: rojo, verde, blanco, azul y negro. Las serpentinas de color rugieron, se enroscaron hacia lo alto, se convirtieron en fuego y por fin se transformaron en piel recubierta de escamas.

Una voz, profunda, sensual y horrible susurró:

—Sí. Ven conmigo.

Crysanía lanzó un alarido de temor.

La hermosa hechicera fue engullida por un estallido de poder al tiempo que los cinco colores de Takhisis se fundían entre sí.

El viento arremolinó la túnica de la sacerdotisa alrededor de las piernas de ésta y tronó en sus oídos. La mujer cerró los ojos, y cuando por fin se permitió mirar otra vez, el disco se encontraba tan alto en el cielo que apenas parecía otra cosa que una pálida luna amarilla insertada entre las estrellas.

¡Estrellas!

Profirió una exclamación ahogada, y alargó los brazos como si pudiera tocarlas; eran estrellas nuevas, no como las antiguas. Los dioses se habían ido, y la magia había desaparecido. El mundo yacía a su alrededor privado de la presencia de aquellos seres divinos y, mientras se daba cuenta de todo aquello, la oscuridad volvió a cerrarse sobre ella: la vieja maldición, el antiguo regalo de su ceguera regresó en ausencia de los dioses.

Alguien gimió, emitiendo una especie de sollozo dolorido. Era Jeril.

Crysanía tanteó en la oscuridad en busca de *Tandar*, de Valin. El animal se colocó bajo su mano y permitió que lo utilizara para ponerse en pie.

—Llévame hasta él —dijo la mujer—. Llévame hasta tu hermano.

Incluso mientras lo decía, su corazón titubeó. ¿Qué haría cuando llegara allí? Se arrodillaría a su lado, le ofrecería consuelo; pero no tenía otra cosa, pues toda la magia curativa había abandonado el mundo junto con los dioses.

Avanzó tambaleante junto al tigre, débil y agotada y, al alargar la mano encontró sangre, caliente y que manaba con rapidez.

—Jeril —musitó.

—Señora —gimió él.

—Pensábamos que estabas muerto.

El guerrero emitió un sonido parecido a una tos, y sólo cuando habló comprendió ella que se trataba de una amarga especie de carcajada.

—¿Pensábamos? ¿Tú y tu fiel tigre?

—Sí —encontró su mejilla, y a ciegas la acarició, encontrándola rugosa, sucia y cubierta de barba—, yo y mi fiel tigre.

—Señora —Se estremeció, e hizo un supremo esfuerzo por llevar aire a sus

pulmones—. señora, ella está muerta, ¿verdad?

Tandar estaba tumbado junto él, muy cerca, del mismo modo que acostumbraba a yacer junto a ella, y los temblores de Jeril se calmaron cuando el calor de la enorme bestia lo envolvió.

—Sí, Kela está muerta.

El guerrero tragó saliva, y la sacerdotisa oyó el chasquido en su garganta como un toque de difuntos.

—Entonces también lo está nuestro hijo.

—¡Oh! —gimió Crysania— ¡Oh, no! Eso no...

—La..., la quería. —Jeril se movió, retorciéndose bajo su mano, revolcándose de dolor—. La amaba... y no supe la oscura pasión que la impulsaba... hasta que fue... demasiado tarde.

La hechicera había intentado matarlo, explicó Jeril, una noche después del ataque del demonio guerrero. Le había contado lo mucho que necesitaba las piedras dragontinas, sus miedos, sus planes; y como el valiente corazón del joven no había querido saber nada de aquellos planes siniestros, ella había intentado matarlo. Pero su golpe fue torpe y rápido, la hoja no acertó en la oscuridad. Había sobrevivido, había conseguido escapar, y la había seguido, a su esposa de tan sólo unas semanas; a la madre de su hijo.

—Para salvarla, señora. Para salvar a nuestro hijo.

Así pues, había sido Jeril quién los había seguido por las Cañadas Brumosas, un amante intentando rescatar a su amada de ella misma. Crysania lo acarició con suavidad, simplemente para proporcionarle consuelo, ya que carecía de poder curativo.

—No quería que la salvaran —suspiró el joven. Se estremeció, luego gimió cuando el tigre se apretó más aún contra él, un ligero peso contra el herido.

*¡Hermano!*, chilló Tandar, pero sólo Crysania podía oírle.

*¡Hermano!*

—Paladine —murmuró la sacerdotisa—. Padre querido, ¡nos habéis abandonado demasiado pronto! Y ese buen hombre morirá.

Se meció hacia atrás sobre los talones, al tiempo que alzaba el rostro hacia el cielo en el que centelleaban nuevas estrellas. Se alegró de no poder verlas.

Algo rozó su cara, algo frío y húmedo, y cuando levantó la mano para limpiarse, otra gota se estrelló contra su mejilla, partiéndose en gotas más pequeñas que saltaron hacia sus pestañas. Y a continuación cayó otra. Levantó las manos hacia el agua que caía.

—¿Es... es lluvia, señora? —inquirió Jeril con un suspiro.

La Hija Venerable ahuecó las manos, tal como había hecho la imagen del dios en su sueño, y dejó que el recipiente se llenara, antes de responder afirmativamente y

ofrecer el don de un poco de agua dulce y fresca al moribundo.

—Sí, es agua, amigo mío. Bebe con mi bendición.

Tal vez la oyó, pero ella no lo creyó, y el gemido lastimero de un tigre penetró con suavidad en su ceguera, en aquella oscuridad tan familiar.

No podían enterrar a Jeril, ni tampoco podían construir un túmulo decente. Los tigres no pueden levantar piedras ni cavar en la tierra, y tampoco puede hacerlo una mujer ciega; así que lo dejaron en la Morada de los Dioses. Encontraron su espada fuera del círculo de peñascos, limpia de su sangre merced a la lluvia que caía dulcemente, y la llevaron hasta donde él estaba, para colocársela sobre el pecho, con las manos cruzadas sobre la empuñadura. Luz del Desierto le haría compañía en ese lugar al que los dioses no regresarían nunca más.

—Es un sitio apropiado para él —indicó Crysania.

El tigre no respondió.

—Vamos —dijo la sacerdotisa, posando la mano sobre él y acariciando el suave pelaje—. Sácame de aquí, Valin.

Este así lo hizo, en silencio, abrumado bajo el peso de su pena. La condujo por entre las piedras guardianas y de regreso al sendero que cruzaba las Cañadas Brumosas. Allí se refugiaron de la lluvia en una pequeña cueva, y se tumbaron juntos a dormir.

Soñaron los mismos sueños, el tigre y la mujer, sus esperanzas y recuerdos entretejidos. Soñaron con lluvia, con dioses; soñaron con nubes que chocaban unas con otras desde todos los rincones del cielo. Ella soñó con tener el don de la vista; él con la ceguera. Y en algunos instantes soñaron también con los muertos, con Jeril y Lagan Innis y con Kela, la hechicera, que no se dejó rescatar.

Así transcurrió la noche para ambos: Crysania dormida sobre el suelo de roca de la cueva, el tigre tendido junto a ella, convertido en un peso cálido y familiar. Y cuando despertaron, cada uno pensaba en la misma imagen, la de un atractivo y anciano hechicero que los contemplaba con fijeza, sacudiendo la cabeza mientras se preguntaba qué demonios estaba sucediendo entonces.

—Te miró de un modo tan extraño —comentó Crysania, con la mejilla apoyada en la enorme cabeza del felino—. ¿Lo recuerdas? Cómo si supiera algo sobre ti. Algo divertido.

No sé qué podría haber sabido de mí que le resultara divertido. Mi vida no ha sido precisamente entretenida, señora.

—Tal vez —susurró ella—, sonreía por algo que todavía no ha sucedido.

En el exterior seguía lloviendo, diluviando como si hubiera que aliviar todo aquel terrible y reseco verano. Crysania se estremeció, pues esa mañana había descendido sobre el mundo mucho más fría de lo que habían sido las mañanas desde hacía mucho tiempo. Deseó poder tener un fuego, y se enroscó aún más contra el tigre.

*A mí también me gustaría tener uno,* contestó el animal.

—Bien, pues no tenemos demasiada suerte, entonces. No puedo encender un fuego, y tú tampoco. Así que tendremos que permanecer aquí sentados aguardando a que pare la lluvia mientras nos calentamos mutuamente lo mejor que podamos.

El felino no dijo nada y ella comprendió que había aislado sus pensamientos para que no los detectara. Sin una palabra, volvió a echarse a su lado, y al cabo de un cierto tiempo, dijo:

—¿Me contarás, Valin, qué sucedió para que te convirtieras en un tigre?

*Hice un trato, señora. Con Dalamar el Oscuro.*

—Cuéntame. Quiero saberlo.

Le contó todo lo que deseaba saber, con imágenes claras y nítidas. Le explicó su visita a la Torre de la Alta Hechicería, relató lo que el elfo oscuro había ofrecido —un modo de poder acompañar a Crysania en su viaje a Neraka— una posibilidad de obtener su amor.

Un modo, queridísima señora, de estar contigo siempre. De protegerte, de correr a tu lado, de escuchar tu voz. Suspiró, con un profundo sonido animal. Un modo de yacer junto a ti por la noche...

La lluvia caía, entre suspiros y susurros, oliendo a vida, esperanza y a todas las cosas buenas.

Crysania se sentó en el suelo y le rozó la cabeza, acariciando su mejilla mientras se decía que su corazón se partiría de tanto como le dolía. Sólo eso era lo que él había querido, y ella se lo había negado. Eso era lo que le había pedido, un día en el jardín del Templo de Paladine, y ella lo había echado, diciendo: «No, no puedes tenerlo». Y de ese modo lo había entregado en manos de Dalamar, porque su compañero deseaba aquello que ella no quería darle.

—Valin —dijo, y la voz se le quebró a causa del dolor—. ¿Existe algún modo de que vuelvas a ser libre?

El sonido que el tigre profirió cayó como un peso sobre la oscuridad que la envolvía.

*Existe un modo, señora. Siempre existe un modo.*

—¿Qué modo? —Alargó una mano para tocarlo, pero enseguida la retiró.

—¿Qué modo? —volvió a preguntar la sacerdotisa—. Dímelo.

*Deben pronunciarse unas palabras, ciertas sencillas palabras, y volveré a ser Valin.*

—¡Palabras! ¿Qué debe decir quién? ¿Dalamar?

La respiración del animal se alteró, tomándose apresurada, luego, a medida que se dominaba, recuperó la normalidad de nuevo.

*No Dalamar, sino tú.*

—¿Qué palabras? ¡Dímelo!

*No puedo. Si las pronuncias quedaré libre. Si jamás lo haces, permaneceré tal como me ves.*

—¿Conoces tú las palabras?

Las lágrimas afloraron a los ojos de la sacerdotisa, y se le deslizaron a raudales por las mejillas. Palabras, palabras y palabras; ¡el mundo estaba repleto de ellas! ¿Qué palabras, en qué lengua, en qué combinación, liberarían a Valin de aquella prisión mágica? Entre sollozos entrecortados, gimió llena de dolor, de pesar, presa de un terrible sentido de culpabilidad.

La tarea resultaba imposible. Jamás podría llevarse a cabo. Rodeó al animal con sus brazos, apretando la mejilla contra su cabeza, y lloró, asaltada por la pena, mientras en el exterior la lluvia caía con suavidad, paciente, alimentando la tierra reseca del mismo modo que sus propias lágrimas nutrían su corazón que empezaba a despertar.

—Lo siento —dijo, apretada contra su mejilla—. Lo siento tanto, Valin. Buscaré las palabras, registraré el mundo de arriba abajo. Lo juro. Tal vez Dalamar no haya sobrevivido a estas guerras. A lo mejor su torre ha sido destruida. ¡No importa! Si se ha desmoronado, encontraré el libro de hechizos que usó para llevar a cabo esta terrible magia. Revolveré los cascotes. Removeré las ruinas piedra a piedra y encontraré lo que...

Se sentó muy erguida, secándose el rostro con el mugriento borde de la túnica. ¿Era risa lo que percibía, la risa de Valin centelleando en su mente?

—¿Qué? ¿Por qué te ríes?

Crysanía, ¿por qué tendrías que hacer eso? ¿Remover unas ruinas piedra a piedra?

La Hija Venerable se estremeció, helada por la humedad de la mañana, por su aflicción.

—Lo haré, querido Valin, porque has hecho tanto... Me has protegido y defendido. Has arriesgado la vida por mí y por tus amigos. Me has prestado tu visión. Has... —Se detuvo para recuperar aliento, para hacer acopio de valor—. Lo haré porque te quiero.

El animal suspiró bajo sus brazos, y todo el cuerpo se le convulsionó con aquel suspiro. En el aire se percibió un hormigueo, una vibración que recorrió las terminales nerviosas de la sacerdotisa.

—Valin...

El tigre aspiró con fuerza y retuvo el aliento.

Bajo los brazos de la mujer, el cuerpo se movió. No, en realidad cambió. Se descompuso. La forma del felino se transformaba, y la sensación hormigueante se tornó abrasadora y más profunda.

El mago chilló de dolor —con la voz de un tigre y la de un hombre a la vez— y

fue el nombre de la sacerdotisa el que invocó mientras el cambio se realizaba en su cuerpo, su nombre en tanto que los huesos retomaban la forma anterior y se recolocaban y todos sus sentidos se empeñaban en recuperar las capacidades propias de un humano.

¡Crysanía!

El nombre resonó en los oídos de la sacerdotisa, rebotando en las paredes de la pequeña cueva en forma de eco. Y rugió en su mente, atronador, para a continuación perder potencia, también, y convertirse en eco. Y entonces el contacto mental con el animal desapareció, la conexión entre ambos desapareció en un vacío silencioso. Estaba sola.

—Valin —suspiró.

—Aquí, señora —musitó él, y era la suya la profunda y familiar voz del mago del desierto.

Se acercó más a ella, y la sacerdotisa escuchó el sonido de sus pies sobre el suelo; lo oyó tiritar, y se dijo: «¡Oh! ¡El pobre está desnudo!». De modo que agarró su manta de dormir y se la entregó, sintiéndose tentada por el sonido de la tela resbalándole por la piel mientras él se envolvía en ella.

—No estás sola, Crysanía —manifestó el mago, sentándose a su lado. El calor de su cuerpo la envolvió, y la mujer percibió el olor de la manta y el familiar aroma de sus cabellos—. Estamos lejos de casa, los dos, y puede que ni siquiera tengamos un Palanthas al que regresar, pero te amo Crysanía, y mientras viva, jamás estarás sola.

La lluvia caía con más fuerza en el exterior, y un viento gélido y húmedo barrió la entrada de la caverna. La sacerdotisa se estremeció, y Valin la rodeó con el brazo sin una vacilación. Ella se acercó más para poder apoyar la cabeza en su hombro, y únicamente una vez la besó él. Fue un suave roce sobre los labios, pero el beso se prolongó ya que la sacerdotisa no se apartó como había hecho en otra ocasión. Y de este modo permanecieron sentados, él escuchando la lluvia y ella el latir del corazón de su compañero. En un momento dado, la Hija Venerable alzó la mirada y comprendió que llevaba sentada, así, tan cómodamente, un buen rato, como si fueran amantes desde hacía mucho tiempo, los brazos de él acostumbrados a estrecharla, el corazón de la mujer bien versado en los ritmos del de él.

—¿Qué encontraremos ahí afuera, Valin? ¿Quién habrá sobrevivido a las guerras? ¿Quién habrá perecido?

El mago la apretó con más fuerza, acariciándola con una lenta y suave cadencia.

—No lo sé, Crysanía. No sé qué ha sido del mundo. Sólo sé esto: Saldremos al exterior y marcharemos hacia Palanthas, tú y yo, y tal vez encontremos que el mundo se ha convertido en un lugar salvaje y distinto, desprovisto de dioses, sin magia. Pero, sea como sea, nos enfrentaremos a ello juntos.

La sacerdotisa le tocó el rostro, trazó sus facciones con los dedos, y lo besó con

ternura. Con él había entrado en combate, había hecho frente a los demonios de Caos, con Valin a su lado, se había presentado ante la Reina de la Oscuridad en persona y regresado con vida. ¿Cómo pues, iba a sentirse intimidada por las guerras y rivalidades de los mortales, mientras él estuviera a su lado?

—Tengo frío, Valin ¿Quieres compartir la manta conmigo?

El mago sonrió. Ella lo notó en su boca cuando la besó.

Los labios de él se fundieron con los suyos.

—Conozco otro modo de entrar en calor —respondió él.

Lo acarició, deslizando los dedos por sus brazos hasta tomar entre las suyas sus enormes manos. Valin se estremeció, pero no era de frío.

—Enséñame —pidió la sacerdotisa, mientras la lluvia caía a raudales y el viento merodeaba solitario en el exterior de la pequeña cueva.

Con inmensa ternura, el mago del desierto la tomó en sus brazos.